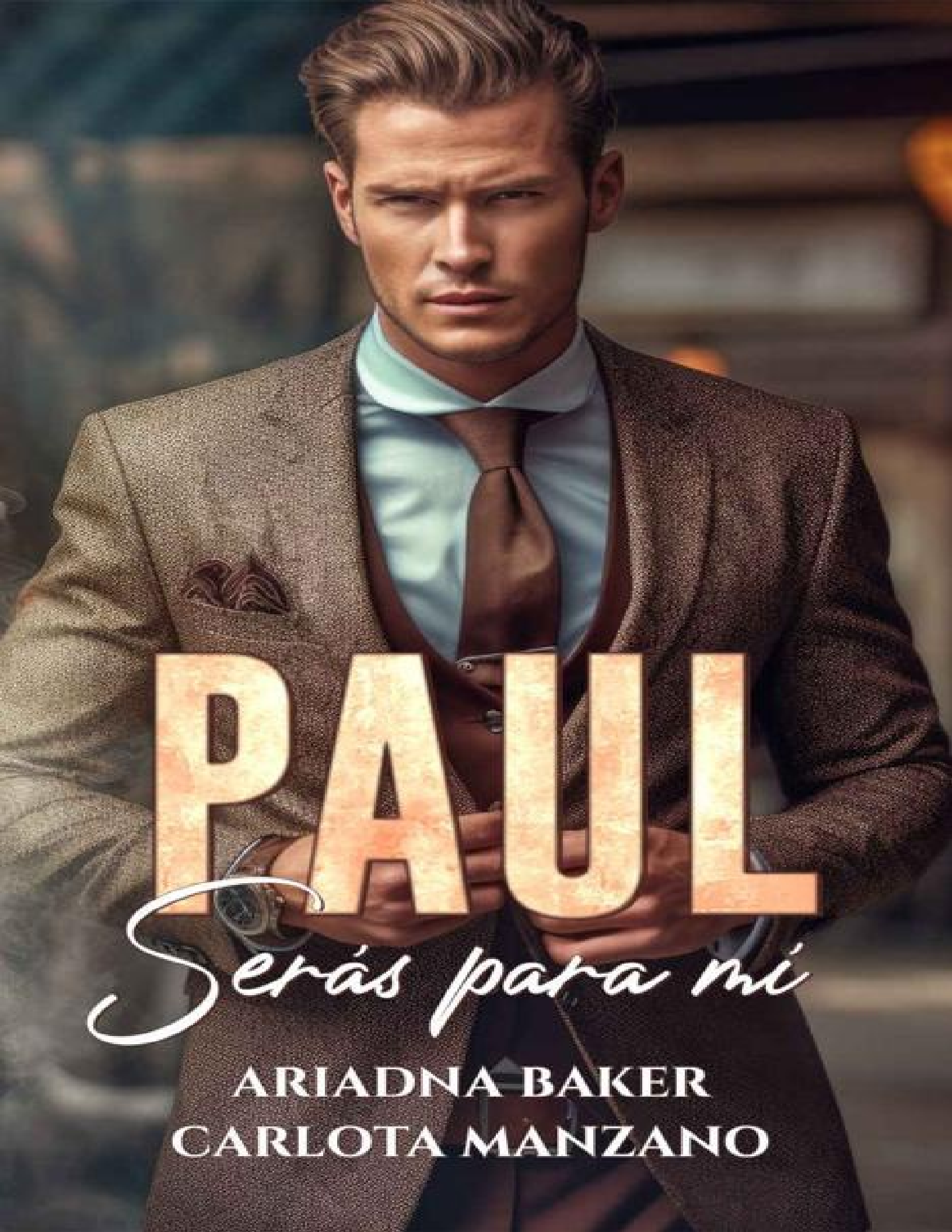


A man with light brown hair, wearing a brown textured suit jacket, a light blue shirt, and a brown tie, is holding large, 3D, gold-colored letters that spell out "PAUL". He is looking directly at the camera with a serious expression. The background is blurred, showing what appears to be a city street at night.

PAUL

Serás para mí

ARIADNA BAKER
CARLOTA MANZANO

PAUL

Serás para mí

ARIADNA BAKER
CARLOTA MANZANO

PAUL

Serás para mí

ARIADNA BAKER
CARLOTA MANZANO

Primera edición.

Paul, serás para mí

©Ariadna Baker. Carlota Manzano

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Paul, serás para mí

©Ariadna Baker. Carlota Manzano

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1: Paul](#)

[Capítulo 2: Ivonne](#)

[Capítulo 3: Paul](#)

[Capítulo 4: Ivonne](#)

[Capítulo 5: Ivonne](#)

[Capítulo 6: Paul](#)

[Capítulo 7: Ivonne](#)

[Capítulo 8: Paul](#)

[Capítulo 9: Ivonne](#)

[Capítulo 10: Paul](#)

[Capítulo 11: Paul](#)

[Capítulo 12: Ivonne](#)

[Capítulo 13: Ivonne](#)

[Capítulo 14: Ivonne](#)

[Capítulo 15: Ivonne](#)

[Capítulo 16: Ivonne](#)

[Capítulo 17: Ivonne](#)

[Capítulo 18: Ivonne](#)

[Capítulo 19: Ivonne](#)

[Capítulo 20: Paul](#)

[Capítulo 21: Paul](#)

[Capítulo 22: Paul](#)

[Capítulo 23: Paul](#)

[Capítulo 24: Ivonne](#)

[Capítulo 25: Paul](#)

[Capítulo 26: Ivonne](#)

[Capítulo 27: Ivonne](#)

[Capítulo 28: Ivonne](#)

[Capítulo 29: Ivonne](#)

[Capítulo 30: Paul](#)

[Capítulo 31: Paul](#)

[Capítulo 32: Ivonne](#)

[Capítulo 33: Ivonne](#)

[Capítulo 34: Ivonne](#)

[Capítulo 35: Ivonne](#)

[Capítulo 36: Ivonne](#)

[Capítulo 37: Ivonne](#)

[Epílogo: Paul](#)

[RRSS](#)

[Capítulo 35: Ivonne](#)

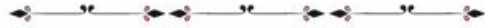
[Capítulo 36: Ivonne](#)

[Capítulo 37: Ivonne](#)

[Epílogo: Paul](#)

[RRSS](#)

Capítulo 1: Paul



Me puse las gafas de sol nada más salir del avión. El clima cálido fue lo primero que sentí, totalmente diferente a donde vivía. Ya podía poner un punto a favor en una lista imaginaria que me había creado, el primero, y esperaba seguir sumándolos.

—¿Todo bien señor? —Escuché a mi lado, pero no me giré, simplemente asentí.

Bajé las escaleras tranquilo y mirando alrededor. Dejarme ser más conciso, la imagen que mostraba era todo superficial porque interiormente mi tranquilidad a esas alturas brillaba por su ausencia y la apariencia que daba, nada tenía que ver con la realidad. ¿El motivo? Los dos azafatos que no se habían separado de mí durante lo que había durado el vuelo y aún me seguían, cubriendo el suelo de pétalos a mi paso, eso es lo que me estaba tocando una parte muy concreta de mi anatomía y no en el buen sentido.

Ironía lo de los pétalos, lógicamente, no os vayáis a pensar que llegaba hasta ese punto. Ni loco lo permitiría, pero sí que no habían dejado de facilitarme cada paso que daba, como si por mí mismo no pudiera o supiera darlos y eso era algo que me tocaba la moral. Para que entendáis a lo que me refiero, dentro del avión había hecho varias veces el intento de estornudar y antes de llegar a hacerlo los tenía plantados delante de mí con varios pañuelos a la espera de que lo hiciera.

¿Qué se pensaban? ¿Que necesitaba que me sonaran la nariz? Ese había sido uno de los tantos detalles de la tripulación, nótese mi ironía que estaba a punto de llegar al nivel máximo y estaba haciendo méritos propios para mantenerme callado para perderlos de vista rápido.

Miré de reojo a Viktor, mi amigo, chófer y seguridad, el que me había acompañado y pocas veces se separaba de mí, solo lo esencial o cuando yo le daba una patada, en sentido figurado, para poder respirar. En ese instante estaba intentando no reír al verme, divertido ante la situación.

No es que mostrara nada hacia fuera y menos para quien no me conocía, pero él lo hacía muy bien y debía haber visto la vena que palpitaba en mi frente, eso le había indicado hasta qué punto estaba ya, de eso estaba seguro porque me sucedía siempre al intentar contenerme.

Un poco más, me dije viendo el coche que nos habían preparado en la distancia, solo un poco más para poder entrar en él y perder de vista a esos dos chicos que exageraban en su trabajo y se mantenían a mi lado hablando y haciéndome preguntas. Lo que dijeron ni lo sé, ya había puesto la mente en modo desactivada y estaba pasando olímpicamente de ellos para no parecer un ogro porque si abría la boca... no, mejor mantenerla cerrada me dije caminando en silencio y queriendo desaparecer.

—¿Agobiado? —preguntó divertido Viktor.

Acabábamos de subirnos al coche los dos solos y estaba sentado al volante.

—Muy gracioso. —Solté un bufido quitándome las gafas de sol—. ¿A ti qué te parece? Hasta los cojones estoy.

—Tienes que acostumbrarte a que besen el suelo que pisas —rió arrancando y saliendo de la pista de aterrizaje.

—A eso no me voy a acostumbrar nunca —aseguré—. ¿Acaso tú lo ves normal? ¿Acaso actúas así conmigo solo porque tengo dinero? —Lo miré levantando una ceja.

—Yo soy diferente. —Soltó una carcajada—. Somos amigos y nos conocemos desde que éramos unos críos. He vivido junto a ti todas las etapas de tu vida y mírate hasta dónde has llegado. Pero si te van ese tipo de cosas puedes ponerme al nivel de esos dos —dijo sus últimas palabras conteniéndose para no soltar una carcajada porque me conocía, vamos si lo hacía.

—Ya me hubiera gustado seguir en mi casa, con mi vida anterior que ya ni recuerdo... si quieres pensar así, pero por tu bien espero que ni lo intentes porque optaría directamente por noquearte. Si valoras tus dientes no beses el suelo que piso, no vaya a ser que los pierdas en el camino —aseguré recostándome en el asiento.

¹ Al final soltó una carcajada y yo curvé los labios.

Mi nombre es Paul, eso no tiene nada de relevante ¿verdad? Un nombre que me puso mi madre al azar. Lo que determinaba cómo me trataban era la inmensa fortuna que tenía. Era multimillonario y de eso no hacía mucho, la verdad.

Para que entendáis mi situación, había nacido y crecido en la cuna de una familia multimillonaria como ya podéis imaginar, pero por mi parte había hecho lo imposible e impensable para tener una vida lo más alejada y normal de ese estilo de vida al que iba vinculado. No puedo decir que lo hubiera conseguido porque el dinero y los beneficios de tenerlo me habían perseguido.

No es que lo rechazara, no sería justo y os estaría mintiendo porque era consciente y sabía, que disponiendo de él la vida era muy fácil y las comodidades aún más. Lo que no llevaba nada bien era todo lo que rodeaba a tener la desorbitada cantidad que tenía yo.

Hasta hacía menos de un año había llevado una vida relativamente tranquila, momento en que mi padre falleció de manera inesperada y yo había pasado a estar al cargo de toda su fortuna, que ya os digo que ni sabía a cuánto ascendía para que os hagáis una idea.

No le tenía un especial cariño a mi padre, el que había sido muy duro y autoritario conmigo, y con el que me había enfrentado a lo largo de mis años tantas veces que no podría ni mencionarlas, por querer dirigir mi vida como a él más le convenía. Mi madre fue la única que nos unió, en cierta manera, mientras estuvo con vida hasta hacía un par de años.

Con ella sí que tuve un vínculo especial y fue por eso mismo por lo que aguanté el carácter y presencia de mi padre, por respeto a ella y para que no sufriera. Era hijo único, con lo cual, toda la herencia pasó a mis manos y tengo que reconocer que al principio me vi sobrepasado con la situación.

Mi país de origen era Suecia y desde ahí había viajado junto a Viktor hasta la isla que pensaba recorrer de punta a punta y visitar a conciencia, porque mi intención era la de alejarme de mi ciudad natal y trasladarme a vivir a un lugar totalmente distinto, más tranquilo y en el que no fuera tan conocido para que mi presencia pasara desapercibida.

De ahí el punto con el que había iniciado mi lista imaginaria. Por el momento el clima me había ganado porque donde yo vivía la calidez del sol costaba que te traspasara.

En silencio, Viktor recorrió el camino hasta el hotel en el que nos hospedaríamos durante no sabía cuánto tiempo, el necesario hasta saber si me establecería y adquiriría una propiedad, o me largaría como había llegado para buscar otro posible destino, a poder ser con un cambio de personal en el avión por mi salud mental.

El hotel en el que paramos era uno de los más lujosos de la isla. ¿Qué puedo decir? Ahora que tenía la libertad de ser yo mismo y estaba empezando a dominar el mundo del dinero desorbitado, aprovechaba cuando la ocasión lo requería para tener lo mejor a mi alcance, que tonto tampoco era.

—¿Qué tal por ahora? —Se apoyó en el marco de la puerta de la habitación Viktor.

—¿El qué? —pregunté sin mirarlo, subiendo la maleta a la cama.

Nos habíamos separado entrando cada uno en la suya, ni cinco minutos había tardado en estar a mi lado otra vez.

—Qué va a ser, la isla —rio entrando.

—Solo he visto la zona privada de aterrizaje, carretera y este hotel los pocos minutos que llevamos en él ¿qué quieres que te diga?

—Pues vamos a salir, todavía es temprano para ver los alrededores y así cenamos por ahí. De ese modo, tendrás

—más datos que sumar. —Caminó hacia un ventanal grande.

—Me parece bien, no quiero encerrarme en la habitación hasta mañana —confirmé mientras empezaba a sacar la ropa—. ¿Quién es? —pregunté ante el sonido de varios golpes en la puerta.

a

—¿Te crees que veo a través de las paredes? —rio Viktor caminando hacia ella.

—Estás muy gracioso tú —negué con la cabeza y dejé de hablar cuando junto a él entró una chica con el uniforme del hotel.

—Señor, esa es tarea mía —me sonrió la chica.

—¿Cuál?

Le respondí en un perfecto español, el que hablaba gracias a mi madre desde que empecé a decir mis primeras palabras. Ella era española, de ahí que no tuviera ningún problema en conocer la lengua y si me concentraba ni se notaba el acento.

—Venía a guardarle la ropa. —Se sonrojó al mirarme bien.

—No hace falta. —Le quité esa idea—. Ya me encargo yo, tengo dos manos. —Las levanté delante de ella y más se ruborizó.

—Pero...

—Paul. —Me llamó Viktor.

Fue lo único que dijo, lo que sí hizo al mirarlo, fue un gesto hacia la chica, haciéndome comprender lo que quería decir. Solté un suspiro dando varios pasos hacia atrás, alargando un brazo e indicándole que podía hacer su trabajo, lo que me agradeció al instante y no tardó en ponerse a ello.

Para dejarla trabajar tranquila salimos hacia una terraza de tamaño considerable, sentándonos en dos sillas.

Aún estaba acostumbrándome a ciertas cosas, ¿lo conseguiría? Ni puñetera idea, a saber, si con el tiempo podría cambiar, como en el hecho de tener a alguien siempre pendiente de mí y de todas las rutinas cotidianas que podía hacer por mí mismo y me quitaban la posibilidad.

—Tío relájate, sudas dinero —habló Viktor mientras mirábamos hacia el frente, hacia una cala que daba a la habitación.

—Agua bendita es lo que sudo, no te jode. No empieces. —Solté un bufido.

—Tienes que acostumbrarte ya —negó riendo

—Deja de decir lo mismo siempre. No me pidas más, estoy en ello. Joder que llevo toda mi vida yendo por libre, vale que no me ha faltado nunca de nada y muchas cosas me las han puesto por delante sin yo pedirlo. Y sabes que igual de rápido las he rechazado... pero ahora estoy en ello. Estás más enterado que yo de cómo va esto por lo que se ve.

¿

—Lo repito para que te entre en la cabeza porque cuando no te das cuenta te desvías. Y eso no es verdad, estás igual de enterado que yo o más, otra cosa es que hagas como el que no se entera. ¿Qué vas a hacer con tu casa de Suecia?

—¿Qué quieres que haga? Estoy dudando, pero hasta que no tenga claro si me voy o me quedo la mantendré como está. ¿O has visto alguna vez a un multimillonario en la calle y sin techo? —Levanté una ceja.

—Eso sería un puntazo y tú eres especialista en marcar nuevas tendencias. Además, tienes la de tus padres —rio.

—Tú lo has dicho, de mis padres que no mía, y precisamente no tengo muy buenos recuerdos de ella, solo los que conservo con mi madre cuando mi padre estaba bien lejos. Y sé que ella no tenía ningún apego a donde vivía, así que...

—Te vas a deshacer de ella —aseguró.

—Eso no lo dudes, en cuanto tenga claro donde ubicarme será lo primero que haga. Con la mía creo que por ahora la seguiré manteniendo, no lo sé, ya se verá cómo se da todo. —Me encogí de hombros.

Continuamos hablando durante el tiempo que la chica estuvo trabajando en la habitación. Cuando escuchamos su voz llamándome, nos levantamos y nos despedimos de ella mientras sacaba mi cartera y le daba una propina, la que recibió con una sonrisa y agradecida.

—Siempre puedes arreglar mi ropa —comentó Viktor al verme abrir el armario.

—No me costaría nada. —Cerré girándome hacia él.

—No tienes arreglo. —Soltó una carcajada—. Tranquilo, ventajas que tiene uno al ir de tu mano, antes de venir a la tuya en cuanto he soltado la maleta también han aparecido para encargarse de la mía.

—Qué bien vives, macho —reí y caminé dispuesto a salir a la calle con lo puesto, con Viktor soltando una carcajada detrás de mí.

Recorrimos caminando los alrededores, descubriendo lugares de ocio, comercios y restaurantes. En uno de los que

nos encontrábamos nos sentamos para cenar. Eran las ocho de la tarde, para según quien, donde estábamos sería demasiado pronto para cenar, pero para nosotros era demasiado tarde porque lo hacíamos mucho más temprano.

Eso de normal, pero hacía una semana que entre varios amigos nos habíamos picado y estábamos haciendo y practicando lo que se había puesto tan de moda y parecía tan «chic», el ayuno intermitente. Los cojones «chic», no pasaba yo hambre con tantas horas sin llevarme algo a la boca.

Ese era mi pensamiento, lógicamente respetaba a todo aquel que probaba e innovaba cosas nuevas y saludables. Pero por mi parte el ayuno ya me había visto de cerca, así estaba en ese instante, que daba gracias al murmullo que había a nuestro alrededor en la terraza del restaurante porque si no la banda sonora la hubieran puesto mis tripas quejándose de que las tenía abandonadas.

Poco me quedaba para dar fin a esa experiencia, lo tenéis claro, ¿no? Por no decir que por mi parte desde que me subí al avión había dejado en Suecia esa idea. Nuevo país, nuevas costumbres, nuevas reglas... ese era mi pensamiento y cuando viajaba me amoldaba a la perfección a las costumbres de dónde estuviera.

De lujo se estaba en la terraza, mientras corría una ligera brisa transportando el olor a mar. Esa sensación me encantaba. Mi casa en mi país estaba muy cerca de él y me podía pasar horas y horas con la vista perdida disfrutando del olor tan característico. Otra cosa era tomar la decisión para darse un baño, llegados a ese punto lo tenías que meditar cinco días antes como mínimo y prepararte a conciencia.

Por eso mismo estaba deseando probar la calidez que me constaba que tendría en esa zona. Eso sí que sería un lujo, al menos para nosotros, porque para quien lo tiene a su alcance diariamente no es capaz de valorarlo porque no lo echa en falta.

No sabría vivir sin el mar, por eso todos mis destinos posibles para cambiar de residencia tenía claro que debían tener esa condición, de ahí que estuviera en una isla rodeado por él. Solo me faltaba investigar y saber si me adaptaría a ese lugar y de eso me encargaría a partir del día siguiente.

Por el momento ya había tenido suficiente y me olvidé de todo, disfrutando junto a Viktor de varios platos típicos que nos recomendó la camarera que vino a atendernos.

Nos demoramos en levantarnos, de la cena pasamos a varias copas que nos tomamos en el mismo lugar. Se respiraba paz y eso tampoco tenía precio. Como tampoco lo tenía el estar en una terraza al aire libre, con muchas personas a mi alrededor y que todos, absolutamente todos, pasaran de mí y no me reconocieran.

Un gustazo, me dije recostándome en la silla con una amplia sonrisa. Cero preocupaciones, cero nerviosismos, cero cabreos, cero el salir pitando de donde estuviera porque se me echaban encima, y eso que era de los que no solo lo pensaban y dejaba cortados a la mayoría de los que se me acercaban. Me refiero a los periodísticas que se inmiscuían en mi vida y se empeñaban en sacarme en todos los medios más prestigiosos de mi país.

No os vayáis a pensar que iba mordiendo por la vida a quien se me pusiera por delante, que también, si tenía que

hacerlo, pero para ello debía tener algún motivo justificado.

Tardamos veinticinco minutos en regresar al hotel caminando, despreocupados y relajados. Cinco minutos más tardé en despedirme de Viktor en la puerta de mi habitación y desprenderme de la ropa, dejándome caer en la cama, soltando un suspiro.

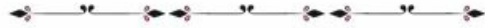
Una nueva experiencia me esperaba o quién sabía, quizás hasta una nueva vida. Lo que fuera estaba por ver, pensé mientras encendía el televisor y ponía el temporizador para que se apagara sola, con el único propósito de dormirme rápido, lo que sabía que no tardaría en suceder.

hacerlo, pero para ello debía tener algún motivo justificado.

Tardamos veinticinco minutos en regresar al hotel caminando, despreocupados y relajados. Cinco minutos más tardé en despedirme de Viktor en la puerta de mi habitación y desprenderme de la ropa, dejándome caer en plancha en la cama, soltando un suspiro.

Una nueva experiencia me esperaba o quién sabía, quizás hasta una nueva vida. Lo que fuera estaba por ver, pensé mientras encendía el televisor y ponía el temporizador para que se apagara sola, con el único propósito de dormirme rápido, lo que sabía que no tardaría en suceder.

Capítulo 2: Ivonne



Me tiré en el sofá sin quitarme ni siquiera la ropa, estaba agotada, eran apenas las siete de la mañana cuando había entrado por la puerta de terminar de trabajar toda la noche en el pub Atrapasueños, ese en el que curraba desde hacía dos años.

Solo trabajaba tres noches en la semana: jueves, viernes y sábado. El resto de la semana hacía lo que me iba saliendo como limpiar por horas, cuidar algún niño, sacar perros a pasear; lo que viene siendo un poco de todo.

Estaba agobiada, deprimida, aunque no por eso lo iba mostrando al mundo. Siempre iba al trabajo con la mejor de mis sonrisas ya que la pena iba por dentro.

Me había comprado un piso hacía tres años junto con quien hoy en día es mi exmarido, Matías, el que destrozó todo unos meses atrás al liarse con una compañera de su trabajo en la gasolinera, esa que estaba casada y su marido, que se enteró, la perdonó. Ella incluso dejó hasta el trabajo para no tener que ver a Matías.

El lío es que estaba con la sogá al cuello y el piso no se vendía por la hipoteca que teníamos, por lo que, teníamos que seguir pagándola y no me daba para independizarme, motivo por el cuál decidimos seguir viviendo juntos, pero no revueltos.

Esa situación me mataba, a mis veintinueve años no me veía con futuro, siempre mirando por un euro y reuniendo un poco cada mes para hacerme con un remanente para cualquier imprevisto o, si por suerte se vendía el piso, tener para la entrada de un alquiler, pues la hipoteca se llevaría todo y no habría para repartir ni lo más mínimo.

Matías se había convertido en un completo extraño para mí, como si nunca hubiera existido ese amor que sentimos un día. Ahora solo miraba por él, le importaba un bledo si yo estaba bien, mal o regular y casi ni cruzábamos palabra y cuando lo hacíamos, era para yo recibir cualquier mierda que salía por su boca.

Lo pasé francamente mal, su traición me dolió lo más grande, pero, poco a poco lo iba superando. Es verdad que ya no estaba enamorada de él, el dolor me hizo ir deshaciéndome de ese sentimiento, pero de la forma en que había pasado todo y como se había comportado, me había dejado tocada y hundida.

—Ivonne, recogí una carta del buzón y toca pagar el seguro de la casa el jueves, te lo digo para que ingreses tu parte antes de entonces —dijo apareciendo con un café en la mano.

—Ahora transfiero el dinero.

—Vale. —Me miró con descaro antes de regresar a la cocina donde puede escuchar cómo se preparaba el desayuno.

Ni qué decir que no me hacía ni un café, ni yo a él, además, cada uno usaba lo que adquiría. Él se compraba lo que fuera a comer y beber y yo también, con lo cual todo estaba dividido.

Yo siempre comía una hora antes o una después de que Matías llegara, intentaba por todos los medios no coincidir con él en esos momentos.

Estaba en una época muy oscura, no levantaba cabeza, no tenía ilusión por nada. Me sentía fracasada por completo y con un futuro que no me hacía ni pizca de gracia. Desmoralizada por completo sería el resumen de todo.

Me quedé un poco en el sofá y es que no quería ir a la cama para quedarme dormida, los domingos de diez a una podía visitar a mi madre en la residencia en la que se encontraba. Tenía Alzheimer y jamás fallaba a su cita, ni los días entre semana que iba una horita por las tardes o mañana, pero los domingos era como más familiar, más tiempo, era mi cita especial.

Me preparé el desayuno cuando él se marchó a la calle y luego me duché, momento en el que rompí a llorar llena de tristeza, tenía un nudo en la garganta muy grande, también he de decir que tenía el periodo, cosa que me hacía estar con las hormonas un poco revueltas.



Estaba sentadita en su sillita bajo la sombra de un árbol, con una de las cuidadoras, cuando aparecí.

—Aquí viene su hija a verla, Esperanza —le dijo la chica mirándome con una sonrisa.

—Todas sois mis hijas, me tratáis muy bien, os quiero mucho —dijo ella sin darle importancia y sin entender el concepto de la frase.

—Hola, preciosa. —Me agaché para besarle la cara.

—Tú eres Puri ¿A qué sí?

—Soy Ivonne, una de tus tantas hijas —bromeé acariciando su cara y pensando en cuánto la echaba de menos. Er:

muy duro tener a tu madre en vida y que no recordara quién eras.

—¿Sabes que Antonio quiere ser mi novio?

—Qué bueno. —Le seguí la corriente, cada día me nombraba a uno diferente.

—Sí, me dijo de casarnos y de celebrar la boda en un sitio muy bonito.

e—¿Y qué le respondiste?

—Que yo estoy casada con Dios todo poderoso y me debo a él. —Me recordó a mi tía.

r

—Muy buena respuesta —sonreí acariciándole la mano.

—¿Tú estás casada?

—No, por lo visto no hay príncipe azul para mí.

—Los hombres miran para ellos, quieren mujeres que les hagan todo y no saben valerse por ellos mismos.

—¿Tú crees?

—Sí, yo he vivido muchos amores que se creían que era su criada.

—Bueno, yo tuve la suerte de tener al mejor padre del mundo. —Quería que lo recordase, aunque sabía que no sería posible —. Amaba a su mujer y a su hija con todo su corazón y les cocinaba, le gustaba limpiar la casa y tenía muchos detalles con ellas.

—¿Y no me lo puedes presentar?

—No —sonreí—. Ojalá, se fue demasiado pronto, hace diez años. Ahora nos cuida desde el cielo.

—¿Y tu mamá dónde está?

—Tú eres mi mamá. —Le hice cosquillas y comenzó a reírse.

—Puedo serlo, todas aquí sois mis hijas, me cuidáis mucho.

—Te he traído un pastel de limón que te va a encantar. —Le puse un pedacito en sus manos.

a

—Solo el olor ya es delicioso. —Le dio un bocado—. Me gusta mucho ¿me podrías traer otro día otro trozo?

—Claro —sonreí. Todos los domingos se lo traía y me volvía a hacer la misma petición, como si lo estuviera probando por primera vez.

No dejaba de acariciarla y abrazarla en todo el tiempo, era lo único que me quedaba en la vida y lo que más quería del mundo. Mi madre, esa mujer que siempre fue una bendición.

Le di un paseo en la silla de ruedas mientras ella me contaba historias que tenían que ver con su vida, pero todo mezclado. Los vagos recuerdos que le quedaban y en los que nunca entraba mi padre, el amor de su vida, ni yo, su única hija.

Si ella hubiera sabido que le iba a pasar esto, se hubiera muerto de la pena, no hubiera aguantado el saber que no me reconocería.

A la una me despedí hasta el día siguiente con un tierno beso que le daba con el corazón en mil pedazos.

Cuando le diagnosticaron la enfermedad vivía con su hermana Olivia, mi tía, las dos en la casa herencia de sus padres, mis abuelos.

Nuestro piso, ya que por herencia de mi padre era de las dos, lo tenía alquilado para pagar una parte de la residencia dado que con su pensión de viudedad no llegaba para esta, para otras sí, pero yo quería que estuviera en la mejor. De todas maneras, cuando se fue a vivir con Olivia comenzamos a alquilarlo.

Ya se me había pasado el sueño, todos los domingos me pasaba, así que quedaba con mi amiga Raquel para comer y ponernos al día de lo que nos había pasado durante la semana.

Ella trabajaba de cajera en un supermercado en el centro de la isla, donde vivía con sus padres, a pesar de haberse comprado un piso del cuál pagaba la hipoteca, pero, decía que era para su futuro y que ahora vivía muy cómoda y no iba a dejar ese tipo de vida para tenerse que mantener. Además, Ernesto y María, sus padres, eran un adorable matrimonio que la trataban con mucho amor.

—Hoy traigo exclusiva —dijo abrazándome de lo más emocionada.

—Con esa sonrisa debe ser algo bueno.

—¡Voy a ser tita! —Se puso a aplaudir y dar saltitos como una niña pequeña.

—¿Pepe va a ser padre? —pregunté sonriendo y feliz de saber que su hermano, que se había casado un año atrás, fuera a dar la bienvenida a un bebé.

—Mi cuñada está de dos meses.

—Jo, cuánto me alegro por los dos, además, Esther estaba deseando quedarse embarazada.

—Pues ya lo consiguió, mis padres están que rebosan de alegría.

1

—Me lo imagino.

—¿Y tu semana qué tal?

1

—Con el periodo, por lo que más cabizbaja de lo normal, pero bueno, así es la vida.

—Seguro que un día te pasará algo muy bonito.

—No lo creo, parece que nací para vivir en la desgracia. —Volteé los ojos.

—No digas eso, eres preciosa, tienes una vida por delante, lo único que te hace vivir agobiada es la mensualidad tan elevada que pagáis de hipoteca, pero estoy segura de que en cualquier momento la vendéis.

—Pero es que bajaron el valor de los pisos, habría que bajar el precio y nos costaría el dinero, ese que no tengo y que él solo no pondría.

1

—Es un cerdo, con perdón. La gasolinera es del padre, le paga un pastizal por ser el encargado y podría vivir solo en el piso y hacerse cargo de la hipoteca, no entiendo cómo prefiere que estés ahí.

r

—Se volvió un tacaño, además me tiene mucha inquina, como si yo fuera el problema cuando el error lo cometió él.

—Ya lo sé, pero bueno, el karma es sabio y ese ni come ni deja comer. No lo hace para que no te vayas y te trata con desprecio porque sabe que jamás te recuperará.

—No vuelvo con él ni, aunque tenga que vivir debajo de un puente. La putada es la hipoteca, por ponerla en menos años la cuota se puso muy alta, se lleva todos los meses mil cien euros míos, lo que gano en el pub. Si no fuera porque limpio o cuido niños ni comería, cosa que a él le importa un bledo, pero bueno, tampoco querría su caridad.

—Ya, hizo la hipoteca de acuerdo con su sueldo y tú no pensaste el marrón que te podrías comer un día.

—Efectivamente, estaba de lo más ciega.

Tras la comida nos fuimos a dar un paseo por la zona de la playa, había una avenida que estaba de lo más animada:

y aprovechamos para tomar un café.

Pasamos la tarde juntas y me despedí de ella a las ocho, iba a caer rendida tal y como llegara a casa, no podía con mi alma. Además, me había dejado en la puerta ya que yo no tenía coche porque lo vendí cuando Matías y yo dejamos nuestra relación. No era viable pagar seguro, gasolina y mantenerlo, así que me tuve que deshacer de él con todo el dolor de mi corazón.

Matías estaba tirado en uno de los sofás comiendo un Burger King que le habían traído y al escucharme me miró con desprecio.

—Te va la calle...

—Buenas noches. —Quise ignorar el comentario y entré en la cocina a prepararme un sándwich para comerlo en la habitación.

Ese comentario era uno de los tantos que me soltaba cuando le venía en gana, por no decir los fines de semana, que regresábamos a la par; yo de trabajar y él de marcha, con una peste a alcohol que echaba para atrás. Me llamaba de todo menos bonita, zorra, por ejemplo.

Yo intentaba no discutir, ni le hacía caso, me dolía muchísimo, me sentía humillada, pero sabía que tenía que mantener la armonía lo más que pudiera hasta que nos liberásemos de esta surrealista situación.

Me va la calle... como si fuera una fulana, cuando él sabía que lo único que hacía era trabajar, visitar a mi madre y comer los domingos con mi amiga. Se había convertido en un ser de lo más injusto, nada tenía que ver con aquel hombre detallista y atento que se desvivía porque siempre tuviera una sonrisa en mi cara.

Me puse el pijama y me senté en el poyete de la ventana a cenar, mirando hacia la calle mientras me secaba esas lagrimas que hacían que cada bocado entrara con dificultad.

Echaba mucho de menos a mi padre y a mi madre, muchísimo, es verdad que mi tía Olivia siempre estaba pendiente a mí, ella también iba a visitar a su hermana y me hacía recoger muchos táperes de comida que me había preparado. Hoy no había ido porque tenía que ir a una misa especial que hacían en la parroquia a la que asistía.

Estaba como una rosa, era joven, tenía sesenta años; mi madre era la mayor, tenía setenta.

Mi tía nunca se casó y siempre vivió con mis abuelos, solo le faltó meterse a monja, todo en su vida tenía que ver con Dios. Siempre me dijo de irme a vivir con ella, pero no podía soltar la casa y seguir pagándola, estaba claro que si lo hacía Matías era capaz de meter a otra, nunca venderla y putearme cada día de mi vida. Además, no hubiera sido fácil, ya que a mi tía siempre le oculté que trabajaba de noche, para ella hubiera sido el peor de los pecados.

Le mandé un mensaje a la cuñada de mi amiga para felicitarlos, por la nueva y bonita noticia. Eran una pareja adorable, se les veían muy felices y sabía que este momento para ellos era muy importante y emocionante. Me respondió feliz y mandándome muchos besos de ellos.

Dicen que soñar despierta es bonito, así que para buscar algo bueno en mi vida yo lo hacía, soñaba con encontrar un buen hombre que me respetara, me complementara y que juntos construyéramos un bonito hogar como el que construyeron mis padres. Pero luego pensaba que ¿quién me iba a querer con el marrón de la hipoteca, viviendo con mi ex y una vida que tenía menos futuro que todas las cosas?

El trabajo en el pub para mí era fundamental porque me dejaba el sueldo principal para hacer frente a mi parte de la hipoteca, ese es el que no me podía faltar hasta el día de conseguir resolver la situación.

A veces tenía la sensación de que estaba muerta en vida, sin ilusiones, sin proyectos, solo sacando fuera los días, las horas. Era lamentable, pero es que no lo sabía hacer de otra manera ni encontraba otra solución.

Esa semana me había dado un capricho y me había comprado una novela que leía a ratos por la noche. Es verdad que cuando lo hacía me entraba el sueño y acababa quedándome dormida y con el libro revoleado por el suelo o por la cama, pero por otro lado lo agradecía, así me duraba más.

Siempre compraba libros en oferta, que no eran novedades, era impensable comprarlos recién estrenados porque los precios se me iban de madre.

Estaba en una parte muy emocionante de la historia así que me tumbé y me puse a leerlo, eso sí, no había pasado ni un capítulo cuando mis ojos comenzaron a cerrarse y es que no dormía desde el día anterior, con lo que quería decir que iba a entrar en un coma rápido y profundo hasta el día siguiente.

Le mandé un mensaje a la cuñada de mi amiga para felicitarlos, por la nueva y bonita noticia. Eran una pareja adorable, se les veían muy felices y sabía que este momento para ellos era muy importante y emocionante. Me respondió feliz y mandándome muchos besos de ellos.

Dicen que soñar despierta es bonito, así que para buscar algo bueno en mi vida yo lo hacía, soñaba con encontrar un buen hombre que me respetara, me complementara y que juntos construyéramos un bonito hogar como el que construyeron mis padres. Pero luego pensaba que ¿quién me iba a querer con el marrón de la hipoteca, viviendo con mi ex y una vida que tenía menos futuro que todas las cosas?

El trabajo en el pub para mí era fundamental porque me dejaba el sueldo principal para hacer frente a mi parte de la hipoteca, ese es el que no me podía faltar hasta el día de conseguir resolver la situación.

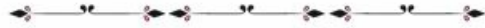
A veces tenía la sensación de que estaba muerta en vida, sin ilusiones, sin proyectos, solo sacando fuera los días, las horas. Era lamentable, pero es que no lo sabía hacer de otra manera ni encontraba otra solución.

Esa semana me había dado un capricho y me había comprado una novela que leía a ratos por la noche. Es verdad que cuando lo hacía me entraba el sueño y acababa quedándome dormida y con el libro revoleado por el suelo o por la cama, pero por otro lado lo agradecía, así me duraba más.

Siempre compraba libros en oferta, que no eran novedades, era impensable comprarlos recién estrenados porque los precios se me iban de madre.

Estaba en una parte muy emocionante de la historia así que me tumbé y me puse a leerlo, eso sí, no había pasado ni un capítulo cuando mis ojos comenzaron a cerrarse y es que no dormía desde el día anterior, con lo que quería decir que iba a entrar en un coma rápido y profundo hasta el día siguiente.

Capítulo 3: Paul



Con los ojos cerrados llevé una mano hacia la repisa que tenía en un lateral de la cama. Empecé a palpar sin dar con ella, moviéndome sobre la sábana y escurriéndome.

—¡Qué cojones! —Me sobresalté.

¿El motivo? Me caí de la cama abriendo los ojos de golpe y besé el suelo, literalmente porque caí boca abajo.

—Me cago en todo. —Solté un bufido al ser consciente de que no estaba en mi habitación, en mi casa.

Demasiado profundo había dormido como para darme cuenta en la seminconsciencia, sin despertarme del todo, de que estaba en el dichoso hotel y ni repisa ni mierda.

Me incorporé riendo, mejor optar por esa opción que empezar el día torcido. Fui hacia mi móvil que había dejado durante la noche cargando en la mesita y lo cogí activando el sonido. Esa había sido mi intención desde principio, dar con él porque siempre lo dejaba en el mismo sitio, cambio que ya no se me olvidaría.

Abrí un mensaje de Viktor en el que me decía que se acababa de despertar. Eran las nueve y el mensaje hacía quince minutos que me había llegado, con lo cual... dieron varios golpes en la puerta.

—¿Todavía estabas durmiendo? —Se sorprendió nada más abrir y darle paso.

—No, me he despertado de golpe. —Solté un bufido.

Le conté cómo lo había hecho provocándole varias carcajadas mientras abría el armario para sacar la ropa.

—Vamos fuera a desayunar, me apetece perderme por las calles —propuse.

—Me parece perfecto —asintió.

Con su afirmación me metí en el baño para darme una ducha rápida mientras se acomodaba en un sillón a esperar

y en diez minutos ya estaba saliendo vestido a su encuentro.

Aspiré fuerte nada más pisar la calle, mirando hacia el cielo. Otro día soleado, sonreí porque esa sería la rutina de lo que nos esperaba.

—Creo que hemos traído demasiada ropa de abrigo —dijo Viktor parándose frente a un escaparate.

—¿Quieres comprarte lencería? —Levanté una ceja provocándole una carcajada—. No sabía yo que, en ese cuerpo atlético y grande, en el interior se escondía tal bombazo.

—Ya quisieras que fuera así para reírte una vida entera de mí —negó con la cabeza—. Que va, es que me ha llamado la atención... —Señaló hacia un conjunto de lencería.

—Normal, tiene que ser digno de admirar en el cuerpo de una mujer —aseguré.

—Ya te digo, bueno ¿qué? ¿Miramos algo de ropa? Porque estoy a nada de entrar en combustión espontánea y solo pasan pocos minutos de las nueve y media.

—Qué manera de disimular. —Curvé los labios emprendiendo otra vez la marcha—. Di la verdad hombre, la combustión es por lo que has visto y te has imaginado.

Terminé de decirlo bajando la mirada hacia la cremallera de su pantalón, moviendo las cejas varias veces.

—Tío que ya tengo una edad, a ver si te piensas que a estas alturas no sé controlarme —rio.

—A otro con ese cuento. —Me contagié de él y acabamos los dos riendo—. Para eso no hay edad que valga, ponte a prueba y te darás cuenta.

—¿Me vas a llevar a un club especial? —preguntó con guasa.

—Eso quisieras tú —sonreí—. Tienes razón —dije al girar hacia él y ver que se quitaba la americana y se remangaba las mangas de la camisa—, vamos a ver si encontramos alguna tienda y nos hacemos con ropa más fresca, que los trajes aquí tampoco pegan y no tengo la intención de ir tan formal vestido.

—¿El gran Paul se va a quitar el traje? —dijo intentando no reír.

—No me toques los cojones que sabes que la primera semana hasta me entró una reacción alérgica por llevarlos.

—En la vida hubiera imaginado que uno te duraría más de unas horas puesto —rio.

—Ya ves, sorpresas que da la vida. —Lo imité desprendiéndome de la americana y remangándome los puños de

la camisa—. Qué agobio —bufé—. Vamos a desayunar primero y mientras miramos a dónde podemos ir —dije convencido, sintiendo el sol sobre nosotros a tan temprana hora despuntando ya.

Nos sentamos en la terraza de una cafetería poco tiempo después y desayunamos con calma, mirando en los móviles las tiendas y comercios que estaban más próximos a nosotros. Después de encontrar y decidimos por varios de ellos, pagamos y hacia allí nos dirigimos.

Otro gustazo, entrar en cualquier lugar pequeño y que no reconocieran mi cara. En la vida me había gustado ir de tiendas, pero tengo que confesar que esa vez lo hice animado por esa razón, despreocupándome de todo y cogiendo todo lo que vi que encajaba conmigo.

¿Y qué tipo de vestimenta me identificaba? Os preguntareis, y si no lo hacéis, igualmente os lo aclaro. Informal y cómodo, siguiendo siempre la línea elegante que me caracterizaba porque no lo voy a negar, me encantaba ir de marca, sobre todo de algunas en concreto.

Y debo decir que accesible para bolsillos de todo tipo, que tampoco es que me fuera a grandes firmas, no, eso no iba conmigo. Por ese motivo cuando me hice cargo de las responsabilidades que me dejó mi padre y del estatus de él, tuve que cambiar mi forma de vestir, en cierta manera, porque siempre que podía iba a mi rollo y como me gustaba.

De ahí el detalle que he comentado cuando tuve que meterme dentro de un traje, con lo que mis amigos, los que me conocían muy bien, habían estado cachondeándose de mí y aun habiendo pasado bastantes meses, salía el tema y echaban mano a las risas que les producía.

Ni puñetera gracia me hacía a mí, que era el que tenía que meterse dentro de ellos, pero no dejaba de reírme de mí mismo y de la situación riendo junto a ellos.

Salimos de la tienda sonriendo los dos, con bermudas y un polo moderno de manga corta. Ahora sí, me dije y no fui el único. Los trajes, para sorpresa de la dependienta, los dejamos atrás en la tienda, ni quería volver a verlo en una temporada.

Una tontería, porque conmigo habían viajado bastantes al no saber lo que me podría encontrar en la isla y si tendría que echar mano de ellos. Había estado tan desesperado por alejarme de todo lo que me rodeaba, que ni me paré a pensar que el destino escogido iba a ser un lugar con un clima cálido.

Ni una hora tardé en organizar mi partida, así de rápido se había dado todo, desconcertando a más de uno. Si ellos supieran por qué había aterrizado allí, se hubieran llevado las manos a la cabeza, pero no lo hacían, solo estaba al corriente mi círculo más íntimo de amigos y personas de confianza, que estaban deseando pasarse por aquí. Y así seguiría siendo porque al primer comentario de «Paul, no puedes hacer eso. Tienes mucho de lo que encargarte aquí y tu padre...». Hasta ahí hubieran llegado los comentarios porque me los habría comido directamente.

Satisfechos con las nuevas adquisiciones y sin tener que ir a ninguna tienda más porque habíamos encontrado todo

lo que necesitábamos, caminamos tranquilos descubriendo otra parte de la isla que era totalmente desconocida para nosotros.

Me frené al pasar al lado de una inmobiliaria, acercándome a la cristalera para hacer un repaso a las ofertas que se mostraban. Era la primera que nos encontrábamos.

—¿Algo que te interese? —preguntó Viktor a mi lado.

—Puede... —respondí con la vista fija en la información de una mansión que estaba a la venta.

—Ya sé lo que significan esos ojitos —sonrió él.

—Pues ya sabes, vamos, quiero que me den más información —aseguré abriendo la puerta y entrando.

La mansión era impresionante, con innumerables habitaciones, al igual que baños y todo lo imaginable, sin faltarle el mínimo detalle tecnológico, con un jardín en el que se perdía la mirada miraras hacia dónde miraras y no conseguías ver el final. Tenía una piscina preciosa acondicionada con todo alrededor donde poder disfrutar y dejar pasar las horas.

El dueño que quería deshacerse de ella, por lo que nos contó el hombre que nos atendió, era un cantante famoso y os podéis hacer una idea y visualizarla al tener el valor de quince millones de euros. Una barbaridad, lo sabía porque total, para mí y Viktor o para todos nuestros amigos cuando vinieran, con pocos metros nos sobraban, pero ¿no se había empeñado siempre mi padre en que tenía que darle buen uso al tema económico...?

Pues eso mismo, qué mejor manera que gastarlo adquiriéndola, lo que me serviría como inversión. Simplemente me enamoré de ella y nada tuvo que ver la mansión en sí, no. Lo que acaparó mi atención desde el principio fue el leer dónde estaba situada. En plena naturaleza, aislada. Por la parte principal donde tenía la piscina, a pocos metros de ella, daba directamente a la playa y por la parte trasera a la montaña.

Tranquilidad, paz, vida... eso es lo que buscaba, sin que me preocupara los metros que ocupara, pero ya que se había dado el caso y como podía y tenía más dinero del que podía gastar en tres vidas, no dudé en concretar una visita para el día siguiente.

Para sorpresa de Viktor, que tuvo el impulso de sacarme hacia fuera, le pedí al hombre que me enseñara algún piso que estuviera en una buena zona y para entrar a vivir, y que no fuera pequeño. El motivo por el que Viktor reaccionó así, fue porque lo primero que le dije es que iba a comprar un piso para regalárselo a él. Y así lo hice, sin importarme sus protestas. Al final claudicó y eligió uno a su gusto porque de allí no me sacaban si no lo dejaba también cerrado, el que fuimos a ver de inmediato y no tardó en decir Viktor que se lo quedaba. Sabía que casi ni lo pisaría porque estaría conmigo, pero lo tendría y esa era mi tranquilidad.

De vuelta en la calle, una vez salimos del piso que nos mostraron y sería de él en cuanto firmara los papeles, tuve

la sensación de que habíamos encontrado nuestro lugar. La primera y en la frente, me dije ampliando la sonrisa que se había formado en mi cara.

Como había pensado y con lo que no tuve duda, en cuanto pisé la mansión me reafirmé en mi convicción y acabé aún más deslumbrado por ella. No dudé en cerrar en ese instante la compra, haciéndome con ella en tiempo récord para alegría del hombre que me la vendió, adjudicándose dos ventas en poco tiempo.

Durante los días posteriores continuamos instalados en el hotel para no meter presión con los trámites del nuevo piso de Viktor. Organizando, comprando y haciéndonos con todo lo que necesitábamos. En un principio como ya he comentado a la vivienda no le faltaba de nada, pero, aun así, me deshice de todo el mobiliario al verlo demasiado ostentoso para mí y lo compré a mi gusto.

Viernes y la mansión estaba ya para entrar a vivir después de que el día anterior terminaran de trabajar en el interior. Nos despedimos del hotel y con las maletas en el coche nos dirigimos hacia un gran supermercado para hacer una buena compra y que no nos faltara de nada, pero a punto de llegar, le comenté a Viktor que antes de pararnos a comprar y de entrar al que sería nuestro nuevo hogar, parara en un concesionario.

Los tres únicos caprichos y gastos desorbitados que iba a hacer: la mansión, el piso y el coche. Al menos ese era mi pensamiento, después estaba por ver qué depararía todo. Quería un coche de propiedad ya que el que nos habían facilitado nada más aterrizar era de alquiler, de un concesionario de lujo.

—Ya tienes lo que querías —dijo Viktor estrenando el sofá, dejándose caer en él.

—Por ahora... —asentí caminando hacia la gran corredera que daba a la piscina y al mar, dejando la vista perdida en esas imágenes.

—Esta noche podemos ir a celebrarlo.

—Claro. —Me giré hacia él sonriendo—. ¿Te apetece cenar fuera o aquí?

—Como prefieras. Si quieres lo hacemos aquí, queda una hora para que te traigan todo lo que hemos comprado y tendremos la despensa y nevera a tope. Ya después vamos a tomar algo y a conocer la noche de la isla.

—Nada de eso, la comida no se va a mover. Decidido, primero vamos a tomarnos algo, después a cenar y por último le ponemos punto final a la noche con otra copa. Hace mucho tiempo que no lo hago, vamos a lo grande —sonreí encogiéndome de hombros.

a

la sensación de que habíamos encontrado nuestro lugar. La primera y en la frente, me dije ampliando la sonrisa que se había formado en mi cara.

Como había pensado y con lo que no tuve duda, en cuanto pisé la mansión me reafirmé en mi convicción y acabé aún más deslumbrado por ella. No dudé en cerrar en ese instante la compra, haciéndome con ella en tiempo récord para alegría del hombre que me la vendió, adjudicándose dos ventas en poco tiempo.

Durante los días posteriores continuamos instalados en el hotel para no meter presión con los trámites del nuevo piso de Viktor. Organizando, comprando y haciéndonos con todo lo que necesitábamos. En un principio como ya he comentado a la vivienda no le faltaba de nada, pero, aun así, me deshice de todo el mobiliario al verlo demasiado ostentoso para mí y lo compré a mi gusto.

Viernes y la mansión estaba ya para entrar a vivir después de que el día anterior terminaran de trabajar en el interior. Nos despedimos del hotel y con las maletas en el coche nos dirigimos hacia un gran supermercado para hacer una buena compra y que no nos faltara de nada, pero a punto de llegar, le comenté a Viktor que antes de pararnos a comprar y de entrar al que sería nuestro nuevo hogar, parara en un concesionario.

Los tres únicos caprichos y gastos desorbitados que iba a hacer: la mansión, el piso y el coche. Al menos ese era mi pensamiento, después estaba por ver qué depararía todo. Quería un coche de propiedad ya que el que nos habían facilitado nada más aterrizar era de alquiler, de un concesionario de lujo.

—Ya tienes lo que querías —dijo Viktor estrenando el sofá, dejándose caer en él.

—Por ahora... —asentí caminando hacia la gran corredera que daba a la piscina y al mar, dejando la vista perdida en esas imágenes.

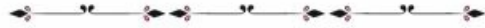
—Esta noche podemos ir a celebrarlo.

—Claro. —Me giré hacia él sonriendo—. ¿Te apetece cenar fuera o aquí?

—Como prefieras. Si quieres lo hacemos aquí, queda una hora para que te traigan todo lo que hemos comprado y tendremos la despensa y nevera a tope. Ya después vamos a tomar algo y a conocer la noche de la isla.

—Nada de eso, la comida no se va a mover. Decidido, primero vamos a tomarnos algo, después a cenar y por último le ponemos punto final a la noche con otra copa. Hace mucho tiempo que no lo hago, vamos a lo grande —sonreí encogiéndome de hombros.

Capítulo 4: Ivonne



Estaba cansada de la semana, más que nada porque había tenido mucho trabajo, a Dios gracias. Había limpiado cuatro casas y además había cuidado a un par de niños en tres. En cuanto a dinero me sentía feliz porque había conseguido algunos extras para sobrevivir, pero era viernes y continuaban mis noches en el pub.

Me preparé un sándwich de pan integral con pavo, lechuga, tomate y un poco de mahonesa, estaba riquísimo y me lo fui comiendo de camino al trabajo.

—Hombre, mi chica favorita —me dijo Sebas al verme aparecer por la barra.

—Hola —sonreí volteando los ojos—. Tu chica favorita se acaba de meter un sándwich entre pecho y espalda que se quedó como nueva y te traje uno. —Lo saqué del bolso.

—Después dicen que eres mi favorita, normal, eres la única que te preocupas por mí. —Me dio un beso en la mejilla.

—Sé que te gustan mucho, no me cuesta nada preparar un par de ellos.

Comencé a atender en la barra, siempre me quedaba allí a un lado y él al otro. Fuera, en las mesas, atendían las gemelas Lola y Carmen, dos preciosidades de treinta años que eran muy graciosas y sabían manejarse con los clientes como pez en el agua.

Sebas tenía una relación de varios años con Jordi, el dueño del local, de la misma edad que él, cuarenta años. Se llevaban genial, además, era gracioso ya que eran unos ligones y tenían a las clientas locas, la verdad es que eran dos pedazos de hombres; guapísimos, simpáticos y con un porte increíble.

La noche comenzó bien tranquila, la verdad es que la movida venía a partir de las doce de la noche, pero a primera hora, las diez, todo se llevaba bastante bien.

Mi atención se centró en un par de jóvenes que acababan de entrar, un poco más mayores que yo. Jamás los había visto por aquí, más que nada me llamó la atención sus rasgos que hacían presagiar que eran de algún lugar de

Europa del Norte.

—Buenas noches —les sonreí cuando se estaban sentando frente a mí —¿Qué les puedo servir?

—Buenas noches —dijeron a unísono—. Dos Tanqueray con tónica —contestó el más alto y guapo, la verdad es que era impresionante.

—Ahora mismo. —Volví a sonreír mientras los preparaba.

Ni qué decir tiene que habían pedido una de las botellas de ginebra más caras que teníamos en el local, pocas veces la señalaban.

Sebas me hizo un gesto con las manos por debajo de la barra que significaba que estaban para mojar pan. Me reí disimuladamente porque sabía que me iba a soltar algo de eso.

Les serví las copas mientras notaba que observaban cada uno de mis movimientos como solía ser habitual en estos casos.

—¿Qué tal son las noches en la isla? —me preguntó el más guapo, aunque los dos lo eran, pero el que habló tenía una de las caras más bonitas que hubieran visto mis ojos jamás.

?

—Veo que habéis acabado de aterrizar en ella —dije dando por sentado que estaban de vacaciones a la vez que sonreía—. Las noches son moviditas, eso sí, por norma general suelen ser tranquilas de problemas, menos de vez en cuando que algún payaso se emborracha y la intenta liar. Hay muy buen ambiente hasta las seis de la mañana que todos se van a las terrazas de la playa a comer churros con chocolate.

—Es bueno saberlo —contestó con una media sonrisa que sabía que estaría derritiendo a Sebas que de reojo vi que no dejaba de mirarnos.

—Cualquier cosa que necesitéis saber y que no sea ilegal o le haga daño a alguien, podéis preguntarme. —Apreté los dientes y me desplacé un poco a la derecha para atender a una pareja.

Se me estaba escapando una sonrisilla de esas que no puedes contener y es que no sabía por qué cojones ese hombre me estaba poniendo de lo más nerviosa y lo peor de todo, es que notaba que tenía la vista fija en mí. Es más, cuando me giré, me estaba mirando con una preciosa sonrisa.

aLe sonreí y me puse a recoger unos vasos que habían dejado sobre la barra para meterlos en el lavavajillas.

—Una pregunta. —Se dirigió de nuevo a mí y me giré sonriente, más que nada porque no se me quitaba ni haciendo todos los esfuerzos del mundo—. ¿Tú sueles comer churros en la playa? —preguntó causándome una carcajada que me tuve que doblar, mientras, por el rabillo del ojo vi a Sebas mirándome con la ceja levantada al

no saber por qué estaba así. Negué mirándolo sin poder parar de reír.

—¿Me vas a dejar una buena propina? —pregunté bromeando.

—No lo dudes, la mejor de todas.

—Pues no, no como en la playa porque los churros con chocolate son cinco euros y con eso tengo yo para desayunar toda la semana en mi casa —dije a carcajada limpia. Su sonrisa seguía, pero pareció cambiarle un poco

—Si quieres, hoy te invito yo.

—Pero antes tienes que dejar la propina.

—Claro, pero la tienes que coger.

5 —¿Y cuándo un camarero no coge la propina si es lo que más nos gusta de nuestra franja horaria? Una vez un cliente me dejó cincuenta euros y de los nervios que me entraron salté la barra y lo abracé un cuarto de hora.

—No quiero imaginar lo que te espera a ti —dijo su amigo causándome una risa, capaz y todo eran de darme cincuenta y cinco euros para ganar al anterior.

La risa de los tres era monumental, tenía la sensación de que me había fumado un cigarro de la alegría o algo por el estilo porque me iba a dar algo de las carcajadas tan intensas. Estaba siendo esto toda una terapia para mí, ya que me estaba riendo lo que hacía muchísimo que no hacía.

Estuvieron por lo menos tres horas en la barra hasta que pagaron para ir a cenar y dijeron que luego volverían.

—No me dejó la propina y este no vuelve más.

—Se fue arruinado con la cuenta —me respondió Sebas muerto de risa—. Por cierto, es un muñeco, vaya hombre...

—Como te escuche Jordi te da una colleja que te deja moviendo la cabeza hasta mañana.

—Si Jordi lo hubiera visto, se hubiera derretido como tú y como yo, por cierto, que jamás te vi a tan baba caída, ni con tu marido.

—Mi ex, mi ex. —Revolví los ojos—. Tampoco exageres, solo me hacía gracia.

—¿Gracia? Gracia la que te ha tenido que hacer a ti ese, mogollón de mariposillas que estoy seguro de que te han recorrido por la barriga.

—¡Qué dices! Estás fatal —reí.

—Es innegable la cara que tenías en todo momento, ese hombre te ha gustado y tus sentimientos reaccionaron a ello.

—Madre mía, la de películas que te montas con el fugado.

.

—Ni una mísera propina de un euro —murmuró causándome una carcajada bien grande.

Eran las cuatro de la mañana cuando aún babeaba recordando a ese forastero que había aparecido para sacar la mejor de mis sonrisas cuando apareció por la barra, solo y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Un Tanqueray con tónica, por favor; por cierto, me llamo Paul. —Extendió su mano mientras me miraba con sus ojos clavados en los míos.

—Encantada, pensé que te habías fugado para no darme la propina; por cierto, me llamo Ivonne.

—Un nombre muy bonito.

—Gracias. —Me puse a servirle la copa.

—Imagino que sabes cuál es el mejor de los restaurantes para deleitarnos con esos churros con chocolate.

—Yo con los churros me vale, mejor me das a mí el dinero del chocolate que ya mojo yo de tu taza —solté, provocándole tal carcajada que varias personas se giraron al escucharlo.

—¿Cerráis a las seis?

—Sí, te va a dar tiempo de dejarte otro pastón en copas.

—Me va a costar superar el mes.

—Pues empieza a prevenir, que estamos a mediados y te queda por sobrevivir la otra quincena.

i

—Siempre tengo latas de conserva reservadas para los imprevistos. —Tenía la risilla floja.

Estuvo bromeando a cada rato, tenía una personalidad arrolladora, era de esas personas que brillaban por su carisma.

A las seis de la mañana salí de la barra para irnos a desayunar después de él pagar la cuenta.

—Toma —me dio un sobre que sacó doblado de su bolsillo de atrás del pantalón— la propina, pero, no lo abras hasta llegar a tu casa.

—Esto es muy fino —dije metiéndolo en el bolso—. Fijo que son veinte euros repartidos en billetes de cinco —bromeé causándole una carcajada—. Gracias.

—A ti por ser tan simpática.

Se le veía un chico tranquilo, me contó que había venido a la isla hace unos días y que se había comprado una casita. No entró en muchos detalles ni le quise interrogar, así que solo sabía que era nuevo en la isla, tenía treinta y siete años y era de Suecia.

Le encantó el desayuno, lo disfrutó con cada bocado. Luego pedimos un taxi que me dejó primero en mi casa, despidiéndonos ahí e intercambiando los teléfonos, para marcharse hacia la suya.

Entré en la cocina, me preparé un café y me lo llevé a la habitación. Cuando me puse el pijama saqué el sobre y al ver su contenido casi me da algo, había tres billetes de quinientos euros ¿Por qué había hecho eso? Me costaba hasta contener la respiración.

Cogí el móvil y le puse un mensaje.

Yo: *Perdona, Paul ¿No te habrás equivocado de sobre? Aquí hay una suma muy alta de dinero.*

Vi que lo leyó rápidamente.

Paul: *Muy grato tu mensaje, buenos días de nuevo. Es para ti, a mí una vez mi madre me dijo que compartir cuando sale del corazón, es cosa de grandes personas. Creo que te vendrán bien.*

Eso lo decía por los comentarios que había dicho, con la intención de que los interpretara de broma, aunque era la más pura realidad.

Yo: *No, en serio, dime cómo puedo devolvértelo.*

Paul: *¿Dónde está la diferencia entre el cliente que te dio cincuenta euros, y abrazaste efusivamente, y yo?*

Yo: *En mil cuatrocientos cincuenta euros...*

Me eché a reír después de mandarle el mensaje, no era para menos. ¿En serio pretendía que me quedase esa suma de dinero así sin más?

Paul: *Acepto que me invites mañana a churros con chocolate.*

Me emocioné por completo, quería volverme a ver.

Yo: *Propuesta aceptada. Descansa.*

Paul: *Dulces sueños, Ivonne.*

Me moría con ese hombre y eso que siempre decían que los de Europa del Norte eran hombres fríos y secos, este debía de ser la excepción.

y

Me costó bastante coger el sueño, estaba como una niña pequeña intentando reaccionar a todo. La verdad es que no sentía una ilusión así desde que me pasaron tantas cosas feas, pero esto, aunque obviamente no iba a llegar a nada, me producía un poco de brillo en mi vida. Volver a tener un desayuno con él era dar por hecho que aparecería por la noche en el pub.

Paul: *Acepto que me invites mañana a churros con chocolate.*

Me emocioné por completo, quería volverme a ver.

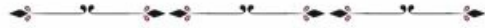
Yo: *Propuesta aceptada. Descansa.*

Paul: *Dulces sueños, Ivonne.*

Me moría con ese hombre y eso que siempre decían que los de Europa del Norte eran hombres fríos y secos, este debía de ser la excepción.

Me costó bastante coger el sueño, estaba como una niña pequeña intentando reaccionar a todo. La verdad es que no sentía una ilusión así desde que me pasaron tantas cosas feas, pero esto, aunque obviamente no iba a llegar a nada, me producía un poco de brillo en mi vida. Volver a tener un desayuno con él era dar por hecho que aparecería por la noche en el pub.

Capítulo 5: Ivonne



Me desperté a las tres de la tarde y me dirigí a la cocina a prepararme unos filetes de pollo a la plancha. Comí antes de ducharme ya que no estaba Matías y salí a darle encuentro a mi tía Olivia para irnos a ver a mamá.

Cuando lo hacía con ella me solía reír bastante porque siempre se daba alguna situación que se ponía melodramática, pero graciosa a la vez.

—Hija qué guapa estás hoy —me dijo mi tía abrazándome.

—¿Me estás diciendo que los demás días estoy fea? —Bufé causándole una risilla contagiosa.

—No, por favor, eso es imposible. Eres muy bonita, pero hoy te resaltaste las mejillas con un poco de colorete.

—Sí, me eché un poco de colorete, rímel y hasta me pinté los labios con brillo, pero eso lo hago muchas veces.

—Pues hoy tienes una luz diferente, no sé, te has llenado de vida.

Yo también me sentía diferente, era como si de repente comenzara a ver la vida con un poco más de sal, como decía, no me hacía ilusiones por nada del mundo, pero oye, ese pellizquito en este momento lo tenía y reconozco que no me podía quitar de la cabeza a Paul, el hombre de la sonrisa perfecta, el perfecto desconocido que me había dejado una propina que jamás hubiera imaginado recibir.

Llegamos hasta donde estaba mi madre hablando con una de las cuidadoras en el jardín.

—Mira quienes han llegado, Esperanza.

—Mis dos hijas —murmuró sonriendo y mirándonos.

—Eres la mujer con más hijas del mundo —le dijo Olivia mientras le agarraba la cara y se la comía a besos.

—Hola, preciosidad. —La abracé—. ¿A que soy tu hija favorita? —le pregunté haciéndola reír.

—La más guapa sí, eso es innegable —dijo acariciando mi mano.

—Pues con eso, ya me doy por contenta. —Se la besé.

—A mí siempre me termináis haciendo llorar —murmuró mi tía secándose las lágrimas.

—Somos unas sensibleras.

Amaba a las dos y encima eran lo único que me quedaba en la vida.

Sacamos a mi madre de la residencia a dar una vuelta y tomar una merienda con nosotras en alguna terraza, lo hacíamos una vez a la semana.

Ella quería un vaso de leche manchadito de café y una tostada con mantequilla y mermelada, yo me pedí un cortado y mi tía un vaso de leche y una palmera de chocolate.

—Deberías comer algo.

—Almorcé tarde y no me entra nada.

—Tienes que pasar por casa el lunes; el domingo lo pasaré cocinando y prepararé varias comidas para la semana para las dos, me apetece cocinar. Haré carne de toro, garbanzos con langostinos, pasta a la carbonara y unas lentejas.

—El lunes me tienes allí como un clavo para recoger mis porciones —gemí solo de pensarlo.

—Sabía que te iba a gustar.

a—Tus comidas son las mejores del mundo y, la verdad, no es que yo me esmere mucho para mí sola. Siempre salgo del paso con un sándwich o cualquier cosa ligera.

—Mi hija no come —murmuró mi madre sosteniendo su taza entre las manos—. Mis otras hijas están todas entraditas en carnes.

—¿Me estás llamando gorda, Esperanza? —le preguntó bromeando a modo riña.

—Entradita en carnes, hija. —Nos provocó unas risas.

Mi tía no estaba gorda, pero sí era más corpulenta comparada conmigo. La realidad es que mi madre ya era como una niña pequeña, ni pensaba lo que decía ni iba acorde con la realidad, ella vivía en su mundo.

Estuvimos una horita antes de llevarla de regreso a la residencia y como despedida la llenamos de besos, esos que le sacaban una gran sonrisilla.

Acompañé a mi tía hasta su casa, esa que era de mis abuelos y quedamos en vernos el lunes.

—Cuídate mucho, hija.

—Y tú, tita. Te quiero.

—Y yo, hija, mucho.

Raquel me había puesto un mensaje para tomar un café, tenía la tarde libre. Apenas eran las seis y media y tenía tiempo de sobra.

—¡Ole lo más bonito que parió la tierra! —dijo al verme mientras me abrazaba y comía a besos— Qué buena cara tienes hoy.

—Tengo que contarte algo —sonreí de medio lado.

—Uy, esa sonrisa solo puede ser que te has enamorado.

—Tampoco exageres, pero sí he conocido a alguien —comencé a contarle la historia mientras nos ponían el café.

—¿Mil quinientos euros? Joder si eso es mi sueldo del mes.

—Y el mío entre todos los trabajos —me reí.

—¿Y no le has sacado más información de su vida?

—No, para nada, ya sabes cómo soy.

—Pues hoy cuando aparezca le tienes que preguntar hasta por su número del documento de identificación.

—Sí, claro. —negué riendo—. Mira. —Le enseñé desde mi móvil su foto de WhatsApp.

—Por mi vida ¿me estás diciendo que has desayunado con semejante hombre y no te lo has tirado?

—¡Raquel! —protesté riendo.

—Ni Raquel ni leches, que un hombre así no se ve todos los días. Bueno ni de vez en cuando, parece sacado de

una película. ¿Y has dicho que mañana de nuevo desayunas con él?

—Sí, eso me dijo. Imagino que aparecerá por el pub esta noche, la verdad es que lo reconozco, estoy muy nerviosa y deseando verle.

—Pues esta vez te lo tiras por ti y por mí.

—Madre mía, tienes demasiado peligro. —Volteé los ojos.

—Muchísimo, a mí uno así no se me va sin darme un buen meneo.

—Raquel... —bufé.

—Pero bueno, te digo que este tipo para dejar mil quinientos euros es rico.

—No, rico no es, es más no tiene ni coche. Va en taxi, bueno creo que no lo tiene.

—Lo mismo lo hace para no conducir después de beber —dijo a modo explicación con gesto de darlo por sentado

—También tienes razón, pero rico no es, puede que tenga un buen trabajo y unos buenos ahorros y no le suponga un trauma, pero mil quinientos euros duelen mucho, voy a devolvérselos.

—¿Tú eres tonta? ¿Sabes la de tiempo que tardarías en reunir algo así?

—Sí, llevo reunido desde que me separé quinientos euros —nos echamos a reír—. Aun así, siento que ese dinero no me pertenece.

Después del café y un buen rato con ella poniéndome nerviosa, pero haciéndome reír bastante, nos despedimos y quedamos en hablar por si al día siguiente comíamos juntas, ya le diría algo por la mañana.

Llegué a casa y estaba Matías saliendo de la ducha con cara de pocos amigos, ni nos saludamos como era normal en nosotros. Nada quedaba de eso que un día sentimos.

Para su mente retrograda él era la víctima, encima de que me puso los cuernos, lo dejaron tirado como una mierda y quería responsabilizarme de que no estuviéramos juntos. Era una persona de lo más egoísta y soberbia.

Me arreglé con unos pantalones pitillo negros y una camiseta de cuello redondo y de manga corta del mismo color, el cinturón rojo como las sandalias de tacón bajo y los labios. Me veía rara, hacía mucho que no me vestía así, pero me apetecía arreglarme lo más femenina posible.

El pelo me lo dejé de lo más mono con las planchas, suelto y tenía un brillo espectacular. Me encantaba, estaba

por primera vez después de mucho tiempo feliz mirándome al espejo.

Matías se me quedó mirando descarado.

—¿Ya tengo suplente? —dijo con tono jocoso y una cara que estaba completamente desenchajada.

—Buenas noches —dije ignorando su comentario y saliendo rápidamente por la puerta.

Me dirigí al trabajo y, al llegar, Sebas comenzó a silbarme, cosa que me hizo ponerme roja como un tomate.

—Hoy la barra del pub es otro nivel. —Se acercó a darme un beso.

—Calla, jodido que me pones nerviosa.

—Pero no como ese hombre con el que te fuiste ayer.

—No pasó nada.

.

—Lástima, conmigo no hubiera salido vivo —bromeó causándome una carcajada.

Me puse a trabajar nerviosita por saber en qué momento aparecería o si lo haría, que también cabía la posibilidad que me dejara esperando con el corazón a mil por hora.

No me había gustado nada con la cara que me había mirado Matías, pero nada, era como de odio y a la vez desesperación. Era increíble que el hombre que un día me amó, según él, porque yo lo dudaba, ahora fuera mi peor enemigo.

l

por primera vez después de mucho tiempo feliz mirándome al espejo.

Matías se me quedó mirando descarado.

—¿Ya tengo suplente? —dijo con tono jocoso y una cara que estaba completamente desenchajada.

—Buenas noches —dije ignorando su comentario y saliendo rápidamente por la puerta.

Me dirigí al trabajo y, al llegar, Sebas comenzó a silbarme, cosa que me hizo ponerme roja como un tomate.

—Hoy la barra del pub es otro nivel. —Se acercó a darme un beso.

—Calla, jodido que me pones nerviosa.

—Pero no como ese hombre con el que te fuiste ayer.

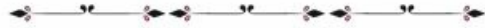
—No pasó nada.

—Lástima, conmigo no hubiera salido vivo —bromeó causándome una carcajada.

Me puse a trabajar nerviosita por saber en qué momento aparecería o si lo haría, que también cabía la posibilidad que me dejara esperando con el corazón a mil por hora.

No me había gustado nada con la cara que me había mirado Matías, pero nada, era como de odio y a la vez desesperación. Era increíble que el hombre que un día me amó, según él, porque yo lo dudaba, ahora fuera mi peor enemigo.

Capítulo 6: Paul



—¡Que voy! —Escuché gritar a Viktor.

Y entendí a qué se refería en cuanto ununami en la piscina arrasó conmigo, al haber estado dándole la espalda.

—A ver si practicas un poco el lanzamiento de cabeza —reí echándome el pelo hacia atrás.

—Con los años que tengo eso es algo ya imposible —rio conmigo—. Y lo divertido que es cuando salgo a la superficie.

—Será que no tienes piscina libre para tirarte que tienes que hacerlo a mi lado —dije nadando y acercándome hasta el borde, apoyando los brazos en él.

—Con lo feliz que volviste esta mañana, lo poco que has dormido no te ha sentado bien, estas girado. —Me miró de reojo poniéndose a mi lado.

—Me he levantado bien. —Levanté una ceja.

—¿No acabó la noche como querías? —preguntó divertido.

—No tenía ninguna pretensión de nada, solo disfrutar del tiempo con Ivonne. —Me encogí de hombros—. Y no tenías que esperarme despierto.

Así había sido, cuando entré en el salón estaba tirado en el sofá viendo una película. Se había pasado toda la noche en vela esperando a que volviera y la bronca que le eché aún retumbaba entre las paredes de la mansión.

Fui yo el que le pedí, mientras cenábamos, que me dejara por libre para volver al pub, queriendo disfrutar a solas con ella. Tampoco tuve que insistirle mucho porque conociéndome como lo hacía, no necesitó demasiado tiempo para saber mis intenciones, que no eran otras que ir por libre como ya he dicho.

De esa manera me dejó en la puerta del pub y se fue, diciéndole que ya volvería en taxi porque no pensaba

mostrarle todavía a Ivonne nada que le indicara cómo era mi vida. No por nada, no me escondía, pero con lo poco que sabía por lo que me había contado ella, y por comentarios que no me había costado analizar, necesitaba mostrarme lo más normal del mundo.

Aunque el sobre que le di no sé si había sumado o restado en ese intento, pero poco me importó. Fue algo que tuve claro conforme la noche avanzó y así lo había hecho. A pesar de mi posición, era muy consciente de lo que costaba llegar a final de mes para una persona normal, y por normal me refiero en el sentido de no tener una fortuna. Por ese motivo quise poner de mi parte para que pudiera respirar tranquila durante un tiempo, aunque fuera poco.

—No pude dormir. —Le quitó importancia.

—Ya. —Levanté una ceja—. Te recuerdo, por si se te ha olvidado, que puedo valerme perfectamente por mí mismo.

—Eso lo sé de sobras, tío —rio—, pero ¿qué quieres? Me sentí como una madre la primera vez que deja a su hijo salir de noche.

Solté una carcajada por su comparación y lo dejé estar porque ya se lo había dejado claro, para no meter más cizaña.

—Esta tarde entrevistaré a varias personas para que se encarguen de todo lo referente a la casa, incluyendo un jardinero —comenté pasado un buen rato que habíamos estado en silencio, disfrutando del sol y de la calma de alrededor.

—Me parece bien porque se va a acumular más polvo... solo nos movemos entre nuestras habitaciones, el salón, el baño, la cocina y esta parte del jardín.

—Lo normal, ¿no? —respondí con los ojos cerrados dejando que el sol me calentara— Si por mí fuera me sobraba todo lo demás.

Me impulsé y salí del agua. Arrugado estaba de todo el tiempo que había pasado dentro. Caminé hacia una hamaca y me tumbé dispuesto a esperar solo el tiempo necesario para secarme e ir hacia la cocina para empezar a preparar la comida. Estaba más que acostumbrado a valerme por mí mismo como ya sabéis, aunque las ayudas se agradecían en según qué momentos, lo que no tardaría en suceder en cuanto tuviera contratado al personal, con cocinera incluida.

Viktor no tardó en unirse a mí. Lo miré sonriendo, intentando no reír, mientras cortaba unas verduras concentrado al máximo y haciéndolo al milímetro. Nos movimos por la cocina sincronizados. Llevábamos tanto tiempo juntos, siendo amigos y familia, que era más que evidente nada más vernos.

Mi pensamiento de dejar Suecia en cuanto pudiera, porque hacía mucho que había sido un tema de conversación entre mi grupo más cerrado, no lo incluían a él. No por nada, ni es que quisiera desprenderme de Viktor, pero no quería que dejara toda una vida atrás por el simple hecho de yo querer desaparecer. De nada me sirvieron todas las palabras que le dije, las que tiró por tierra dejándome claro que nada lo unía a dónde vivíamos, solo el techo bajo el que vivía y eso podía ser sustituido en cualquier lugar. Eso y que no tenía intención de separarse muchos metros de mí.

Él sabía de sobra, porque así se lo había remarcado, que, si optaba por no acompañarme, nunca le faltaría el trabajo junto a mí. Pero se negaba a rascárselos tumbado en el sofá sin hacer nada mientras yo lo mantenía.

Mi móvil empezó a sonar encima de la encimera y lo ignoré al ver el nombre de la persona que me llamaba, el hombre de confianza de mi padre y que yo seguía manteniendo.

—En algún momento tendrás que cogerlo —dijo distraído Viktor siendo muy consciente de quién era.

—Tú lo has dicho, en algún momento que no será en este tampoco. —Curvé los labios queriendo cerrar ese tema.

Pasaba de que el día se me girara, lo que sucedería en cuanto descolgara porque empezaría a escuchar una serie de palabras que acabarían como siempre, llevándome al límite y cagándome en todo cuando colgara.

La comida no tardó en estar puesta en la mesa y comimos con calma. Demasiado bien nos habíamos acomodado a las nuevas rutinas, lo digo porque nunca nos habíamos echado a descansar después de comer y no dudamos en hacerlo.

Dos horas más tarde, empecé a reunirme con todas las personas que vinieron para ser entrevistadas. Solo a tres de ellos descarté, los demás empezarían a formar parte del personal a mi cargo al día siguiente. Así lo dejé claro a cada uno de ellos. Con cocinera, con personal de limpieza y jardinero, di por cerrada esa parte, conforme y contento, porque creía que había acertado en todas mis elecciones, estaba por ver con el tiempo.

a

Acercándose la noche cenamos y no tardé en empezar a prepararme para aparecer por el pub donde trabajaba Ivonne. Una sonrisa tonta apareció en mi cara ante su recuerdo, la que no se me borró dándole encuentro a Viktor, dispuesto a irme.

—Qué estarás pensando —dijo divertido.

—No creo que tengas problemas para saberlo —reí por su cara—. Me marchó, como te encuentre despierto cuando vuelva la tendremos, y no será tan suave como la última vez.

,

—¿Suave? Si solo te faltó colgarme como a un cuadro. —Soltó una carcajada.

—Pues si no quieres ser parte de la nueva decoración, ya sabes —dije y sabía de sobra que así sería, no que lo

colgara, sino que la tendríamos a mi llegada.

^s—¿Llevas todo lo que necesitas?

^s—Sí. —Di varios golpes en la zona del bolsillo trasero, donde llevaba la cartera.

—Me refería a la protección, al capuchón. —Levantó una ceja intentando no reír.

—¿Ahora qué, vas a darme la charla? —reí— Estás muy susceptible desde que estamos aquí —dije mientras me alejaba.

—Que te lo pases bien —gritó antes de que saliera por la puerta.

—Lo mismo te digo amigo.

Me monté en el taxi que había pedido Viktor y que me esperaba en la puerta, dándole la dirección del pub.

Quedaba muy poco para tener otra vez delante de mí a Ivonne. Las ganas pudieron conmigo y el tiempo que tardó² el taxi en parar enfrente del local se me antojó demasiado largo.

Pagué y salí directo hacia la puerta, accediendo a él.

^l—Hola preciosa —dije apoyándome en la barra.

Ivonne estaba de espaldas y giró rápido en cuanto escuchó mi voz. Le hice un repaso a conciencia. Estaba diferente, ni mejor ni peor porque esa mujer daba igual como estuviera frente a mí, provocaba exactamente lo mismo. Simplemente, algo destacaba más en ella sin saber qué era en ese momento. Estaba preciosa y más con la sonrisa con que se giró, recibéndome.

—Hola —dijo acercándose—. ¿Hoy vienes solo? —Miró por si Viktor estaba por algún lado.

^r—Muy solito, espero que cuides muy bien de mí esta noche. Tengo que volver bien y entero a casa —respondí divertido.

—Por mi parte no tienes problema, pero tienes que comportarte. —Amplió la sonrisa, sonrojándose.

—¿No puedo hacer travesuras? —Levanté una ceja.

—No —rio—. ¿Qué quieres tomar?

—Lo mismo de siempre.

—Eres un hombre de ideas fijas. —Se giró para empezar a prepararlo.

—Tengo las cosas claras y cuando me gusta algo siempre voy a por ello —dije con decisión.

Levantó la cabeza de golpe, con la botella en el aire y fijando sus ojos en los míos. La miré divertido por el rubor que cubrió su cara, que fue más que evidente, a pesar de la iluminación del local y porque...

—Como me beba eso me vas a tener que llevar en brazos toda la noche.

—¿Cómo?

Riendo hice un gesto con la cabeza señalando hacia la copa.

—¡La virgen! —Dio un pequeño grito cuando el nivel de la ginebra estaba a punto de rebosar.

Solté una carcajada al verla apurada, a la que se unió nerviosa soltando la botella.

—No te preocupes, queda mucha noche. Divídelo en tres copas sin añadirle a dos nada más, y me las pones por delante cuando te lo pida —sonreí.

—Madre mía, nunca me había pasado. —Soltó un bufido apurado.

—Me alegra escuchar eso —dije con voz ronca para darle más significado a mis palabras.

Me miró avergonzada, pero sonriendo.

—Vale, lo haré así, pero a los dos que te vas a tomar a la fuerza te invito yo, qué mínimo por todo. La primera la pagas como buen cliente, que de la propina no me olvido —dijo riendo mientras sacaba dos copas más y dividía el alcohol, quitando de mi vista las dos copas a las que se había referido.

—No —dije convencido.

—Sí —me contestó de la misma manera.

—¿Estás segura de que quieres pelear conmigo? Tienes que saber algo. —Me incliné hacia delante, indicándole con un dedo que se acercara.

Cuando lo hizo y tuve su cara a pocos centímetros, aguanté el impulso de cogerla de la cabeza y unir nuestros labios.

—No tengo rival cuando me propongo o digo algo. Te puedo asegurar de que voy a pagar todas las copas, si

quieres agradecermelo de otra manera estaré más que encantado y dispuesto —susurré.

—De otra manera... —Tragó saliva.

—Eso mismo. —Aspiré su olor sin que se diera cuenta—. Te puedo dar alguna idea por si te has quedado en blanco.

Acabé riendo al ver su expresión. Un compañero pasó casi rozándola y sonriendo al vernos, motivo por el que se puso más nerviosa.

—Aquí tienes y no, no necesito ninguna idea de ningún tipo, a imaginación no me gana nadie. Diferente es que me deje llevar y lo ponga en práctica, para ello necesito... —y se calló tragando saliva.

—¿En qué estás pensando mujer? —Me hice el sorprendido, agrandando los ojos.

—Yo... —Se ruborizó otra vez sin saber dónde meterse.

—Era broma. —Solté una carcajada—. Broma mi sorpresa, en lo demás he sido muy sincero. —terminé de hablar haciéndole un guiño, sentándome bien en el taburete.

La noche avanzó entretenido sin perder de vista a Ivonne yendo de un lado para el otro, envueltos en la música que sonaba y el murmullo que nos acompañaba. No dejó de mirarme nerviosa, a veces de reojo, otras directamente.

—Ahora vamos a hablar en serio. —Se puso delante de mí cuando faltaba poco para terminar su turno.

—Tú dirás, preciosa. ¿Ya te has decidido a saltar por encima de la barra y lanzarme al suelo? —le sonreí mientras me llevaba la copa a los labios, dándole un sorbo y relamiéndome, movimientos que siguió sin perderse detalle y descentrándose.

—Pero ¿qué dices? —rio nerviosa— He dicho en serio.

—He sido muy serio. —Levanté una ceja.

—Como decía —carraspeó—, esto es serio. No puedo aceptar el dinero que me diste, es demasiado. Por favor —me frenó al ver cómo me acercaba más a la barra para responderle—, no me siento a gusto. Una cosa es una propina y otra...

—Lo que te di fue una propina, sin ninguna intención ni nada oculto en ello. Lo hice de corazón y porque este me podía —remarcó para no darle a entender mi posición—. Si hubiera sido en otro momento lo mismo te hubiera dado centimillos —rio—. No quiero que te sientas incómoda y por supuesto quiero que dejemos este tema con

esta conversación cerrado —insistí—. Tú lo necesitas, yo ahora mismo no, eso es todo. —Me encogí de hombros.

—Pero no me conoces —negó ruborizada.

—No lo hago, pero espero hacerlo —sonreí—. Y, no necesito conocerte para hacer lo que hice. Para que veas mi intención... —dejé de hablar sacando la cartera.

—¿Ya te vas? —preguntó cambiando el tono.

—Ni loco, me debes un desayuno con un buen churro y dónde mojarlo —sonreí de medio lado.

—Eso está hecho —asintió contenta.

—¿Estás segura? —le pregunté intentando no reír— Piensa en el significado de lo que te he dicho. —Le hice un guiño mientras ponía encima de la barra noventa euros, por cada vez que me había servido, las que no habían sido pocas.

—¿Más dinero? —Se sorprendió al verlos, sonrojada por haber pillado el significado de mis palabras.

—Correcto, como buen cliente. —Acorté la distancia que me separaba de ella, incorporándome—. Te espero fuera.

Con esas palabras me giré y me alejé hacia donde le había dicho. Solo faltaban cinco minutos para que el pub cerrara y no tardaría en despedirse de sus compañeros y darme encuentro.

Quedaba la mejor parte, a pesar de que estar junto a ella toda la noche había sido perfecto, pero más lo sería cuando estuviéramos solos los dos, con los churros y el chocolate de por medio, los que serían reales.

Mandaba cojones, me reí yo solo cuando estuve fuera. ¿El motivo? No era de comer mucho dulce y ya había sobrepasado mi límite, pero no pensaba frenar, eso lo tenía más que claro.

esta conversación cerrado —insistí—. Tú lo necesitas, yo ahora mismo no, eso es todo. —Me encogí de hombros.

—Pero no me conoces —negó ruborizada.

—No lo hago, pero espero hacerlo —sonreí—. Y, no necesito conocerte para hacer lo que hice. Para que veas mi intención... —dejé de hablar sacando la cartera.

—¿Ya te vas? —preguntó cambiando el tono.

—Ni loco, me debes un desayuno con un buen churro y dónde mojarlo —sonreí de medio lado.

—Eso está hecho —asintió contenta.

—¿Estás segura? —le pregunté intentando no reír— Piensa en el significado de lo que te he dicho. —Le hice un guiño mientras ponía encima de la barra noventa euros, por cada vez que me había servido, las que no habían sido pocas.

—¿Más dinero? —Se sorprendió al verlos, sonrojada por haber pillado el significado de mis palabras.

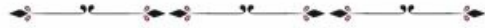
—Correcto, como buen cliente. —Acorté la distancia que me separaba de ella, incorporándome—. Te espero fuera.

Con esas palabras me giré y me alejé hacia donde le había dicho. Solo faltaban cinco minutos para que el pub cerrara y no tardaría en despedirse de sus compañeros y darme encuentro.

Quedaba la mejor parte, a pesar de que estar junto a ella toda la noche había sido perfecto, pero más lo sería cuando estuviéramos solos los dos, con los churros y el chocolate de por medio, los que serían reales.

Mandaba cojones, me reí yo solo cuando estuve fuera. ¿El motivo? No era de comer mucho dulce y ya había sobrepasado mi límite, pero no pensaba frenar, eso lo tenía más que claro.

Capítulo 7: Ivonne



Estaba en la puerta esperándome con esa sonrisilla que era mi perdición. Sacó su codo para que me agarrase a él y comenzamos a andar hacia el chiringuito en el que nos íbamos a tomar el mejor de los desayunos.

Esos escasos minutos que pasamos andando hacia la terraza los hicimos en silencio, sonriendo, incluso se nos escapaban algunas risillas en las que nos mirábamos y no hacía falta decir nada más.

Llegamos al lugar rápidamente, más que nada, porque estaba a la vuelta de la esquina, además cogimos una mesa en una esquinita que me gustaba mucho. No tardaron en traernos los churros con chocolate y nuestras bocas se hicieron agua, solo había que vernos la cara.

—Están de vicio —dijo mientras mojaba otro.

—Ya te digo, lo malo que esto no se puede hacer a menudo que luego llegan los kilos, aunque estoy segura de que te matas en un gimnasio, se te ve fuerte.

—Me cuido, pero no te creas que hago deporte como rutina. Hay días que puedo pasarme horas haciéndolo y después pasan varios días sin pensar en ello.

—Yo no hago nada, no como mucho pero no hago absolutamente nada, no me da la vida para eso.

—Aquí trabajas de jueves a sábado ¿qué haces el resto de tiempo? —preguntó con curiosidad y sin perder la sonrisa.

—Pues trabajar en casas limpiando, además de cuidar niños y yendo a visitar a mi madre cada día a la residencia —le conté la historia incluida la de mi tía y todo.

—Vaya, debe de ser triste...

—Mucho, pero bueno, sobre todo duro.

—¿Y vives sola?

—No salgas corriendo cuando te cuente mi realidad —le advertí riendo, pero con tristeza.

—Prometido. —Se puso la mano en el corazón.

Le conté toda mi historia con Matías y por qué no podía irme del piso y tenía que aguantar esa situación. Noté que la sonrisa desaparecía de su rostro.

—Me duele conocer esa parte, obviamente no voy a salir corriendo, te valoro más, pero me hierve la sangre de que estés en esa situación.

—Por esa razón no le veo salida a mi vida.

—Siempre la hay, nunca sabemos lo que nos puede deparar el futuro.

—Que suban el precio de las viviendas y la podamos vender, o que me toque la lotería, pero, solo compro un cupón a la semana.

—¿Y él podría comprar tu parte?

—Sí, pero antes se cortarían las venas. Su función es hacerme daño y ponerme todo muy difícil.

² —Debe ser muy mala persona al actuar así después de lo que te hizo.

—No lo reconozco.

—Cualquier cosa que necesites en cualquier momento, no dudes en llamarme.

—Tranquilo, estoy bien. —Le acaricié la mano por encima de la mesa, momento que aprovechó para agarrármela y comenzar a acariciármela igualmente.

—No quiero dejar de verte.

—Gracias, Paul.

En ese momento cambiamos la conversación, aunque eso que me había dicho se notaba que lo había hecho de forma sincera, desde el corazón.

—Pues Viktor es mi mano derecha, vive conmigo, somos amigos, compañeros de piso y llevamos algunos temas juntos.

—Imagino que de trabajo.

—Sí, claro —sonrió, pero no dejó entrever nada más, ya llegaría el momento en que me quisiera contar a qué se dedicaba.

Después de tomarnos el chocolate con churros pedimos un par de cafés. La verdad es que notaba que él también sentía a gusto en mi compañía. Me daba rabia que me tuviera que esperar toda una noche para desayunar, pero era mi vida, mi trabajo y las circunstancias que me rodeaban.

Tras el desayuno llamó a un taxi y me acompañó hasta la puerta de mi casa.

—Nos vemos pronto, no te quiero dejar de ver —repitió mientras me agarraba la cara y me daba un beso en la frente.

Entré nerviosita, intuí que Matías estaba durmiendo e intenté no hacer ruido hasta mi cuarto.

Me cambié y me tumbé en la cama, sin olvidarme de poner el despertador, porque en dos horas tenía que levantarme para hacerle la visita a mi madre. Aún no eran ni las ocho de la mañana.

No conseguí quedarme dormida, solo tenía en mi mente a Paul y las miradas que nos fuimos regalando durante toda la noche, la mañana y esos momentos en que parecían que íbamos a terminar comiéndonos a besos.

A la una en punto estaba con mi tía atravesando el jardín en busca de mamá, por supuesto con la tarta de limón que tanto le gustaba.

—Hombre dos hijas más —dijo cuando nos acercamos a ella y nos pusimos una a cada lado a besarle la cara mientras reía nerviosa como una niña pequeña.

—Debes de tener ya como cincuenta hijas —le dijo mi tía mientras se sentaba en el banco y yo al lado frente a mi madre que estaba en su sillita.

—No las he contado, pero Dios me dio la bendición de poder ser la mamá de un montón de criaturitas perdidas en la vida.

—Hombre, tan perdidas no estamos —le dijo mi tía ocasionándome una risa.

—Qué buena está esta tarta —dijo como cada domingo.

—Tu niña preferida que cocina solo para ti —le contestó mi tía refiriéndose a mí.

—¿Y me podrías traer otro trocito otro día?

—Claro, el domingo que viene ¿te parece?

—Vale, le diré a una de mis hijas que lo apunte para yo no merendar ese día.

e—Claro que sí, si no a tu secretaria personal —bromeé mientras besaba su mano.

t

Después de pasar la mañana las tres juntas, nos despedimos y me fui a buscar a mi amiga Raquel para comer, como todos los domingos, el único día que nos veíamos de la semana, menos cuando hacíamos un café rápido como el día anterior.

La puse al día con lo ocurrido la noche anterior con Paul, y no dejaba de alucinar, normal, estaba hasta yo flipando con lo vivido.

—A ese tío le molas mucho, de lo contrario no pasa una noche esperando a que salgas para tomar unos churros con chocolate y no otra cosa.

—Yo también lo veo así, pero me da miedo que desaparezca ahora que le he contado la realidad de mi vida.

—No lo creo, pero si lo hace, él se lo pierde.

—No, por Dios, quiero verlo, aunque sea una vez más —dije poniendo carita de tristeza.

—Seguro que sí, preciosa, seguro que sí. Por cierto, ¿qué tal Olivia?

—Pues bien, estuvimos juntas viendo a mamá y ahora se iba a meter a cocinar como loca, que mañana dice que me va a tener preparado un montón de táperes para la semana.

—Esto está genial, por cierto, tengo que comentarte algo...

—Dime. —Su cara me preocupó un poco.

t

—Anoche estaba tomando unas copas en la terraza de La Marea y apareció Matías. Estaba muy borracho y comenzó a decirme que tú eras una zorra, que le estabas jodiendo la vida y que no te ibas del piso.

—¿En serio? —pregunté nerviosa.

—Sí y yo le dije que era tuyo también y tenías la responsabilidad de las cuotas que pagabas. Se puso hecho un energúmeno, tanto es así que lo echaron de la terraza y sus amigos lo intentaron aplacar. Se puso a amenazar mientras se iba de que todo esto iba a ser una desgracia.

—Siento que te hiciera pasar eso. —Se me hizo un nudo en la garganta.

—Tranquila, me desahogué bien, lo llamé putón verbenero y un montón de cosas más.

—Madre mía, no comprendo cómo puede comportarse así.

—Ten mucho cuidado con él, solo te pido eso.

—Yo no le doy mucha bola. Cuando sé que está tonto no le contesto ni nada, ni ganas, sinceramente, pero no puedo hacer nada más. No me puedo ir y seguir pagando mi parte de la hipoteca, y si me voy con mi tía, ¿cómo le explico que trabajo por la noche? Estoy muy jodida.

o

—Lo sé, cariño, lo sé.

—Pues eso, que es una lástima que hasta en sus borracheras se acuerde de mí, pena que no lo hizo mientras se tiraba a la compañera y me tomaba por loca.

—Y tengo que contarte algo mío, nada que ver son ese despreciable ser.

—Espero que sea bueno. —Me reí nerviosita porque no estaba yo para muchos disgustos.

—Anoche conocí a Damián, un dentista guapísimo con el que estuve hablando toda la noche y es divorciado. Tiene una hija, Jazmín, de tres años que es una preciosidad.

—Joder, qué bueno.

—Hemos quedado el viernes para cenar.

—Madre mía, como cambia todo de la noche a la mañana. Me siento feliz de verte ilusionada.

—¡Está buenísimo! No tanto como tu sueco, pero está tremendo el tío. —Me hizo sonreír con ese comentario.

Tras la comida nos fuimos a dar un paseo y tomar un café antes de despedirnos.

Aproveché para pasar por casa de mi tía al avisarme de que tenía una cosa que darme.

—Hija, encontré esta pulsera limpiando los cajones de tu mamá. Es de oro y quiero que la tengas con todas las cositas que te di de ella.

—Oh, qué bonita, la recuerdo. —Era de oro y perlas blancas, una monería. Tenía muchos pendientes, anillos,

cadena y pulseras de ella, menos lo que llevaba puesto. Todo lo guardaba como el mayor de mis tesoros.

La guardé en el bolso y me tomé un té con ella mientras cocinaba, al final me quedé toda la tarde y me preparó los táperes para que ya me los llevara, incluso cené con ella un revuelto de espárragos y langostinos que estaba riquísimo.

Llegué a casa y Matías estaba en el sofá de resaca, se notaba a la legua que había pasado todo el día intentando lidiar con eso.

—No sé para qué vives aquí si no estás en todo el día —me dijo como si ese fuera su problema.

—Buenas noches, Matías. —Me dirigí a mi cuarto.

—Eres una maldita zorra, pero todo esto lo vas a pagar, créeme que lo pagarás.

¿Más de lo que lo estaba pagando? Lo dudaba, pero bueno, a pesar del dolor que me causaba que se dirigiera a mí de esa manera, intenté mantener la calma y sobre todo no pensar en ello.

Me llegó un mensaje que me hizo sacar una sonrisa.

Paul: Buenas noches, preciosa. Casi me atrevería a decir que te echo de menos.

Yo: Buenas noches, Paul. No voy a negar que yo también tengo ganas de verte. Descansa.

Paul: Dulces sueños, bella, con esas palabras me voy feliz a dormir.

Me encantaba, estaba jodidamente cayendo rendida a sus pies. Era un hombre que me causaba un sinfín de emociones que alegraban la realidad de mi vida.

cadenas y pulseras de ella, menos lo que llevaba puesto. Todo lo guardaba como el mayor de mis tesoros.

La guardé en el bolso y me tomé un té con ella mientras cocinaba, al final me quedé toda la tarde y me preparó los táperes para que ya me los llevara, incluso cené con ella un revuelto de espárragos y langostinos que estaba riquísimo.

Llegué a casa y Matías estaba en el sofá de resaca, se notaba a la legua que había pasado todo el día intentando lidiar con eso.

—No sé para qué vives aquí si no estás en todo el día —me dijo como si ese fuera su problema.

—Buenas noches, Matías. —Me dirigí a mi cuarto.

—Eres una maldita zorra, pero todo esto lo vas a pagar, créeme que lo pagarás.

¿Más de lo que lo estaba pagando? Lo dudaba, pero bueno, a pesar del dolor que me causaba que se dirigiera a mí de esa manera, intenté mantener la calma y sobre todo no pensar en ello.

Me llegó un mensaje que me hizo sacar una sonrisa.

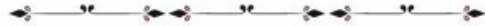
Paul: *Buenas noches, preciosa. Casi me atrevería a decir que te echo de menos.*

Yo: *Buenas noches, Paul. No voy a negar que yo también tengo ganas de verte. Descansa.*

Paul: *Dulces sueños, bella, con esas palabras me voy feliz a dormir.*

Me encantaba, estaba jodidamente cayendo rendida a sus pies. Era un hombre que me causaba un sinfín de emociones que alegraban la realidad de mi vida.

Capítulo 8: Paul



—Buenos días. —Saludé a Nina al llegar a la cocina, la mujer que se encargaría de ella.

—Buenos días, señor —me respondió sonriente.

—Lláname por mi nombre, por favor —le pedí caminando hacia la cafetera.

—Como quiera —asintió—. Déjeme a mí, ¿cómo le gusta el café? A parte ¿qué le apetece de desayunar? No sé si lo hace a primera hora fuerte o...

—No te preocupes Nina, por ahora solo un café con leche está bien. Un poco más tarde me entrará hambre —le sonreí—. Y por favor, igual que me vas a llamar por mi nombre tutéame.

—Perdón, es que me cuesta. Pues enseguida se lo llevo.

—No pasa nada, ya te habituarás. Como quieras. —Acabé aceptando por el apuro que vi en su expresión.

Modo multimillonario activado, al menos dentro de casa y para según qué cosas me dije dirigiéndome hacia el jardín.

Bajo los primeros rayos del sol me dirigí hacia una mesa y me senté. Eran las ocho y media de la mañana. Cogí el periódico que había encima y que habría dejado Viktor desde primera hora porque era de madrugar mucho y lo ojeé para estar al día de las últimas novedades.

Nina no tardó en venir con el café con leche y con unas galletitas pequeñas al lado. Negué sonriendo en cuanto las vi, al haber puesto un extra.

—Señor, perdón Paul —rectificó a tiempo de que la corrigiera.

—Dime.

—Había pensado en hacer un menú para toda la semana, si le parece bien, para organizarme.

—Por mí estupendo, aunque puede que algún día nos dé por comer algún antojo.

—Oh, por eso no hay problema, si me lo dicen lo preparo rápido.

—De acuerdo —le respondí callándome que seguramente lo haríamos nosotros, aún nos tenía que conocer.

—Pues cuando lo tenga preparado se lo enseño para saber si le parece bien.

—Como quieras, pero no somos delicados, seguro que sí.

—Bueno así me quedo tranquila, por si quiere hacer algún cambio. Me tiene que decir si son intolerantes a algo.

—No lo somos, lo dejo en tus manos.

Sonreí al verla asentir. No había conseguido dirigirse hacia mí tuteándome. Por ahora era la única que estaba con nosotros, el personal de limpieza lo haría intermitentemente durante la semana y el jardinero, hasta dentro de un par de días no se pasaría. Con esa condición lo contraté al decirme que estaba a nada de terminar unos trabajos que le ocupaban gran parte de los días. No había ninguna prisa porque todo lo que alcanzaba a ver estaba en perfecto estado y así se lo hice saber.

Le eché el azúcar al café con leche y aparté las galletitas a un lado sin intención de llevármelas a la boca. Hacía pocas horas desde la última vez que vi a Ivonne y me despedí de ella, y me parecía una eternidad. Solo de pensar que hasta el jueves no la volvería a ver.

Cogí el móvil y lo desbloqueé, entrando en la aplicación de mensajes. Fui directo a la conversación que tenía con Ivonne y releí los últimos. La noche anterior le había dado las buenas noches, igual que ella me devolvió.

Con ganas de hablar y saber de ella empecé a teclear.

Yo: *Buenos días, preciosa. Espero que hayas descansado muy bien y la semana se presente de la misma manera.*

Dejé el móvil a un lado viendo que no le entraba y me tomé el café tranquilo y pensativo.

;

Mi cabeza empezó a darle vueltas a todo lo que me había contado, cada detalle, sin poder evitar que la rabia empezara a recorrerme por todo lo referente a su ex. Aún no me entraba en la cabeza que pudiera convivir bajo el mismo techo con él y menos de la manera en que se daba. En el instante en que llegó a esa parte tuve que contenerme para no saltar y reaccionar como era yo.

Si me hubiera dicho que es que mantenían una buena relación de amistad... también me hubiera costado digerirlo

pero lo habría entendido. Pero todo lo que me explicó, no, eso no había por dónde cogerlo. Bueno sí, por los huevos de ese tío directamente, a poder ser retorciéndoselos. Un desgraciado e hijo de puta, eso es lo que era ese impresentable y se las vería conmigo.

Sí, lo haría, eso lo tuve claro nada más saberlo. Y no es que pretendiera nada al hacerlo, pero me era imposible razonar cuando los límites se sobrepasaban, y no era de los que giraban hacia otro lado y lo dejaba pasar. No, más bien me metía en la boca del lobo directamente.

Si en algún momento ese tipo se había pensado que tendría el camino libre para humillar a Ivonne y menospreciarla, haciéndola sentir incómoda, se le había acabado la buena suerte, por decirlo finamente. No iba a consentir esa situación, ni que pasara por encima de ella como le diera la gana y por ese mismo motivo, por mi cabeza empezaron a pasar ideas para ponerle solución.

En ello estaba concentrado cuando sentí movimiento a mi lado y giré la cabeza viendo a Viktor sentarse en otra silla.

—¿Todo bien? —Quiso saber por mi expresión.

—Aquí, meditando.

—Empiezas bien temprano. ¿Sobre qué? ¿En cómo soltar la bomba de que te vas a establecer aquí?

—Eso no ocupa espacio en mi cabeza, ni me preocupa. —Levanté una ceja—. Vivo y viviré donde me salga de los cojones, así de simple. Quien no esté de acuerdo y no le guste, dos problemas tiene. Nunca he dado explicaciones de mi vida y así va a seguir siendo.

—Vale, veo que de ese tema poco tienes que pensar —negó divertido—. ¿Entonces a qué viene esa cara? —insistió.

Cuando le iba a responder un mensaje entró y cogí el móvil sonriendo.

Ivonne: *Buenos días, Paul. Lo he hecho y ya veremos cómo va la semana. Ahora mismo estoy saliendo por la puerta, voy directa a limpiar una casa. Espero que tú también hayas descansado y vaya bien la semana.*

Yo: *¿Todo bien bajo ese techo?*

Esperé su respuesta, la que se hizo de rogar más de lo normal cuando nos mensajeábamos.

Ivonne: *Como siempre. Hablamos más tarde si quieres, ya entro a trabajar.*

Yo: *Está bien, preciosa. Que vaya muy bien y no te canses mucho. Ya hablaremos de ese «como siempre». Quieri*

y te escribiré más tarde, aunque tú puedes hacerlo cuando quieras y te apetezca.

Después de un par de mensajes de despedida, dejé el móvil a un lado y apuré el café. Giré hacia Viktor que no se había perdido detalle de mis reacciones.

—Ya veo quién es la responsable de que meditaras cuando he llegado.

—Ni te lo imaginas. —Me recosté en la silla.

—¿No tiene que ver con Ivonne? —Levantó una ceja.

—Sí y no, no es lo que estás pensando, ahora mismo no —asegué.

—Pues ilumíname. —Se apoyó en la mesa.

—Es por un tema personal de ella, ayer cuando estuvimos solos me contó varias cosas que...

—¿Por eso estuviste en tu mundo durante todo el día ayer?

Asentí y empecé a explicarle todos los detalles que Ivonne me contó sobre la situación con su ex y de la forma en la que la trataba, reservándome el resto de su vida privada. Toqué el único tema urgente para ponerlo al corriente, sabiendo que no dudaría en ser el segundo en frenarle los pies a ese tío, el primero sería yo, lógicamente, ese placer no me lo iba quitar nadie.

—Entiendo —dijo serio.

—Necesito que averigües todo lo que puedas de él —le pedí de la misma manera—, eso para empezar.

—Dalo por hecho.

Su confirmación me la dio ya de pie, entrando en la casa a por las llaves del coche, tal y como me dijo. No tardó en aparecer pasando cerca de mí, moviéndolas en el aire. Asentí y le sonreí agradecido.

Tenía que buscarme algún entretenimiento porque no era de estar parado mucho tiempo. Eso es lo que pensé dejando atrás el jardín y dirigiéndome hacia la habitación, dispuesto a cambiarme de ropa y hacer un poco de ejercicio en el gimnasio que había habilitado para ello.

Al final, entre unas cosas y otras, retrasé ese momento al empezar a recibir mensajes de mis amigos. Con el cachondeo y respondiendo a todas las preguntas de cómo nos iba y si el lugar nos gustaba, pasé una hora sentado en el banco de pesas sin utilizarlo.

Me despedí de ellos con sus comentarios de que no tardarían en hacernos una visita para dar el visto bueno a la mansión, que necesitaban comprobarlo con sus propios ojos. Esos lo que querían era tomarse unas vacaciones a lo grande, bien lo sabía y más que encantado estaba porque se diera.

Era lo único que echaba en falta de mi vida en Suecia, mis amigos con los que siempre había estado muy unido. Pero sabía que no perderíamos el contacto por la unión que teníamos y que más veces de las que pensaba se presentarían en la isla.

Casi dos horas pasé en el gimnasio haciendo deporte, esperando el momento en el que Viktor apareciera con alguna información a la que poder echarle mano.

Mi cuerpo estuvo forzando con cada máquina que utilicé, pero mi cabeza, ella se desconectó de mí dirigiendo toda su atención hacia lo que tenía Ivonne encima. No conseguí relajarme y lo que tenía que ser un tiempo en el que terminara agotado y con una sensación placentera por el deporte, acabó por ser agobiante y salir peor de lo que había entrado.

Le eché un vistazo al móvil dirigiéndome hacia la habitación. Nada, ni de Viktor ni de Ivonne. Me metí directamente en la ducha y me tomé mi tiempo, sin prisa, intentado calmar mi interior mientras el agua caía por mi cabeza.

Recompuesto, volví a salir al jardín con el portátil a cuestas y fui directo hacia una de las hamacas. Nada más encenderlo entré para comprobar todas las cuentas que disponía y me dediqué a actualizarme con los correos que tenía olvidados desde que me subí al avión.

Como no, tenía un montón del hombre de confianza de mi padre y de la persona que gestionaba mi patrimonio. Esos últimos fue los que abrí descartando los primeros por el momento. Nada importante había en ellos, solo datos para ponerme al día de las últimas inversiones que había hecho.

Dejé el portátil a un lado y me tumbé en la hamaca cerrando los ojos. Adormecido una voz me hizo despertarme de golpe.

—Empieza a echarte crema que nuestra piel no está acostumbrada a este clima —dijo divertido Viktor, sentándose a la hamaca de al lado.

—Has tardado mucho. —Me incorporé sentándome como él.

—Ya sabes cómo va esto. —Se encogió de hombros.

—Lo sé, es por la impaciencia —negué.

—Lo tengo localizado. Lo he seguido al trabajo y a varios sitios a los que ha ido. Ya tengo los primeros datos.

» —Hora de profundizar más —aseguré levantándome.

—Vamos a ello —sonrió de medio lado—. Por cierto, que sepas que no tiene que hacer nada a tu lado.

—¿Lo dices por lo guapo? ¿Por lo atractivo y buen partido que soy? —Solté riendo.

—También, también —respondió con una carcajada—. Eso es innegable, pero me refería a que no tiene ni dos tortazos —dijo divertido.

—Aunque los tuviera se los llevaría —aseguré serio.

a

—Eso no lo dudo.

i

s

e

—Hora de profundizar más —aseguré levantándome.

—Vamos a ello —sonrió de medio lado—. Por cierto, que sepas que no tiene que hacer nada a tu lado.

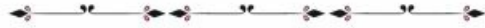
—¿Lo dices por lo guapo? ¿Por lo atractivo y buen partido que soy? —Solté riendo.

—También, también —respondió con una carcajada—. Eso es innegable, pero me refería a que no tiene ni dos tortazos —dijo divertido.

—Aunque los tuviera se los llevaría —aseguré serio.

—Eso no lo dudo.

Capítulo 9: Ivonne



Me levanté el martes con una notificación de mensaje, sonreí al ver que era de Paul.

Paul: *Buenos días, preciosa ¿Qué tal has dormido?*

Sonreí emocionada al saber que la primera noticia del día venía por parte de él.

Yo: *Buenos días, Paul. La verdad es que no me he desvelado en ningún momento ¿Qué tal estás?*

Paul: *Deseando verte, lo reconozco ¿Qué tal si quedamos esta noche para cenar?*

Yo: *Vale, te hablaré cuando regrese de ver a mi madre.*

Paul: *Esperaré con ansias ese momento. Ten un feliz día.*

Yo: *Gracias e igualmente, señor Tanqueray.*

Aparecí por la cocina sin prisas, porque ese día no tenía que salir, a sabiendas de que Matías no estaba, ya que lo escuché marcharse temprano a trabajar. Cada día me costaba más tropezarme con él y ver la cara de asco que llevaba constantemente.

Salí para hacer unas compras, la primera parada fue en la frutería ya que me hacía falta algo de verdura y luego me dirigí a la carnicería de Antonio, un señor que era de lo más simpático y adorable y me preparaba todo con mucho cariño.

—Buenos días a la mujer más bonita de toda la zona.

—Buenos días, Antonio —sonreí acercándome hasta la vitrina.

—Déjame adivinar, vienes a por tus filetes de pollo.

—Sí —reí—, además quiero un poco de pavo y queso fresco.

—Pues de todo lo mejor para mi vecina, la más simpática de todas.

—Gracias, Antonio —sonreí.

Llegué a casa y dejé hecha la comida, luego solo tendría que calentar los filetes y preparar los tomates que le pondría al lado con sal y aceite. Todavía tenía algunos de los táperes de mi tía en el congelador, pero ese día se me había antojado el pollo.

En cualquier momento me llamaría mi tía diciéndome que tenía más comidas preparadas. A veces le daba por ahí, pero a mí, lejos de molestarme, me hacía una reina ya que me ahorra el calentarme el coco y el dinero, para qué mentir, y encima comía de lo más sano y rico.

Comí temprano para no cruzarme con Matías y me metí en mi habitación a seguir leyendo la novela antes de irme a ver a mi mamá, esa cita a la que jamás podía faltar a menos que fuera porque me era imposible y entonces iba mi tía sí o sí, aunque ella casi siempre lo hacía.

Tenía muchas ganas de contarle a mi madre lo que me estaba sucediendo, a pesar de que sabía que no valdría para nada, pero, necesitaba hacerlo y saber que me escucharía a su forma.

—Mamá, me he enamorado.

—¿Pero aún no tienes hijos?

—No —me reí negando—. Gracias a Dios no, de lo contrario estaría peor de lo que he estado.

—¿Y cómo has estado? —me preguntó sonriendo, pero no le iba a contar las desgracias de vivir con el hombre que destrozó mi vida y mis ilusiones.

—Pues sobreviviendo como todo ser humano. —Le hice cosquillas sacándole una carcajada.

Me encantaba cuando se ponía con esa carita de niña pequeña deseosa de mimos, esos que siempre le daba.

Estuve toda la hora haciéndola reír, es lo que más me gustaba de este mundo. A pesar de todo, la podía seguir disfrutando de esa manera por muy doloroso que fuera, pero la tenía a mi lado.

Entré por la puerta de casa y me metí en la cocina a prepararme un sándwich, fue girarme del frigorífico y encontrarme a un Matías totalmente desenchajado.

—¡Estás con otro hombre! Maldita zorra. —Apretaba los dientes, con una cara que daba miedo.

—No me chilles y no tienes derecho a meterte en mi vida —murmuré con tristeza al verlo de esa manera, ya que no me lo merecía.

—¡Vives bajo mi mismo techo! ¡Que no se te olvide! Eres una mierda. Recuérdalo siempre, no tienes nada ni a nadie, solo a dos viejas y una de ellas ya ni te reconoce. —Me causaron un dolor increíble esas crueles palabras.

e—¡Estás loco! Por eso no tienes derecho a nada, es más, cuando era tu pareja no te importó irte con otra. —En ese momento me soltó una bofetada que me dejó desubicada.

—Vuelve a levantarme la voz y te reviento. —Me dio un puñetazo y caí al suelo aturdida—. Ojalá te pudras, puta
—Me dio una patada en la cadera que terminó por dejarme sin sentido y otra más que pensé que me había partido la pierna. Así continuó durante un tiempo por todo mi cuerpo.

Se marchó dejándome allí tirada en el suelo, yo no podía levantarme, estaba mareada y parecía como si fuera a perder el conocimiento. Intentaba luchar por no hacerlo, me daba miedo morir de esa manera sin que nadie pudiera socorrerme o enterarse de lo que me estaba pasando.

El teléfono en mi bolsillo sonaba a través de notificaciones de mensajes, pero no me podía ni mover. Dejé de escucharlo y hasta creo que caí desvanecida.

Perdí el control de la realidad y pasé un buen rato así, hasta que pude meter mi mano en el bolsillo y descolgar una de las tantas llamadas que había escuchado. No me dio tiempo ni a saludar.

—Ivonne, ¿estás ocupada?

—No me puedo levantar, me ha dado una paliza...

Fue lo único que conseguí decir antes de volver a dejar caer sin fuerzas el brazo sobre el suelo y quedarme dormida.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que escuché un estruendo de la puerta y volví a la oscuridad.

—¡Policía! —Escuché decir a varias voces a la vez cuando volví a ser consciente.

Los sentía tan cerca y tan lejos a la vez...

—Ivonne, tranquila, preciosa. Ya estamos aquí, ya viene la ambulancia. —Escuché la voz rota de Paul.

La voz de otra persona decía por radio que había que proceder a la detención de mi exmarido, Matías, que se pusieran todos los efectivos a ello inmediatamente.

Sentí cómo me colocaron en una camilla y el sonido de las sirenas de la ambulancia mientras iba a una velocidad vertiginosa. La voz de Paul me hacía saber que iba dentro, junto a mí y el equipo médico.

Me dolía todo el cuerpo, pero conforme avanzábamos iba disminuyendo por el gotero que noté que me habían puesto. Me hablaban y preguntaban en todo momento y me pedían que no me quedara dormía. Sentía mis propias lágrimas por las mejillas.

:

Llegamos al hospital y escuché que me iban a sedar, que tenían que hacerme pruebas y no sé qué más. Perdí la noción de todo e imagino que entré en una sedación inducida para no sufrir mucho.

.

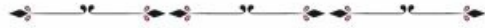
a

Sentí cómo me colocaron en una camilla y el sonido de las sirenas de la ambulancia mientras iba a una velocidad vertiginosa. La voz de Paul me hacía saber que iba dentro, junto a mí y el equipo médico.

Me dolía todo el cuerpo, pero conforme avanzábamos iba disminuyendo por el gotero que noté que me habían puesto. Me hablaban y preguntaban en todo momento y me pedían que no me quedara dormía. Sentía mis propias lágrimas por las mejillas.

Llegamos al hospital y escuché que me iban a sedar, que tenían que hacerme pruebas y no sé qué más. Perdí la noción de todo e imagino que entré en una sedación inducida para no sufrir mucho.

Capítulo 10: Paul



A punto de explotar, esa podía ser la definición de cómo me encontraba. Y no lo había hecho ya porque necesitaba saber cómo estaba Ivonne y ante mi desesperación nadie salía a informarnos.

—¿Cuánto tiempo van a tardar? —Solté un bufido sin poder frenar mis pies, caminando frente a Viktor.

—Siéntate e intenta tranquilizarte, te va a dar algo tío —me habló él.

—Una mierda me voy a tranquilizar —dije con rabia—. Ese desgraciado se ha sentenciado, como le paso algo...

—¿Quieres que empiece a moverme? Si la policía da con él antes...

—No —me frené—. Quiero estar contigo cuando eso ocurra. —Apreté la mandíbula.

—No puedes meterte en líos. —Me miró preocupado.

—Me sudan los cojones en los líos que me pueda meter, Viktor —aseguré casi susurrando—. Va a pagar por todo lo que le ha hecho a Ivonne y por lo que ha tenido que soportar.

—No me cabe duda, pero puedo actuar yo y que te mantengas al margen —insistió.

—Ya no hay marcha atrás, desde que lo supe. Y menos con lo que ha pasado. —Apreté los puños.

Me alejé unos pasos para intentar centrarme, porque la cabeza me iba a mil por hora y necesitaba actuar con control. ¿Podría aplacar la rabia que me consumía? No las tenía todas conmigo en ese aspecto, al igual que Viktor de ahí su insistencia de que me mantuviera al margen.

Pero no me importaba una mierda, iba a destrozar a ese hijo de puta de todas las maneras posibles e inimaginables, tardara el tiempo que tardara, no iba a conseguir levantar cabeza en su puñetera vida.

Cuando llamé a Ivonne fue con la intención de decirle que las ganas estaban pudiendo conmigo, haciéndose

interminable el día hasta verla para cenar. Y así habría sido al poco tiempo de esa llamada, pero lo que escuché a través de la línea me había descompuesto y cambiado todos los planes.

En el momento de la llamada estaba en el salón y al escuchar lo que me dijo me levanté de golpe sobresaltando a Viktor que pasaba cerca de allí. Su expresión preocupada no tardó en aparecer en su cara en cuanto me giré hacia él, con la mía desencajada y cubierta de odio.

—¿Qué sucede? —Se acercó a mí.

Ni le respondí, me llevé el móvil al oído yendo hacia la habitación para coger la cartera y las llaves del coche. Llamé a la policía en la intimidad dándoles la dirección exacta del piso de Ivonne, comentándoles lo que había sucedido y salí corriendo de casa encontrándome con Viktor que no volvió a preguntarme nada hasta que estuvimos montados en el coche, conmigo al volante esa vez.

—¿Qué cojones pasa? —insistió.

—He llamado a Ivonne. —Empecé a explicarle apretando el volante—. Habíamos quedado para cenar esta noche...

—Lo sé —me interrumpió desconcertado.

—El hijo de puta de su exmarido le ha dado una paliza. Una puta paliza —grité con rabia golpeando el volante.

—¡No jodas! —Se sorprendió Viktor.

—Al que voy a joder de todas las maneras que puedan pasar por tu cabeza es a él. —Apreté la mandíbula.

Poco más hablé porque conforme lo hacía la rabia me ponía peor. Intenté dejar la mente en blanco mientras recorría el camino hasta la casa de Ivonne, centrándome en la carretera para no tener ningún sobresalto. Volé sobre el asfalto, literalmente.

Con un frenazo dejé el coche en doble fila porque no veía aparcamiento y no pensaba buscarlo, y salí del coche corriendo seguido por Viktor. Subimos las escaleras de la misma manera, encontrándonos el rellano vacío.

, —Espera, en el coche puede haber algo que nos ayude. —Me frenó en el intento de empezar a darle patadas a la puerta.

—No pienso esperar —respondí con rabia lanzando la primera.

Fueron varias las que le dimos entre los dos, sincronizados para ejercer más fuerza. La puerta cedió y nos lanzamos hacia ella para que acabara de abrirse.

Entré corriendo, mirando alrededor, iba a empezar metiéndome por pasillo que quedaba a nuestra izquierda cuando Viktor me tocó la espalda llamando mi atención. Lo miré por unos segundos y tuve claro dónde estaba Ivonne, al ver lo mismo que había visto él, sus pies a lo lejos en el suelo de la cocina.

—Ivonne —dije preocupado dejándome caer al suelo.

Inerte, con golpes por cada zona que quedaba visible, así estaba. Le aparté el pelo de la cara que le sangraba y la miré a conciencia desesperado al verla que no estaba consciente y no reaccionaba.

Iba a sacar el móvil para volver a llamar a la policía y saber dónde cojones estaban cuando escuchamos ruido fuera. Me lo guardé y grité con todas mis fuerzas.

—¡Policía!

Justo en ese instante Ivonne entreabrió los ojos y me centré en ella.

—Ivonne, tranquila, preciosa. Ya estamos aquí, ya viene la ambulancia —le dije con la voz rota de dolor.

La policía no tardó en irrumpir dentro del piso viendo la situación.

—Yo he sido el que los ha llamado —aclaré al verles la intención de preguntarnos quienes éramos y tomar medidas.

—¿Qué ha sucedido? —Quiso saber un agente que se acercó a nosotros mientras el resto de ellos se movían por el piso haciendo su trabajo.

—No sé los detalles, solo las palabras que me ha dicho Ivonne antes de perder la comunicación con ella que es la afectada, las mismas que he dicho cuando los he llamado.

Ese fue el principio de relatarle por encima al agente la situación que vivía, aclarándole los detalles, hasta llegar al punto de repetir las palabras exactas de Ivonne por teléfono.

—La ambulancia está aquí —gritó un agente.

El servicio médico no tardó en estar junto a nosotros con una camilla a cuestas, en la que colocaron a Ivonne después de hacerle varias comprobaciones. No me aparté de ella, agarrándole la mano. No fue consciente de nada hasta que sus ojos se enfocaron en mí dentro de la ambulancia, distinguiéndome entre los que la atendían.

Tragué saliva al ver las lágrimas salir de sus ojos. Me aparté un poco para dejar trabajar a los sanitarios y no me perdí detalle de su mirada, para que sus párpados no se cerraran. A ello me dediqué junto a una sanitaria, a

hablarle para que se mantuviera despierta, aunque no pudiera enfocar la vista mientras la ambulancia volaba por la carretera directa hacia el hospital.

De vuelta al presente en el hospital, la desesperación estaba aniquilando el poco control que estaba intentando buscar dentro de mí. No sabía a quién llamar, no sabía cómo ponerme en contacto con su tía o personas más cercanas, no sabía una mierda y mi cabeza no podía unir dos pensamientos seguidos en ese instante.

Solté un bufido dando una gran bocanada de aire, intentando centrarme. Lo que hice al momento en cuanto una enfermera salió diciendo en alto «familiares de Ivonne», acompañada de una doctora.

—Están en camino, nosotros la hemos traído —respondí hacia las dos, pensando que una vez terminaran de explicarnos cómo estaba tenía que conseguir dar con alguien de su vida.

—Está bien —asintió la doctora—. Ahora mismo la paciente está estable dentro de la gravedad. Ha recibido muchos golpes. Las pruebas que hemos hecho hasta el momento nos han hecho mantenerle y aumentar la sedación, más que nada por la cabeza, donde hay evidencias de una gran inflamación debido a varios traumatismos. Tiene una hemorragia interna, pero es por las lesiones, no creemos que ello suponga algo grave, igualmente estaremos pendientes. La mantendremos durante un día en la UCI para tener controlado cómo responde y evoluciona, después de las primeras horas actuaremos según esté.

—¿Cuándo podré verla?

—Todavía no, quizás en el último turno de entrada a la UCI. Los avisaremos, pero todo depende de ella.

—Está bien. —Solté un suspiro cansado.

—Hemos activado el protocolo para estos casos —siguió la enfermera.

Asentí a sus palabras, pero poco me importaron porque el protocolo mío y personal hacía tiempo que lo había activado y de qué manera.

—Muchas gracias —habló por mí Viktor, al verme medio ido.

Cuando la enfermera nos dejó solos caminé hacia los asientos de la sala de espera y me desplomé en uno, apoyando los codos en las rodillas y agarrándome la cabeza con las manos.

—Se va a poner bien. —Escuché a Viktor a mi lado.

—Sí —respondí queriendo aferrarme a esa confirmación—. Necesito que localices a su tía, tiene que saberlo y estar con ella.

a—Ahora hablo con la policía, seguro que pueden facilitarme lo que necesito. Si hubiera traído mis cosas a la isla podría hacerlo por mi cuenta, pero...

—No te preocupes, como lo hagas estará bien —susurré.

—Voy a ello, no te muevas de aquí —me pidió al levantarse.

—Cuando localices a la tía, da con ese hijo de puta y ven a por mí —solté con asco, sin moverme de la posición en la que estaba, sin mirarlo.

—Así lo haré, espérame.

Viktor se fue y me quedé solo. Cerré los ojos, impotente por lo que estaba pasando Ivonne. Me levanté pasadas varias horas y fui a la cafetería a por un café, saliendo a la puerta del hospital para tomármelo.

Saqué el móvil e hice la llamada que necesitaba.

—Ey, tío ¡qué alegría! ¿Cómo va todo? —me respondió contento al otro lado de la línea.

—Sander, te necesito —le dije a uno de mis mejores amigos íntimos y de mi círculo cerrado.

—¿Qué sucede? —Puso toda su atención al recibir el tono de mi voz.

Le expliqué todo lo que había sucedido desde que conocí a Ivonne. En ningún momento me interrumpió atento a cada detalle. Era uno de los mejores abogados de Suecia y podía trabajar internacionalmente, de ahí mi llamada desesperada para que se encargara del caso de Ivonne. Nadie mejor que él, que era parte de mi familia sin ser de sangre, como para meter mano en el asunto. Sabiendo que se dejaría la piel para conseguir su objetivo, que no era otro que acabar y sentenciar al hijo de puta del exmarido de Ivonne para que pagara por lo que la había hecho sufrir.

—Dame unas horas y lo organizo todo. En cuanto esté en el aeropuerto te envío un mensaje. ¿Voy a tener que limpiar tu nombre? —Quiso saber conociéndome.

—Gracias tío. Quizás, pero solo un poquito, no creo que te suponga mucho esfuerzo.

—Ni lo digas, no me las des. Voy a hacer el mejor trabajo de mi vida, cuenta con ello. Y por lo que más quieras ten cuidado, no me costará borrar tu nombre si te implicas, pero no quiero que salgas perjudicado de otra manera.

Difícil era que hiciera su mejor trabajo, porque como ya he dicho era uno de los mejores y era implacable con cada caso que caía entre sus manos. Pero no dudaba de ello al estar relacionado conmigo.

—No te preocupes, sabes que sé lo que hago.

Solté un suspiro mientras entraba otra vez en el hospital, yendo directo al mostrador principal para preguntar si podían darme algún dato más. Después de la negativa de la chica que me atendió, me alejé de allí caminando hacia la calle.

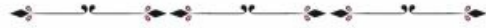
Con el agobio que tenía me costaba hasta respirar dentro. Me senté en unos escalones que había en un lateral y dejé pasar el tiempo, hasta que apareciera Viktor.

—No te preocupes, sabes que sé lo que hago.

Solté un suspiro mientras entraba otra vez en el hospital, yendo directo al mostrador principal para preguntar si podían darme algún dato más. Después de la negativa de la chica que me atendió, me alejé de allí caminando hacia la calle.

Con el agobio que tenía me costaba hasta respirar dentro. Me senté en unos escalones que había en un lateral y dejé pasar el tiempo, hasta que apareciera Viktor.

Capítulo 11: Paul



Me incorporé despacio al verlo caminar hacia mí.

—¿Cómo ha ido?

—El teléfono de la tía. —Puso su móvil hacia mí con la pantalla encendida y cogí el mío para anotarlo—. El hijo de puta no ha aparecido por el piso, pero lo he localizado, sé dónde está.

Asentí apretando la mandíbula e intenté calmarme llevándome el móvil a la oreja.

—¿Olivia?

—Sí, soy yo, ¿quién llama?

—Perdone las horas que son. —Ya era bastante de noche—. ¿Es la tía de Ivonne? —dije para asegurarme.

—Sí, ¿le ha pasado algo a mi sobrina? —Dio un pequeño grito.

A partir de ahí intenté tranquilizarla y le expliqué dónde estaba Ivonne, los detalles preferí dejarlos para cuando la tuviera delante. Nerviosa me confirmó que enseguida pedía un taxi para llegar hasta el hospital, con mi respuesta de que la esperaba en la calle, en la puerta principal.

—Cuando ella llegue y esté tranquila, nos iremos nosotros —dije guardándome el móvil.

—Está bien —asintió Viktor.

—He llamado a Sander.

—He pensado que lo harías en algún momento.

—No quiero arriesgarme. Aquí no conozco a nadie de confianza y no pienso dejar la defensa y el ataque de

Ivonne en manos de cualquiera.

—Imagino la respuesta que te ha dado.

—Sí, en unas horas estará volando hacia aquí —asentí agradecido por la familia que había creado con el tiempo.

La tía de Ivonne no tardó en aparecer, momento en el que con calma y lo más suave que pude, le expliqué lo que le había sucedido a su sobrina, sin entrar en muchos detalles de la vida que llevaba ella porque no quería meter la pata, por si no era conocedora del todo y hasta qué punto llegaba la situación por la que tuvo que pasar Ivonne dentro de ese piso.

Por supuesto antes de todo me presenté a ella para que se quedara aún más tranquila, diciéndole que estaría con su sobrina en todo momento y podía contar conmigo para todo.

Después de que pasara lo peor y cuando dejó de llorar, me agradeció abrazándome mi implicación y cuidado hacia Ivonne. La acompañamos al interior y la dejamos sentada en la sala de espera.

—Ahora tenemos que irnos un momento para resolver una cosa, en cuanto acabemos volveremos. No sé si quiere avisar a alguien para que le haga compañía...

—Oh Dios mío, sí. Con los nervios no había pensado en avisar a la mejor amiga de mi sobrina.

—Tranquila, ahora puede hacerlo con calma. Enseguida volvemos.

Nos despedimos de ella hasta dentro de poco y salimos a la calle.

—Vamos a por él —dije con decisión mientras caminaba hacia el coche.

Había llegado el momento, no dejé de repetirme mientras Viktor arrancaba y empezaba a circular.

Como bien me había dicho, no tuvimos problema en encontrarlo.

—¿Por qué mierda la policía no ha actuado todavía? —dije con rabia antes de salir del coche.

—Ni idea, entre lo que tardan en hacer los trámites y que no ha aparecido por el piso, no lo habrán encontrado...

—Tú lo has hecho. —Lo miré de reojo.

—Perdona, no me ofendas ¿eh? No puedes compararme con ellos. —Se hizo el ofendido.

No podía, no y si lo había dicho había sido para picarlo un poco. Curvé los labios, pero ese gesto me duró bien

poco en cuanto abrí la puerta del coche y salí, dirigiendo mis pasos hacia dentro el local en el que estaba el exmarido de Ivonne.

Nada más entrar Viktor me señaló hacia dónde estaba, porque yo visualmente no conocía nada de él. Asentí y caminé hasta él sorteando a la gente, haciéndole un repaso a conciencia conforme acortaba la distancia. Estaba bebiendo y por la pinta que tenía llevaba unas cuantas copas de más encima.

—Si quieres mantenerte con vida y la valoras, te aconsejo que me sigas —solté detrás de él, cerca de su oído.

—¿Qué cojones...? —Giró rápido hacia nosotros, parpadeando rápido.

—Tienes cinco segundos para estar en la calle —insistí conteniéndome y dándole la espalda, caminando hacia la salida.

a Viktor no se movió, se quedó a su lado de brazos cruzados e imponiéndolo con su presencia. Caminé hacia la zona más apartada para evitar miradas indiscretas, quedando bastante oculto y agradecí que fuera de noche mientras esperaba impaciente, con el estómago revuelto al haber tenido a ese desgraciado frente a mí. Ni dos segundos tardó en salir.

—No te conozco tío, a ninguno —pasó su mirada por los dos—, y no tengo ni puñetera idea a qué viene esto —dijo con evidentes signos de nerviosismo.

—Viktor, dice que no lo sabe —dije sacudiéndome varias motas imaginarias de la ropa que llevaba, parándome a conciencia y con movimientos lentos para ponerlo más nervioso mientras me miraba con atención.

—Eso dice —respondió mi amigo.

—Déjame refrescarte la memoria —hablé clavando la mirada en él—. ¿Te suena de algo el nombre de Ivonne? O ni eso recuerdas.

Agrandó los ojos, más nervioso aún al escuchar el nombre de su exmujer, intentando dar un paso hacia atrás, el que no pudo dar al chocar con el pecho de Viktor.

—Ya veo, creo que empiezas a entender. —Curvé los labios.

—Yo no he hecho nada —negó varias veces con la cabeza.

—Para no haber hecho nada, sabes muy bien que algo ha pasado. —Levanté una ceja acortando la distancia que me separaba de él—. Has ido a meterte con los peores, créeme, no dejo nada al azar ni al destino. Lo del karma no va conmigo, ojo por ojo, ¿entiendes?

—Todo esto es porque no conoces a esa zorra y por lo que me ha hecho pasar —escupió con rabia, pero con el miedo en la mirada.

Hasta ahí llegó mi templanza y control. Sin darle tiempo a reaccionar y haciendo que el pecho de Viktor se convirtiera en un muro, lo apreté contra él y lo agarré del pelo, tirando fuerte ante sus muecas de dolor y a esas alturas, con pánico.

—Vuelve a referirte de esa manera o de ninguna otra a Ivonne y eres hombre muerto al instante ¿lo pillas? Dime que no y me darás una alegría —dije siseando—. Ni la nombres, borra ahora mismo todos los recuerdos que tengas de ella porque algo tan puro no merece estar dentro de esta jodida mierda. —Le di un tirón de pelo, refiriéndome a su cabeza por si no le había quedado claro—. Te has sentenciado tú solo y has jodido tu vida porque no voy a descansar hasta verte sumido en la mierda, desgraciado. Y reza, reza para que Ivonne salga del hospital, a dónde la has enviado, de una pieza y bien, porque si no se da así, no podrás esconderte de nosotros.

a Me retiré y dejé a mi puño descargar varias veces parte de la rabia que había acumulado en su estómago para que no hubiera evidencias a simple vista. Se dobló hacia delante y no tardé en volver a agarrarlo del pelo, poniéndolo recto delante de mí.

—Ahora vamos a hacer un viajecito hasta la comisaría más cercana ¿a que te gusta la idea? Claro que sí. Una vez entres vas a largar todo, tu implicación y lo que has hecho. Ni una puta mentira quiero porque me enteraré, de eso tienes que estar más que seguro. Solo a un imbécil como tú se le ocurre meterse con la mafia —escupí con rabia—. Y cuidado, porque como se te ocurra mencionar algo de lo que ha pasado aquí o se ha dicho, tu vida también penderá de un hilo que no dudaré en cortar.

—¿La mafia? —dijo descompuesto y temblando.

—No tienes ni puta idea de con quién te has atrevido a jugar. No me toques los cojones y permitiré que sigas respirando, pero que te claro algo, igualmente voy a hundirte. En tus manos está si actúo por lo legal o voy directo y por mi cuenta a por ti.

Sin más, me retiré de él mientras Viktor lo arrastraba hasta el coche. Un cobarde, eso es lo que era, un cobarde que se cagó directamente en los pantalones y no consiguió hablar más. Y lo agradecí porque demasiado me estaba conteniendo.

Diez minutos tardó Viktor en parar delante de la comisaria, tiempo en el que yo había ido con la ventanilla bajada para no respirar el mismo aire que ese tío que iba en el asiento del copiloto, mientras Viktor no le quitaba el ojo de encima y yo lo controlaba desde atrás para estar atento a sus movimientos.

, Abrí la puerta y salí a la misma vez que él.

—Todo tuyo ¿quieres que te acompañe? —Señalé hacia la entrada.

—No —respondió con voz aguda.

—Recuerda, tengo a mucha gente de confianza dentro, el más mínimo fallo y no ves el amanecer hoy —hablé con tono seco y serio, apretando la mandíbula—. Otro dato importante y de vital importancia para ti, tienes una semana para hacerte cargo de la deuda completa del piso y arreglar todos los papeles de la hipoteca. Por encima de mi cadáver Ivonne vuelve a tener algo que ver contigo. Haz lo que tengas que hacer, pero dentro de una semana exacta comprobaré que lo has hecho y si no es así...

Dejé la frase inacabada a propósito. Blanco como nuestro coche, lo que distinguí perfectamente a pesar de la oscuridad, así se quedó su cara mientras los ojos parecían salirse de las orbitas. Tambaleándose caminó hacia la comisaria y no perdí de vista ninguno de sus movimientos, hasta que lo vi hablar con un agente que salía en ese momento y esperé a ver su reacción.

El agente no tardó en cogerlo desde atrás con fuerza, con una cara que me confirmó que había empezado a hablar mientras lo guiaba hacia el interior. Era consciente de que después de tomarle declaración seguramente lo dejarían retenido durante un tiempo, pero que acabarían soltándolo hasta que se celebrara el juicio, como mucho le pondrían alguna orden de alejamiento.

—Vámonos —dije al sentarme al lado de Viktor.

—¿De la mafia? ¿En serio? —preguntó intentando no reír.

—¿He dicho alguna mentira acaso? —Lo miré de reojo.

—No —soltó una carcajada—. Algo tenemos de eso, de algo tienen que servir todas las películas que nos hemos tragado.

)

A pesar de la situación y de cómo me sentía, me contagié y acabé riendo con él. De nuestra mafia personal, eso éramos porque no consentíamos que tocaran a los nuestros.

¹ Cuando llegamos al hospital otra vez quedaba poco para que amaneciera y pudimos comprobar que Olivia había avisado a la amiga de Ivonne al verla abrazada a una chica joven.

—Hola —dije nada más ponerme delante de ellas.

²

—Tú eres Paul. —Se levantó la chica—. Yo soy Raquel, amiga de Ivonne.

—Encantado. —Le ofrecí la mano, pero de nada me sirvió cuando me dio un abrazo con fuerza, el que correspondí.

—Gracias —susurró mientras su pecho se encogía y su respiración se desestabilizaba, detalle que me dio a entender que estaba llorando.

—No se merecen —susurré sin soltarla— Él es Viktor —presenté a mi amigo cuando nos separamos y se dirigió hacia él para abrazarlo.

e

Miré de reojo a mi amigo, el que se quedó un poco desconcertado por las muestras de cariño de Raquel. Intenté no reír al verlo sin saber cómo reaccionar.

—No sabemos nada todavía —habló Olivia en el momento en el que Raquel se separó de él y volvió a sentarse junto a ella.

Nos sentamos a esperar, lo único que podíamos hacer a partir de ese momento. Una hora más tarde Sebas, el compañero que reconocí del pub en el que trabajaba Ivonne y su amigo, apareció y se fundió en un abrazo con Raquel.

l

—Esto es muy normal en este país. —Se inclinó susurrando hacia mí Viktor, refiriéndose a las muestras de cariño

—Por lo que se ve sí —dije curvando los labios—. ¿Incómodo por ello?

—No, la verdad es que me ha gustado —respondió como si nada e intenté contener una carcajada.

—Olivia, él es Sebas, amigo de Ivonne y uno de sus jefes, de una de las casas en las que trabaja limpiando por las mañanas. —Lo presentó Raquel con una mentirijilla.

—Encantado, señora. —Se inclinó él a darle dos besos—. Me hubiera gustado conocerla en otras circunstancias.

—Igualmente. Tutéame, cariño. Si eres amigo de mi sobrina ya eres parte de mi familia —le sonrió ella.

No fue para engañarla, sino para seguir manteniendo en secreto que Ivonne trabajaba por las noches, ya que su tía no sabía nada de eso, tal y como me había explicado ella misma.

Eran las ocho de la mañana cuando una enfermera salió para informarnos de que seguía estable y sedada, pendientes de las últimas pruebas que le habían hecho. Antes de dejarnos solos otra vez, nos comentó que podíamos entrar poco tiempo, alternándonos durante la media hora que se podía visitar la UCI.

—Vaya primero Olivia, es su sobrina y tómese el tiempo que necesite. —Me giré hacia ella.

—Gracias —me sonrió emocionada y me abrazó.

Entraron ella y sus dos amigos por turnos, los que salieron con una expresión que dejó claro que les había

impactado y preocupado la apariencia de Ivonne. Cuando tocó mi turno caminé decidido hacia dónde me indicaron.

—Hola preciosa —le hablé en cuanto llegué a su lado, acariciándole la mano donde tenía la vía puesta—. No puedes darme estos sustos, me lo vas a tener que compensar muy bien. —La miré a la cara apretando la mandíbula por los hematomas que empezaban a cambiar de color—. Te vas a poner bien, me debes muchos churros con chocolate. —Me incliné besándola en la frente—. Estoy aquí, contigo y no tengo intención de largarme a ningún lado sin ti.

Me incorporé tragando saliva y me senté en una silla que había al lado para estar unos minutos más con ella, sin dejar de observarla.

—Perdone, la hora de visitas está a punto de terminar. —Se asomó una enfermera por la puerta abierta.

—Sí, claro —asentí levantándome y volví a acercarme a la cama para despedirme—. Quiero ver pronto esos preciosos ojos abiertos ¿me oyes? Estoy deseando que me mires como sólo tú puedes hacerlo y ver la sonrisa en tus labios. —Se los acaricié—. Nos vemos pronto, preciosa, no te hagas de rogar.

Con un nudo en la garganta salí de allí y no me paré en la sala de espera necesitando que me diera el aire en la cara. Le hice un gesto a Viktor al pasar por su lado y no se movió de la silla al pedirle que me dejara un momento.

Tres días pasaron sin que Ivonne abriera los ojos, tres días en los que las horas habían pesado como una losa. Al menos el segundo día la trasladaron a una habitación ante los resultados favorables de las pruebas que le iban haciendo.

De esa manera podíamos estar todo el tiempo junto a ella. Y yo era uno de los que apenas se movía de su lado, pasando noches y días interminables a la espera de que sus ojos se abrieran y sus labios hablaran.

Durante ese tiempo Sander llegó a la isla y fuimos a recibirlo, con abrazos emocionados y alegría por volver a encontrarnos los tres. Contándole la situación metidos en el coche, nos pidió que lo lleváramos a mi casa y que lo dejáramos por libre porque iba a empezar con el caso, dirigiéndose a mí directamente, diciéndome que no me preocupara por él y me despreocupara de todo para que estuviera en el hospital pendiente de Ivonne.

Viktor se encargó de llevar y traer a Olivia ante el agradecimiento de ella, e incluso de acercarla a ver a su hermana, la madre de Ivonne, para no dejar de visitarla. Nos trató en todo momento como si formáramos parte de su familia, y Viktor bromeaba diciendo que me había camelado a la familia que daba gusto, a lo que yo le respondía divertido que no había sido solo yo, porque Olivia se desvivía en atenciones con los dos.

La segunda y última vez que me alejé de ella fue por un motivo muy concreto, el de ir al piso de Ivonne para sacar todo rastro de ella en él. Así lo hice acompañado por Viktor una mañana en la que paramos en la gasolinera donde trabajaba el ex y todo lo amablemente que salió de mi boca, nótese la ironía, le pedí que me diera las llaves del piso porque iba a sacar las pertenencias de Ivonne.

Pálido al vernos otra vez no tardó ni dudó en lanzarnos las llaves en el aire para que no nos acercáramos a él, cogiéndolas al vuelo Viktor. Ese día nos dedicamos a hacer el primer cambio importante con el que se encontraría Ivonne nada más despertar.

a

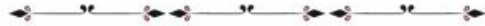
.

r

2

Pálido al vernos otra vez no tardó ni dudó en lanzarnos las llaves en el aire para que no nos acercáramos a él, cogiéndolas al vuelo Viktor. Ese día nos dedicamos a hacer el primer cambio importante con el que se encontraría Ivonne nada más despertar.

Capítulo 12: Ivonne



Escuchaba la voz de una mujer diciendo que me estaba despertando, no sabía qué me estaba pasando, solo que me costaba moverme y no podía con mi cuerpo. Recordé la paliza que me había dado Matías y comencé a notar las lágrimas recorrer mis mejillas.

Abrí los ojos y vi a Paul a un lado de la cama acariciando mi mano y al otro a mi tía Olivia llorando desconsolada

—Hija, todo va a estar bien.

—¿Cómo está mi mamá? —pregunté preocupada. Fue lo primero que me vino a la cabeza.

—Mejor que nosotros tres juntos —respondió Paul sin dejar de acariciarme y se veía de lo más emocionado—. Mantente calmada, está todo bajo control.

—Hija, no te preocupes por nada, este buen hombre se está encargando de todo.

—No quiero que te metas en un problema que no te corresponde —dije con la voz débil a Paul.

—Tú eres lo principal, quédate tranquila, por favor. Aquí estamos contigo para que nada vuelva a sucederte.

—Pero tendré que regresar a la casa.

—¡Ni loca! —gritó mi tía— Antes te ato a la cama. —Me causó una leve risilla a pesar de que no podía ni con mi cuerpo y, además, estaba de lo más triste y avergonzada por lo sucedido.

En ese momento entró el médico y me explicó que lo que más les había preocupado fue el golpe en la cabeza, por lo demás, eran moratones que desaparecerían en breve, pero que el tema fuerte también estaba controlado, que era cuestión de pocos días que pudiera salir.

—Yo no puedo quedarme aquí más días, tengo que ver a mi mamá —murmuré con tristeza.

—Tu mamá está de lo más cuidada, la estoy visitando todos los días y hasta tengo chófer, el amigo de Paul —dijo mi tía refiriéndose a Viktor, y me causó una sonrisa de añoranza—. No te preocupes, que ni me preguntó por ti —bromeó por la situación de mi madre.

—Entre tantas hijas, no se echa de menos a una —siguió la broma Paul que al parecer sabía de sobra cómo iba el tema de mi mamá.

—¿Y Matías?

—Ya estuvo detenido y pasó a disposición judicial, aunque en estos momentos está suelto a la espera de tener el juicio. Tiene muchas medidas cautelares —dijo Paul—, la primera que no se puede acercar a ti. Hace un rato que me han informado de la situación.

—Pero vivimos bajo el mismo techo.

. —Él no puede entrar en la casa hasta que tú salgas y que se resuelva esa situación por el momento.

—No se puede vender.

—Seguro que opta por quedársela. —Carraspeó Paul—. No te preocupes por nada, te lo digo en serio, todo está controlado.

—Y que tú no vuelves ahí más que con nosotros a recoger tus cosas —dijo mi tía de nuevo con firmeza.

—También me he encargado de eso, no volverás allí —explicó Paul.

—No puedo seguir ocultando la verdad porque necesitaba el dinero para pagar la hipoteca —le solté a mi tía que trabajaba en la noche y todo eso, además de que era con lo que cubría mi parte de la hipoteca.

—Hija, por favor, no me hubiera gustado, pero tampoco tienes una edad a la que te pueda obligar a hacer o no lo que quieras, pero de todas maneras algo me olía. Sebas, tu jefe, vino a verte y Raquel me lo presentó como uno de tus jefes, de una de las casas que limpias, no me lo creí. Hija no te preocupes ahora por nada, además yo tengo unos ahorros y lo sabes, te pagaré la parte de tu hipoteca hasta que se resuelva todo, en cuanto salgas te vienes a la casa, no te faltará para pagarla.

—Pero yo necesito ese trabajo, no puedo quedarme sin él y hacerte responsable de mis cuotas. —Se me saltaron las lágrimas.

—Soy tu segunda mamá, que no se te olvide, se lo prometí a la tuya que te cuidaría como si de mi propia hija se tratase. Además, todo lo mío será tuyo el día de mañana.

—No te agobies por el dinero —murmuró Paul—. No es momento de trabajar y menos de noche. Además... en breve no tendrás que preocuparte por ese dinero.

—¿Qué quieres decir? —Lo miré sin saber a qué se refería—. No puedo mirar hacia otro lado, es mi responsabilidad.

—La única que tienes es ponerte bien. —Seguía acariciando mi mano Paul—. Tu tía y yo nos estamos encargando de todo con la ayuda de Viktor y un amigo nuestro que ha venido desde Suecia, ya te lo explicaré bien. Así que, por favor, deja de darle vueltas a la cabeza. —Se agachó y me besó la frente y vi cómo mi tía sonreía.

—Me cae muy bien este hombre, hija, qué suerte que lo hayas conocido.

Me contaron que fue Paul quien avisó a mi tía y todo eso, la verdad es que me sentía cada vez más sorprendida por ese hombre que sin conocerme apenas, estaba ahí dándole todo en esos momentos.

Además, no se había movido ni un momento del hospital y por lo que veía no pensaba hacerlo. No iba a tener vida para agradecerse, se estaba comportando como todo un señor y hasta me sabía mal verlo envuelto en mis problemas.

Mi tía se marchó a ver a mi madre y luego para su casa, Paul se quedó conmigo como llevaba haciéndolo cuando yo no era consciente de nada.

No me dejaba darle las gracias, solo acariciaba mi mano, el pelo y no dejaba de besar mi frente y mejillas. Se le veía emocionado de verme despierta y me daba la sensación de que ese hombre me había cogido mucho cariño.

Dormía en un sillón a mi lado cuando me desvelé de madrugada. Sonreí al verlo a mi lado cuidándome en estos dolorosos momentos. No se podía imaginar la paz que me daba, era como que me sentía protegida en esos momentos que reconozco que tenía mucho miedo a mi ex. Me quedé de nuevo dormida mirándolo y con casi una sonrisa en los labios a pesar de la tristeza que tenía.

Por la mañana ya estaba despierto cuando abrí los ojos, sonriendo, agarrado de mi mano y con el desayuno a un lado preparado para los dos.

1

—He sobornado a los cocineros para que sean generosos con nosotros.

—No tengo nada de hambre.

—¿¡Cómo!? —preguntó riéndose y acercando sus labios a mi frente dándome varios besos— Me da igual que no tengas apetito, ahora mismo voy a comenzar a despegar. —Cogió un trozo de pan con fiambre de pavo y me hizo el avión como se le hacía a los niños pequeños y me tuve que echar a reír.

—Cada día me asombras más. —Abrí la boca para que me introdujera el trozo de pan.

—Quién fuera pan —murmuró antes de carraspear y coger el vaso de zumo de naranja para que pudiese dar un trago.

Me reí y no contesté a ese comentario que, sin duda, me había encantado escuchar. Justo a las diez y cuarto de la mañana, se abrió la puerta hacia la que miramos y no me podía creer lo que veía. Viktor traía a mi mamá en su sillita y mi tía iba al lado.

—Aquí te traigo a tu madre para que no te quejes más.

—Tita, gracias y a ti Viktor muchas, muchas gracias. —Miré a Paul emocionada—. No voy a tener vida para agradecer lo que estáis haciendo por mí.

Estaba sentada en la cama y estiré la mano para tocar a mi mamá.

a

—Mamá.

—Hola, tú eres otra de mis hijas, ¿verdad?

—Bueno eso me lo tendría que confirmar usted —bromeé mientras derramaba las lágrimas y le acariciaba la mejilla. Me hacía muchísima ilusión tenerla en esos momentos a mi lado, aunque no fuera consciente de nada.

—Sí, debes de ser mi hija, alguna tenía que salir guapa.

—Ya estamos, ya volvió a llamarme fea —bromeó mi tía causando la risa de todos.

—¿Y por qué no te levantas de la cama?

—Estoy cansada, he trabajado mucho —sonreí agarrando su mano—. Por cierto, estás morena y yo muy blanca.

—Me gusta tomar todos los días el solecito un rato mientras charlo con unas y otras de mis hijas. —Vamos con mi tía y conmigo—. Recibo muchas visitas de ellas, me quieren mucho.

Era adorable, increíblemente adorable, mi mamá...

—Cada día me asombras más. —Abrí la boca para que me introdujera el trozo de pan.

—Quién fuera pan —murmuró antes de carraspear y coger el vaso de zumo de naranja para que pudiese dar un trago.

Me reí y no contesté a ese comentario que, sin duda, me había encantado escuchar. Justo a las diez y cuarto de la mañana, se abrió la puerta hacia la que miramos y no me podía creer lo que veía. Viktor traía a mi mamá en su sillita y mi tía iba al lado.

—Aquí te traigo a tu madre para que no te quejes más.

—Tita, gracias y a ti Viktor muchas, muchas gracias. —Miré a Paul emocionada—. No voy a tener vida para agradecer lo que estáis haciendo por mí.

Estaba sentada en la cama y estiré la mano para tocar a mi mamá.

—Mamá.

—Hola, tú eres otra de mis hijas, ¿verdad?

—Bueno eso me lo tendría que confirmar usted —bromeé mientras derramaba las lágrimas y le acariciaba la mejilla. Me hacía muchísima ilusión tenerla en esos momentos a mi lado, aunque no fuera consciente de nada.

—Sí, debes de ser mi hija, alguna tenía que salir guapa.

—Ya estamos, ya volvió a llamarme fea —bromeó mi tía causando la risa de todos.

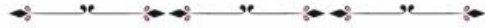
—¿Y por qué no te levantas de la cama?

—Estoy cansada, he trabajado mucho —sonreí agarrando su mano—. Por cierto, estás morena y yo muy blanca.

—Me gusta tomar todos los días el solecito un rato mientras charlo con unas y otras de mis hijas. —Vamos con mi tía y conmigo—. Recibo muchas visitas de ellas, me quieren mucho.

Era adorable, increíblemente adorable, mi mamá...

Capítulo 13: Ivonne



Tres días desde que desperté y tres días en los que Paul no se había separado de mí, es más, había hecho que mi madre volviese de nuevo tras la última visita, sabía que me hacía mucho bien.

Decir que me cuidaba, era quedarme muy corta, Paul tenía el cielo ganado; risueño, bromista, protector, cuidadoso, cariñoso y misterioso, sabía que trabajaba como inversor, pero no había especificado mucho. Poco me importaba en qué trabajara, me quedaba con lo que era cuando estaba conmigo.

Mi amiga Raquel había estado viniendo hasta dos veces al día, aunque fuera media hora, luego la llevaba Viktor, el chófer oficial de todos por lo que vi.

Me acababan de dar el alta y ya estaba todo más que hablado, mis cosas estaban ya en casa de mi tía Olivia. Fueron Viktor y Paul los que se encargaron de vaciar mis pertenencias que había en la casa y llevarlas a casa de mi tía, tal y como les pidió ella, para que no tuviera que regresar más. Por lo visto, Matías no había puesto impedimento en acceder a ello.

En cuanto tuve en mis manos los papeles del alta, Paul me llevó hasta la casa de mi tía en un flamante coche de alta gama. Era la primera vez que lo veía, imaginé que era nuevo, tampoco quería hacerle la pregunta y parecer que era una persona interesada. Nada tenía que ver conmigo, además, que un coche no revela la situación económica de nadie, de sobras es sabido que hay muchas personas con coches de lujo y les cuesta mantener hasta el seguro. Cada cual se ahogaba con lo que quiere.

Se quedó todo el día junto a mí en el salón, no se marchó hasta que no cenamos y ya me dejó durmiendo en la que hice mi habitación.

Por la mañana desperté y eché de menos no tener su sonrisa con la mirada fijada en mí, pero, tenía un precioso mensaje.

Paul: *Te echo de menos, enana...*

No hacía falta ni buenos días, ni preciosa, ni nada más, con esa simple frase causaba la mayor de las felicidades.

Yo: *Yo también, Paul, me faltó al abrir los ojos tu mirada y sonrisa.*

No volvió a contestarme. Me levanté y fui a la ducha con la supervisión de mi tía que se sentó en el baño mirando hacia la ducha para no dejarme sola.

Tenía la mosca detrás de la oreja porque me senté en el sofá con la mesa camilla delante y no me traía ni el café ni tostadas, ni nada, rápido entendí todo.

Paul apareció arrastrando el carrito con mi mamá y una bolsa con churros y varias tazas de chocolate. Sonreí emocionada con los ojos brillantes, tenía ante mí al hombre más generoso y bueno del mundo.

—Mamá —dije con un nudo en la garganta mientras observaba todo, como si le sonara.

—Aquí he estado —contestó sin dejar de mirar cada detalle.

—Sí, claro que sí, mamá —dije emocionada mientras mi tía ponía cara de emoción y preparaba la mesa con Paul que escuchaba con una preciosa sonrisa.

—Qué mujer más guapa, por favor. —Señaló a una foto de ella misma cuando era joven y ya nos tuvimos que echar a reír.

—La más guapa del mundo —le dije a punto de llorar.

Paul recibió una llamada y salió de la casa para hablar tranquilo, imaginé que era algo de trabajo.

Mi madre disfrutó como una niña de los churros con chocolate, le tuvimos que limpiar la cara varias veces de cómo se estaba poniendo, pero lo disfrutó a lo grande y era lo que contaba.

Mi tía se fue con Viktor a llevarla de vuelta a la residencia y nos quedamos Paul y yo a solas, momento que aprovechó para desvelarme la conversación telefónica que había tenido un rato antes.

—He de contarte que yo fui el que hizo que apareciera por comisaria Matías, tuve una charla con él. —Casi me quedé sin aire—. Me acaba de llamar tu abogado, mi amigo de Suecia. Mañana vamos al notario ya que arregló lo de la hipoteca en el banco y comprará tu parte de la casa haciéndose cargo así de la deuda completa.

—¿De verdad? —pregunté sin salir del asombro.

—No te mentaría en algo así.

—Paul, de verdad, no sé cómo agradecerte todo, menos aún esto que de algún modo libera mi vida, te juro que no

sé cómo hacerlo.

—¿Y si me das un beso? —Me hizo un guiño.

—¿Dónde? —pregunté como una tonta causándole una carcajada mientras se acercaba a mí y se dirigía por primera vez directo a mis labios.

i

Me acerqué yo a besarlo rápidamente antes de que se arrepintiera, deseando hacerlo, llevaba mucho tiempo soñándolo. Para mí Paul era todo lo que deseaba en esos momentos, mucho más de lo que jamás había imaginado. Lo amaba con todo mi corazón, esa era la realidad y me sorprendí al ser consciente de ello.

Pasó todo el día conmigo, nos besamos mil veces cuando mi tía no estaba delante y no se fue hasta que yo me quedé dormida.

Por la mañana me desperté temprano, me duché con la supervisión de mi tía otra vez, como era de esperar, y luego apareció Paul para acompañarme a firmar a la notaría.

Al haber una orden de alejamiento, él firmó primero y luego yo, sin vernos, cosa que me dio mucha tranquilidad ya que volver a ver a ese animal era lo que menos me apetecía de este mundo.

Me liberé por fin de lo que me unió hasta ese momento al indeseable, por fin me sentía libre, aunque no me lo terminaba de creer, para mí era la mayor de las loterías.

Me fui con Paul a comer para celebrarlo, eso sí, con la única y exclusiva condición de que pagaba yo, cosa que se la pasó por el forro. Cuando fui a hacerlo la cuenta ya estaba más que saldada.

—No vale, yo también tengo derecho a pagar, además, los mil quinientos euros no los pienso usar en mi vida, así que, o lo destinamos a comidas y placeres de la vida o se pudrirán.

—No, por favor, no sabes la de cosas que hago yo con ese dinero —murmuró causándome una risilla, ya no sabía si hablaba o no en serio.

—Pues es todo tuyo, puedes llevártelo cuando quieras.

,

—Es tuyo. —Volteó los ojos.

—Una pregunta Paul, es por curiosidad. ¿Tú eres de los que lo pasan mal a final de mes? —pregunté ya por ver si le sacaba algo de su vida.

—Te invito a pasar el fin de semana en mi casa y te contesto a eso.

—¡Venga! —dije emocionada por conocer un poco más de él, sobre todo el piso en el que vivía y todo eso.

Aún faltaba un par de días para que llegara ese momento, pero me hacía mucha ilusión pasar un fin de semana completo con él, vamos, que ya me había puesto nerviosita.

—Y no te preocupes, que te llevaré a las visitas de tu madre.

—No me levanto y te como porque hay mucha gente delante.

Salimos del local y fuimos precisamente a eso, a ver a mi madre con la que pasamos una hora de lo más divertida. Estaba sembrada, le dio por cantarnos temas de Rocío Jurado, lo más sorprendente fue que se acordaba de las letras. Ahí que estuvimos un rato Paul y yo haciéndole de palmeros como buenamente podíamos y aplaudiéndola efusivamente mientras nos tiraba besos.

Tras la visita me llevó a casa de mi tía. Yo me sentía agotada, aún estaba débil y la cabeza me daba de vez en cuando alguna molestia, molestia que me recordaba a mi peor enemigo, ese que por fin hoy no tenía nada que lo vinculase conmigo. Ni que decir que era todo gracias a Paul, que había dado la cara por mí como nunca lo había hecho nadie.

—¡Venga! —dije emocionada por conocer un poco más de él, sobre todo el piso en el que vivía y todo eso.

Aún faltaba un par de días para que llegara ese momento, pero me hacía mucha ilusión pasar un fin de semana completo con él, vamos, que ya me había puesto nerviosita.

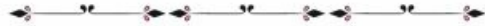
—Y no te preocupes, que te llevaré a las visitas de tu madre.

—No me levanto y te como porque hay mucha gente delante.

Salimos del local y fuimos precisamente a eso, a ver a mi madre con la que pasamos una hora de lo más divertida. Estaba sembrada, le dio por cantarnos temas de Rocío Jurado, lo más sorprendente fue que se acordaba de las letras. Ahí que estuvimos un rato Paul y yo haciéndole de palmeros como buenamente podíamos y aplaudiéndola efusivamente mientras nos tiraba besos.

Tras la visita me llevó a casa de mi tía. Yo me sentía agotada, aún estaba débil y la cabeza me daba de vez en cuando alguna molestia, molestia que me recordaba a mi peor enemigo, ese que por fin hoy no tenía nada que lo vinculase conmigo. Ni que decir que era todo gracias a Paul, que había dado la cara por mí como nunca lo había hecho nadie.

Capítulo 14: Ivonne



Estaba emocionada cuando vi aparecer a Paul para recogerme, yo ya estaba con mi bolsa preparada para pasar varios días con él y esperando a recibir ese beso que tanto ansiaba, ese que no faltó y de la forma más efusiva. Fuimos a ver a mi madre antes de marcharnos a su casa.

—Hombre mi hijo favorito, el torero —dijo al ver a Paul.

—Doña Esperanza, no esperaba que sintiera menos por mí —le contestó él causándome una fuerte risa.

—Yo no es por presumir, pero todas mis hijas lo valen mucho, más feas o guapas, pero lo valen. Lo que no sabía yo que tenía un hijo.

—Normal que seas su favorito —bromeé y Paul arqueó la ceja sonriéndome.

Cuando me despedí de ella le dije que no regresaría hasta el domingo, el sábado me lo tomaba libre y ya me había confirmado mi tía que iría ella, aunque raro sería que no lo hiciera.

Se lo comuniqué porque, aunque sabía que no se acordaría, para mí el seguir hablándole como si lo fuera a hacer, de algún modo era importante. O el simple hecho de que solo lo escuchara, no sé, a veces era muy difícil también estar en mi piel y vivir la situación, no sabía si lo gestionaba de la mejor manera, pero todo lo hacía según me dictaba del corazón.

Salimos de allí y nos dirigimos a la peor zona de la isla. Yo no quería ni preguntar, pero esperaba por Dios que no viviera ahí, porque yo del coche no me bajaba.

—Esa es mi casa. —Señaló hacia una chabola en lo alto de la colina sobresaliendo en la cima de las demás, vamos, ni, aunque me pagaran dormía yo ahí.

—Paul, no quiero que te lo tomes a mal, pero, prefiero no dormir aquí. —Frenó en seco antes de subir la cuesta donde comenzaba el barrio.

—¿No quieres pasar el fin de semana conmigo?

—Paul, me da mucho miedo esta zona, aquí hay mucho tema de drogas y demás. Conozco muy bien lo que se mueve aquí, y tú deberías haberte informado antes de comprarla.

—Está bien, te llevo a casa de tu tía. —Dio la vuelta sonriendo y metiéndose de nuevo en la carretera.

—Quédate tú en nuestra casa el fin de semana —le dije en un intento de que no se enfadara y sin saber cómo se lo tomaría mi tía.

—No, tranquila, también podemos pasar todo el fin de semana en la calle y dormir en el coche.

—¡Sí, acepto! —Esa idea me gustó mucho más.

—Vamos a tomar un bañito a una zona que te va a gustar mucho —rio.

—Seguro que la conozco.

—Ya te digo que no te has bañado ahí.

—Bueno, ya lo veremos —me reí.

Ahora era el efecto contrario. Se dirigió hacia el lado más lujoso y exclusivo de la isla, donde parar en cualquier bar te podía costar la gracia de cinco euros por una botella pequeña de agua.

Lo más grande es que pasó una tarjeta magnética por la puerta de la entrada del residencial más lujoso de toda la isla, con unos precios de lo más desorbitados.

—Paul, ¿cómo es que tienes la tarjeta?

—Uno que tiene amigos hasta en el infierno.

—Aquí tienen una playa exclusiva, ¿vamos a esa?

—Si quieres iremos —dijo parándose delante de la mansión que había sido hasta poco tiempo atrás de un afamado cantante internacional. Lo peor de todo es que pulsó un mando y las puertas que daban al jardín se abrieron.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué tienes el acceso? ¿Quién eres Paul?

—¿Me estás sometiendo a un interrogatorio? —preguntó cuando me di cuenta de que en una zona de la terraza estaba sobre un sofá Viktor, levantándose para saludarnos.

Yo estaba flipando en colores, además aquella piscina infinita mirando hacia el mar que adornaba el jardín, era la cosa más bonita que había visto en mi vida.

Viktor me dio dos besos y sonrió al verme atónita. Se despidió hasta el lunes, diciendo que se iba a hacer deberes. Yo creo que estos se traían un signo de lenguas raro que solo entendían ellos.

, —Explícame esto, Paul. —No entendía nada, me senté en aquella terraza.

—Nina, por favor, ¿nos traes dos refrescos?

—¡No! A mí una cerveza o algo que contenga alcohol.

—No deberías beber nada con alcohol.

—Creo que lo necesito.

—Dos cervezas —le ordenó a Nina.

—Comienza a hablar, Paul, lo primero ¿la casa en la cima del barrio malo es tuya?

—No —sonrió—, pero reconoce que estuvo bien la broma. —Me acarició la cara.

—Estoy flipando —me reí— ¿Y esto? ¿Te lo han prestado?

—Es la casa que me compré para instalarme en la isla, fue un amor a primera vista, como el nuestro. —Me hizo un guiño el muy descarado, pero era para comérselo, aunque aún no entendía nada.

—Vale, si no recuerdo mal ya que se habló en toda la prensa, esta casa la vendían por la astronómica cifra de catorce millones de euros, si no me equivoco.

—Quince. —Me rectificó.

—Peor me lo pones —reí—. No sé si preguntar la procedencia de ese dinero, miedo me da, pero ¿quién eres para poder pagar algo así?

—Paul Nilsson. —Estiró la mano a modo presentación.

—Encantada, señor Nilsson. ¿A qué dice que se dedica?

—No se lo dije, pero soy el heredero del señor Nilsson, el hombre que se hizo con la mayor fortuna de Estocolmo

—Carraspeó llevando su puño a la boca y mirando hacia un lado del suelo.

—La leche. —Me llevé la mano a la frente —¿Eres rico?

—Bueno, multimillonario.

—Ah vale. —Sonó como si eso ya fuera otra cosa, pero es que me había quedado sin sangre en las venas.

—He querido que conocieras primero a Paul, la persona, no lo que tiene, sino lo que es.

—Mirándolo así, si eres multimillonario, tampoco fue la propina para tanto. —Me eché a reír negando por la impresión que aún me causaba lo que había descubierto.

—No fui muy generoso, ¿no? —Arqueó la ceja.

—Ahora en serio ¿No serás narcotraficante?

—Creo que no. —Apretó los dientes y me eché a reír.

—Capaz de que aquella chabola sea tuya para controlar todo el narco de la zona.

—Nada que ver con la realidad. La realidad es otra y es que no quería vivir en Suecia donde soy reconocido en todas partes y tengo a los medios encima. Vine escapando de muchas cosas del pasado que nada tenían que ver conmigo —me explicó un poco de lo que lo llevó a vivir aquí.

—Me da mucho respeto eso, no sé, pero como dices, yo conocí a la persona y esa es la que me enamoró. Puedes tenerlo todo en la vida y en cambio has hecho mucho por mí y te has mantenido a mi lado en los malos momentos. No quiero nada de lo que es tuyo, solo te quiero a ti.

—Ven. —Me agarró y me sentó de lado en su regazo—. Quiero que sepas que no es lo que tengo, es lo que siento por ti. Lo demás es material, que se puede disfrutar o coger para vivir, pero los sentimientos y el bienestar lo dan las personas, esos son los que tú me mueves y que me hacen querer estar en todo momento contigo.

—Qué bonito hablas —le irrumpí emocionada.

—Y es por esa parte tan dulce tuya que yo me derrito y te quiero comer a besos. —Me dio varios piquitos.

—Aquí tenéis las cervezas bien fresquitas y unos hojaldres de solomillo con queso de cabra y cebolla caramelizada. Espero que os guste, cualquier cosa me avisáis al timbre.

—¿Qué timbre? —le pregunté extrañada cuando se retiró.

—Este —señaló a uno al lado de la mesa—. Hay repartidos por muchos sitios de la casa y si lo tocamos le suena en el reloj inteligente y sabe desde dónde estamos solicitando que se presente.

—Nada, como los que tenemos todo ser humano en la casa —bromeé alucinando mientras movía la cabeza, aún sentada en sus piernas—. Por cierto, Viktor a parte de tu amigo...

—Es mi mano derecha, mi chófer, mi persona de confianza y una especie de seguridad personal. Un amigo íntimo e irremplazable de toda la vida.

—Y te fijaste en mí, llena de problemas, trabajando en todo lo que me salía y sin ser nada.

—¿Nada? Lo eres todo, pequeñaja. —Acaricié mi cadera con la mano que tenía en ella apoyada—. Todo eso que has dicho es un estado ocasional, la vida da muchas vueltas.

—Pero es difícil o casi imposible tener tu nivel, aunque realmente creo que nadie aspiramos a eso, es impensable.

—La vida me lo puso desde que nací, pero ten claro que en muchos momentos hubiera preferido ser una persona común de a pie.

—Ya, te entiendo. —Estaba fascinada, para mí había sido todo un *shock*, no porque ahora lo viese mejor, ni mucho menos, pero no me podía imaginar que el hombre que había tras la propina y desayunos en la playa tuviera detrás todo un imperio que le facilitara el moverse como pez en el agua y adquirir todo lo que se le pusiera por delante.

—Bueno y como verás, tenemos aquí todo lo necesario para pasar el mejor de los fines de semana, eso sí, también saldremos. Incluso, aunque hayas dicho que no vas mañana a ver a tu mamá, podemos ir, sé que lo haces por no molestar, pero créeme que esos momentos para mí son muy enriquecedores y bonitos.

—Yo estoy flipando, además hasta la cerveza me está sabiendo a gloria.

—Pero no deberías beber.

—Solo tomo una pastilla por la mañana, ya ni tiene efecto por la hora que es. —Miró el reloj riendo y viendo que apenas eran las doce y media del mediodía.

—Y bien, haciendo oídos sordos a esa burrada y entendiendo que si te la bebas es porque el cuerpo te la pide, ¿qué tal si te enseño toda la casa y aprovechas para dejar todas tus cosas en la habitación?

—Perfecto. —Le di un beso de lo más emocionada y se notó que le gustó por la sonrisa que volvió a dibujarse en su cara.

La casa era de película, nunca mejor dicho, yo la había visto en las revistas, pero impactaba verla en primera persona.

Su habitación tenía un vestidor que era más grande que el que fue mi piso, y no exageraba. Se podía ver su ropa y complementos, todo colocado al más mínimo detalle. Abrió un mueble que estaba vacío y ahí coloqué todo lo mío, que tampoco era mucho y entré en el baño a cambiarme y a ponerme el bikini.

Salí con él puesto y una camiseta de tirantes larguita por encima. Él me echó una visual sin perder la sonrisa y me pegó a su cuerpo.

—Eres la mayor de mis perdiciones.

—Eso suena a que tienes muchas.

—¿Muchas perdiciones? No, con una ya tengo bastante. —Me mordisqueó el labio dejándome feliz por ese tonto comentario.

Bajamos al jardín y dejé mi camiseta sobre una tumbona, sus ojos se perdieron por mi cuerpo.

—No me mires así que me intimidas. —Me ruboricé.

—¿Pero tú has visto lo escultural que eres?

—No seas exagerado, no tengo un cuerpo currado como el tuyo. —Vértigo me daba mirar sus pectorales y todo el conjunto que representaba, no podía estar más bueno.

Nina apareció por la piscina con otras dos cervezas y un cuenco con patatas chips.

—Estaban riquísimos los hojaldres —le dije en agradecimiento.

—Gracias, espero que luego la comida te cause la misma impresión.

—Seguro que sí —le sonreí agradecida.

Paul se sentó en uno de los taburetes que había alrededor de la piscina, justo donde en el filo había puesto las cervezas Nina. Me colocó entre sus piernas y me rodeó por la cintura.

—No sabes lo mal que lo pasé cuando te vi en el suelo, por lo que te había hecho tu ex. No voy a permitir que nunca nadie vuelva a tocarte.

—No te pongas triste que me afecta mucho. —Lo abracé fuerte—. Lo has dado todo por mí estos días, todo Paul. De verdad que es tan bonito sentir que le importas a alguien que apenas me conoce que no te imaginas lo afortunada que me siento.

—Solo quiero que sepas que siento mucho no haber sido capaz de adelantarme a los hechos.

—No digas eso, Paul, de verdad. Lo has hecho todo y has conseguido liberarme de la deuda tan grande que tenía y que me tenía asfixiada en vida.

—No aguantaría que te volvieran a hacer nada, no lo aguantaría.

—Relájate, por favor.

—Solo quiero que sepas que no estás sola.

—Lo sé, Paul, lo sé.

—Por otro lado, me gustaría hablar contigo de un tema...

—Me estás asustando. —Le di un trago a la cerveza y se rio.

—Sé que es un poco atrevido por mi parte por el poco tiempo que nos conocemos, aunque ha sido muy intenso.

—Carraspeó sacándome una sonrisa nerviosa—. En principio me gustaría que comenzaras a desestresarte de la vida que llevas... te pediría que no vuelvas a la noche y que incluso no hagas todos esos trabajos por la mañana.

No quiero que me malinterpretes, pero quiero que te tomes un tiempo para ti, para nosotros. Ahora mismo no tienes gastos y tienes una propina sin usar muy succulenta. —Me hizo un guiño—. Sabes que tu tía también desea eso. Nadie te está diciendo que no trabajes en un futuro ni nada por el estilo, pero ahora mismo no te hace falta.

—Pero yo quiero trabajar, no quiero que nadie me mantenga y sé que mi tía no me dejará comprar nada de comida y demás para la casa, pero yo me siento en la obligación de...

—Por favor, déjate llevar —me cortó dándome un beso en los labios.

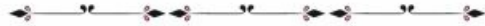
—Paul no estoy acostumbrada a vivir la buena vida sin preocupaciones.

—Solo preocúpate ahora mismo de desestresarte de tu vida anterior, haz un reinicio y deja que te mimemos los demás.

γ

1

Capítulo 15: Ivonne



Nos tiramos dos horas metidos en la piscina derrochando amor por todos los costados, la libido se nos había subido por completo y estábamos a punto de estallar en el momento en que nuestras miradas ansiosas se dirigieron hacia Nina, que nos avisaba de que la mesa en la terraza estaba puesta.

—Dios hoy nos coja confesados —murmuró dándome un beso antes de salir de la piscina.

—O sin confesar —me reí nerviosa por el comentario que me había atrevido a decir.

La verdad es que desde que me separé de Matías nunca había estado con nadie y antes fueron cosas inocentes de novios, así que para mí estaba siendo un poco imponente, pero deseoso, lo deseaba con toda mi alma.

La mesa estaba de lo más cuidadosa preparada, así como la ensalada y los platos que contenían un solomillo con salsa a la pimienta con patatas en gajos.

—Jo, que buena pinta.

—Cocina muy bien, estoy muy contento con ella.

—No me extraña, está delicioso. Mi tía Olivia también cocina muy bien.

—Lo sé, por lo que he probado en su casa puedo dar fe de que también tiene muy buena mano en la cocina.

—Por cierto, ¿dónde está Viktor?

—En su piso. Adquirí uno de lujo en la isla al mismo tiempo que la casa, para regalárselo a él. Quería que tuviera su propia vivienda y a él le encantó. Está frente al mar, en un edificio de lo más bonito, aunque siempre está aquí conmigo.

—Eres un sol.

—Se lo merece, no sé qué hubiera hecho en muchos momentos sin él.

—Pero no me hubiera importado que estuviera aquí con nosotros.

—Ah, no, este finde es para nosotros y, es más, en un rato se va Nina. Trabaja aquí de lunes a viernes y después de la comida ya se marcha hasta el lunes, así que estos días eres mía exclusivamente.

—¿Secuestrada?

—Felizmente secuestrada.

—Tienes razón —me reí.

1

Terminamos de comer y Nina recogió la mesa y la cocina mientras tomábamos un café. Yo me sentía mal por no ayudar, pero Paul no me lo permitió.

Se despidió de nosotros y le dijo a Paul que si la necesitaba en cualquier momento no dudara en llamarla, incluso si quería que le trajese alguna comida que hiciera en su casa, pero él le dijo que se fuera tranquila que todo estaba controlado.

Me cogió en brazos y me llevó hasta su habitación, sí, escaleras arriba conmigo. Me tumbó sobre la cama y se echó a mi lado pegándose a él.

—Qué ganas tenía de estar así contigo. —Me abrazó y acarició la espalda sin dejar de besar cada lado de mi cara.

—Yo también, aunque reconozco que me impones mucho.

—Se nota por el color con el que se te ponen los cachetes. —Me los pellizcó con sus dedos.

—¿Mucho?

—Muchísimo —sonrió mientras no dejaba también de darme un montón de besitos.

—Me va a dar mucha vergüenza que me veas desnuda —murmuré escondiéndome en su pecho porque sabía que eso estaba a punto de ocurrir.

—Soy consciente también —acariciaba mi espalda—, por eso voy con tranquilidad y cautela, pero no te vas a librar hoy.

—No me quiero librar, solo quiero que no se me baje la tensión de la vergüenza —me reí de lo más nerviosa.

—No se te puede bajar nada. —Me acarició la espalda por debajo de la camiseta—. No me puedes dar más sustos no puedes hacerle eso a este pobre corazón.

—Pobre corazón dices ¡serás presuntuoso! Tú no tienes pobre ni las ideas, pobre yo.

—Bueno que tú el día de mañana, esperemos que muy lejano, también heredarás dos buenas propiedades. —Se refirió a la casa de mi mamá y la de mi tía cuando ellas faltaran.

—No me compares dos pisos con una fortuna —me reí.

—Muchas personas quisieran que solo le quedara al menos un piso.

—También, pero bueno, jamás conté con ello. Vivo al día y me tengo que labrar el futuro, deseo que me duren mucho las dos, las necesito.

—Ah, no, ahora no te pongas sentimental y triste. —No dejaba de besarme—. Todo por mi culpa, no valgo ni para ser gracioso.

—Que sí —me reí por su comentario.

Y ahí por primera vez nos dimos un señor morreo, lo de antes habían sido besos fortuitos y no de esa manera por si nos veía Nina, ya que estábamos en la piscina. Ahora era fogosidad, pero Paul era tan perfecto que hacía que me sintiera cómoda. Era evidente que me daba vergüenza, pero me sentía a la vez bien dejándome llevar.

Ni cinco minutos y ya me sacó la camiseta dejándome en bikini con una sonrisa dibujada en la cara.

—Deja de mirarme —bufé riendo.

—Dame una razón verdaderamente seria para que lo haga...

Levantó la ceja, se mordisqueó el labio y se fue directo a mi barriga a jugar en ella con sus labios, mientras yo notaba palpitos por todos lados. Todavía no me había tocado con sus manos cuando yo ya estaba que me subía por las paredes. En mi defensa diré que hacía mucho tiempo que no le daba una alegría al cuerpo.

Noté cómo su mano tiraba de un lado de mi bikini para deshacer el lazo, momento en el que saltó la braguita dejando al descubierto un lado, y luego hizo lo mismo con el otro. En un momento me había dejado semidesnuda.

Ni tiempo me dio a nada cuando ya estaba entre mis piernas, abriendo mis labios vaginales y moviendo su lengua viperina de manera feroz, lamiendo y succionando, además que lo alternaba con sus dedos, entrando y saliendo de mí, consiguiendo que se desbordase mi placer.

, Me agarré a las sábanas y me retorcí. Me temblaban las piernas y me faltaba la respiración. Jamás me lo habían hecho así, me estaba llevando a un placer de otra dimensión.

Caí sin fuerzas cuando llegué al clímax, intentando recuperar la respiración normal.

Paul se colocó entre mis piernas, apretó mis muslos y luego colocó su pene en mi entrada para ir introduciéndolo lentamente, a la vez que alargaba una mano bajando la parte de arriba del bikini y agarrando mi pecho con fuerza, pero sin hacer daño, a la vez que con sus dedos estimulaba mi pezón.

Hacerlo con él era de otro nivel. Lo hicimos en mil posturas, me movía a su antojo como si fuera una pluma y me hizo jadear tanto que pensé que iba a caer desfallecida por completo.

Paul era pura sensualidad, fogoso, intenso, cuidadoso; era la mezcla del bien y del mal causando el mayor de los placeres.

aNo voy a mentir ni a exagerar, nos metimos en la cama después de comer y salimos a la ocho de la tarde, momento en que nos dimos una ducha para salir a cenar.

—Ponte la ropa que está encima de la cama —me dijo cuando fui a salir del baño.

Sonreí, pero no lo entendí hasta que llegué a ella. Había un precioso mono blanco de tirantes finos, además de un cinturón color tierra a juego con las sandalias. Todo se veía de alta calidad, no había que entender para apreciarlo. Yo me había quedado muerta, no sabía ni qué decir, cosa que cuando reaccioné vi que había hasta un precioso bolso a juego.

Me lo coloqué todo y me quedé maravillada del estilazo que tenía esa ropa con esos complementos, jamás me había visto tan elegante y juvenil a la vez, era impactante.

—Estás preciosa... —Apareció con la toalla liada en la cintura.

, —Y tú estás buenísimo. —Me mordí el labio—. Gracias, Paul, no debías, pero reconozco que me encanta cómo
rme queda todo —sonreí emocionada.

—Repito, estás preciosa. —Me dio un apretón en el culo y un beso en los labios y comenzó a vestirse.

Pensé que íbamos a coger el coche cuando Paul agarró una cesta de mimbre que había encima de la mesa de la terraza, y una bolsa que contenía como una tela que yo no sabía de dónde había salido. Acto seguido agarró mi mano para comenzar a andar por el acceso directo a la playa.

,

No me podía creer lo que estaba imaginando y fui todo el tiempo con la risa suelta. La noche estaba iluminada por la luna y se veía precioso desde la playa, además de la luminosidad de las mansiones del residencial.

Paul tiró sobre la arena una gran sábana blanca que sacó de la bolsa y colocó a un lado la cesta de la que sacó una botella de vino blanco, dos copas y una bandeja a la que le quitó el plástico que la protegía. Había jamón, queso y algunos embutidos más. Además, traía picos y patatas. Yo no dejaba de negar con una sonrisa de oreja a oreja mientras lo observaba llenando las copas, también sonriendo.

—Paul, eres increíble.

—Increíble eres tú y el poder vivir momentos así a tu lado. —Me dio una copa—. Por infinitos más. —Levantó la suya, hice lo mismo y brindamos.

—Paul, gracias, de verdad, no te imaginas la ilusión que me da estar aquí contigo. Esto es lo más bonito que he vivido en mi vida.

—Me alegra que sea conmigo. —Me hizo un gesto para que me sentara entre sus piernas, de espaldas, pero un poco ladeada hacia él. Me rodeó con sus brazos.

—Paul, a mí no me dejes un día de golpe que me infarto.

—No —se echó a reír—, ni de golpe ni despacio. No te puedes hacer una idea lo que has ocasionado en mi vida, eres todo en lo que pienso a cada momento y me es difícil pasar las horas cuando tú no estás.

—Pues ya somos dos —me reí con la cabeza ladeada aguantando los mordisquitos que me estaba dando en el cuello.

No sé si fue el vino o el desenfreno que nos causábamos el uno al otro, pero ahí nos vimos, pasando el trago de quitarme el mono y terminar haciéndolo como locos encima de la sábana. Solo esperaba que ningún vecino hubiera cogido unos prismáticos y hubiera visto toda la escena.

Regresamos a la casa y nos fuimos directos a la cama, el día había sido largo e impresionante en todos los sentidos, estaba en un vaivén de tantas sorpresas recibidas.

Paul tiró sobre la arena una gran sábana blanca que sacó de la bolsa y colocó a un lado la cesta de la que sacó una botella de vino blanco, dos copas y una bandeja a la que le quitó el plástico que la protegía. Había jamón, queso y algunos embutidos más. Además, traía picos y patatas. Yo no dejaba de negar con una sonrisa de oreja a oreja mientras lo observaba llenando las copas, también sonriendo.

—Paul, eres increíble.

—Increíble eres tú y el poder vivir momentos así a tu lado. —Me dio una copa—. Por infinitos más. —Levantó la suya, hice lo mismo y brindamos.

—Paul, gracias, de verdad, no te imaginas la ilusión que me da estar aquí contigo. Esto es lo más bonito que he vivido en mi vida.

—Me alegra que sea conmigo. —Me hizo un gesto para que me sentara entre sus piernas, de espaldas, pero un poco ladeada hacia él. Me rodeó con sus brazos.

—Paul, a mí no me dejes un día de golpe que me infarto.

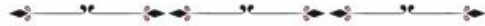
—No —se echó a reír—, ni de golpe ni despacio. No te puedes hacer una idea lo que has ocasionado en mi vida, eres todo en lo que pienso a cada momento y me es difícil pasar las horas cuando tú no estás.

—Pues ya somos dos —me reí con la cabeza ladeada aguantando los mordisquitos que me estaba dando en el cuello.

No sé si fue el vino o el desenfreno que nos causábamos el uno al otro, pero ahí nos vimos, pasando el trago de quitarme el mono y terminar haciéndolo como locos encima de la sábana. Solo esperaba que ningún vecino hubiera cogido unos prismáticos y hubiera visto toda la escena.

Regresamos a la casa y nos fuimos directos a la cama, el día había sido largo e impresionante en todos los sentidos, estaba en un vaivén de tantas sorpresas recibidas.

Capítulo 16: Ivonne



—Buenos días, preciosa, las siete de la mañana.

—Buenos días —sentí sus besos por mi barriga—. ¿Qué tenemos que hacer a esta hora? —pregunté extrañada de que me despertase temprano.

—Ir a comer churros con chocolate.

—No me jodas —me reí poniéndome la almohada en la cara.

—Un poquito no estaría mal. —Metió su mano por mi entrepierna y se adentró en el interior, mientras yo intentaba removerme de la excitación que ya me había causado.

No tardó en sacarme la braguita, que era con lo único que había dormido, y de nuevo comenzó a jugar con mi zona, mientras yo me agarraba a las sábanas y volvía a disfrutar del movimiento de lengua magistral que estaba haciendo en mi parte más íntima.

Luego no le di opción, me abalancé sobre él y agarré su miembro para comérmelo con la misma intensidad que Paul me había comido a mí, además estaba ansiosa de hacerlo. Me ponía al límite y quería que sintiera al menos una parte de lo que él me hacía sentir a mí, obviamente yo no tenía su experiencia, pero lo vi disfrutar y contenerse hasta que explotó emitiendo un rugido por su boca.

Nos fuimos a la ducha y cuando salí volvía a tener otro conjunto sobre la cama, esa vez un *short* blanco con un cinturón de los que van anudados, del mismo color, con una camiseta de manga muy corta y cuello de barco en color rosa, el mismo que las zapatillas que me había dejado a juego y, cómo no, un bolso tipo bandolera.

—Menos mal que me quedo con la tranquilidad de que esto para ti es como yo ir al chino y gastarme tres euros —murmuré y solté una carcajada.

—Anda, vístete que estoy hambriento. Voy haciendo unos cafés para tomarlos antes de irnos.

—Sí, ahora mismo bajo. —Paul se había vestido a la velocidad de la luz.

Me encantó verme con aquel conjuntito, pero lo que más ilusión me hacía era saber que lo había elegido para mí. Hacía mucho tiempo que no estrenaba tantas cosas nuevas a la vez.

Llegué a la terraza y estaba sentado con los dos cafés sobre la mesa y una rosa roja al lado de mi taza.

—Oh, qué bonita —dije agarrándola en mis manos. Estaba cuidadosamente preparada con un papel de fondo blanco y otro transparente y un lazo de cuerda.

—No tanto como tú.

—Gracias, Paul —le agarré la mano y se la acaricié.

—Nada que no te merezcas.

—Tienes demasiados detalles. —Estaba emocionadísima.

—Todo eso me lo mueves tú. Las ganas de no dejar de sorprenderte, me gusta cuando te saco una sonrisa de felicidad o emoción. Quiero verte sentir, pero bonito, llegó el momento de ver la vida de otra manera y quiero ser tu compañero de viaje.

—Paul, ¿eres de verdad?

—Bueno, ya me llamaste narcotraficante, espero que no se te esté ocurriendo pensar que soy un alienígena.

—Casi, por ahí iban los tiros —bromeé riendo.

Nos marchamos en su coche hacia la playa donde desayunábamos los churros y nos sentamos en una de las mesas que por suerte había libre, la verdad es que esos chiringuitos estaban muy transitados.

—Solo a tu chico se le ocurre levantarme más temprano para desayunar churros con chocolate antes de entrar al supermercado a currar —dijo Raquel sorprendiéndome gratamente y me levanté a abrazarla.

—Paul, gracias —le dije después de que Raquel le diera dos besos y se sentara.

Cada vez me impresionaban más los detalles tan bonitos que tenía conmigo, era más que perfecto. Era increíblemente buena persona, me lo demostraba con todos los gestos que tenía hacia mí.

Estuvimos con Raquel hasta las nueve que se marchó a trabajar, la verdad es que habíamos echado una horita muy buena y divertida, además nos contó que ya no se veía con Damián, el joven dentista, ya que otra nueva ilusión

estaba comenzando en su vida. No nos quiso dar detalles, el caso es que la vi más ilusionada aún.

Nos fuimos hacia el coche para ir a por mi tía Olivia. Ya la habíamos avisado que pasaríamos a recogerla por su casa para ir a ver a mi madre. Al final, como dijo Paul, lo haríamos y a mí me hizo especialmente feliz ese gesto, como todos los que tenía tan bonitos conmigo.

Mi tía nos saludó de forma efusiva agarrándonos la cara y comiéndonos a besos. Paul se la había ganado por completo y se notaba en la confianza que tenía con él y como lo trataba.

Era increíble sentir cómo me curaba las heridas que otro me había producido, esa era la realidad. Por esa razón más que nada, era por la que lo valoraba lo más grande. Era todo un señor, un caballero de esos que son difíciles de encontrar porque son el complemento a todo.

Paul nos dejó en la puerta de la residencia y se fue a buscar aparcamiento mientras nosotras íbamos al encuentro de mi mamá que nos miró y se le escapó una sonrisilla que nos derritió por completo.

Nos la comimos a besos mientras le decíamos cuánto la queríamos, eso se lo recordábamos cada día, aunque se le olvidara lo iba a escuchar al menos en esos instantes.

Un poco después apareció Paul y le soltó lo de su hijo favorito de nuevo, causándonos unas risillas mientras él se agachaba a besarle con mucho cariño la mejilla.

Estuvimos un rato charlando con ella de todo lo que surgía, daba igual el tema, el caso era hablar con ella y que nos sintiera ahí a su lado.

Regresamos dejando a mi tía en su casa y quedamos en verla en la visita del día siguiente que era más larga, los domingos eran diferentes.

—No te preocupes que haré yo la tarta de limón para mamá, no me saldrá tan bien como a ti, pero lo mismo ni se da cuenta. —Me acarició la cara.

—Gracias tita. —Le di un beso.

Paul y ella se despidieron mientras la acompañaba a la misma puerta, normal que la tuviera tan feliz y le hubiera cogido tanto cariño.

Sorprendentemente se dirigió con el coche a un centro comercial muy famoso y exclusivo que había en la isla, vamos, que ahí no te encontrabas tiendas de firmas asequibles para todos los bolsillos, no, allí todo eran firmas internacionales en las que cualquier cosita costaba un riñón.

/ —¿Vas a hacer *shopping*? —pregunté bajándome del coche.

—Vamos a hacer *shopping* —rectificó echando su brazo por mi hombro.

—Ni se me ocurriría en un lugar así adquirir nada —me reí.

—Pues vete concienciando que hoy nos marcamos un *Pretty Woman*.

—¿Vas a pagar por mis servicios? —bromeé volteando los ojos.

—No, voy a pagar por tus caprichos, así que espero que actives ese modo por un buen rato.

—Eso no me sale ni intentándolo, siempre he sido muy conformista.

—Pero siempre llega un punto en el que se cambia, y no se es en muchas cosas lo que éramos antes.

—Uf, difícil. —Carraspeé.

—No, no es difícil, sígueme...

Entramos en una tienda que era de una de las firmas más conocidas y nos quisieron atender rápidamente, pero él dijo que preferíamos ver las cosas tranquilamente.

Creo que fue uno de los momentos más divertidos que había vivido jamás. Paul no dejaba de coger de cinco en cinco prendas y hacerme probármelas todas e iba seleccionando las que le gustaban y dejando las que no.

No me valía de nada quejarme, me volvía a mandar al probador con un simple gesto de dedo y yo iba rebufando, pero sonriendo de verlo de esa manera.

Zapatos, camisas, pantalones, vestidos, bikinis, lencería, deportivas, camisetas, *shorts*, faldas... acababa de comprarme todo lo que jamás yo hubiera comprado en mi vida de golpe, ni en una de las páginas online chinas, menos de firma. No hubiera tenido vida para ganar lo que había que pagar de esa cuenta.

Dos chicos de seguridad nos acompañaron al coche llevando las bolsas para metérmolas en el maletero del coche.

—Ni a la *Pretty Woman* le mandaron dos como estos —bromeé montándome en el coche—. Por cierto, te has pasado muchísimo, no había necesidad.

—¿Y lo que he disfrutado viéndote con todos esos modelitos que te quedaban a cada cual mejor?

—Bueno, algunos no te gustaron.

—No, no te equivoques, me provocaba temblores el pensar lo que te podrían mirar de lo sexis que te quedaban.

—¡Eres bobo! —me reí dándole un codazo.

—Estoy como un niño pequeño que tiene lo más valioso en sus manos, así estoy.

—¿Y ahora dónde se supone que vamos?

—A comer, estoy hambriento, ¿tú no?

—Sí, la verdad que algo de hambre tengo.

Si pensaba que las sorpresas habían terminado, me equivoqué, lo supe en el momento en el que el coche se paró ante el restaurante más famoso de la isla, situado en un castillo muy afamado que reconstruyó una familia de restauradores en un lugar enclave, dando un ambiente histórico y muy lujoso a todo aquel que se podía pagar esos excesivos precios. Obvio que hablamos de productos de alta calidad.

Jamás había entrado, Sebas sí que me contó que había estado aquí una vez con su pareja y pagaron una cuenta de seiscientos euros, y eso que miraron bien lo que pedir, fue en su aniversario. Me habló maravillosamente del lugar.

Nos recibieron muy simpáticos y educados, acompañándonos hacia una mesa en la zona de balcón que daba a la montaña del centro de la isla.

Paul pidió un vino que no sabía ni pronunciar, pero por la entonación ya sonaba a costar una barbaridad, al igual que las ostras con caviar que pidió como primer entrante.

Luego vinieron las langostas a la plancha y salsa de la casa, además de unos tartares de marisco que fueron sin duda el plato estrella.

Disfruté un montón con esa comida, donde la calidad y los sabores se hacían presentes tanto para la vista como para el paladar.

Reí mucho con los comentarios de Paul que se burlaba cariñosamente de mí constantemente, tenía un humor que me hacía estar todo el tiempo riendo sin cesar.

De postre pidió fresas con chocolate y dos copas de champán, con las que volvimos a brindar antes de que yo tuviera que oprimir mis jadeos por el sabor del chocolate fundido.

Salí de allí que iba a reventar y es que me faltó lamer los platos. ¡Qué bueno estaba todo!

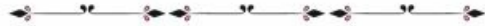
Nos montamos en el coche para dirigirnos a su casa a descansar, eso sí, ya me había advertido que por la noche saldríamos un rato.

Ni lo hicimos, íbamos tan llenos de comida que nos tumbamos en la cama. Se pegó a mi espalda echando una mano por mi cintura y nos quedamos dormidos rápidamente, lo que se conocía como una siesta en plan cucharita.

Nos montamos en el coche para dirigirnos a su casa a descansar, eso sí, ya me había advertido que por la noche saldríamos un rato.

Ni lo hicimos, íbamos tan llenos de comida que nos tumbamos en la cama. Se pegó a mi espalda echando una mano por mi cintura y nos quedamos dormidos rápidamente, lo que se conocía como una siesta en plan cucharita.

Capítulo 17: Ivonne



Me desperté con el sonido del agua y al poder echar una primera visual, vi el jacuzzi lleno de pétalos de rosas de color blanco y amarillo.

—¿Cuánto tiempo llevas preparando eso?

—Nada. Viktor me dejó en la terraza las bolsas con pétalos. —Me hizo un guiño y me dio su mano para ayudarme a levantarme y darme un beso.

—Qué pasada —dije emocionada mientras me quitaba la ropa interior para meterme con él.

Descorchó una botella de cava y brindamos mientras disfrutábamos de ese baño con las copas en la mano.

Era todo como surrealista, de no ver salida a mi vida a estar viviendo una que no me correspondía, pero conociendo todos los privilegios que tienen las personas acaudaladas como Paul. No me sentía merecedora de estar en ese lugar, pero me trataba con tanta pasión y cariño, que hasta pensaba que yo para él era todo eso que no podía comprar, con lo cual, me tomaba por gran valor.

Obviamente la copa terminó a un lado y yo montando a caballo, galopando encima de su cuerpo como si de una experta amazona se tratase, mientras, la tensión sexual que había entre nosotros estallaba de fogosidad y de excitación a cada momento que subía y bajaba con su miembro dentro de mí, mientras él agarraba con fuerza mis caderas dirigiéndome, dejándome las marcas de sus dedos.

Así daba gusto despertar por las mañanas con esos momentos tan intensos, y más con ese hombre tan jodidamente sensual y guapo que era una alegría plena para la vista.

Me estaba bebiendo las mieles de cada momento, disfrutando de todas las facetas del amor y la pasión que se generaba entre nosotros. No es que me sintiera únicamente feliz, también me sentía plena por completo.

Un rato después nos secamos y vestimos para salir a cenar, yo me decanté por una falda de punto blanca y un top en negro a conjunto con las sandalias. El bolso era en color blanco para resaltar con la camiseta.

—Estás impresionante. —Me pegó contra él para besar mis labios.

—Bueno, lo dice el joven más atractivo del mundo.

—Me miras muy bonito.

—Te miro con la realidad de la evidencia que resalta ante mí. —Lo besé en plan juguetona.

—No te pongas así que terminas de nuevo desnuda.

—Eso lo dejamos para la vuelta. —Le besé de nuevo y me dirigí hacia la puerta para bajar y marcharnos.

Sabía que lo tenía muy fácil para encenderlo y que saltaran chispas, era evidente la atracción que había entre nosotros y eso me gustaba. Me sentía deseada, como hacía mucho tiempo que no me sentía, pero obviamente ahora era a otro nivel. Con Paul me sentía completamente yo, con mis fallos y virtudes, pero él hacía resaltar lo mejor de mí.

Salimos de la casa escuchando la emisora de radio en la que salía cantando Karol G, con el tema *Mi ex tenía razón*. Nos hizo reír, ya que ahora la moda era cantar en plan indirectas.

—Tú no sabrás cantar, ¿verdad? —preguntó bromeando.

—No, tranquilo, por esa parte puedes quedarte tranquilo.

—Menos mal. —Lo vi tragar saliva siguiendo la broma mientras conducía.

—Pero me siento identificada con esta canción...

—¿Te decía que no encontrarías a otro mejor?

—Eso y mil cosas más para hacerme sentir una mierda.

—Pobre desgraciado —murmuró con rabia.

—Bueno, no está invitado a esta cena. —Me acerqué un poco para besar su mejilla, queriendo así cortar el tema.

Paul tenía intención de sorprenderme con cada movimiento que dábamos, lo tenía claro, y más cuando vi que aparcaba el coche a pie de un yate de lujo, donde ya la tripulación nos esperaba con una bandeja sobre la que había dos copas de champán, como bienvenida, y con una mesa espectacular preparada para nosotros.

Me quedé boquiabierta cuando el barco comenzó a navegar por la costa bordeando la isla, con una música superrelajante de fondo y una mesa en la que no faltaban los mejores de los entrantes.

—¿Piensas seguir sorprendiéndome hasta dejarme en casa de mi tía mañana?

—¿Lo dudabas?

—Estoy sin palabras, me siento de lo más mimada.

—Esa es mi intención, que te olvides de todo lo malo que te sucedió y comiences a vivir nuevas experiencias.

—Una cosa es vivir nuevas experiencias y otra saborear las mieles de las grandes fortunas.

—La única gran fortuna eres tú y yo el afortunado de poder complacerte como el mayor de mis tesoros.

—Me dices cada cosa —suspiré emocionada y di un trago a la copa.

—Te quiero a mi lado, para siempre, me gustaría que aceptaras un compromiso formal junto a mí. —Sacó un precioso anillo que tenía unos brillantes que desprendían luz propia, casi me caigo al suelo.

—Paul...

—Prometo cuidarte cada día...

—Paul...

—Y seguir sorprendiéndote continuamente.

—Paul —protesté llorando emocionada mirando hacia sus dedos que sujetaban la sortija—. Claro que quiero, lo que no sé si estaré a la altura.

—Lo estás. —Cogió mi mano para ponérmelo en el dedo—. Sé que esta es la más maravillosa de las locuras, desde que te vi supe que eras todo lo que necesitaba para ser feliz. —Lo colocó y se acercó a besarme.

—Gracias por tratarme así.

—Ya eres mi prometida. —Agarró su copa para volver a chocarla con la mía.

—Paul, sí, es una locura, pero haré todo lo que esté a mi alcance para hacerte feliz. Sabes que mi vida es un caos y no puedo ofrecerte mucho.

—Tu caos será mi caos, pero tú tienes en tus manos mi felicidad y yo tengo los medios para construir el camino que nos llevará a crear muchas cosas bonitas.

—Joder, esto tan bonito no es posible que me esté pasando a mí.

—Lo es, porque tú eres todo lo que necesito.

Me estaba pasando a mí y eso era lo que más me impactaba. Cuando llevas muchos años viviendo cosas malas te acostumbras a ello y piensas que jamás te pasará algo bueno, y menos algo así, digno de un guion de película americana. Pero no, era la realidad y yo la estaba saboreando por mucha incredulidad que me produjese.

Paul era esa persona capaz de hacerte ver el mundo desde otra perspectiva rápidamente y no hablo solo del dinero también de su carisma, entrega y la pasión que le ponía a todo, se notaba que lo hacía con mucho cariño.

La cena fue increíblemente bonita, luego pasamos a las copas en la intimidad. Fue como si todos desaparecieran y aparecieran justo en el momento en que necesitábamos algo, de lo contrario, estábamos él y yo, bajo ese cielo que era un manto de estrellas con una luna que iluminaba con mucha fuerza, como el día anterior. Todo era perfecto, de lo más idílico y romántico, como ese sueño que jamás te imaginas que puedas alcanzar o vivir.

Nos apoyamos en la barandilla a tomar una copa, la noche era tan bonita y especial que mirar hacia la isla desde allí, solos, me hacía apreciar lo afortunada que era y por primera vez, me sentí como si una parte de mi vida se hubiera tornado de color rosa.

Paul era ese hombre como salido de un cuento, la persona perfecta para estabilizar la vida y hacerla coger otro rumbo que te sacara del pozo en el que estabas sumergida. Para que luego dijeran que los príncipes azules no existían, claro que sí y estaba endulzándome la vida por completo.

Y mi salvador, sin duda, una persona que me había enseñado a tomarme tiempo para mí y a olvidarme del resto del mundo.

La sorpresa en mayúsculas fue cuando me pidió que lo siguiese, obviamente agarró mi mano y me adentró en el interior del yate. Lujo y más lujo era lo que se podía apreciar en cada habitáculo, pero la joya de la corona fue...

—Este es nuestro camarote para pasar la primera noche de prometidos... —Abrió la puerta y tuve que contener la respiración.

—Jo, que bonito. —Era gigante y con baño propio—. Una cosa ¿el barco es tuyo?

—No —se echó a reír—, solo lo alquilé por horas...

—Uf, ya me había asustado. La verdad es que me da miedo todo lo que posees —me eché a reír.

—No te de miedo nada, simplemente disfruta de lo nuestro, de esto tan bonito que nos está sucediendo y que nada tiene que ver con lo material.

—Ya, pero todo me impone mucho —sonreí echándome sobre su pecho.

Comenzó a deshacerse de mi ropa mientras besaba mi hombro insistentemente y le daba mordisquitos con sus labios consiguiendo erizar cada parte de mi piel.

Con solo tocarme me hacía reaccionar a unos deseos que no se aplacaban por muchos momentos que tuviéramos esos que, lo deseaba a cada minuto, a cada instante...

Me sorprendió poniendo la habitación con luz tenue y haciéndome tumbar para darme un masaje con un aceite que daba sensación de calor y daba un placer increíble por cada huella que dejaba en mi piel.

El calor era cada vez más intenso y me estaba poniendo que me subía por las paredes, de ahí que mi cuerpo se fuera moviendo, pidiendo a gritos que continuara profundizando más, mucho más. Sabía que él buscaba eso, que me descontrolase, cayendo completamente en el hechizo al que me estaba sometiendo con sus manos.

Hizo que llegara al clímax y me temblaran hasta las muelas, sin duda, con él estaba descubriendo el sexo más placentero y generoso que jamás había percibido, no escatimaba en complacer mis instintos y se le notaba que disfrutaba al elevarme de esa manera.

Lo más gracioso fue cuando abrió las persianas y descubrí que teníamos un precioso y privado balcón fuera del alcance de la vista de la tripulación.

Me llevó hasta él poniendo mis dos manos en la barandilla y mirando hacia la isla, para acto seguido levantar mis caderas y penetrarme como solo él sabía hacerlo.

Jadeé de placer, me agarré bien fuerte y seguí disfrutando de la magnitud del momento a la vez que me sentía libre mirando hacia la isla y teniendo el mar a mis pies, ese que estaba completamente en calma. Era como un momento de esos que solo puedes imaginar y jamás te hace presagiar que un día serías la protagonista de tal momento en este entorno.

Mordisqueó de nuevo mi hombro cuando terminó culminando y nos quedamos parados unos instantes recobrando el aire, ese que nos costaba normalizar.

Nos duchamos antes de acostarnos y estrené una lencería con la que me había sorprendido de nuevo, y es que no sé de dónde sacaba tiempo para comprar las cosas y ponerlas en el momento justo. Eso era lo que más me sorprendía de Paul.

—Eres mi prometida —murmuró besándome mientras me acomodaba en su pecho.

—No salgo de una y me meto en otra —bromeé porque no había color.

—Pero esta vez creo que estás en el lugar adecuado.

—Si eres así de verdad, no hay mejor lugar para estar en mi vida.

—No tengo doble cara. —Carraspeó.

—No creo que se puedan lograr dos caras tan bonitas, eso es imposible.

—Gracias por el piropo, pero tú eres mil veces más bonita.

—Esos son los ojos con los que me miras.

—Y con los que deberías de mirarte tú y comenzar a quererte. Esa autoestima te la pienso levantar en tiempo récord.

—A ver si me la vas a poner tan alta que no me vas a aguantar —bromeé sabiendo que era imposible que yo tuviera la autoestima por los cielos. No era así y me valoraba bien poco, todo lo veía demasiado para mí, como si no tuviera derecho a nada o no lo mereciera.

—Eso pretendo, no aguantarte —comenzó a hacerme cosquillas y terminé riendo como loca.

Me abracé muy fuerte a él y se me escapó un suspiro que sacó una sonrisa en él, y es que era todo tan bonito que me encogía completamente el alma, la respiración y todo lo que había dentro de mí.

Paul había llegado pisando fuerte y forjando una historia de amor que esperaba y deseaba que durase en el tiempo pero si algún día pasaba algo, me iba a quedar con la sensación de que pude sentir lo que era que me quisieran y trataran bien y bonito...

—Eres mi prometida —murmuró besándome mientras me acomodaba en su pecho.

—No salgo de una y me meto en otra —bromeé porque no había color.

—Pero esta vez creo que estás en el lugar adecuado.

—Si eres así de verdad, no hay mejor lugar para estar en mi vida.

—No tengo doble cara. —Carraspeó.

—No creo que se puedan lograr dos caras tan bonitas, eso es imposible.

—Gracias por el piropo, pero tú eres mil veces más bonita.

—Esos son los ojos con los que me miras.

—Y con los que deberías de mirarte tú y comenzar a quererte. Esa autoestima te la pienso levantar en tiempo récord.

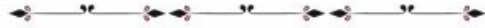
—A ver si me la vas a poner tan alta que no me vas a aguantar —bromeé sabiendo que era imposible que yo tuviera la autoestima por los cielos. No era así y me valoraba bien poco, todo lo veía demasiado para mí, como si no tuviera derecho a nada o no lo mereciera.

—Eso pretendo, no aguantarte —comenzó a hacerme cosquillas y terminé riendo como loca.

Me abracé muy fuerte a él y se me escapó un suspiro que sacó una sonrisa en él, y es que era todo tan bonito que me encogía completamente el alma, la respiración y todo lo que había dentro de mí.

Paul había llegado pisando fuerte y forjando una historia de amor que esperaba y deseaba que durase en el tiempo, pero si algún día pasaba algo, me iba a quedar con la sensación de que pude sentir lo que era que me quisieran y trataran bien y bonito...

Capítulo 18: Ivonne



Sentí cómo abría las persianas y entraba una preciosa de luz por los ventanales. Sonreí emocionada al ver ese mar ante nosotros y la isla tan bonita al frente.

—Dime que no es el despertar más bonito que han tenido tus ojos...

—Muero de amor, Paul, muero de amor. —Me levanté y me fui junto a él al balcón al estar fumando un cigarrillo. Menos mal que fumaba poco o casi nada, yo alguna noche de copas de esas que ya ni me acordaba.

—¿Me das uno?

—Claro, pero no lo tomes por costumbre, hoy porque es un amanecer y momento especial, pero no quiero que te enganches al tabaco y no lo puedas controlar como yo.

—Madre mía, se me han quitado las ganas —me reí.

—¿Lo quieres o no?

—Venga va y un cafelito si pudiera ser. —En ese momento sonó la puerta.

—Ahí lo traen. —Me hizo un guiño y se dirigió a abrir.

Una joven muy simpática de uniforme entró dando los buenos días con un tono muy alegre. Colocó los cafés y el desayuno sobre una mesita pequeña del balcón a la que acompañaban dos sillas. La verdad es que no era muy grande, pero lo suficiente para sentirte completamente cómoda y maravillada por el lugar.

—Paul —sostenía la taza en mis manos —, ¿qué hacéis los ricos para no aburrirlos? ¿Os ponéis únicamente a idea qué comprar, alquilar o dónde ir para gastar la pasta? —pregunté medio bromeando, pero es que me hacía gracia saber en qué empleaban sus horas.

—Buena pregunta, pero te dije que llevo tema de inversiones, además uno se cansa de comprar tonterías que solo

hacen llenar la casa o peor aún, el vestidor. Tengo un ochenta por ciento de ropa que aún no estrené, ya uno se cansa de eso, pero, además, yo sí que hago cosas cotidianas y soy muy activo.

—Creo que no me has resuelto nada. —Le di una calada al cigarro mientras negaba y reía.

—Me has prometido comenzar un camino a mi lado, poco a poco, pero juntos, así que ya irás comprobando cómo se sucede mi vida. —Me acarició la mano sin perder la sonrisa.

—Yo estoy flipando en colores desde que me levanté en el hospital, te puedo garantizar que estoy en una montaña rusa de sentimientos a cada cuál más bonito, por no hablar de las gratas sorpresas y las impresionantes, porque las hay para todos los gustos. Pero me quedo con seguir descubriendo al hombre que representas, Paul, el más cuidadoso y bondadoso del mundo, ese que pone el corazón en cada palabra, gesto...

—Me estás emocionando... —rio nervioso.

—Algo me dice que las sorpresas aún no han terminado y que queda el día de hoy. —Le di un trago al café y miré hacia el agua que lucía tan calmada que relajaba a la vista.

—Chica lista. —Me hizo un guiño.

—¿Un adelanto? —Apreté los dientes por si soltaba prenda.

—No, ni que fueras mi empleada —sonrió de medio lado mirándome fijamente.

—Buena respuesta, eres rápido —sonreí mirándole, sin dejar de impresionarme ni un solo momento.

El desayuno lo hicimos con calma, sin prisas, disfrutando de esos primeros momentos de una mañana de lo más especial, como lo era cada momento a su lado. Todo lucía mucho más bonito a su lado.

Salimos del yate a eso de las nueve de la mañana. Nos dejó en el muelle, además, cómo no, Paul había previsto la ropa de los dos, apropiada para ir directos a por mi tía para ver a mi madre.

La recogimos con la tarta de limón en la mano, yo sabía que eso por nada del mundo se le olvidaría.

La visita fue entrañable y divertida a la vez, como siempre; a pesar de todo, nos manteníamos unidas como una piña, eso éramos las tres. Mi tía hacía lo que estaba en sus manos como yo, porque jamás le faltara nuestro amor, ese que era infinito.

Dejamos a la una y cuarto a mi tía en su casa, pasamos por una freiduría de pescado donde Paul se bajó para comprar pescado frito para llevarnos a la mansión, esa que aún me tenía impactada y asimilando que hoy en día pertenecía a la persona que había enamorado mi corazón, y no a aquel cantante famoso que mostraba los rincones

de ella por todas las redes y es que, no era para menos. La casa era un sueño para cualquier ser humano, imposible que a alguien no le llamase la atención.

El coche se convirtió en una delicia de olor cuando Paul metió las bolsas con la comida.

—Por favor, qué bien huele.

—Yo también tengo hambre, me costó no meter la mano dentro de los cartuchos. —Carraspeó.

1

—Te digo una cosa, ahora no quieras prepararlo todo bien en platos porque eso se pone con esos papeles sobre la mesa y se come como manda la tradición.

—¿Con tenedor y cuchillo?

—¡No! Con los dedos —me reí—, pero vamos, que nos ponemos un platito para cada uno, no para colocar el
5 pescado bonito en bandejas.

—Ya me quedó claro, que lo vamos a comer en plan salvaje.

—Algo así. —Volteé los ojos.

Llegamos a la casa y me puse a organizar en la terraza la comida en el centro, sobre sus papeles de cartón, mientras Paul traía los platos, cervezas y cubiertos. Como no, al menos me había dejado poner el pescado como se ponía en la mayoría de las casas cuando se traía de las freidurías.

Los dos mirábamos hacia la piscina sabiendo que era lo próximo que nos tocaría tras la comida, eso sí, por dentro tenía la cosita de que por la noche se acabaría ese fin de semana tan bonito y no por lo material que se había dado, sino por estar a su lado y sentirme plenamente querida y deseada.

Era tan pesadito con brindar, que una de las veces se rompió su copa y me eché a reír mientras él abría la boca de par en par.

—Me han engañado al vendérmelas, son malas.

—No son malas, es que tú eres muy efusivo, al fin y al cabo, es cristal fino —negué sin poder parar de reír.

—Bueno, como quiera que sea, me he llevado una decepción.

—Cualquiera diría que esa copa te arruinó la vida.

—No, pero me hizo quedar fatal. —Recogió todo con mi ayuda y rápidamente lo dejamos como si nada hubiera

¿sucedido.

—No quedaste mal, simplemente estuvo gracioso.

—El Karma, esto fue una obra del Karma.

—El caso es buscar culpable de algo que tú has provocado.

—¿Te estás poniendo a favor del vidrio?

—A favor de la verdad, no se puede tapar el sol con un dedo e intentar quedar impune.

—Mira qué bien te expresas para meter el dedo en la llaga.

—¿Quieres decir que no me suelo expresar bien?

—No he dicho eso, podrías haberlo interpretado como una ironía.

—Ah, bueno —dije de forma exagerada siguiendo su broma.

Tras la comida nos fuimos con dos cafés hacia la piscina y nos sentamos en los taburetes del interior, a la sombrita. La verdad es que el sol estaba demasiado fuerte y el calor apretaba a esa hora que era en la que más candente estaba.

—No te imaginas lo que te amo. —Apretó con un pellizquito mi mejilla y acercó su cara a la mía para darme un beso.

—Sabes que yo a ti también, y mucho.

—¿Cuánto? Quiero saber cuál de los dos lo hace con más intensidad.

—¿Acaso tienes un barómetro para medir los sentimientos?

—Sí, y se llama percepción.

—Toma ya, ¡con dos cojones! —Me salió del alma provocando que abriera los ojos de par en par y se quedara boquiabierto con una sonrisa incrédula de cómo me había expresado—. No te asustes, que eso es una expresión normal aquí en la isla. El caso es que entiendo que tu vienes de una familia refinada y hasta la palabra mierda tiene que sonar en vuestros oídos como lo más bochornoso del mundo.

—Tú sacando conclusiones eres muy mala.

—¿Qué dices? Soy la mejor del mundo.

—Yo también digo mis tacos.

—Sí y luego te los comes como los mexicanos.

—Eres una payasa, pero mi payasa favorita.

—Bueno, al menos salgo bien parada —reí mientras sus ojos brillaban sin quitarme la vista de encima.

—¿Cómo te imaginas nuestro futuro en común?

—Esa pregunta es fuerte. —Moví la muñeca de mi mano con rapidez—. A decir verdad, estoy más perdida que el barco del arroz, no sé, quiera o no, tú no eres un tipo normal y eso hace que solo me deje llevar por las cosas que tú vas poniendo por el camino. Es como si no tuviera que ofrecerte más que mi compañía, amor, admiración, respeto y cariño.

—¿Te parece poco?

—Eso lo tendrías que contestar tú.

—Con esos ingredientes y los fuertes sentimientos que siento hacia ti, creo que vamos a construir algo muy bonito.

—Y tú, ¿cómo nos ves en un futuro?

—Con hijos correteando por nuestro hogar mientras tú resoplas agobiada de ver como se descontrolan, y yo hago todo lo necesario para que no pierdas la calma...

—Dicho así suena bonito. —Apreté los dientes.

—Me veo creando junto a ti una preciosa familia, unida y llena de amor, de risas, de respeto y de valores. Me veo disfrutando de cada momento junto a ti, viajando, saliendo a comer, de compras...

—Joder qué bonito como pintas el panorama. —Le causé una carcajada.

—Tú no te crees nada, el problema es que todo esto te quedó grande, pero yo haré todo lo que esté en mis manos para que te vayas sintiendo una de las piezas fundamentales para que todos nuestros sueños se transformen en realidad.

—Y pensar que yo me conformaba con tener para pagar, comer y vestirme... —Me eché a reír.

—Cada uno sueña en la medida de las posibilidades que tiene en ese momento, pero los tiempos y las condiciones cambian, aunque no nos lo creamos.

—Pero de extremo a extremo como me pasó a mí, como que no se está preparado, y no lo digo por lo que tienes, nada que ver con eso, sino con la libertad en la que me encontré de repente gracias a ti.

»Sin un futuro laboral, pero con techo, porque para eso tengo la casa de mis abuelos en la que vive mi tía, pero la importante razón, la más poderosa, es la de no tener deudas. Eso para mí es lo más fuerte que me pudo pasar, todo gracias a ti, te lo repito de nuevo y lo repetiré todas las veces que me nazca.

»Para mí mi vida ha cambiado, me has puesto un camino por delante en el que me has quitado el mayor de los dolores de cabeza y encima te amo con todo mi corazón y soy correspondida. No sé si me estoy explicando bien o como el culo, pero no se puede expresar lo mucho que has hecho por mi vida y, sobre todo, por mi salud mental.

—Te explicas perfectamente a pesar de ponerte nerviosa y querer decirlo todo a la vez. —Nos pusimos a reír, porque así era y así lo transmitía—, pero entiendo lo que sientes y sobre todo cómo te sientes.

—Bueno pues eso, estoy en un vaivén de sentimientos, pero todos bonitos y, por primera vez, no me siento sola. Aunque tenga a mi tía, hay cosas que no podía ni debía hablar con ella, pero no sé, es que ahora es toda una liberación, y gracias a ti vi hasta un cambio en ella que es muy anticuada, y no sé, está diferente y más permisible.

—Es una gran persona y te quiere muchísimo.

—Lo sé.

Nos abrazamos sonriendo y nos comenzamos a enrollar como dos adolescentes a los que se les iba la vida con cada beso, mirada o las caricias que nos íbamos regalando por momentos.

Estaba tan feliz que me daba mucho miedo que algo sucediera y se cargara todo lo bonito que estábamos sintiendo en esos momentos. Siempre se dijo que cuando la felicidad está latente siempre pasa algo que la enturbia y eso me daba miedo, estar bebiendo las mieles del amor y que algo lo destruyese.

Llevábamos un buen tiempo en el agua y ya se nos comenzaban a ver las arrugas en los dedos y la piel erizada, así que decidimos salir para tumbarnos en una hamaca y descansar un rato. Aunque solo pensar en descansar me provocaba risa ¿descansar de qué? Ni que nos hubiéramos matado a trabajar el fin de semana, pero era un decir.

Me recosté sobre su pecho, ese que calmaba el mayor de todos mis miedos, ese que me hacía sentir protegida en todo momento. Era impresionante la de sensaciones tan placenteras que vivía junto a Paul.

—¿En qué piensas? —preguntó mirándome, sosteniendo una eterna sonrisita.

—En lo afortunada que soy de poder estar aquí entre tus brazos, en lo afortunada que he sido, doy gracias a la vida por cruzar nuestros caminos. No te imaginas todo lo maravilloso que estás causando en mí.

;

)

.

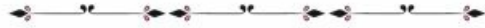
)

2

í

—En lo afortunada que soy de poder estar aquí entre tus brazos, en lo afortunada que he sido, doy gracias a la vida por cruzar nuestros caminos. No te imaginas todo lo maravilloso que estás causando en mí.

Capítulo 19: Ivonne



Pues sí que había dormido, y encima me estaba costando la vida abrir los ojos...

Lo primero de lo que me di cuenta es de que Paul no estaba a mi lado, eso era obvio; lo segundo es que desde la tumbona hasta la casa había como cartelitos que contenían sobres. Me reí pensando en cómo de nuevo me sorprendía y le daba tiempo a prepararme otra de sus innumerables sorpresas porque eso era lo que hacía constantemente, sorprenderme de mil maneras que solo a él se le podían ocurrir.

Me senté al principio de la hamaca donde estaba la primera flecha de madera con un sobre pegado, el que no tardé en abrir para descubrir el contenido.

«De qué me vale tener todo lo que poseo, si todo lo que necesito, si la niña que amo eres tú. Mi persona favorita en este lugar del mundo en el que con un amor como el nuestro todo es más liviano y bonito».

¿En serio me decía eso? Me emocioné y hasta se me saltaron las lágrimas, era el más bonito de todos los despertares.

Me levanté y fui hasta el siguiente cartel, hacían un camino hacia el interior de la casa.

«¿Sabes que las personas que menos tienen, son las que son capaces de darlo todo como si tuvieran en sus manos el poder de dar la mayor de las felicidades a esas que son tan pobres que solo tienen dinero?».

Joder qué fuerte esa frase, por cierto ¡qué bonito escribía y qué bonita letra! Me estaba emocionando lo más grande y las lágrimas ya caían por completo sobre mis mejillas como si se hubiera formado una catarata en mis ojos.

No dudé en agarrar el tercer sobre del siguiente cartel. ¿Qué más me podía decir cuando todo estaba más que dicho?

«Perdona por entrar en tu vida de esta manera, arrasando con todo lo que me encontré por el camino, pero no sabía hacerlo de otra manera para poder llegar a conseguir mi mayor tesoro, eso eres tú».

Joder, poeta no era, pero facilidad para emocionar y hacer sentir tenía para dar y regalar. Suspiré con esa nota apretándola sobre mi pecho, momento en que miré hacia arriba y vi a Paul en la terraza de la habitación con un café en la mano, sonriendo y mirándome lleno de emoción.

Sonreí y me dispuse a coger el siguiente cartel para descubrir qué más le faltaba por decir.

«He buscado muchas bocas intentando engrandecer mi corazón, pero solo lo has conseguido tú. Tus labios, sin los que ya no podría vivir ni puedo pensar en la ausencia de ellos».

Joder, ¡qué fuerte! Miré hacia arriba para encontrarme con su sonrisa y mirada, para que viera la emoción que había reflejada en mi cara. Estaba dejándome llena de emociones que difícilmente desaparecerían de mi corazón.

Cogí la que estaba más cerca de la casa y la comencé a leer con los ojos borrosos de la emoción.

«Sabes que esta noche no te tendré en mis brazos, ese es un motivo para pensar en que puedo llegar a volverme loco, pero, este loco aguardará el nuevo encuentro como el mayor de los viajes, ese que con tantas ansias se espera».

;

Me estaba causando tal un revuelo de mariposas en mi estómago que sentía la necesidad de meter mis manos en mi interior y rascarme por los cosquilleos que me estaba causando.

Entré en la casa y había otra a pie de las escaleras que llevaban hacia arriba, hacia donde estaba Paul.

«Me has enseñado a amar cosas que ni yo mismo creí poder valorar, como la paz y el bienestar que pueden llegar a dar el calor de unos brazos como los tuyos».

Al final de las escaleras había otra nota, subí emocionada y pensando que había sido demasiado tiempo el que pasé sin él, que la vida debería haber cruzado nuestros caminos mucho antes.

s

Abrí la que se suponía que era la última nota.

«Tú me hiciste ver que solo quiero perderme en tu cuerpo y que ya no existen otros, solo el tuyo puede satisfacer y calmar todos mis instintos».

Y, sorprendentemente, había otro más en la puerta de la habitación.

«Te amo hasta el infinito, por ti me olvidé hasta de mis apellidos. Solo eres tú y nada más que tú lo que quiero en mi vida. ¿Un café?»

Me reí por eso último y sí, tenía ganas de ese café, pero sobre todo de llegar hasta sus labios, esos que se habían

convertido en mi nuevo hogar.

Nos abrazamos fuertemente...

—Te quiero, Ivonne, te quiero con todo mi corazón, nunca dejes de amarme, por favor.

—No podría, demasiado tarde cuando tienes mi alma en tus manos, Paul —dije emocionada.

Nos fundimos en un cálido y apasionado beso que ratificaba todo lo que aquellas palabras significaban para ambos. El comienzo de una historia que aún estaba por construir, pero el principio ya estaba escrito y presagiaba el mejor de los caminos.

Me sirvió una taza de café en la mesa donde tenía todo preparado para ello y nos la tomamos en la terraza, mirando hacia el mar acabando con las últimas horas de ese fin de semana tan intenso que habíamos vivido.

Luego nos duchamos y recogimos todo antes de irnos hacia mi casa, allí mi tía nos había preparado la cena ya que nos lo advirtió por la mañana cuando fuimos a ver a mi mamá.

De camino a casa paró en una pastelería a comprar dulces para llevar.

—Pero Paul por la noche ese tipo de postres es la muerte del azúcar.

—Por un día no pasará nada. —Carraspeó mientras bajamos del coche para entrar en la tienda, esa que era de las más bonitas de la isla. Parecía que entrabas en un museo de pasteles.

r

Cogió una docena el muy exagerado, eso sí, todos tenían una pinta espectacular, sobre todo los de chocolate y nueces, que consiguieron que se me hiciese la boca agua con solo mirarlos.

—Nos vas a cebar.

—No seas exagerada, de vez en cuando un capricho no viene mal.

y—Bueno, un capricho tras otro.

—Eso contigo, con tu tía no los tuve muy seguidos aún.

—Los has tenido de otro tipo.

—Pero esos no endulzan la vida.

—Pero sí el corazón —le dije acariciando su brazo y emocionada por lo bueno que era con nosotras.

Regresamos al coche y nos dirigimos a la casa directamente, donde mi tía nos recibió con la mejor de sus sonrisas y es que Paul le había caído muy bien y eso era evidente.

Nos había preparado unas bolas de salmón rellenas de queso crema, además de una crema de verduras que le salía buenísima.

Durante la cena nos estuvo contando que estaba pensando en reformar la casa poco a poco, que con mi llegada quería que no se viera tan antigua.

—Tía, no es necesario de verdad, está todo muy cuidado y no es necesario que desembolse un dinero y menos por mí. No necesito ver todo más moderno ni mucho menos. Esta casa está llena de bonitos recuerdos y eso es lo que hace que se sienta un hogar de verdad.

—Pero hija, la cocina está muy oscura.

—En eso te doy la razón, pero no está mal ni vieja. Eso sí, los muebles son marrones y los azulejos muy vintage —dije ocasionando una risa en los dos.

—No sé hija, quiero que te sientas cómoda.

—Una remodelación no me hará sentir mejor de lo que ya me siento, de verdad tita, no hace falta.

—Bueno, pero lo tengo en mente y lo replantearemos con el paso de los días.

—Tía, tranquila. —Le acaricié la mano—. Estoy bien y no necesito más cambios que los que ya he tenido, esos que me han sacado del pozo en el que estaba sumergida.

—Hija, me alegra verte mejor, aunque sé que gran parte de eso tiene que ver con alguien. —Carraspeó moviendo su cabeza hacia Paul.

—Sí, he tenido mucha suerte —dije mirándolo mientras él nos escuchaba con la más bonita de sus sonrisas.

Disfrutamos de una comida muy familiar, así la sentí y eso me daba mucha paz, esa de la que él hablaba. Luego llegó el momento dulces y como no éramos golosas...

—Qué rico, por Dios, qué cosa más buena trajo este hombre —dijo mi tía probando todos los sabores, cortando un pedacito de cada uno de ellos con la cuchara.

—Tía, menos mal que no tienes problemas de azúcar —le dije a modo reprimenda por la cantidad de dulces que estaba comiendo.

, —Ya sabes que soy fuerte como un roble.

—Eso sí, pero bueno a ver si te va a dar un dolor de barriga.

—Que me dé, sarna con gusto no pica.

Estaba disfrutando como una niña pequeña y eso se veía, los dos la mirábamos sonriendo.

La cara de Paul observándola era un poema, pero se notaba que estaba feliz de comprobar que había conseguido sorprender gratamente a mi tía con esos dulces que habían sido todo un acierto.

Después de cenar la ayudamos a recoger la mesa y la cocina. Nos sentamos los tres un ratito en el salón y me di cuenta lo cómodo que se veía a Paul con nosotras, quisiera o no, eso me daba mucha alegría.

Se marchó a las once de la noche quedando en que hablaríamos por la mañana, ese momento que ya deseaba que llegara para descubrir en qué momento nos volveríamos a ver.

Mi tía me dio un abrazo y me felicitó por haber encontrado un hombre como Paul. Era obvio que lo admiraba y le tenía un aprecio increíble, indiscutiblemente se lo había ganado a pulso con la forma que tuvo de tratar en todo momento el tema cuando yo estaba en el hospital y lo que facilitó las cosas.

Me acosté con la sensación de que en parte estaba todo en orden en mi vida después del caos, pero a la vez con una extraña sensación de que algo iba a salir mal, que todo no podía ser de repente un camino de rosas.

Eso me causaba un poco de pánico y malestar, me hacía ponerme inquieta. Eran dos sensaciones totalmente distintas y a la vez dispares, pero es que era algo que no me dejaba conciliar el sueño, era como un aviso de que algo iba a pasar y se iría todo a la mierda.

Recordaba cada momento que habíamos pasado durante el fin de semana, en el que no había escatimado en sorprenderme a cada momento. Todo había sido fascinante y emocionante a su lado.

Comencé a ponerme intranquila, incluso me levanté un par de veces para ir al lavabo y a beber agua, no conseguí quedarme dormida y no lo conseguí hasta bien tarde...

—Ya sabes que soy fuerte como un roble.

—Eso sí, pero bueno a ver si te va a dar un dolor de barriga.

—Que me dé, sarna con gusto no pica.

Estaba disfrutando como una niña pequeña y eso se veía, los dos la mirábamos sonriendo.

La cara de Paul observándola era un poema, pero se notaba que estaba feliz de comprobar que había conseguido sorprender gratamente a mi tía con esos dulces que habían sido todo un acierto.

Después de cenar la ayudamos a recoger la mesa y la cocina. Nos sentamos los tres un ratito en el salón y me di cuenta lo cómodo que se veía a Paul con nosotras, quisiera o no, eso me daba mucha alegría.

Se marchó a las once de la noche quedando en que hablaríamos por la mañana, ese momento que ya deseaba que llegara para descubrir en qué momento nos volveríamos a ver.

Mi tía me dio un abrazo y me felicitó por haber encontrado un hombre como Paul. Era obvio que lo admiraba y le tenía un aprecio increíble, indiscutiblemente se lo había ganado a pulso con la forma que tuvo de tratar en todo momento el tema cuando yo estaba en el hospital y lo que facilitó las cosas.

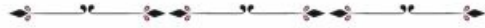
Me acosté con la sensación de que en parte estaba todo en orden en mi vida después del caos, pero a la vez con una extraña sensación de que algo iba a salir mal, que todo no podía ser de repente un camino de rosas.

Eso me causaba un poco de pánico y malestar, me hacía ponerme inquieta. Eran dos sensaciones totalmente distintas y a la vez disparejas, pero es que era algo que no me dejaba conciliar el sueño, era como un aviso de que algo iba a pasar y se iría todo a la mierda.

Recordaba cada momento que habíamos pasado durante el fin de semana, en el que no había escatimado en sorprenderme a cada momento. Todo había sido fascinante y emocionante a su lado.

Comencé a ponerme intranquila, incluso me levanté un par de veces para ir al lavabo y a beber agua, no conseguía quedarme dormida y no lo conseguí hasta bien tarde...

Capítulo 20: Paul



Me removí entre las sábanas con una sensación extraña, ¿el motivo? Me faltaba Ivonne al lado. Solté un suspiro y me giré mirando hacia la corredera, hacia la claridad que se colaba. Una nueva semana empezaba y esperaba que todo se mantuviera como estaba o fuera a mejor, sin que nada la alterara. Ya había tenido bastante por un tiempo.

Mis labios se curvaron recordando el fin de semana que había pasado junto a ella, muy relevador y el que había disfrutado como un niño pequeño el día de reyes. «Mi prometida» pensé, y acabé riendo porque era un tema que hasta hacía poco me daba urticaria.

Dada mi posición siempre me había costado dar el paso para mantener relaciones estables, eso, o sería que no había encontrado a la persona indicada para lanzarme de cabeza como había hecho desde que conocí a Ivonne.

Me incorporé de la cama sintiendo como mi cuerpo reaccionaba ante su recuerdo, al rememorar todas las partes del suyo y todo lo que disfruté en su compañía.

—Duérmete que no es el momento. —Solté un bufido mirando hacia abajo, hacia mi miembro erecto y dispuesto a que tomara cartas en el asunto.

Mi intención había sido la de bajar directamente a por el primer café del día, pero por cómo cambió la situación en la que me encontraba, no podía aparecer delante de Nina con el mástil por todo lo alto, la que haría un buen rato que habría llegado.

Tenía dos opciones que medité a conciencia: echarme mano a mí mismo para aplacar el deseo, o meterme en la ducha y esperar a que cayera de desilusión por sí solo. Al final opté por las dos, ¿para qué negarme ninguna? Con ese pensamiento me quité el bóxer de camino al baño y me metí en la ducha.

Solté un suspiro en cuanto el agua hizo contacto con mi cabeza y resbaló por mi cuerpo, dejando a mi mente libre mientras mi mano actuaba de la misma manera en la zona que necesitaba. No fui suave, igualando a la necesidad que necesitaba en ese instante.

Después de unos segundos acariciándome el glande, recreándome en él mientras apoyaba la espalda en las

baldosas y el agua caía delante de mí, mi mano se movió a un ritmo frenético deslizándose con movimientos que me llevaron al límite. Retuve el orgasmo todo lo que pude, ni sé el tiempo que pasé mientras el baño se llenaba de vaho por el calor.

Algo que era imprescindible cada vez que me metía debajo del agua, al menos en lo que a una ducha se refiere. Primero agua caliente, después pasaba a templada y acababa los últimos segundos con agua más o menos fría, que no del todo porque me entraba una mala hostia cuando me pasaba al girar demasiado el grifo...

Solté varios jadeos a punto de estallar, apretando la mandíbula y dejando caer la cabeza en las baldosas, en tensión, cuando descargué toda la excitación. El agua no tardó en eliminar todo rastro de lo que había hecho.

Después de unos minutos disfrutando de la sensación de paz que había conseguido, volví a meterme debajo del agua y me enjaboné. No tardé en estar fuera, con una toalla enrollada en la cadera y dirigiéndome hacia el móvil que tenía en la mesita de noche.

Sonreí al ver un mensaje de Ivonne de hacía un poco más de media hora.

Ivonne: *Buenos días, prometido. ¿Qué tal la noche? La mía ha pasado muy larga sin tenerte a mi lado.*

Yo: *Qué bien suena eso, dímelo en persona y te darás cuenta de cómo reacciona y lo contenta que se pone una parte de mi cuerpo. Bien, pero me costó dormirme pensando en ti y me he despertado con una sensación a la que no estoy acostumbrado, nunca me había pasado.*

Su respuesta no tardó en llegar.

Ivonne: *Eso es bueno, ¿no? En las dos situaciones —puso varios emojis riendo—. Al menos ha sonado muy bonito y... excitante. Y no sabes cómo me alegra el saberlo, lo de que no te ha pasado nunca, lo otro, no creo que sea una novedad que cierta parte de tu cuerpo se alegre.*

n

Yo: *Puedes apostar a que sí, excitante. Tengo unas ganas tremendas de ponerle remedio junto a ti. Es buenísimo, créeme. Necesito verte, ¿qué te parece si voy a por ti y salimos a desayunar?*

Ivonne: *Siento decirte que no. No sabes lo que me gustaría, pero le he prometido a mi tía que la acompañaría a comprar y no quiero dejarla sola porque llegará cargada. Seguramente hasta la tarde no podré porque también tengo la visita a mi madre. Yo también necesito verte y las ganas son recíprocas. —Acabó con un emoji de una cara triste.*

Yo: *No te preocupes, ve con ella. Ya hablamos más tarde y te recojo. Y ni se te ocurra coger mucho peso todavía, si tengo que ir a buscaros donde sea me avisas, y lo digo muy en serio preciosa, si no quieres que me cabreé.*

Ivonne: *Tranquilo, tendré cuidado. Cuando esté en casa te aviso don mandón.*

· **Yo:** *Don mandón te voy a dar yo a ti en cuanto te coja por banda, le vas a poner significado real a esas palabras. Espero que sea verdad, cuídate y dale un beso fuerte a tu madre de mi parte. Con ganas me quedo de que me avises.*

· Después de varios mensajes más en los que me calentó, aunque para eso no necesitaba hacer ni decir mucho, la verdad, nos despedimos hasta más tarde. Dejé el móvil a un lado olvidándome de él y fui hacia el armario para elegir qué ropa ponerme.

Una vez vestido salí y fui directo hacia la cocina, en la que Nina se movía de un lado al otro.

—¿Liada ya? —pregunté con una sonrisa, hablando en alto para que supiera que estaba allí porque me daba la espalda.

—Oh, buenos días, Paul. —Me saludó y sonreí al escuchar cómo ya no le costaba llamarme por mi nombre—. Un poco, aunque dentro de un rato saldré para hacer una compra.

—Si necesitas que te acompañe... —sugerí.

—No, no, lo haré como la última vez, para que lo traigan. Solo me cargaré con lo que me urge para hoy, que no será mucho.

—Como quieras —sonreí.

—Sal al jardín que sé lo que te gusta el sol de primera hora, enseguida te llevo el café.

· —Está bien, pero sin nada más. —Me referí a las galletitas que cada mañana me ponía y tenía que volvérselas a llevar.

· —Ya me he dado cuenta. —Se ruborizó—. Me lo dijiste, pero...

—Ajá, y aun así continuas poniéndolas. —Levanté una ceja, divertido.

—Una nunca sabe con cuanta hambre te levantas y con cuanta necesidad —asintió conforme con su lógica.

—No sabes con cuanta de ambas Nina —reí girando y dándole la espalda saliendo al jardín.

· Ni lo sabría sonreí mientras llegaba a la mesa y me sentaba, porque precisamente hambre y necesidad de llevarme algo a la boca de comida masticable y digestiva no era con lo que me despertaba, más bien la de llevarme a la boca y a otra parte de mi cuerpo algo totalmente diferente, pero no era plan de dejarla ruborizada con la realidad.

Cogí el periódico que había dejado Viktor y lo abrí, así empecé a tomarme el café que dejó Nina encima de la mesa al poco tiempo. Sonreí al ver que solo me había traído eso, sin ningún extra, al menos por ese día, apostaba a que al día siguiente si no se lo volvía a decir, las galletitas estarían al lado del café.

Me lo tomé con calma disfrutando de la paz que se respiraba, mientras leía atentamente todas las noticias. Hasta que llegué a una parte en la que mis ojos se agrandaron y por poco no escupo el último sorbo de café al dar con una noticia.

—¿Qué cojones...?

«*Se inicia la búsqueda del multimillonario Paul Nilsson, original de Suecia*».

Ese era el titular que hizo que me entrara de todo por el cuerpo, cagándome en una persona en particular, sabiendo quién era el responsable de ello, el hombre de confianza de mi padre.

Leí atentamente sin salir del asombro todos los datos que daba la noticia, varias veces, porque con una no tuve suficiente porque no me entraba en la cabeza.

Me levanté tirando el periódico encima de la mesa y volqué la taza vacía, justo en el momento en el que Viktor se acercaba hacia mí. Su cara, con una sonrisa, enseguida se cubrió de seriedad al ver cómo había reaccionado.

—¿Qué cojones ha pasado ahora? —Quiso saber cuándo llegó a mi lado.

—¿Qué ha pasado? Esta jodida mierda. —Volví a coger el periódico y lo tiré abierto al otro lado de la mesa, hacia donde estaba él.

Mirándome sin comprender lo cogió y ojeó las dos páginas abiertas, hasta que dio con la noticia del siglo. Lo supe por el cambio en su expresión. Agrandó los ojos, los labios se le abrieron y cerraron queriendo hablar, pero sin poder pronunciar ninguna palabra al no salir del asombro, como me había quedado yo.

—¡No me jodas! —soltó después de tomarse su tiempo para digerirlo, levantando la cabeza hacia mí al encuentro de mis ojos.

—El que la está jodiendo es quien ha dado la orden para que eso se publique. —Apreté la mandíbula.

—Esto ya es pasarse... ¿Qué quiere? ¿Tenerte en Suecia obligado para seguir siendo el perrito faldero de alguien? Que eres libre de escoger tu vida, joder...

—Como si fuera gilipollas va y lanza esa noticia, perdón rectifico, lo es sin margen de error. —Empecé a caminar con rabia seguido por Viktor, necesitaba moverme—. Como si no supiera de sobra dónde estoy por los movimientos de las tarjetas.

a—Es porque no le coges el teléfono.

—¿No me digas? —Me paré mientras mi cabreo aumentaba—. Lo que parece no saber es que no tengo una jodida intención de hacerlo y menos después de esto.

—Tendrás que ceder —murmuró Viktor—. Será peor si no lo haces. Si ha llegado hasta la prensa, que sabe lo que te jode todo lo relacionado con ella, no quiero ni imaginar qué será lo siguiente.

—Que intente cualquier cosa más —solté con rabia—. Estoy esperándolo.

—Paul...

,

—Viktor...

Soltó un bufido nervioso al no conseguir que entrara en razón por las posibles consecuencias. Pero ¿qué mierda de consecuencias podría suponerme? No me vinculaba nada a ese hombre. Tenía que darme hasta las gracias por haberlo mantenido en su puesto después de la muerte de mi padre. Yo era libre de hacer con mi vida lo que me saliera de los cojones y si algo tenía claro, es que no iba a consentir que manejaran mi vida al antojo de nadie, como se dejó hacer mi padre.

—Maldita sea. —Me llevé las manos a la cabeza, revolviéndome el pelo.

1—Eh, chicos. —Escuchamos la voz de Sander a nuestras espaldas.

—Que madrugador has sido hoy —le habló Viktor, girándose hacia él, yo todavía estaba intentando controlarme.

2

—Tenía cosas que hacer, unas gestiones —respondió Sander—. ¿Sucede algo?

—¿Cómo llevas el caso de Ivonne? —le pregunté al cabo de unos segundos.

—Bien, tío. Ya tengo todo lo que necesito en mi poder para hundir al acusado en el juicio, y créeme que ya puede tener una buena defensa que caerá igualmente —aseguró.

—No lo he dudado en ningún momento. —Solté un suspiro frotándome la cara.

3

—¿Me vais a decir qué pasa? La tensión es evidente y por Ivonne tienes que estar más que tranquilo —insistió Sander.

.

Me giré hacia él y solo necesitó que lo hiciera para saber que algo gordo había pasado.

—Largadlo ya —nos pidió serio, cruzándose de brazos mientras pasaba la mirada de Viktor a mí.

Viktor se mantuvo callado esperando a que yo empezara. Lo único que hice fue caminar hacia la mesa sin responder, seguido por ellos. Una vez en ella cogí el jodido periódico y se lo puse entre las manos a Sander, el que me miró levantando una ceja sin entender mi gesto.

: Le señalé el artículo que tenía que leer y en cuanto lo hizo tuvo la misma reacción que nosotros, no era para menos.

—¿Quieres que intente averiguar algo? ¿El motivo de tanta insistencia? —Tiró de golpe el periódico en la mesa.

Estaba al tanto del más mínimo detalle sobre la situación.

—¿Puedes quitarme de encima a William? ¿Hacerlo desaparecer de mi vida definitivamente? —pregunté levantando una ceja, refiriéndome al hombre de confianza de mi padre.

2

—Hombre... —curvó los labios Sander— no me sería difícil hacerlo desaparecer, no. Solo tengo que tocar las teclas indicadas sin ensuciarme las manos y no quedaría ninguna prueba para que señalaran a nadie.

—¡No me jodáis! ¿En serio? —medio gritó Viktor— Se os ha ido la puta cabeza, panda de locos tengo por amigos. —Se dejó caer en la mesa, apoyándose en ella.

—Relájate. —Lo miré de rejo—. No es algo que tenga en mente, pero... no queda descartado. —Curvé los labios al escuchar el bufido de Viktor y la carcajada de Sander.

—Mierda tío, que tú eres un hombre de leyes. Quieres hacer el puto favor de guiarlo bien —señaló Viktor a Sander.

—Que era broma, joder —rio él—. Que lo podría hacer, sí, no he mentido en nada de lo que he dicho. —Se encogió de hombros—. Otra cosa es que lo haga y menos estando de por medio la vida de Paul. Solo era para destensar el ambiente.

—¿Destensarlo? —Se incorporó Viktor descompuesto.

—Está muy susceptible ¿no? —Se inclinó hacia mí Sander.

—Es la isla, el clima cálido. He llegado a esa conclusión —respondí lo más serio que pude, pero por dentro me estaba partiendo de la risa al ver las reacciones de Viktor.

—Ya decía yo —asintió Sander siguiéndome la broma.

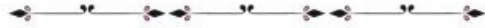
Al final no pudimos contenernos más y acabamos soltando una carcajada sincronizada Sander y yo, a lo que Viktor reaccionó lanzándose sobre nosotros.

Acabamos los tres revolcados por la hierba, entre risas. A la mierda todo en ese instante, tenía muchas horas por delante para pensar en cómo lo haría. Me negué a partir de ese momento a que ese tema me jodiera el día y automáticamente pensé en Ivonne. Una sonrisa apareció en mis labios, mientras nos quedábamos los tres tumbados bocarriba sobre la hierba.

Al final no pudimos contenernos más y acabamos soltando una carcajada sincronizada Sander y yo, a lo que Viktor reaccionó lanzándose sobre nosotros.

Acabamos los tres revolcados por la hierba, entre risas. A la mierda todo en ese instante, tenía muchas horas por delante para pensar en cómo lo haría. Me negué a partir de ese momento a que ese tema me jodiera el día y automáticamente pensé en Ivonne. Una sonrisa apareció en mis labios, mientras nos quedábamos los tres tumbados bocarriba sobre la hierba.

Capítulo 21: Paul



Miré de reojo el teléfono, como si fuera mi peor enemigo en ese momento y me hubiera declarado la guerra. Después del bombazo de la noticia y de hablar con mis amigos, conseguí relajarme un poco y pudimos disfrutar de un rato en la piscina, olvidándonos de lo que nos rodeaba el tiempo que estuvimos haciendo bromas y en calma, una calma que para mí no fue del todo real.

La comida me sentó de lujo, la que disfrutamos los tres en la carpa del jardín, a pesar de que por dentro yo tenía una bomba a punto de explotar. Por mucho que hubiera dado a entender lo contrario a Viktor y a Sander para que no se preocuparan, mi cabeza no había podido dejar de darle vueltas a la situación, pensando en mi siguiente movimiento.

Lo tenía claro, una puta llamada, eso es lo que tenía que hacer al menos para empezar. De ahí que estuviera atravesando al móvil con la mirada sentando en la cama, porque con lo que había pasado aún menos ganas tenía de hacerla, sabiendo que acabaría con el estómago más girado.

Lo cogí cuando un mensaje de Ivonne entró, eran las cinco y media de la tarde.

Ivonne: *Buenas tardes, don mandón. Acabo de llegar con mi tía de ver a mi madre. Para que veas qué bien nos hemos portado, hemos dividido la compra entre esta mañana y la tarde, de camino de vuelta de la residencia. Si no se te ha complicado el día y sigues queriendo quedar...*

¿Complicado? Qué va... pensé con ironía tomándome unos minutos para responder.

Yo: *Yo siempre quiero quedar contigo, preciosa ¿acaso lo dudas todavía? Me alegro de leer eso y de que me hayas hecho caso, aún no puedes hacer muchos esfuerzos.*

Ivonne: *¿Cómo ha ido el día? ¿Estás bien?*

Yo: *No lo estoy porque no estás a mi lado. ¿Te apetece venir a mi casa y disfrutamos de la tarde en la piscina? Podemos cenar aquí también. Hoy no tengo ganas de moverme. Viktor y Sander están conmigo, pero los encerraré en sus cuartos si hace falta o los echaré.*

Ivonne: Claro —puso un emoji con corazones en los ojos—. *Donde sea junto a ti, me parece bien. Y no hace falta que los encierres ni los echas, a ver si me van a coger manía si los mandas otra vez al piso de Viktor, jajaja... me encantará conocer personalmente a Sander.*

Yo: *No se alejan de mí ni queriendo. Para eso tiene su piso Viktor, joder. No te preocupes, en algún momento seguro que se irán. Me encanta ese junto a ti.*

Ivonne: *No te quejes que tú eres el primero en no poder estar sin ellos cerca, sobre todo de Viktor. —Puso un emoji sacando la lengua, haciéndome sonreír—. No molestan, no les digas nada, de verdad. Me encanta ver la amistad que tenéis y seguro que con Sander es igual. Más te va a gustar cuando lo esté.*

Yo: *Eso no lo dudes, preciosa, lo estoy deseando. En un rato salgo a por ti.*

Con una sonrisa releí los últimos mensajes. Estaba deseando comérmela, literalmente. Había conseguido por unos instantes que me olvidara de verdad de todo, ese efecto causaba en mí centrándome solo en ella.

No me dio tiempo a soltar el móvil cuando me entró otro mensaje totalmente diferente. Apreté la mandíbula al ver de quién era y me levanté de golpe al leer por encima lo que decía.

William: *Por tu bien espero que leas este mensaje o tu vida cambiará radicalmente y será tu ruina en todos los sentidos... tienes...*

Hasta ahí pude ver. Desconcertado lo releí varias veces, hasta que lo abrí sin poder contener las ganas de saber a qué se refería. La vista se me nubló y la ira me consumió...

William: *... tienes menos de veinticuatro horas para volver y presentarte delante de mí, si no tomaré las medidas oportunas para hacerlo posible y no te gustará el método que elija. Como ya te he dado a entender, pero para que te quede más claro, tu vida, tal y como la conoces pende de un hilo si no lo haces y no me refiero solo al tema económico.*

—¿Qué cojones significa esto? —dije en alto dando vueltas por la habitación.

Salí casi a la carrera dando encuentro a mis amigos en el salón.

—Me voy —comenté serio y bastante fuerte, cortante.

Desviaron la atención de la televisión al instante, girando las cabezas hacia mí por el tono que había utilizado.

—Ya nos lo has dicho antes, que irías a por Ivonne—respondió Viktor confundido.

—No, vuelvo a Suecia —aseguré y por mi tono de voz supieron que no era una broma ni un farol.

—¿Qué dices? —Se levantó rápido Viktor, mirándome y entrecerrando el ceño.

—¿Qué ha pasado? —Dio un paso hacia mí Sander.

—Esto. —Caminé hacia ellos y les mostré el mensaje que seguía abierto.

—¿Qué mierda significa? —preguntó Viktor quitándome el móvil de la mano para leerlo otra vez.

—No tengo ni puta idea, pero pienso averiguarlo. —Apreté la mandíbula.

—Ese tío está loco —negó con la cabeza Sander dejando que el cabreo se reflejara en su expresión, releyendo también varias veces el mensaje.

—Voy a prepararlo todo, me encargo de que tengan listo el avión. —Pasó por mi lado cabreado Viktor.

—No tenéis que acompañarme. —Lo frené.

—¡Los cojones! —Me encaró nervioso—. Vuelve a repetirlo y llegas lisiado a Suecia.

Con esa contestación se alejó de mí. Me quedé mirando hacia las escaleras por donde desapareció.

—¿Estás seguro? —habló Sander— Si cedes ya no habrá vuelta atrás...

—No la hay ya —aseguré.

—Está bien.

—Necesito que te quedes aquí durante un tiempo. —Me miró extrañado—. Quiero dejar varias cosas solucionadas, por si se complica todo mucho. —Apreté la mandíbula.

—Tú dirás...

—Primero está el tema del juicio de Ivonne.

—Por eso no hay problema, lo he movido urgente y será en unos días. Me lo han notificado hace poco, tenía pendiente decírtelo.

—Vale. —Solté un suspiro—. Quiero que esta mansión y el coche pasen a ser de Ivonne —dije caminando hacia la cristalera que daba al jardín—. Tienes los poderes para actuar en mi nombre y si surge algún problema me

haces llegar los papeles y te los devuelvo urgentemente firmados, pero sería la primera vez que pasara, con lo cual... El piso de Viktor lo mantendrá, por si volvemos en un plazo corto... ya hablaré con él en el avión cuando esté más calmado.

—¿Tan negra ves la situación que te quieres deshacer de todo lo que has adquirido a tu nombre? —preguntó serio poniéndose a mi lado.

—No sé por dónde saldrá todo y si no puedo volver o se alarga mucho en el tiempo... también necesito que te encargues de notificarlo al personal de la casa y que les pidas perdón de mi parte. Nina está comprando, tenía pensado hacerlo por la mañana, pero al final se ha liado con otras cosas. Cuando vuelva no estaremos y no podré decírselo en persona. Págales un año entero de sueldo a cada uno de ellos por el despido repentino, a parte de la indemnización que les pertenezca, aunque sea mínima.

—Dalo por hecho —me confirmó.

—También... quiero que abras una cuenta en la que la única beneficiara sea Ivonne, en la que meterás el dinero que te diga.

—No vas a volver —aseguró por todo lo que le estaba pidiendo.

—No tengo ni puta idea, joder, pero no me gusta dejar nada al azar, ya lo sabes. —Solté un suspiro desesperado.

—Tranquilo, haz lo que te haga sentir bien. No tienes que darme explicaciones, tío, voy a estar a tu lado sea como sea. En cuanto lo deje todo cerrado volaré hacia Suecia para darte encuentro y ayudarte en lo que pueda, no creo que me suponga mucho tiempo estar allí...

—Gracias —susurré girando hacia él.

Me apretó el hombro sin responderme, pero su mirada habló por él antes de alejarse hacia el interior. Cuando me quedé solo volví a la habitación y me apresuré para tenerlo todo preparado en menos de media hora. No me paré a nada más, mi mente en ese momento no estaba centrada y me moví por inercia sin poderme quitar de la cabeza el jodido mensaje que había trastocado todos mis planes.

Cuarenta minutos más tarde los tres nos dimos encuentro en el salón y nos despedimos de Sander, el que se quedaría en la mansión hasta que lo solucionara todo y le entregara las llaves a Ivonne.

Viktor y yo salimos en busca del coche sin hablar. Si él estaba cabreado yo había superado a esas alturas todos los niveles. Necesitaba llegar al fondo de todo para vivir tranquilo de una maldita vez, necesitaba saber qué significado darle a ese jodido mensaje... tantas cosas, que me desbordaban porque no tenía respuestas.

Como me pesaba mi vida, como me pesaba en la familia que había nacido...

El avión nos esperaba a pie de pista y no tardamos en estar subidos en él, por suerte para mí, con un cambio de azafatos. Estaba como para aguantar gilipolleces y menos recordándome a cada instante y a cada movimiento la posición que tenía.

—¿Más calmado? —le pregunté a Viktor acomodándome en un asiento.

—No. —Fue su respuesta mirando a través de la ventanilla—. Estoy preocupado por ti —continuó después de unos minutos de silencio.

—No lo estés —le pedí—. No sé qué me voy a encontrar, pero mi vida es muy simple para ser multimillonario. — Me encogí de hombros.

—A ver si te quitas a ese tío de encima de una vez por todas. —Soltó un bufido refiriéndose a William.

—¿No decías que descartara la idea de hacerlo desaparecer? —Recosté la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos con una pequeña sonrisa al recordar cómo acabamos con Sander revolcados por la hierba.

—No sé si estoy cambiando de opinión, lo estoy meditando. —Sentí su mirada y abrí los ojos.

No tardamos en soltar una carcajada para destensar el ambiente que nos rodeaba.

—Está bien saberlo —asentí—, así podré contar contigo si ocurre.

—Conmigo puedes contar siempre y lo sabes. —Levantó una ceja.

—Lo sé, igual que es mutuo —le sonreí agradecido.

—Vamos a dejar de hablar que ya nos estamos poniendo ñoños. —Imitó mi gesto sonriendo.

—El gran Viktor en el fondo es un oso amoroso —reí al ver su expresión al decirlo.

—Los cojones, si me quieres comparar con algún bicho de esos, más bien tira hacia los *Gremlins*. Lo único que yo me transformo en cero coma segundos a cualquier hora. —Se encogió de hombros.

Riendo, así estuvimos mientras el avión empezaba a moverse por la pista y se elevó en el aire. A partir de ahí el silencio fue el protagonista, interrumpiéndolo las veces necesarias cuando los azafatos se acercaban por si necesitábamos algo, y con las contadas ocasiones que volvimos a hablar Viktor y yo, aprovechando en una de ellas para comentarle lo de su piso, a lo que me respondió que así sería.

Demasiado en lo que pensar teníamos cada uno. Fue un vuelo intranquilo y agobiante, nada que ver con el que no.

llevó a la isla que acabábamos de abandonar.

El nombre de Ivonne me vino a la mente y cerré los ojos con fuerza. Jodido, así estaba por hacerle daño de la manera en la que me había ido, sin mensajes, sin llamadas, sin poder vernos, aunque fuera una última vez...

Había tenido un cortocircuito tan grande en la cabeza que no había pensado en otra cosa. Joder, me reocriminé, pero igualmente ¿qué decirle? ¿Qué quizás no volviera a verme en su vida? Simplemente no podía porque si pensaba mucho en ello y lo decía en voz alta sería mi perdición.

-

o

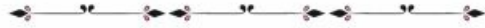
s

llevó a la isla que acabábamos de abandonar.

El nombre de Ivonne me vino a la mente y cerré los ojos con fuerza. Jodido, así estaba por hacerle daño de la manera en la que me había ido, sin mensajes, sin llamadas, sin poder vernos, aunque fuera una última vez...

Había tenido un cortocircuito tan grande en la cabeza que no había pensado en otra cosa. Joder, me reprimí, pero igualmente ¿qué decirle? ¿Qué quizás no volviera a verme en su vida? Simplemente no podía porque si pensaba mucho en ello y lo decía en voz alta sería mi perdición.

Capítulo 22: Paul



—Señor Nilsson, estamos a punto de aterrizar. —Se acercó a mí un azafato.

—Perfecto —asentí y dirigí la mirada hacia la ventanilla.

Me gustaba mi país, aunque valorara el clima cálido que había disfrutado hasta hacía unas horas, no podía negarme a que ese era mi hogar. Pero claro, ciertas personas que eran como un grano en el culo y la prensa, enturbiaban mi entusiasmo por Estocolmo, que era donde había nacido y vivido.

Hubo un tiempo en el que me aparté por completo del ojo del huracán, como había sido mi intención en la isla y hacerlo permanente. Por aquel entonces no tenía toda la responsabilidad a mi espalda de mi posición porque mi padre aún vivía y me aislaba todo lo que podía.

Siempre había llevado muy mal el tema de la prensa, que los periodistas me acosaran y persiguieran en mi vida diaria, sin conseguir nada porque yo era hermético y no tenían de dónde tirar. Pero daba igual, solo con mi imagen sacándola con algún titular tonto ya se daban por satisfechos.

Solo les faltaba publicar «*Paul Nilsson ha cagado tres veces en el día de hoy*». Hasta los cojones estaba de ese mundo que rodeaba al dinero.

No lo soportaba, así de simple y daba gracias de que no estarían al tanto de mi llegada. Solo me faltaba eso en estos momentos para acabar de saltar sobre ellos. Siempre me mantenía al margen, pero con todas las emociones que tenía interiormente no las tenía todas conmigo para asegurar que, si me los encontraba de frente, me pudiera controlar.

—Ya estamos. —Escuché la voz de Viktor y me giré hacia él asintiendo.

Justo en ese momento el avión paró y los azafatos vinieron a nuestro encuentro.

—Empieza la misión «joder a alguien y volver a enderezar mi vida» —dije serio a pie de escalera, guardándome las gafas de sol porque caía una fina lluvia.

Las había sacado porque me había acostumbrado a hacer ese gesto por el sol de la isla, sin acordarme que donde vivía el clima era muy variante y nada tenía que ver con lo que habíamos podido disfrutar, con temperaturas bastante más bajas.

Después de rechazar la petición de los azafatos cuando nos dijeron que esperásemos dentro del avión hasta que se hicieran con varios paraguas, empezamos a alejarnos de allí.

—Joder, demasiado largo ese nombre de misión ¿no? —Me miró de reojo Viktor bajando las escaleras.

—Ilumíname con otro.

—No sé —dijo pensativo y curvé los labios—. Que te parece... «a la caza y a vivir».

—No me parece mal, podría valer —respondí haciendo un movimiento con la cabeza hacia los lados, como si barajara la posibilidad.

—Bah, qué más da el nombre. —Soltó un bufido.

—Toda misión debe tener un nombre —aseguré cuando nos montamos en el coche que nos habían dejado cerca del avión, con Viktor al volante.

—¿Y eso por qué? —Me buscó por el espejo retrovisor mientras arrancaba.

¹—Porque lo digo yo. —Me encogí de hombros.

—Ah, tu lógica es buena y aplastante. —Soltó una carcajada a la que me uní.

Mejor reír, pensé, porque si me paraba a dejar salir todo lo que llevaba dentro... no, mejor dejarlo para la intimidad en cuanto me encontrara solo.

—Pues ya pensaremos uno en condiciones, al nivel de la misión.

Asentí y desvié la mirada hacia la ventanilla. A pesar de todos mis rechazos hacia mi hogar, no puede evitar tener la sensación típica de cuando vuelves de un viaje largo, con añoranza. Lo que sabía que en cuanto me diera de frente con según quien se borraría automáticamente.

—¿Estás bien? —me preguntó Viktor buscando mi mirada mientras la gran puerta metálica de la entrada a casa se abría para darnos acceso.

—No —respondí sin mirarlo—, pero lo estaré —aseguré.

—Haremos todo lo posible para que así sea, estoy contigo. —Reaccionó serio.

—Lo sé de sobra. —Acabé mirándolo, intentando sonreír.

Puso el coche en marcha traspasándola y recorrió los kilómetros de distancia que nos separaban para llegar.

He dicho que habíamos llegado a mi casa ¿verdad? No sé qué os habréis imaginado, pero os pongo en situación... casa también llamábamos a la mansión de la isla, y como ya sabéis se salía de lo normal. Dicho esto, mi casa, la que apareció al principio como difumada enfrente de mí conforme Viktor avanzaba, poco tenía que ver con la mansión, ni siquiera se podía comparar.

Era un castillo, tal cual suena y os imagináis. Un castillo enorme, una fortaleza con baluartes pensados para la guerra y jugando un papel muy importante en la defensa del territorio por aquella época. Estaba ubicado en una zona estratégica que se construyó durante el Renacimiento y que nada tenía que ver con los medievales. Por Suecia podías encontrar gran variedad de castillos construidos en varias épocas a cada cual más majestuoso.

Como muchos otros, en el que yo había nacido, porque lo hice dentro de sus paredes, era impresionante y de gran belleza, como sacado de un cuento de hadas. Rodeado por un gran lago, lo que caracterizaba a todos los que había en Suecia. Así lo hicieron en su momento para limitar el acceso ante posibles ataques.

Os podéis imaginar cómo era su interior, donde la decoración se alternaba con toques modernos que mi madre se encargó durante muchos años de acondicionar a su gusto, al pasar de generación en generación. Tenía tantas habitaciones y estancias que te perdías al intentar llegar a ellas, con todo lo inimaginable dentro.

El patio principal del castillo, como nosotros le decíamos, pero que realmente era conocido como patio de armas, se ubicaba dentro de las murallas y era de grandes dimensiones.

Los alrededores era lo que siempre me había enamorado y traído de vuelta a este lugar, aparte de mi madre, lógicamente. El lago era inmenso como ya he comentado, el cual dejaba al castillo justo en el centro de él. Había una pasarela para cruzarlo y así poder tener acceso a las murallas y entrada principal. Todo lo demás, kilómetros y kilómetros alrededor, era toda vegetación y naturaleza, aislándolo de la civilización. Cuando estabas allí, daba la sensación de estar en otro mundo. Un panorama espectacular donde la vista se perdía solo viendo el verde más intenso que os podáis imaginar gracias al clima que teníamos.

Demasiado para mí, para ir a ratos para disfrutar del lugar vale, pero para vivir constantemente... si la mansión ya me parecía grande, imaginaros mi idea referente a esa fortificación. A pesar de todo, sonreí en cuanto Viktor apagó el motor en medio del patio. No pude evitar emocionarme porque ese lugar, de una belleza incomparable era el vivo recuerdo de mi madre.

—¿Preparado?

—Por supuesto —dije convencido abriendo la puerta y saliendo—. Tengo ganas de ver a quienes hay dentro. —Le hice un guiño, con una sonrisa por su parte como respuesta.

Las personas del servicio y de confianza de mi madre, que no de mi padre, por eso estaba deseando cruzar la puerta principal del castillo para ir encontrándomelos por el camino. Había crecido con ellos, habían sido mis cómplices de travesuras de cara a mi padre, eran parte de mi familia, los que se mantenían encargándose de todo, tanto en el interior como en el exterior. Había muchas incorporaciones nuevas de hacía pocos años, a los que no me ataban recuerdos, pero los de siempre, con los que crecí, a ellos era a los que estaba deseando abrazar.

Mi padre como ya sabéis siempre fue muy frío y dictador, sin conseguir ganarse el cariño de ninguno de ellos. Tampoco es que le importara, ordenaba y esperaba a que se llevara a cabo, fin. Pero mi madre, mi madre fue una parte muy importante de todos, la que acogió a cada uno de ellos como si de su misma familia se tratara, ayudándolos y tratándolos como se merecían. De ahí el amor que sintieron y seguían sintiendo por ella, aunque ya no estuviera.

—No puede ser, no puede ser —empezó a gritar Melodie en cuanto me vio aparecer por la gran cocina, la que era su lugar de trabajo—. Mi niño. —Corrió hacia mí llorando.

—Cómo te he echado de menos. —La abracé con las mismas fuerzas que ella.

—Pensaba que no te volvería a ver, con mis años —dijo al separarse de mí, acariciando con sus manos mi cara.

—Siempre pensando en lo peor. —Curvé los labios, emocionado.

—De la manera que te fuiste. —Me cogió de la oreja estirando de ella y solté una carcajada, a la que se unió Viktor.

Me soltó de golpe porque tanta impresión se había llevado que ni cuenta se había dado de que no había llegado solo.

—Oh, mi otro niño, ven aquí. —Se acercó hacia él hipando.

Y es que Viktor era como mi hermano, casi habíamos crecido juntos entre las paredes del castillo, y el cariño y el amor hacia él se podía comparar al que me tenían a mí.

—Melodie. —La abrazó Viktor sonriendo.

—Esto no se hace —dijo cuando se separó secándose con una mano las lágrimas y con la otra dándole varios golpes en el brazo a él—. No podéis presentaros así. —Puso las manos en la cadera.

—Al final siempre cobro yo, no sé cómo me lo hago. —Puso los ojos en blanco Viktor.
e

—¿Y eso por qué? —pregunté riendo, esperando cualquier cosa.

—Porque vais a acabar conmigo, a mis sesenta y dos años una ya está muy delicada —explicó.

—Estás perfecta y como una rosa. —Levanté una ceja—. ¿Hubieras preferido que no viniera?

—No, mi niño. —Se lanzó a mis brazos otra vez, haciéndome sonreír—. Tienes muchas cosas que contarme —me miró emocionada al separarse—, pero eso será luego.

Se alejó de nosotros casi a la carrera.

^l —¿A dónde vas? —grité cuando ya estaba lejos.

—A avisar a todo el mundo, estarán deseando verte también... —Se perdió su voz entre las paredes del castillo.

—Hogar dulce hogar. —Me apretó un hombro Viktor sonriendo.

—Sí, si pudiera mantenerme dentro de este castillo y que nada perturbara mi paz... la próxima vez nos los llevamos a todos —dije convencido.

—¿A todos? —Me miró de reojo—. Entonces olvídate de una mansión...

—¿Dónde ves el problema? —Lo miré divertido—. Si hay que comprar otro castillo se compra, he dicho.

—Nada hombre tú eres el que cagas billetes, no yo —rió contagiándome.

No me dio tiempo a responderle cuando más de una treintena de personas aparecieron emocionadas por donde se había ido Melodie. Y aún faltaban, al hacer un recorrido rápido por las caras de todos, a los que nos acercamos sonriendo y emocionados, dando y recibiendo muestras de cariño que nos sorprendieron por parte de ellos.

—¿No te habían gustado los abrazos en la isla? —le pregunté con guasa mientras subíamos la gran escalera que nos llevaba a nuestras habitaciones, sí, la de Viktor incluida como no podía ser de otra manera. De ahí que no se separara de mí nunca o en contadas ocasiones.

—Joder, claro que sí, no estoy acostumbrado. Ya sabes que aquí no es habitual, por no decir que se dan en raras ocasiones, pero siempre con conocidos de hace tiempo a los que te une un vínculo especial. Lo que quita de la ecuación a este castillo, se han vuelto todos muy cariñosos en el tiempo que no hemos estado.

Solté una carcajada al verlo contrariado y continué riendo al recibir su mirada fruncida. Era la verdad, por eso nos

sorprendieron.

—Aquí nunca nos ha faltado el cariño —hablé cuando me calmé—, aunque las muestras de contacto solo salieran de varios de ellos, como de Melodie y por supuesto de mi madre. Pero sabes que muchos por costumbre no lo hacen. —Me encogí de hombros—. Lo que no quiere decir...

—Que te adoren. —Curvó los labios.

₂—Nos, amigo, nos adoren. —Le hice un guiño.

Riendo, así nos despedimos cuando llegamos a la puerta de la que era mi habitación, la suya quedaba varias más alejadas.

En cuanto entré y cerré, solté un suspiro apoyándome en ella comprobando que seguía tal y como la había dejado. Estaba cuidado todo hasta el más mínimo detalle, de lo que se habría encargado personalmente Melodie durante este tiempo. Mi vista recorrió cada rincón con añoranza, viendo la imagen de mi madre y de ella junto a mí, jugando y de todas las maneras inimaginables durante los años que crecí entre sus paredes.

Las maletas se habían quedado en el coche, pero sabía que no tardarían en estar en nuestras habitaciones.

Me separé y caminé hacia el centro. Si os digo que las dimensiones de la habitación podían compararse a todo lo que ocupaba la mansión de la isla, lo edificado en plano, no os extrañaría ¿no? Claro que no. Y si me ponía tiquismiquis incluso superaba el espacio de ella. Muchos metros, pero en los que me sentía a gusto y había sido mi refugio en muchos momentos de mi vida.

No había vivido siempre ahí porque conforme fui creciendo me independicé al ser insoportable la situación con mi padre, para no hacer sufrir dentro de las paredes del castillo a todos los que me querían. Tenía un piso en el centro de la ciudad, más práctico, más cómodo, ni punto de comparación con todas las dimensiones que me rodeaban. Era de lujo, sí, pero de lo más normal que os podéis imaginar.

Piso que dejé por momentos a la muerte de mi padre. Me dividía entre el piso y el castillo, al que por primera vez empecé a entrar relajado y despreocupado, sin la tensión con la que lo hacía cuando él vivía.

Vuelta a la vida de siempre, tragué saliva, vuelta a una vida en la que Ivonne no estaba, pero a lo que tenía que ponerle solución como fuera.

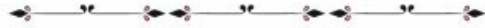
En mi cabeza y sobre todo en mi corazón, no entraba otra posibilidad.

i

ii

)

Capítulo 23: Paul



Mis pasos sonaban conforme avanzaba hacia el interior del edificio donde pensaba darle encuentro a William. Viktor me había llevado hasta allí, pero le había pedido que se mantuviera al margen.

Llegué al ascensor y esperé a que las puertas se abrieran en la plata baja. Estaba a nada de saber qué cojones me había traído de vuelta. Apreté la mandíbula recordando el dichoso mensaje. La puerta se deslizó y esperé a que todos los que lo ocupaban salieran.

Pulsando el botón de la quinta planta, me quedé en medio. Mi tensión no era evidente, ni lo sería. No iba a permitir que William me viera flaquear en ningún momento, todo lo contrario, más bien hervía por dentro. Con esa convicción, vi pasar todos los números en el indicador, sin interrupciones.

Decidido salí sin pararme y caminé hacia su despacho ante la mirada sorprendida de los que me fui encontrando. No había mesas alrededor, ni nadie trabajando. La planta se componía de un laberinto de pasillos que daban directamente a despachos.

Llegué delante de la puerta y sin llamar, abrí de golpe, entrando. Él no sabía que ya estaba en Estocolmo y ni mucho menos que aparecería en ese momento queriendo pillarlo por sorpresa, como sus ojos me indicaron nada más verme. Ni la más mínima intención de hacérselo saber había tenido, con dejarle el mensaje que me envió en visto, como que lo había leído, había tenido suficiente y esperaba que lo hubiera consumido la rabia desde ese momento al ignorarlo, a pesar de su amenaza.

—Paul —dijo levantándose de la silla contrariado.

—Aquí me tienes, habla —dije con voz seria, fría y cortante.

—Estoy reunido —señaló con la cabeza hacia los dos hombres que estaban sentados al otro lado de su mesa.

—¿Y ese es mi problema? —Levanté una ceja mientras caminaba por el despacho—. Yo también estaba ocupado y me has tocado los cojones a más no poder, haciéndome venir.

—Puedes esperar fuera unos minutos...

—Si salgo por esa puerta ten por seguro que será para largarme y darte la patada definitivamente, tú decides. —
Curvé los labios dejándome caer en un sofá que había en un lateral.

—Si nos disculpáis unos segundos o mejor si os va bien organizamos otra reunión para mañana —se dirigió con la
cara descompuesta hacia los dos hombres, que fruncieron el ceño, pero acabaron asintiendo.

—Lamento mi grosería —me dirigí hacia ellos también al haberse quedado descolocados, captando la atención de
los dos—. No suelo actuar y hablar de esta manera, pero como comprenderán, cada uno sabe los motivos que lo
incitan a hacerlo de ciertas formas. Cada cual recibe lo que da, mis culpas hacia ustedes.

Los hombres asintieron otra vez pasados unos segundos, pero curvando los labios mirándome directamente,
detalle que vi de reojo que más molestó a William. Los míos también se curvaron de medio lado mirándolos,
ignorando a uno en particular mientras me acomodaba sobre el sillón y apoyaba un brazo en el respaldo.

Cuando la puerta se cerró dejándonos solos, mi cabeza giró hacia William despacio, tan despacio que en cuanto
me encontré con su mirada tragó saliva.

—No tengo todo el día, mi tiempo es oro —hablé porque estaba a nada de levantarme y cerrar la puerta para
siempre.

—Lamento como te he hecho venir Paul, pero no me has dado otra opción. —Se dejó caer en su silla.

—Lo lamentas... tiene gracia la cosa. —Solté una carcajada que fue irónica a más no poder—. A ver si lo
entiendo. —Me incliné hacia delante, apoyando los antebrazos en las piernas—: Me llamas, me escribes, te ignora
en todas las ocasiones y perdona que te diga, por si no te has dado cuenta, pero cuando alguien no responde a nada
es por el simple motivo de que pasa de tu cara. Me envías un mensaje amenazándome, a mí —me señalé—,
poniéndome límite de fecha para presentarme delante de ti por no sé qué mierda. Y ahora me sueltas que lo
lamentas y que no tenías otra opción, que quede claro que porque no me ha salido de los cojones dártela como
creo que has entendido. Esperaba más, la verdad. No sé si sorprenderme o reírme.

—Todo tiene una explicación. —Apretó las manos en los reposabrazos—. Tu padre me dejó a cargo de...

—Ni se te ocurra nombrarlo —siseé mostrando mi cabreo por primera vez delante de él—. No lo mientes delante
de mí, a ver si te entra en tu puta cabeza y te enteras de una vez, de que está bajo tierra. Deja ya de tocarme las
narices en su nombre porque acabo contigo y rompo ahora mismo el único vínculo que todavía nos une.

—No puedes hacer eso, llevo toda la vida a cargo de vuestros asuntos. —Y el gesto que vi en su expresión no me
gustó ni lo más mínimo.

—No te confundas, William. —Me levanté colocándome bien la americana, mirando hacia ella—. Llevabas toda la vida a cargo de los asuntos de mi padre... —levanté la mirada fulminándolo— si sigues al cargo todavía es porque yo te lo he permitido por respeto a ti, el que te has encargado de aniquilar con cada una de tus acciones.

—No tenía otra manera de contactar contigo. —Se levantó nervioso—. ¿Qué querías que hiciera? Has dejado todo atrás y te has olvidado del poder que tienes y de tus apellidos.

—Mis apellidos los llevo conmigo allá a dónde voy, para mi desgracia uno repeliéndolo, al otro adorándolo. No tenías que hacer nada, hacer tu trabajo en silencio porque nada de lo que llevas me obliga a mantenerme en un lugar que no quiero. Un poder de mierda que no quiero. —Apreté la mandíbula acercándome a él—. Eso es lo que, si hubieras actuado bien desde que tuve posesión de todo... Una pena que no hayas sabido diferenciar que yo no soy como mi progenitor, ni lo quiero ser en la puta vida.

—Tienes todo gracias a él. —Elevó el tono de voz.

—Te vuelves a confundir, a mi padre le fue todo dado como a mí. Fueron nuestros antepasados los que consiguieron lo que podemos disfrutar hoy día. Ciertamente que hemos ampliado la fortuna, pero como fueron haciendo mi abuelo y las correspondientes generaciones anteriores.

—Sea como sea...

—Es como yo he dicho. —Levanté una ceja—. Ya he tenido bastante, de verdad, has acabado con toda mi paciencia.

Me giré y caminé hacia la puerta pensando que todo había sido un despropósito y una pérdida de tiempo. Tenía el pomo en la puerta cuando sus siguientes palabras evitaron que abriera, girándome hacia él.

a

—No puedes abandonar otra vez Estocolmo, no con el fin que tú quieres. Y te equivocas en lo referente a mí, en todo te equivocas.

—¿A qué te refieres y quién lo dice? —Apreté la mandíbula.

—Lo digo yo. Hay un documento donde se detallan unas cláusulas explícitas sobre el testamento, las que tu padre se encargó de dejar redactadas para que tuviera validez. Están en mi poder.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo puede ser que no tenga constancia de ello desde su muerte? —susurré a punto de explotar.

—Te conocía muy bien y...

—Me conocía una mierda, jamás perdió ni dos minutos a mi lado para hacerlo.

—Como sea, era tu padre. Dejó redactado esto. —Se agachó y sacó de un cajón una carpeta, la que resbaló encima de la mesa hacia mí.

» Caminé cabreado hacia ella y la cogí, abriéndola. Letras y más letras donde perderse uno, hasta que llegué a la parte que me hizo maldecir, leyendo concentrado todo a lo que se había referido. Decía así:

«Cláusulas que serán determinantes para que este testamento quede en manos del heredero:

Primera: *Paul Nilsson, como único heredero y beneficiario de lo aquí expuesto, no podrá establecer su residencia fuera de los límites de Suecia, sin la posibilidad de abandonar su país de origen de forma permanente.*

Segundo: *El aludido, no podrá contraer matrimonio con nadie que no sea de su misma nacionalidad y origen, respetando sus raíces.*

Tercero: *En caso de no cumplir con los requisitos anteriores, se hará público un secreto familiar que afectará directamente al heredero, al no ser conocedor de él. Que no es otro, que el que queda plasmado en este documento al que acompaña otro con los datos específicos que lo acreditan, indicando que Paul Nilsson no tiene ningún vínculo de consanguinidad con Nikolay Nilsson, el que considera su progenitor. Se deja constancia de que perdería todos sus derechos al no ser heredero de sangre, con la consecuencia de que el nombre y recuerdo de su madre biológica fallecida quedaría manchado públicamente.*

Cuarto: *Según la voluntad de Nikolay Nilsson, William Andersson se mantendrá activo y realizando su labor correspondiente a la familia Nilsson, hasta que él mismo cese en su actividad por voluntad propia. La oposición de este punto conllevaría a que el afectado, William Andersson pudiera tomar las represalias que considere oportunas para actuar por su cuenta y libremente para sacar a la luz lo anteriormente mencionado en el punto tercero».*

Levanté la cabeza de golpe, atravesando a William con los ojos y desconcertado, muy desconcertado por los últimos datos que había leído. No podía ser, no podía... estaba intentando digerir la bomba que me había explotado en toda la cara, sin mostrar realmente hasta qué punto me había afectado. Y nada tenía que ver con no ser hijo de quien había creído durante toda la vida, sino por la repercusión que tendría lo referente a mi madre y su recuerdo, siendo sagrado para mí.

—Esto no puede ser legal —levanté los papeles, evitando mencionar nada. No iba a darle ese gusto.

—Claro que lo es, yo mismo lo redacté junto a tu padre —dijo curvando los labios al referirse a él como mi padre, queriendo joderme más por lo que acababa de saber.

Si él supiera lo que me importaba ese dato...

Me giré dándole la espalda mostrándome tranquilo y empecé a caminar hacia la puerta.

—No puedes irte, todo es cierto, tú mismo lo acabas de ver y leer. No quería llegar a esto, pero no entras en razón —dijo alzando el tono de voz, pero sin moverse. No tenía cojones para acercarse a mí—. Sé de sobra las

intenciones que tenías al comprar la residencia en esa isla. No me voy a quedar de brazos cruzados mientras creas otra vida alejada de aquí y te olvidas de tus raíces, con una zorra que no tiene ni dónde caerse muerta, sí, estoy al tanto de todo.

—Escúchame bien... —soné como quería, amenazante— vuelve a referirte a ella de esa manera y no respondo de mí. Que tu asquerosa boca ni la miente porque me vuelvo loco, más de lo que estoy ya.

—No puedes hacer nada —sonrió, pero en su gesto se reflejó miedo por unos segundos.

Me guardé la contestación que quería darle porque no pensaba dársela ni adelantar los pasos que fuera a dar. Porque tan claro como que me llamaba Paul que ese desgraciado se iba a tragar todas sus palabras con los documentos incluidos, al menos a eso quería aferrarme en ese instante sin saber si podría llevarlo a cabo.

Me había quedado en un estado que... no sabía cómo el que me crio pudo ser tan hijo de puta y la pena me consumió al pensar por lo que mi madre tuvo que pasar junto a él. Sin mostrar ninguna emoción hacia William por la repugnancia que me daba estar delante de su presencia, me tragué todas las emociones que me recorrían.

Asco, un asco profundo con la misma rabia me recorrió todo el cuerpo. Cogí la carpeta con los documentos dentro y me dirigí hacia la puerta. Repugnante toda la situación.

—¿Dónde vas? —casi gritó.

—A mi casa, al castillo de donde no pienso moverme. Has ganado William — fue mi única respuesta cambiando el tono, hablando relajado y normal para que se pensara que había entrado en razón y me tenía en sus manos.

Mordiéndome la lengua salí de allí, por no soltar lo que iba a intentar hacer para buscar una vía de escape a esa situación. No podía pensar en la posibilidad de que no pudiera arreglarlo. El dinero y el poder me importaban una mierda para hacer mi vida dónde me saliera de los cojones, pero mi madre... ella era intocable y no iba a permitir que estuviera en boca de todo el mundo, sabiendo el daño que hacía la prensa, recreándose en ello.

Y sobre el tema de William... sobre mi cadáver, como si tenía que tirarme toda la vida buscando algo para deshacerme de él.

Con paso firme no miré hacia atrás. Fui directo hacia las escaleras para evitar el ascensor e intentar quemar algo del cabreo que había acumulado y el desconcierto que me había provocado. Las bajé casi corriendo, por unos segundos me faltó el aire.

intenciones que tenías al comprar la residencia en esa isla. No me voy a quedar de brazos cruzados mientras creas otra vida alejada de aquí y te olvidas de tus raíces, con una zorra que no tiene ni dónde caerse muerta, sí, estoy al tanto de todo.

—Escúchame bien... —soné como quería, amenazante— vuelve a referirte a ella de esa manera y no respondo de mí. Que tu asquerosa boca ni la miente porque me vuelvo loco, más de lo que estoy ya.

—No puedes hacer nada —sonrió, pero en su gesto se reflejó miedo por unos segundos.

Me guardé la contestación que quería darle porque no pensaba dársela ni adelantar los pasos que fuera a dar. Porque tan claro como que me llamaba Paul que ese desgraciado se iba a tragar todas sus palabras con los documentos incluidos, al menos a eso quería aferrarme en ese instante sin saber si podría llevarlo a cabo.

Me había quedado en un estado que... no sabía cómo el que me crio pudo ser tan hijo de puta y la pena me consumió al pensar por lo que mi madre tuvo que pasar junto a él. Sin mostrar ninguna emoción hacia William por la repugnancia que me daba estar delante de su presencia, me tragué todas las emociones que me recorrían.

Asco, un asco profundo con la misma rabia me recorrió todo el cuerpo. Cogí la carpeta con los documentos dentro y me dirigí hacia la puerta. Repugnante toda la situación.

—¿Dónde vas? —casi gritó.

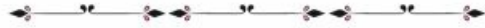
—A mi casa, al castillo de donde no pienso moverme. Has ganado William — fue mi única respuesta cambiando el tono, hablando relajado y normal para que se pensara que había entrado en razón y me tenía en sus manos.

Mordiéndome la lengua salí de allí, por no soltar lo que iba a intentar hacer para buscar una vía de escape a esa situación. No podía pensar en la posibilidad de que no pudiera arreglarlo. El dinero y el poder me importaban una mierda para hacer mi vida dónde me saliera de los cojones, pero mi madre... ella era intocable y no iba a permitir que estuviera en boca de todo el mundo, sabiendo el daño que hacía la prensa, recreándose en ello.

Y sobre el tema de William... sobre mi cadáver, como si tenía que tirarme toda la vida buscando algo para deshacerme de él.

Con paso firme no miré hacia atrás. Fui directo hacia las escaleras para evitar el ascensor e intentar quemar algo del cabreo que había acumulado y el desconcierto que me había provocado. Las bajé casi corriendo, por unos segundos me faltó el aire.

Capítulo 24: Ivonne



Diez días habían pasado desde que me quedé esperando la llegada de Paul, ese que nunca apareció dejándome completamente desolada y sin entender nada...

Los días más oscuros, tristes y dolorosos de mi vida. El no saber nada me había mantenido en un estado desolador sentía en mi propio ser que estaba muerta en vida.

Esos días había ido a la policía por si tenían constancia de algún incidente, al igual que a todos los hospitales de la isla, pero nada, todo fue en vano, como las veces que fui hasta la puerta del residencial a preguntar a los vecinos que entraban si lo habían visto. Era como si la tierra se lo hubiera tragado.

Raquel había estado en todo momento a mi lado arropándome, al igual que mi tía que no se le quitaba de la cabeza que le había pasado algo, que ese hombre no me podía abandonar de la noche a la mañana.

Me estaba volviendo loca y el juicio contra mi ex lo tenía esa misma mañana, motivo por el cual aún estaba peor, ya que el abogado (que era amigo de Paul) se encargaba del tema, Sander, al que todavía no había conocido en persona, pero sí de oídas por los comentarios de Paul. Ya no sabía nada más, solo que era uno de los mejores abogados y que no podía estar en mejores manos.

Mi amiga había pedido la mañana libre para acompañarme y que mi tía no faltara a la visita de mamá, eso no me lo hubiera perdonado, además, tampoco la quería hacer pasar a su edad por ese mal trago.

—Ivonne. —Escuché la voz de mi amiga entrando en la cocina y levanté la mirada.

—Hola, Raquel. —Mi tono era bajo, apagado, sin fuerzas.

—No deberías tomar café, te pondrá más nerviosa de lo que ya estás.

—Es lo único que me entra bien. —Le acaricié la mano aprovechando que me rodeaba para darme un abrazo.

—No sé cómo hacer para sacarte de esta depresión en la que estás metida, pero no te voy a dejar sola nunca y

vamos a averiguar la verdad, nos cueste lo que nos cueste.

—Gracias, Raquel, te quiero. —La abracé más fuerte mientras lloraba desconsolada.

—Yo sí que te quiero, mi niña —contestó con un nudo en la garganta, lo estaba pasando muy mal por mi culpa.

Llegamos a la plazoleta donde estaba el juzgado y no nos dio tiempo a entrar cuando un señor que parecía un letrado, ya que llevaba la bolsa con la toga que usaban en la sala, nos abordó.

—Hola, Ivonne ¿verdad? —se dirigió sin dudar a mí como si supiera quién era perfectamente.

—Hola, sí ¿quién es usted? —pregunté nerviosa y un poco desubicada.

—Soy Sander, el abogado que te representa desde el principio y contratado por Paul Nilsson. —Extendió su mano.

—Sé quién eres por comentarios. ¿Sabes algo de él? —pregunté precipitadamente.

—Sí, claro, es el que se ha preocupado de que yo no falte a la cita, pero luego hablaremos de eso. Ahora debemos centrarnos en lo que va a pasar ahí dentro así que, necesito que escuches atentamente las pautas que te voy a dar, no es que necesites mucho ya que esto está muy claro, pero bueno, siempre hay que ser prudente en ciertos momentos incómodos que se suceden en la sala.

—¿Está bien? —Volví a interesarme por Paul más que nada porque lo otro no me interesaba lo más mínimo en esos momentos.

—Sí, pero te ruego que estes atenta a esto... —Comenzó a darnos unas pautas mientras nos dirigimos hacia dentro, momento en que nos quedamos a un lado esperando a que él nos avisara y se fue a ver cuánto quedaba más o menos.

—Lo ha mandado Paul... —dije mientras que las lágrimas comenzaban a caer a cántaros.

—Sí, pero es que no me cuadra nada. ¿Cómo que lo manda para que venga a defenderte al juicio y no es capaz de contactar contigo con un mísero mensaje para decirte nada, aunque sea que te vayas a tomar por culo? Pues no, no entiendo nada. Dice que luego hablaréis de eso, espero que cante como un pájaro si no quiere tener que defenderselo a él mismo de la de palos que le voy a dar.

—Tú tranquila que este no sale de rositas hasta que me aclare unas cuantas cosas. Yo no quiero volver a sentir el miedo de no saber si le pasó algo grave, así que, si está bien y no me quiere ver, quiero saberlo lo antes posible.

—Te entiendo. —Me rodeó desde atrás y me dio varios besitos en la mejilla.

El problema que cuando me llamaron para entrar, lo que no sabían es que yo no iba con esa cara y esas lágrimas por el juicio, sino por otro motivo muy diferente, pero claro, estaba realmente deprimida, sin fuerzas y eso es lo que vieron en mí de forma clara e inmediata por lo cual en el juicio me trataron con mucho respeto y Sander supo cómo poner a Matías nervioso, de tal forma que terminó confesando los hechos.

El juicio quedó visto para sentencia y salimos los tres directos hacia una cafetería donde nos sentamos en una terraza y pedimos tres cafés.

—Bueno, ahora dime ¿dónde está Paul?

—Quiero decir, ante todo, que no puedo revelar ningún dato más que el que se me ha permitido.

—Al final le doy la hostia —murmuró Raquel en voz alta haciendo que Sander levantara una ceja y la mirara con cara de pocos amigos.

—Raquel, por favor, déjame a mí —le pedí que se callara.

—Paul no me da ninguna explicación de su vida, ni siquiera sé que pasa entre vosotros en estos momentos. Él solo me pidió que me encargara de todo el juicio y que te entregara estos documentos de donación.

—¿Donación de qué? —pregunté con cara de decepción y sin entender nada.

—Te donó notarialmente la mansión de la playa y su coche, aquí están las llaves. Además de una cuenta bancaria con una buena suma de dinero y aquí tienes la tarjeta para operar. A partir de aquí, yo ya hice mi trabajo tal y como me encargó él, ya no sé nada más.

s—¿Te está diciendo que has echado los polvos más caros de la historia? —me preguntó Raquel con ironía entendiéndome como yo, que había desaparecido y me pagaba con ese dinero y propiedades para callarme la boca o como premio de consolación, los que me importaban una mierda

—Por lo visto sí —le contesté y luego miré a Sander que no sabía dónde meterse—. ¿Está con otra?

, —No, no, que yo sepa no, pero te repito que sé muy poco, solo le arreglé todo lo de la donación para que quedara bien cerrado y me encargué de salvaguardar los documentos hasta ahora que te los entrego. Estoy seguro de que todo tiene una explicación a tus dudas, pero no soy yo el que te las puedo dar.

—Pues nos das su ubicación que nosotras nos encargamos de ir a resolverlas —le dijo en tono chulesco Raquel.

—Bueno —habló Sander dándole un trago al café y dejó un billete en la mesa despidiéndose—, me tengo que ir, en dos horas sale mi vuelo de regreso a Estocolmo.

—Allí está ese cabrón, te lo digo yo —dijo con enfado Raquel y dando un golpe en la mesa.

—Pero él no quería estar allí, por eso lo descarto.

—Allí está, te lo juro, mi intuición no me falla. —Dio otro golpe en la mesa—. Tienes un vehículo, una casa de un valor millonario y una cuenta que a saber cuánto contiene ¿qué cojones está pasando? ¡Quiere callarte!

—¿Callarme sobre qué? No tengo ninguna información relevante ni sé nada de nada para que me tengan que callar —negué resoplando por las tonterías que decía.

—¿Que no se sepa que estuvo contigo? ¿Quién te dice que no esté casado e incluso que tenga hijos?

—Tengo ganas de vomitar...

—Tranquila, ya me callo.

Se me había removido todo el estómago, me sentía sucia al ponerle él un valor a lo que habíamos vivido, ese que me había hecho llegar como el regalo más podrido que había recibido en mi vida.

Nos fuimos hacia la casa de mi tía a la que le contamos todo y no salía de su asombro. Yo ya había tomado la determinación de no ocultarle nada más, obviamente a veces no entraba en detalles. Se quedó perpleja.

—Nos engañó con esos gestos de buena persona —murmuró con tristeza.

—Sí, bueno, la vida imagino que se empeña en joderme una y otra vez.

—¿Y qué harás con la casa y el coche? —preguntó mi tía un tanto preocupada.

—No lo sé, pero yo no quiero nada de él, yo sé vivir por mis propios medios y voy a regresar al pub. Sebas me dijo que tenía las puertas abiertas siempre, es más, no ha contratado a nadie para el puesto aún.

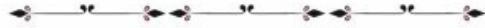
—Hija, por Dios, no me des esos disgustos.

—Tía, lo feo sería que robara o fuera mala persona, en nada se diferencia poner un café que una copa, eso no dictamina que sea mejor o peor persona.

—Qué bien te explicas —murmuró dando por terminada la conversación, y a Raquel se le escapó una sonrisilla.

—Voy a ver cómo puedo devolverle las cosas o qué hacer con ellas, pero yo no las pienso disfrutar —dije mientras no dejaba de derramar las lágrimas.

Capítulo 25: Paul



Habían pasados varios días desde que había tenido en mis manos, por primera vez, el documento que quedó redactado para ir en mi contra, y el que me había trastocado, tanto, que aún había sido incapaz de hablarlo con Viktor a pesar de su insistencia al ver un cambio radical en mí. Más concretamente unos diez días, los que no había dejado de darle vueltas en ningún momento a la cabeza y me había releído tantas veces los papeles que podía decirlos de memoria.

Y a sumarle a todo eso, estaba el recuerdo de Ivonne, el que me atormentaba porque no tenía ni puta idea de cómo iba a salir de la situación en la que me encontraba. Por mucho que le hubiera dado a entender a William que había aceptado mi destino, me sentía perdido y sin saber qué hacer, motivo por el que Ivonne no podía formar parte de mi vida si no solucionaba todo lo que tenía encima.

Me había vuelto loco buscando una salida, por mínima que fuera, pero no la veía, no conseguía ver una mierda y de esa manera no podía meter en mi mundo a Ivonne.

Había pensado tanto en mi madre, en su recuerdo. Me sorprendió, pero no me afectó no ser hijo de... no, de eso interiormente me alegré. Si solo hubiera sido por ese detalle estaría tranquilo porque por mi parte hasta había respirado tranquilo al no llevar la misma sangre del que pensé que era mi padre hasta hacía muy poco, lo que me creaba ansiedad era lo que tenía en su poder William sobre mi madre, porque lo que me llevé era una copia.

Me había comido tanto la cabeza...

Había intentado buscar la lógica a cómo se comportó conmigo la persona de la que heredé todo lo que tenía, pensando que fue por ese secreto por el que me trató como lo hizo desde que tenía uso de razón. Pero que va, imposible vincularlo a ello cuando con todo el mundo era igual.

Queriendo conseguir información sobre mi madre le pregunté a Melodie, porque si alguien sabía la verdad y estaba al tanto de todo lo que tuvo que vivir y sufrir, fue ella por la unión que tuvieron. Había sido muy sutil, sin que saltara ninguna alarma de que yo era conocedor de la verdad, no por nada, no me avergonzaba ni lo más mínimo, simplemente había estado metido en mi mundo y me había centrado en saber datos desde que Melodie entró a trabajar en el castillo. ¿Para qué? Ni idea, porque sabía que más me atormentaría.

En cierta medida era conocedor de parte del sufrimiento que vivió y por lo que tuvo que pasar, pero el darme cuenta de ello lo hice demasiado tarde porque de cara hacia mí ella siempre intentó taparlo todo. Si lo hubiera sabido antes podría haberla ayudado, podría habérmela llevado conmigo a donde fuera, sacarla de cualquier manera cuando tuve la edad suficiente para hacerlo para que empezara a vivir y, sobre todo, que cambiara la forma de hacerlo.

Fue la misma Melodie la que me dio algún ápice de lo que tuvo que pasar hacía ya un tiempo. Por eso era conocedor de muchas cosas, pero sabía que muchas otras habían quedado ocultas para no hacerme sufrir. No conseguí mucho con Melodie cuando intenté buscar información esos días, más que nada porque no fui todo lo claro que necesitaba y ella no pudo facilitármelo.

Hacía un día espléndido contraponiendo a cómo me sentía yo por dentro. La temperatura se agradecía, pero no llegaba a calentar todo lo que necesitaba en ese instante. Me había alejado del castillo adentrándome en los alrededores porque me costaba mantenerme durante mucho tiempo encerrado, las paredes se me caían en encima.

Solté un suspiro dejándome caer en mi lugar preferido, al que siempre iba y en el que más de una vez me habían encontrado de pequeño. Era mi refugio, un refugio rodeado de naturaleza y no os vayáis a pensar que tenía una caseta o cualquier cosa, no, a lo que me refería era a una gran piedra en la que me había sentado miles de veces.

A lo lejos, el lago quedaba visible dando una visión de paz y relajación, las mismas que estaba intentando por todos los medios encontrar. El sonido de mi móvil me sacó de mis pensamientos. Lo saqué sin ganas y comprobé que era Sander, con el que había ido hablando para estar informado del proceso del caso de Ivonne.

—Hola —respondí.

—Hola, tío. Se acabó, lo hemos bordado en el juicio. —Escuché su voz contenta.

—Joder, tengo la cabeza medio ida y pensaba que era mañana. —Solté un bufido—. No dudaba de que así sería, ya puede vivir tranquila del todo —sonreí triste.

—¿Estás bien? —Cambió el tono de voz automáticamente.

—Explícame cómo ha ido, cómo la has visto... por favor —le pedí.

Referente a lo demás me tenía más que informado, sobre los trámites de la casa, del coche y de la cuenta bancaria a nombre de ella a la que había transferido el dinero que le había dicho y hacía días que estaba activa, esperando el momento en el que Sander se lo comentara y facilitara todo, día que sería el que se celebraría el juicio, hoy.

Estuvo unos minutos relatándome todo lo que había sucedido, desde su llegada encontrándose con Ivonne y con Raquel, todos los comentarios que habían dicho sobre mí, cómo la encontró y lo afectada y preocupada que estaba.

al principio, para cambiar en el mismo momento en el que Sander le contó lo mínimo sobre mí.

El juicio le llevó un poco más de tiempo en explicármelo, defecto de profesión, se emocionaba. Terminando cuando se despidió de ellas en la cafetería mientras se hacía el tonto y sorteaba por donde pudo todos los comentarios y preguntas que le hicieron Raquel e Ivonne.

Me jodió saber que pensaba que me había aprovechado de ella y que todo lo que le había dejado como donación había sido como pago por su compañía. ¿Pero qué quería? Era un pensamiento de lo más lógico al desaparecer en un suspiro. La culpa era mía y tenía que aceptar sus reacciones al no saber la verdad.

Ya no volvería a saber de ella, ya no quedaba nada pendiente con la sentencia de su caso, ni tendría a nadie de mi confianza que la viera en algún momento para decirme, aunque solo fuera como estaba y como se veía.

—Estará bien —susurré dejando la vista perdida en el lago.

—Yo ya he largado, ahora dime qué cojones te pasa. Llevo unos días notándote raro, pero he querido darte tu tiempo. Viktor está preocupado también.

—Se me ha complicado la vida...

—¿Qué quieres decir?

—No he sido capaz ni de hablarlo con Viktor —solté un suspiro—, mi estado de ánimo no es muy bueno.

—¿Tengo que entrar yo en acción? ¿Necesitas que me ponga con algo? —preguntó con decisión y sonreí con cariño.

—Dame un poco más de tiempo.

—Está bien. —Soltó un suspiro—. El que necesites, a mí me quedan pocas horas en la isla. Vuelo directo hacia Londres donde tengo unos asuntos que cerrar y requieren mi presencia, cuando acabe estaré de vuelta y nos vemos, a no ser, que te decidas antes y salgo pitando para ahí.

—Tranquilo, soluciona tus cosas y cuando vuelvas hablemos. Te lo contaré todo, ya lo sabes, pero no he estado del todo bien y me ha sobrepasado un poco la situación —aseguré.

¹—Sabes lo que siempre te digo, ¿no?

—Que todo tiene solución en esta vida. —Intenté sonreír.

¹—Pues eso mismo, aférrate a eso si lo necesitas. Cuando menos te lo esperes estoy llamando a tu puerta.

Hablamos durante unos minutos más en los que mi voz se fue apagando poco a poco, al notarlo cortamos la llamada para que no me afectara más de la cuenta y quedamos en que no tardaría en estar de vuelta junto a nosotros, en el castillo.

Me tomé un poco más de tiempo para alejarme de donde estaba, cogiendo fuerzas para enfrentar la verdad delante de Viktor. Hacia él no quería seguir retrasándolo, demasiado lo había postergado y tapado, demasiado había subido su nivel de preocupación hacia mí alterándose cada vez más... no es que diferenciara mi amistad con Sander y Viktor, para nada, sí que era sabido la unión que tenía con el último, pero Sander también era una pieza clave e importante para mí, simplemente no me apetecía tener la conversación a través del teléfono, cuando lo hiciera tenía que ser en persona y mostrándole el documento que había girado mi vida.

Con la intención de ir al encuentro de Viktor e impulsado por la necesidad de hacerlo, me levanté y caminé decidido, pero con calma hacia el castillo mientras me recreaba la vista a mi paso.

—Eh, ¿tienes un momento? —pregunté dándole encuentro, con las manos en los bolsillos.

—Claro —asintió girándose hacia mí.

—Sígueme —le pedí.

Caminé hacia las escaleras y las subí seguido por él. Sin hablar más entramos en mi habitación y cuando cerró me dirigí hacia una mesa donde tenía una caja cerrada con llave. La abrí bajo su atenta mirada que no se perdió ningún detalle y saqué la carpeta, extendiéndosela delante.

—Aquí tienes, pero, primero de todo —la aparté antes de que la cogiera—, lo siento, siento no haber hablado contigo hasta ahora. No me he visto con fuerzas.

—No digas tonterías, conmigo no tienes que justificarte. —Le quitó importancia haciéndome curvar los labios, mirándolo con expresión agradecida—. Sé de sobra cómo estás, soy yo, por eso estoy preocupado.

Me quitó la carpeta de la mano y lo dejé sentado mientras empezaba a leer todo lo que contenía, mientras le daba su tiempo dirigiéndome hacia la cristalera que daba a un balcón con unas vistas espectaculares del lago y todo lo que daba a mirar a lo lejos de naturaleza.

Solté un suspiro apoyándome en la barandilla. Veinte minutos después apareció a mi lado, apoyándose también.

—Te lo has leído varias veces —aseguré mirándolo de reojo, convencido por el tiempo que había tardado.

—Sí, me ha costado digerirlo. No me esperaba esa mierda.

—Eso es lo que me sucede ¿lo entiendes ahora? Mi cambio de carácter, mi ánimo por los suelos, las pocas ganas de nada... todo se ha ido a la mierda en mi puta cara.

—Ese desgraciado no sabe lo que ha hecho. Se ha metido con nosotros, la mafia —dijo provocándome una sonrisa por ese recuerdo—. Él solito se ha metido en la mierda y no va a salir de ella, ya lo verás.

—Ahora mismo lo veo todo muy negro, no sé. —Hice una pausa larga en la que nos mantuvimos en silencio—. He hablado con Sander hace unos minutos. Me ha llamado al salir del juzgado, del juicio de Ivonne. Tiene unos asuntos que resolver en Londres y cuando acabe vendrá hacia aquí. Me ha preguntado qué me pasaba, pero le he dicho que me diera un poco más de tiempo. Prefiero hablarlo cara a cara —me respondió asintiendo.

—Joder, es verdad, el juicio. Aquí parece que estamos en otro mundo, aislados de todo, como si el tiempo corriera de diferente manera.

—Así es —asentí—. Estoy como para salir a la calle...

Hice referencia a que los medios de comunicación no habían tardado en enterarse de que había regresado a Suecia y los tenía constantemente plantados en la reja metálica que daba acceso al castillo. No estaba para que me abordaran y no tenía ni la más mínima intención de salir más, a no ser que me viera obligado o mis ánimos cambiaran.

—Se acabó la tranquilidad, sí. —Soltó un suspiro—. Anda que han tardado mucho... ¿Y cómo ha ido el juicio?

—Bien, como no podría ser de otra manera. —Volví a sonreír mirando hacia delante—. Aunque ha hablado con ella y junto a su amiga piensan todo lo malo que te puedas imaginar de mí.

—Me alegro, tío, por la parte del juicio. —Me apretó un hombro—. Por lo otro, entraba dentro de lo que habíamos pensado. No te agobies, algún día podrás ir con la verdad de frente, como siempre has hecho.

—No sé qué hacer Viktor, por primera vez en mi vida me siento enjaulado de verdad, sin salida y jodido de una manera que no me hubiera imaginado. Toda mi vida...

—No lo digas más, todo se va a solucionar. No podemos pensar en otra opción ¿me oyes?

—No sé. —Solté un suspiro cerrando los ojos, masajeándome la cabeza por la presión que sentía.

—Ya lo hago yo por ti y si hace falta te lo recordaré cada minuto que corra. Por cierto, enhorabuena.

—¿Por qué? —Lo miré para saber dónde encontraba algo positivo de todo lo que tenía encima.

—Por no ser hijo de ese hombre. —Curvó los labios, gesto que imité.

—Pensaba que esa parte te la habías saltado para no mencionarme nada —negué divertido.

a—Me ha alegrado. —Se encogió de hombros—. Porque no me has visto, pero he dado hasta varios giros celebrándolo. Ya quisieran muchos bailarines reputados que les saliera igual.

Por primera desde hacía muchos días reí acompañado por él.

Nos quedamos en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos mientras dejamos pasar el tiempo. Las horas corrieron sin salir de la habitación por no querer encontrarnos a mucha gente en nuestro camino, no por nada, pero no teníamos cuerpo ese día para hacer de tripas corazón y mostrar una cara que no sentíamos mientras intentábamos entre los dos llegar a una solución.

Todo me daba vueltas sin descanso en la cabeza, todo me atormentaba provocando que mis nervios se apoderaran de mí y me dejaran cada vez más tocado. Si en algún momento había pensado que habría alguna salida, el miedo y los nervios hacían de su parte para tirarlo todo por tierra haciéndome tener solo pensamientos negativos.

Ivonne, me repetí rememorando cada recuerdo, cada sensación, cada caricia, cada beso... me sentía tan perdido sin ella.

Daba gracias por tener a mis amigos a mi lado, incondicionalmente, pero me faltaba una parte tan importante... mi prometida, que ya no lo sería, de eso estaba más que seguro por las reacciones que me había explicado Sander que había tenido.

Y no podía culparla e incluso daba gracias por ello, aunque me doliera de que así fuera. No podía contemplar la posibilidad de acercarme a ella otra vez con lo que tenía sobre mi espalda y que saliera aún más perjudicada. Quería que viviera tranquila, con la comodidad de que no le faltara de nada, que disfrutara de su familia y que algún día... no, borré el último pensamiento de mi mente porque solo de imaginarla al lado de otro hombre...

—Pensaba que esa parte te la habías saltado para no mencionarme nada —negué divertido.

—Me ha alegrado. —Se encogió de hombros—. Porque no me has visto, pero he dado hasta varios giros celebrándolo. Ya quisieran muchos bailarines reputados que les saliera igual.

Por primera desde hacía muchos días reí acompañado por él.

Nos quedamos en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos mientras dejamos pasar el tiempo. Las horas corrieron sin salir de la habitación por no querer encontrarnos a mucha gente en nuestro camino, no por nada, pero no teníamos cuerpo ese día para hacer de tripas corazón y mostrar una cara que no sentíamos mientras intentábamos entre los dos llegar a una solución.

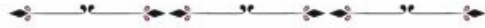
Todo me daba vueltas sin descanso en la cabeza, todo me atormentaba provocando que mis nervios se apoderaran de mí y me dejaran cada vez más tocado. Si en algún momento había pensado que habría alguna salida, el miedo y los nervios hacían de su parte para tirarlo todo por tierra haciéndome tener solo pensamientos negativos.

Ivonne, me repetí rememorando cada recuerdo, cada sensación, cada caricia, cada beso... me sentía tan perdido sin ella.

Daba gracias por tener a mis amigos a mi lado, incondicionalmente, pero me faltaba una parte tan importante... mi prometida, que ya no lo sería, de eso estaba más que seguro por las reacciones que me había explicado Sander que había tenido.

Y no podía culparla e incluso daba gracias por ello, aunque me doliera de que así fuera. No podía contemplar la posibilidad de acercarme a ella otra vez con lo que tenía sobre mi espalda y que saliera aún más perjudicada. Quería que viviera tranquila, con la comodidad de que no le faltara de nada, que disfrutara de su familia y que algún día... no, borré el último pensamiento de mi mente porque solo de imaginarla al lado de otro hombre...

Capítulo 26: Ivonne



Hacía dos semanas que había sido lo del juicio y me llegó una carta con la sentencia en la que lo condenaban a tres años de prisión y una indemnización para mí de quince mil euros, esos sí que me pertenecían, no como los trescientos mil euros que me había dejado Paul en una cuenta y que no tocaría por nada del mundo.

Metí la carta en el bolso, ya que la había cogido del buzón cuando salía para ir a la consulta del médico, llevaba unos días con muy mal cuerpo y muchos vómitos, además del estómago removido.

La doctora que me atendió no dudó en hacerme pruebas y en veinte minutos me dijo que eso ya era cosa de ginecología, ya que estaba embarazada. Así, tal cual, me lo soltó y casi me desplomo en el suelo, se me bajó la tensión de tal forma que tuve que ser atendida.

Embarazada...

No podía digerir esa noticia que por nada del mundo me esperaba, un hijo de Paul, ese hombre que se esfumó sin importarle en la situación tan injusta que me dejaba, intentando solucionar el problema con su maldito dinero.

Un hijo, estaba esperando un hijo cuando ni siquiera había sido capaz de tomar las riendas de mi vida, ni siquiera había regresado al trabajo.

Fui a darle encuentro a mi tía, que estaba con mi madre, las abracé y rompí a llorar.

—Vas a ser abuela —murmuré con la voz quebrada mientras las lágrimas inundaban mis ojos.

—Hija ¿estás embarazada? —preguntó mi tía mientras mi madre sorprendentemente aplaudía.

—Sí, me lo acaba de confirmar la médica.

—Sobra preguntar, es de él.

—Claro —sonreí con tristeza—. No estuve con nadie más.

—Sabes que te voy a apoyar en todo. —Agarró mi mano y comenzó a acariciarla.

—Lo sé, tita.

—Hombre, tengo mi edad, pero aún algún biberón alcanzo a dar. —Carraspeó mientras a mí se me escapaba una risilla.

Salimos de allí y fuimos al mercado a comprar algo de verdura y carne fresca, yo estaba con la cabeza ida, mi tía no dejaba de coger mi brazo para liarlo con el suyo y acariciar mi mano mientras respetaba mi silencio.

Me obligó a comer antes de dejar que me echase una siesta, esa que necesitaba para cerrar los ojos un rato y meterme en mi mundo, en ese que intentaba poner un poco de orden en todo el caos que se había formado.

Raquel apareció por la noche cuando salió de su turno. Le había puesto un mensaje, en el que le decía que tenía que hablar con ella y no dudó en venir. En *shock* se quedó cuando le di la noticia.

Pero más en *shock* me quedé yo cuando me dio la noticia de que había averiguado que sí, que Paul estaba en su mansión de Estocolmo y hasta la tenía ubicada. Había seguido las noticias de los medios de Suecia y dio con él. Así que gracias al traductor de Google pudo ver lo mediático que era y aunque no hablaba nada, las imágenes que captaban de él tenían un gran valor en el mundo del corazón.

Me enseñó un montón de imágenes de él en el que lo acosaban los medios a la entrada o salida de su casa, eran actuales, así que se me revolvió más el estómago al verlo en cierto modo de nuevo.

—En unos días comienzo mis vacaciones, si quieres podemos darnos una escapada por Estocolmo y le damos una sorpresa —dijo con ironía, pero sin bromear, conociéndola era capaz de eso y mucho más.

—No lo sé y ¿para qué?

—Para que se entere de que va a ser padre, ¿por ejemplo?

—¿Y crees que le importará un bledo? Después de lo que hizo es capaz de sacar un cheque y tirármelo a la cara —dije con rabia, llorando de forma desconsolada.

—Que tenga cojones a hacer eso, que los tenga. —Su tono era desafiante— Yo solo te digo que estoy preparada para ir a la guerra contigo, solo falta que decidas alistarte.

—Déjame pensarlo.

—Vale, ya me dices algo. Ahora me voy que tengo que ducharme y dejar preparadas las cosas para mañana vuelve

al trabajo. Te quiero, Ivonne. No estás sola. —Tocó mi barriguita.

—Gracias, yo también te quiero. —Le di un abrazo.

Estaba muy perdida, como en un túnel oscuro del que no podía ver más allá, no sabía cómo iba a poder salir para adelante con todo. Nadie me había preparado para algo así y ahora no tenía la responsabilidad solo de cuidar a mi madre, sino también de mi propio hijo, ese que venía de forma inesperada y por sorpresa dejándome aún más tocada de lo que ya lo estaba.

Raquel me mandó temprano unos mensajes de buenos días e insistió en que sería interesante colarnos por allí de sorpresa y ver cómo reaccionaba, que diera la cara o una explicación a todo, esa que yo tenía clara y es que me había dado una buena patada en el culo después de hacerme vivir el fin de semana más bonito de mi vida, pero todo era un cuento y ahora me tocaba chocarme con la realidad.

Hasta mi tía comenzó a animarme a hacerlo, me decía que al menos me tenía que quedar con la tranquilidad de haberle dicho la verdad del niño, que eso era un tema ya más delicado y no podía arrebatarle sus derechos. Otra cosa es que quisiera desentenderse, ahí ya por lo menos yo habría actuado de buena fe y el problema lo tendría él.

Siendo sincera había muchas teorías en mi cabeza, la más fuerte es que había sido un capricho para él del que ya se había cansado o que hubiera aparecido alguien que le atraía más, pero ¿por qué estuvo todo el día diciendo que me iba a recoger para nunca hacerlo? En ese sentido me perdía, estaba desconcertada y llena de preguntas a las que no podía darles respuesta.

Y lo decidí, me metí en la página de vuelos y vi que había directos y a un precio no desorbitado.

***Yo:** Raquel, vamos a ir a Estocolmo. No me quiero quedar con la duda toda mi vida y tampoco quiero llevar lo que me está pasando como un secreto. Déjame tus datos del DNI que nos vamos dentro de tres días.*

***Raquel:** Eso es, cariño, y si sale mal, nosotras hacemos turismo por Estocolmo que eso suena muy fuerte, Te dejo una copia de mi DNI.*

Y compré los vuelos. Dentro de tres días cogería un avión para intentar poner un poco de orden a todas mis dudas puede que no le hiciera la más mínima gracia el vernos por allí, pero, menos me hizo a mí que desapareciera de esa manera sin importarle nada lo más mínimo. Lo que más me dolía es que no hubiera tenido los santos cojones de decirme en la cara que no quería seguir viéndome, eso es lo que peor llevaba, que me hubiera tratado como algo sin importancia.

al trabajo. Te quiero, Ivonne. No estás sola. —Tocó mi barriguita.

—Gracias, yo también te quiero. —Le di un abrazo.

Estaba muy perdida, como en un túnel oscuro del que no podía ver más allá, no sabía cómo iba a poder salir para adelante con todo. Nadie me había preparado para algo así y ahora no tenía la responsabilidad solo de cuidar a mi madre, sino también de mi propio hijo, ese que venía de forma inesperada y por sorpresa dejándome aún más tocada de lo que ya lo estaba.

Raquel me mandó temprano unos mensajes de buenos días e insistió en que sería interesante colarnos por allí de sorpresa y ver cómo reaccionaba, que diera la cara o una explicación a todo, esa que yo tenía clara y es que me había dado una buena patada en el culo después de hacerme vivir el fin de semana más bonito de mi vida, pero todo era un cuento y ahora me tocaba chocarme con la realidad.

Hasta mi tía comenzó a animarme a hacerlo, me decía que al menos me tenía que quedar con la tranquilidad de haberle dicho la verdad del niño, que eso era un tema ya más delicado y no podía arrebatarle sus derechos. Otra cosa es que quisiera desentenderse, ahí ya por lo menos yo habría actuado de buena fe y el problema lo tendría él.

Siendo sincera había muchas teorías en mi cabeza, la más fuerte es que había sido un capricho para él del que ya se había cansado o que hubiera aparecido alguien que le atraía más, pero ¿por qué estuvo todo el día diciendo que me iba a recoger para nunca hacerlo? En ese sentido me perdía, estaba desconcertada y llena de preguntas a las que no podía darles respuesta.

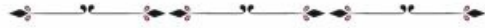
Y lo decidí, me metí en la página de vuelos y vi que había directos y a un precio no desorbitado.

Yo: *Raquel, vamos a ir a Estocolmo. No me quiero quedar con la duda toda mi vida y tampoco quiero llevar lo que me está pasando como un secreto. Déjame tus datos del DNI que nos vamos dentro de tres días.*

Raquel: *Eso es, cariño, y si sale mal, nosotras hacemos turismo por Estocolmo que eso suena muy fuerte, Te dejo una copia de mi DNI.*

Y compré los vuelos. Dentro de tres días cogería un avión para intentar poner un poco de orden a todas mis dudas, puede que no le hiciera la más mínima gracia el vernos por allí, pero, menos me hizo a mí que desapareciera de esa manera sin importarle nada lo más mínimo. Lo que más me dolía es que no hubiera tenido los santos cojones de decirme en la cara que no quería seguir viéndome, eso es lo que peor llevaba, que me hubiera tratado como algo sin importancia.

Capítulo 27: Ivonne



Ni qué decir tiene, que era la primera vez que me montaba en un avión y sentía que me iban a dar vértigos como en una montaña rusa. Estaba nerviosa perdida cuando cogió velocidad para el despegue.

—Voy a echar el niño por la boca —dije cuando noté al avión subir y pensaba que caería hacia abajo.

—¿Por qué siempre hablas de niño y no de niña?

—Raquel, vete a tomar por culo. —Resoplé de lo nerviosa que estaba. Obviamente no sabía si venía niño, niña o un pony, pero de alguna manera lo tenía que nombrar.

—¿Quieres tranquilizarte? Los aviones son los medios más seguros.

—Yo siento una cosita muy mala.

—Mira ya se está estabilizando.

—¿Quién?

—¡El avión! —exclamó entre carcajadas.

La verdad era que ya noté que iba recto y fui superando ese momento de despegue que para mí había sido una impresión muy grande.

—Tía, de verdad, después de ver las fotos de su casa ¿cómo vamos a hacer para llegar de la calle a ella? Lo primero y más importante, ¿tiramos la verja abajo? —pregunté nerviosita.

—Lo tengo todo pensado, así que tranquila. Verás que el universo conspira para que todo nos salga bien y lleguemos al objetivo deseado.

—Pues explícame que eso me tiene muy nerviosa.

—El que tiene que estar nervioso es él, que para empezar se va a comer que va a ser padre.

—No va a querer saber nada del niño.

—Y dale con el niño y seguro que sale con dos tetas más grande que las de nosotras.

—Eso es fácil. —Miré su pecho que era normalito como el mío.

—Ay Dios, no puedo contigo cuando te pones melodramática. Pues eso, el preocupado deber ser él porque si tú quisieras, lo puedes obligar a pagar por su responsabilidad.

—¿Para qué quiero que pague si tengo sus propiedades y mucho dinero?

—Nada no te enteras, déjalo, yo sé cómo lo vamos a hacer.

—Pero yo quiero saberlo también.

—Ese hombre va a salir a abrirnos las puertas antes de lo que imaginas.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque lo tengo todo muy estudiadito.

—¿Y si no quiere abrir cuando le digamos que estamos ahí?

—No, no, ni vamos a tocar el timbre. Deja de darle vueltas y tú solo tienes que hacer lo que yo diga en cada momento.

—¿Y qué hago?

—No puedo contigo. ¡Que esperes el momento!

—¿Y por qué me chillas?

—Madre mía, que pareces una niña de seis años. ¡Qué mal te está sentando el embarazo!

—No me chilles —dije con tristeza.

—Nada, duerme un poco que quedan tres horas por delante —resopló—. Vaya la sensibilidad que tienes —negó como si le estuviera agotando la paciencia.

Sé que yo estaba muy cabizbaja y me hacía poner como una cría, pero es que me daba terror a encontrarme con él. Ni qué decir tiene que lo amaba con todo mi corazón, a pesar del daño que me había causado.

Lo que menos podía concebir es que tuviese la sangre fría de darme el mejor fin de semana para luego darme una patada en el culo y pagarme como si fuese una puta.

Claro que no me quedé dormida, pero tampoco le dejé mucha tregua a Raquel que me miró y me vio llorando a lágrima tendida, así me pasé todo el vuelo mientras ella intentaba consolarme de mil maneras.

Eso sí, la llorera se me quitó cuando el avión comenzó a descender y metió una frenada que imagino que sería normal en el aterrizaje, pero yo ya me veía echando al embrión por la boca y recogéndolo en la cabina del piloto.

—A la vuelta regreso en un coche de alquiler —dije después de soltar el aire de golpe del susto que me había llevado.

—Con la de dinero que tienes, te puedes permitir hasta comprar uno y regalarlo cuando llegues a España.

—¿Sabes qué?

—Dime —volteó los ojos.

—El dinero de él no lo quiero usar más que si me hace falta por el tema del bebé, pero es mi intención devolverle todo.

—Le vas a devolver una mierda, te lo digo yo.

—Y el dinero del juicio me daría asco viniendo de ese ser y usarlo para mi niño.

—Para la niña, para la niña —negaba agobiada de escucharme—. Todo lo que tienes es tuyo, repite conmigo.

—No es mío...

—Pues para mí, porque para dárselo a ese que está podrido en dinero y es un cabrón, se lo das a tu mejor amiga.

—No es mío... —repetí volteando los ojos.

—Qué hostia tienes, no te la meto porque capaz de que me denuncien y encima te tenga que pagar también, pero vas a tener que espabilar, te lo digo en serio.

—No me pegarías.

. —Ay Dios, vamos —dijo cuando comenzaron a salir por el pasillo.

Salimos del aeropuerto rápido ya que llevábamos equipaje de mano y no tuvimos que esperar a nada, así que en un abrir y cerrar de ojos ya estábamos en un taxi dirección a donde residía Paul.

Había una decena de medios aglomerados en la puerta cuando nos bajamos del taxi. Nos miraban extrañados de que llegáramos ahí y con las maletas.

—¿Conocéis al señor Nilsson? —Se acercó uno poniéndonos la alcachofa por delante.

—Por supuesto. Ahora me gustaría saber quién de vosotros tiene posibilidad de entrar a vuestra cadena, ahora mismo en directo —dijo muy decidida Raquel y la miré temiéndome lo peor.

—Yo —dijeron cuatro al unísono.

—Pues prepararos todos que quiero dar unas declaraciones.

—Raquel —murmuré apretando los dientes, pero pasó de mí, solo se dedicó a ponerse bien el pelo.

La avisaron de que ya estaban en el aire y ella sonrió mientras todos los micros la apuntaban.

—Este mensaje va dirigido para el señor Paul Nilsson —dijo Raquel poniéndome más nerviosa de lo que estaba—. Quiero decirte que acabamos de llegar a tu país para hablar contigo personalmente, tienes veinte minutos para que se abran las puertas y podamos entrar, eso sí, que nos recojan porque no pienso dejarme los tobillos en el trayecto. Si no se abre la puerta, te vamos a dar noticias en primicia y en otro directo. Creo que no te gustará descubrir ciertas cosas a la vez que el resto del mundo. Abre la puerta a tu prometida y a mí, si no quieres que cante como está de moda —sonrió y dijo que ya podían cortar.

La iba a matar por llamarme su prometida ante los medios suecos cuando no lo era, que sí que me lo pidió, pero todo fue un cuento chino. Así que ni era su prometida ni debería de haber soltado eso allí y más cuando empezaron a acecharme todos, preguntándome que por qué si era su prometida tenía que pedir mi amiga que abrieran en tono amenazante.

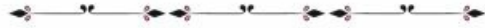
—Porque están enfadaditos como pasa en la mayoría de las parejas. Hoy se comen y al día siguiente se tiran los trastos a la cabeza y, en esta ocasión, se tiraron los trastos y lo que no son los tratos —sonrió y me miró haciéndome un gesto de que fuéramos hacia dentro. Las puertas se habían abierto de par en par y un empleado no esperaba con un coche.

Los medios gritaban muchas preguntas a la vez mientras nosotras traspasábamos las puertas, ahora sí que sentí que iba a desfallecer.

n

s

Capítulo 28: Ivonne



Un señor de apariencia amable nos ayudó a meter las maletas en el coche antes de sentarnos en el asiento de atrás.

Le hice un gesto a Raquel para que no abriese la boca, conociéndola podía soltar cualquier burrada por ella.

Menos mal que no hicimos el camino andando porque desde la verja a la puerta de la casa había un gran camino.

Fue bajarnos del coche y recibirnos una mujer en lencería y una bata abierta dejando entrever todo su escultural cuerpo.

—Vosotras sois las del mensaje en los medios hacia mi marido, él se encuentra viajando ¿qué es eso que le queréis decir? Claro está que no me creo lo de la prometida —dijo encendiéndose un cigarrillo mientras yo sentía que me iba a desmayar.

—¿El señor Nilsson es tu marido? —le preguntó en tono chulesco Raquel y carraspeé indicándole que no metiera la pata.

—Mi esposo, sí, como sabéis no es muy dado a hablar sobre su vida privada en los medios, pero la tiene. —Nos dedicó una maliciosa sonrisa y dio una calada para tirar el humo de forma chulesca.

—Vámonos de aquí —le murmuré a Raquel en tono que entendiera que no estaba para juegos.

—Antes de marcharos —hizo un gesto con su dedo señalando el camino—, decidme para qué lo queráis ver, le trasladaré el mensaje.

—Déjame a mí —le dije a Raquel en tono que se me oyera y luego la miré a ella.

—No, no, se lo voy a decir yo —me contestó mirándome a modo de enfado, de esos que es mejor dejarla hablar y luego la miró a ella—. Lo primero que debes hacer es decirle a ese amable señor, el que nos ha traído, que nos deje en nuestro alojamiento si no quieres que comente nuestra visita desde la puerta a los medios. Y a su adorado esposo, le puede decir que estuvieron aquí Ivonne y Raquel y, que si tiene huevos, que vuelva a pisar la isla

porque me encargaré de que su cara se haga millones de veces más mediática de lo que lo es, por cierto, contrólale el dinero que no veas cómo se las gasta. —Le hizo un guiño y me hizo un gesto para que nos volviéramos a meter en el coche.

Ella se quedó sonriendo como importándole una mierda lo que dijéramos, seguro que nos había tomado por dos locas buscando a un multimillonario para que nos resolviera la vida.

Raquel le dijo al chófer que parase un momento justo cuando salimos a la puerta, parándose así ante los medios y bajando la ventanilla consiguiendo con ello que todos pusieran el micro mirando hacia su cara.

—Estas palabras van para el señor Nilsson. Quiero decirle que es el ser con menos huevos que he conocido en el planeta, que la hombría no es cuestión de clase ni de dinero, que arda en el infierno. —Subió la ventanilla y soltó una carcajada.

—¿Te has quedado a gusto? —le pregunté sin fuerzas.

—No, pero algún día me quedaré, por cierto, no te quiero ver derramar ni una lágrima por ese mentiroso, ni una sola, que se pudra con esa desgraciada que solo tiene cuerpo y poca mente.

—Estaba casado y pidiéndome compromiso... —murmuré comenzando a notar mis ojos llenarse de lágrimas.

—Es un putón verbenero y tú lo vas a olvidar, tienes dentro de ti a la personita que se va a convertir en el amor de tu vida y dinero para darle la mejor de las vidas.

—Esto fue necesario para darme cuenta de que solo voy a mirar por mí y los míos.

—Así me gusta. ¿Yo estoy entre los tuyos? —preguntó mirándome en tono amenazante.

—Claro —me reí y a la vez me eché sobre su hombro, en cierto modo buscando un poco de consuelo.

Nos dejaron en la puerta del hotel y nos acompañaron a la habitación. Raquel no tardó en llamar al servicio de habitaciones para pedir dos hamburguesas con patatas fritas y un par de refrescos. Yo no tenía ni hambre, pero algo debía comer.

Estaba en *shock*, se me había terminado de caer la venda de los ojos y vi claramente todo. Era un mentiroso patológico sin corazón y todo lo que había hecho por mí era para dárselas de alguien que no era y llevarme a la cama. Sí, que ya sé que lo podría haber intentado sin tanto adorno, pero hay personas tan enfermas de mente que les gusta hacer una novela para olvidar su mierda vida. Porque debía ser así, alguien feliz no busca a otra teniendo a su mujer en casa, y menos le pide compromiso y la ayuda con el ex, dejándole en donación una casa, un coche y una cuenta bancaria con más ceros que todas las cosas.

Yo quería irme lo antes posible, ni turismo ni nada que tuviera que ver con él y su ciudad, era como si me produjese úlceras en el estómago.

—Pero pueden ser unas vacaciones.

—Vámonos a otra parte, pero aquí no me quiero quedar.

—Con esa tristeza que me lo dices, tengo que apoyar tu decisión. Eso sí, regresamos a la isla, pero nos tomamos unos días para nosotras hacer cosas, son mis días libres.

—Te prometo que así será. Se me está ocurriendo algo que lo mismo voy a necesitar allí de tu ayuda.

—Miedo me da de tus ocurrencias.

—Estoy pensando que tengo que hacer algo con mi vida y de algún modo el dinero que me dio Paul tiene que ser para el bienestar de mi hijo...

—Alabado el señor, ya entras en razón.

—Mi madre está en una residencia porque necesita cuidadoras que la laven y la cuiden en todo momento.

—Verás por donde me sale —se río.

—Voy a llevármela conmigo a la casa de la playa. —Me referí a la que me había donado Paul—. Le pagaré dos cuidadoras para que se turnen de siete de la mañana a once de la noche. Voy a vender el piso de mi madre para destinarlo a sus cuidados y tenerla conmigo, con el que pago la residencia. A mi tía también le voy a decir que se venga con nosotras y cierre la casa de la abuela. Iré preparando el cuarto del bebé y comenzaré allí una nueva vida.

—Yo quiero un cuarto —dijo levantando el dedito y toda emocionada.

—Claro que lo tendrás.

—Me parece una idea genial y como dijiste, ahora debes ser egoísta y mirar por los tuyos.

—Con lo que paga de residencia cubrimos una enfermera privada, así que, con la venta de la casa, tiene para pagar a la otra más años de los que por desgracia vivirá. Esa casa era para mí y además tengo los poderes judiciales para hacer con ella lo que quiera. Los inquilinos la quieren comprar y me dieron una oferta por ella hace unos meses por si lo quería barajar.

—Pues hazlo, en serio, hazlo.

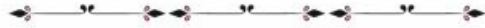
Me asomé al balcón y vi que en la puerta del hotel había un montón de medios esperando a que saliésemos en cualquier momento. Nos habían seguido y querían más información, bueno, querían cualquier cosa por las bomba que había soltado Raquel, pero no sabían sobre qué tema de Nilsson iba dirigido.

Íbamos a salir a dar un paseo, pero se nos quitaron las ganas. Nos quedamos encerradas hablando, sobre todo, sin dejar de llorar. Realmente no encontraba consuelo en nada, solo quería a mi familia junto a mí y eso es lo que más me preocupaba.

Me asomé al balcón y vi que en la puerta del hotel había un montón de medios esperando a que saliésemos en cualquier momento. Nos habían seguido y querían más información, bueno, querían cualquier cosa por las bombas que había soltado Raquel, pero no sabían sobre qué tema de Nilsson iba dirigido.

Íbamos a salir a dar un paseo, pero se nos quitaron las ganas. Nos quedamos encerradas hablando, sobre todo, sin dejar de llorar. Realmente no encontraba consuelo en nada, solo quería a mi familia junto a mí y eso es lo que más me preocupaba.

Capítulo 29: Ivonne



Dos meses habían pasado desde que regresé de Estocolmo y puse la vida de mi familia patas arriba.

Después de meditarlo durante unos días decidí hacer las cosas de otra manera; no me iba a ir a la mansión por nada del mundo, pero sí la iba a vender y a comprar otra más humilde y comfortable para vivir las tres. No necesitábamos tanto lujo ni nos iba a dar más felicidad, ni al bebé que venía en camino.

La puse a la venta en una inmobiliaria muy famosa de la isla, la misma que me enseñó varias casas independiente: por zonas tranquilas, pero cerca de la ciudad.

Estuve tres días visitando inmuebles con Raquel, entre medias aprovechábamos para ir a comprar, dar un paseo, un baño a la playa...

Una nos llamó la atención de forma inmediata, fue como un amor a primera vista. Una preciosa casa que tenía un jardín delantero de cuatrocientos metros, más que suficiente y reformada completamente, estaba nueva.

El interior contaba con una entrada en mitad del porche, que era muy amplio, y llevaba a la izquierda a un impresionante salón, y a la derecha, a una amplia cocina con unos ventanales gigantes. El pasillo central llevaba a un baño, seguido por cuatro dormitorios a ambos lados de los cuales el principal tenía vestidor y baño propio. Al fondo del todo tenía otro salón rectangular que cogía toda la casa. Ahí me imaginé un escritorio y todo lleno de libros, sería mi rincón personal para dedicarme a algo, ya vería en qué me enfocaría.

La casa tenía un valor de venta de medio millón de euros, un precio perfecto que pagaría con lo que cogería de la mansión y con el resto podría vivir sin pasar apuros económicos.

La suerte por esa parte se puso de mi lado. A las dos semanas habían vendido la mansión y compré la casa de forma inmediata en el mismo acto en notaria, el de la inmobiliaria nos lo preparó todo.

Al estar completamente reformada y gustarme la línea que tenía en tonos blancos, solo me dediqué a comprar los muebles, hasta los de la habitación de mi bebé, así que en una semana lo tenía montado todo.

Llevábamos diez días viviendo en la casa las tres. Mi tía no lo dudó con tal de estar a nuestro lado, además, contratamos a una enfermera que venía dos turnos de cuatro horas cada uno, de lunes a sábado, de siete a once de la mañana y de cinco a nueve de la noche. El resto del tiempo nos encargaríamos nosotras ya que no nos suponía nada y nos apetecía muchísimo.

El piso de mi madre al final me negué a venderlo. Para mí, aunque ya no tuviera uso de razón mantenerlo, ella estaba en vida y era su propiedad. No hacía falta deshacernos de él porque me daría mucho peso de conciencia.

La verdad es que, aunque seguía con el corazón roto y sentía que ese dinero fácil no me lo merecía, pensaba en mi familia y en el bebé que venía en camino y me compensaba disfrutarlo junto a ellos.

Y ahora me encontraba en la camilla del ginecólogo, haciéndome la revisión de los tres meses y encontrándome con la sorpresa de que no venía uno, sino dos. A pesar de ser pequeñísimos el doctor no lo dudo; es niño y niña y todo va perfecto.

Era difícil de digerir, pero a estas alturas que me echasen lo que quisieran que yo iba a luchar como una jabata. Tenía dos buenas razones para hacerlo.

s

Le puse un mensaje a Raquel para comentárselo y la muy loca me contestó...

Raquel: *Ve pidiendo una cuna extra, menos mal que pusiste un armario empotrado gigante, y la habitación es lo suficientemente amplia para que puedan compartirla durante un tiempo, por lo menos cuatro niños.*

Me sacó una carcajada y sí, llamé a la tienda de muebles donde lo compré todo y le pedí otra cuna, por lo demás, podían compartir el resto y si necesitaba algo más ya lo compraría cuando llegara.

Me partía el alma saber que no iban a tener a un padre en su día a día, bueno ni en nada, pero yo me prometí a mí misma que iba a hacer todo lo posible por hacer que esa ausencia se notara lo menos posible.

Dos, venían dos, dos ángeles que venían para completar mi vida, a sacarme del pozo de amargura en el que vivía. Ya conseguían sacarme una sonrisilla, imaginarlos correteando por la casa me parecía la bendición más grande que podría vivir.

Los días posteriores los dediqué a preparar mi biblioteca y despacho, que yo no era nadie, pero quería tener mi zona, de la que estaba segura de que sacaría alguna idea para ocupar mis horas libres o momentos de desconexión. Quería investigar un poco sobre las redes y crear un canal de algo, la verdad es que eso me hacía algo de ilusión.

No voy a ser cínica, seguí las noticias de Estocolmo que iba traduciendo en línea, pero claro, Paul era tan hermético que no tenían información sobre su vida privada. Solo se especulaba sobre su patrimonio y sobre las disputas familiares que fue en su momento un secreto a voces para la sociedad. Todos sabían que con su padre se llevó a matar y que a su madre la adoraba.

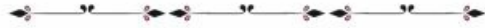
Había visto alguna que otra imagen de Paul entrando y saliendo de su casa, pero siempre solo, ni rastro de su mujer y hasta había llegado a pensar que la tenía escondida, como si él no quisiera exponerla. Es más, los medios no tenían claro que estuviera o no en una relación, incluso algunos se atrevieron a decir que era un hombre mujeriego, pero que debía de ser tan controlador y meticuloso que, seguro que les hacía contratos blindados para que no hablasen, o sea, cláusulas de confidencialidad. Realmente se decía de todo, hasta lo vincularon años atrás con un conocido actor sueco.

i ¿Quién era Paul Nilsson? No lo sabía, lo único que tenía claro es que era un mentiroso sin piedad, pobre de mente y que se iba a perder las dos bendiciones que venían en camino.

Había visto alguna que otra imagen de Paul entrando y saliendo de su casa, pero siempre solo, ni rastro de su mujer y hasta había llegado a pensar que la tenía escondida, como si él no quisiera exponerla. Es más, los medios no tenían claro que estuviera o no en una relación, incluso algunos se atrevieron a decir que era un hombre mujeriego, pero que debía de ser tan controlador y meticuloso que, seguro que les hacía contratos blindados para que no hablasen, o sea, cláusulas de confidencialidad. Realmente se decía de todo, hasta lo vincularon años atrás con un conocido actor sueco.

¿Quién era Paul Nilsson? No lo sabía, lo único que tenía claro es que era un mentiroso sin piedad, pobre de mente y que se iba a perder las dos bendiciones que venían en camino.

Capítulo 30: Paul



El tiempo había pasado demasiado lento refugiado dentro del castillo. Sonreí y negué por mi pensamiento porque me vino cierto personaje Disney a la cabeza, viendo cierta similitud. Hasta las narices estaba ya, aunque mi aislamiento era impuesto por mí mismo. Pocas eran las veces que había traspasado la puerta, en contadas ocasiones cuando no había tenido más remedio para llevar a cabo algunas gestiones.

Los periodistas me tenían hasta los cojones, por suerte no había tenido ningún cara a cara con ellos porque siempre había salido en coche y no habían podido llegar hasta mí. Lo que no quitaba que mi cara e imágenes antiguas en cosas cotidianas se emitieran constantemente no sabía con qué propósito.

Demasiado tiempo, muchos meses en el que el agobio y la ansiedad estaban acabando conmigo y ya hasta cierto punto, empezaba a resignarme a que mi vida sería de esa manera.

En el momento en el que Ivonne y Raquel aparecieron todo se me vino encima. Mis impulsos me llevaban a correr hasta ella y meterla dentro del castillo para que no volviera a salir, pero eso solo hubiera sido justo para mí. Sabiendo la unión y el amor que sentía por su tía y por su madre, de la que menos aún podía separarla y lo que ella no haría, solo vi una solución rápida para tomar cartas en el asunto por su visita sorpresa. Fui consciente de que la cagué, pero ¿qué iba a hacer? Si ni yo mismo sabía la vida que me esperaba.

Enjaulado y nervioso, no se nos ocurrió otra brillante idea a Viktor y a mí, que la de pedirle a Ellie que se hiciera pasar por mi esposa. Tenía seis años menos que yo y, desde que nació, su madre a petición de la mía, la crió dentro de las paredes del castillo. Para Viktor y para mí fue como nuestro juguete por aquel entonces, entiéndase en el buen sentido. Crecimos juntos y la confianza y el cariño eran recíprocos. Su madre era Mandy, otra de las personas a las que adoraba dentro de mi propiedad al haberme criado también con ella.

Cuando vinieron a informarme de lo que sucedía en el acceso principal casi me dio algo de la impresión. Tuve el tiempo suficiente para idear una mierda de plan y convencer a Ellie mientras el coche iba y regresaba. Atacada de los nervios, cuando Viktor le dijo cómo tenía que salir a recibirlas y yo lo que tenía que decir, me miró con miedo esperando a que fuera una broma, de lo que poco tardó en darse cuenta de que hablábamos en serio. Se negó teniéndose que sentar al temblarle las piernas, pero terminó aceptándolo para ayudarme ante mi desesperación.

Desde el balcón de mi habitación vi toda la escena, con añoranza en cuanto mis ojos se posaron en Ivonne.

Preciosa, así estaba. Lágrimas contenidas se quedaron atascadas sin salir, como hice yo durante todo ese día, sin ganas ni ánimo de salir de la puerta de mi habitación porque si Ivonne ya pensaba mal de mí antes, desde ese momento, encontrándose con mi supuesta esposa, no quería ni pensar lo que habría pasado por su cabeza y salido por su boca.

Ellie representó el papel de su vida delante de ellas, en algún momento pensé que se atragantaría con el cigarrillo que le di porque no fumaba, pero fue todo rodado para que su interpretación quedara bordada. Un golpe de realidad fue a lo que quise echar mano, una realidad que para ellas lo fue, para mí y el resto, fue una farsa en toda regla, una farsa que me pesaba como no os podéis imaginar.

El viaje que llevó a Sander a Londres al final no había sido tan corto como él había previsto y se había alargado mucho, complicando los asuntos que lo llevaron hasta allí. Motivo por el que tuvo que estar viajando de un lugar a otro y todavía no había vuelto a Suecia, pero eso estaba a punto de cambiar.

Me hice el remolón en la cama sin ganas de nada, así estaba mi ánimo constantemente, ni me reconocía. Alargué la mano hacia la repisa donde siempre dejaba el móvil apagado y lo encendí. En cuanto se activó comprobé que eran las ocho y media de la mañana y en la pantalla no tardó en aparecer una notificación de un mensaje de Sander.

Sander: ¡¡Sorpresa!! Por fin acabo de aterrizar y voy a tu encuentro. Te voy a solucionar la vida con mi alegría y sabiduría, amigo. Lo sé, lo sé, me has echado tanto de menos que estás hasta llorando de la emoción, como si te viera.

r Mis labios se curvaron al leerlo y me recosté para contestarle.

a **Yo:** Ya era hora macho, al paso que ibas pensaba que no volvería a verte hasta que cumpliera los cuarenta. Eso no lo dudes, de que te he echado de menos, pero siento decirte que, aunque esté hecho una mierda no llego al límite de llorar como te piensas. Anda ten cuidado, aquí te espero.

Sander: Eres un aguafiestas, que lo sepas. Si ya sé de sobra que tengo que llegar yo para daros dos tortas para que espabiléis. Por favor, ahórrate recibirme con pompones y eso, con un simple abrazo me conformo. Montado en el coche ya.

Yo: jajaja... tú solo inténtalo, después el que llorarás serás tú. En eso estaba pensando yo, entras, me buscas y me encuentras. Deja el puñetero móvil a un lado ya.

No recibí contestación porque di por hecho que ya estaba conduciendo, solo puso un emoji de risa en mi último mensaje. Dejé el móvil a un lado y solté un suspiro. Sander me había llamado a menudo para escuchar mi tono de voz, con eso tenía más que suficiente sin que tuviera que decirle nada. Tono de voz por el que no había hecho ningún comentario al respecto para no tocar el tema estando lejos como le había pedido, pero que le había dejado claro cómo me encontraba.

Pocas veces había reído de un tiempo a esta parte, y cuando se había dado había sido durante algunas videollamadas que nos habíamos hecho con Viktor al lado. Era inevitable que sucediera porque con mis dos amigos juntos podías esperar cualquier cosa.

Me levanté y fui directo a darme una ducha para espabilarme. Si Sander ya estaba conduciendo en cuarenta minutos estaría abriéndose la puerta principal del castillo, tiempo de sobra para ir al baño y desayunar.

Salí de la habitación con una sensación de inquietud porque no tardaría en verbalizar otra vez mis problemas y a la vez, esperando un milagro de lo que pudiera aconsejarme Sander. Si había una solución, solo él sabría por dónde tirar y hacia dónde ir.

^a Durante todo este tiempo no había podido borrar de mi cabeza, ni, aunque fuera un poco, todos los recuerdos que atesoraba de Ivonne. Tenía tan nítida su imagen en mi mente... y en mis sueños, porque no eran pocas las veces en las que la traía junto a mí, provocando me despertara atormentado por todas las sensaciones que me provocaba a pesar del tiempo que había pasado y de que ya mi ilusión a la que intenté aferrarme, la de encontrar una vía de escape, se había ido consumiendo.

No sabía absolutamente nada de ella y eso me pesaba como una losa... aunque si supiera sería peor, porque no podría acceder a ella y eso me llevaría más a la locura.

² —Buenos días —saludé nada más aparecer por la cocina, donde Melodie conversaba con Viktor de algo muy gracioso por lo visto porque estaban riendo.

—Mi niño. —Me miró sonriendo Melodie—. Siéntate, voy a ponerte el desayuno.

—No te preocupes, ya lo hago yo. Quédate sentada. —Le correspondí la sonrisa y caminé hacia la máquina de café.

Pero no llegué muy lejos porque me cortó el paso con el gesto fruncido y las manos en la cadera.

—Hay que ver que este hombre siempre igual. ¿Quién es la más vieja de entre estas paredes?

—Si siempre soy igual para qué te quejas. —Curvé los labios—. Vos mi bella dama. —Hice una inclinación y recibí una colleja por ese motivo.

—Conmigo esas cosas no funcionan.

—¿No me digas? —sonreí frotándome donde me había dado.

—Yo de ti hoy lo dejaría estar —habló por primera vez Viktor, el que había estado mirando la escena, divertido—. Ya es la segunda colleja que da, he hecho el mismo intento y me ha noqueado. —Se encogió de hombros.

—Anda que quien os oiga pensará que os tengo dominados y que me lanzo encima de vosotros. Aunque eso de noquear me ha gustado —respondió pensativa Melodie.

—¿Y no es verdad? —dije dando varios pasos hacia atrás por su posible reacción.

—¿Quieres un café o un vaso de agua para todo el día? —Levantó una ceja ella.

a

—Un café —respondí conteniendo la risa.

—Pues si es así, cállate y siéntate —señaló hacia Viktor el que estaba riendo sin hacer ruido.

—Si no es mucho pedir... ¿puedo hacerlo al aire libre hoy? Por eso de recibir otro tortazo... —pregunté casi riendo.

—Anda mi niño, salid —asintió contenta.

Le hice un guiño y caminé hacia la puerta con Viktor cogiendo entre las manos su desayuno que todavía estaba a medias.

—Paul. —Me llamó Melodie antes de que desapareciéramos de su vista.

—¿Sí? —Me giré hacia ella.

—Echo de menos esa sonrisa que has sacado hoy —me dijo con nostalgia—. Mi niño, quiero verte feliz y que rías como hacías siempre, que gastes bromas...

Caminé hacia ella sin decir nada, mirándola con cariño, y la abracé fuerte.

—Te prometo que lo intento y espero acabar consiguiéndolo ¿vale? Te quiero —le susurré y asintió entre mis brazos emocionada.

Cuando me separé le hice otro guiño dándole un beso en la frente y fui hacia Viktor que miraba la escena.

—El día no está muy soleado —dijo cuando se sentó en una zona habilitada con una mesa grande y bastantes sillas al aire libre, apartada en un lateral del patio central.

—Veo que eres muy meticuloso en tus observaciones. —Carraspeé porque no es que no estuviera poco soleado, sino que la falta del sol era más que evidente.

Nublado, así había amanecido y unas nubes amenazaban con descargar agua en poco tiempo. Poco me importaba,

lo único que necesitaba era aire fresco y salir por unos instantes al exterior.

—Muy gracioso, hombre. —Soltó un bufido antes de darle un mordisco a la tostada.

—Sander está de camino —dije antes de que apareciera Melodie con mi desayuno.

Le sonreí, se lo agradecí y cuando se fue me respondió Viktor.

—Por fin, cómo le ha costado. Creo que está perdiendo facultades —dijo con guasa.

—No te atreves a decírselo en la cara —sonreí.

—Pues no. —Soltó una carcajada—. Lo haría, pero con lo pesado que se pone el tío con su profesión paso de estas tres horas en las que me coma la cabeza con palabrejas que solo él entiende.

Desayunamos con calma y en silencio, un silencio bien recibido en ese instante. Me bebí el café con leche acompañado con dos tostadas con mantequilla, mientras mi vista vagaba por cada rincón del patio.

Llevábamos casi una hora fuera, donde nos había dado tiempo a terminar y tener una conversación de todo y nada sin entrar en mis asuntos, cuando la puerta principal de las murallas se abrió y un coche entró pitando, hasta parar a bastante distancia de nosotros.

Sonreí al ver a Sander bajar del coche y caminar hacia nosotros sonriendo. Nos levantamos para recibirlo y nos fundimos en un abrazo fuerte con él, al tirarnos de las manos.

;

—Macho, tú si no te haces notar como que no te quedas tranquilo —negó divertido Viktor por el ruido que había hecho.

—¿Qué puedo decir? —Se encogió de hombros él—. Voy dejando huella allá a dónde voy. —Terminó riendo.

—Me alegro de verte —sonreí.

—Lo sé. —Curvó los labios sentándose a nuestro lado—. Y este también, aunque se resista en reconocerlo —señaló con la cabeza a Viktor.

—Yo no me resisto —rio él—, solo que ya lo sabes.

—De vez en cuando no te vendría mal expresar tus sentimientos, tío. —Se contagió Sander de la risa de él.

Melodie nos interrumpió ante la nueva llegada.

—¡Hola, tesoro! —dijo emocionada haciéndose notar porque Sander estaba sentado dándole la espalda.

—Pero bueno, si está aquí la mujer más hermosa y maravillosa de todo el mundo —dijo levantándose y abrazándola.

—No tenéis nada los tres juntos. —Soltó un bufido, pero sonriendo con cariño cuando se separaron.

—Solo he dicho la verdad, mi profesión y juramento no me permiten hacer lo contrario. —Le hizo un guiño él.

—Que nos conocemos —lo señaló ella—. Eres capaz de darle la vuelta a una realidad en unos segundos, como cuando robabas galletas y magdalenas de la cocina y todos acabábamos creyendo al final que no había sido así y eras inocente.

r

—Es que llevo en la sangre mi profesión desde que era un retaco. —Soltó una carcajada Sander a la que nos unimos todos—. Por eso soy de los mejores.

—¿Quieres desayunar? —Lo abrazó Melodie.

| —Un café estaría bien, ya he desayunado fuerte en el aeropuerto antes de coger el vuelo.

—Eso está hecho, en nada te lo traigo. Y no —lo frenó ella cortando lo que iba a decir y hacer—, te sientas y te callas, qué faena tengo con vosotros. A mis años y teniendo que insistir todavía. —Puso los ojos en blanco y se alejó sin que nos diera tiempo a contestar.

—Me encanta —rio Sander sentándose otra vez, con sonrisas por nuestra parte—. Bueno... —nos miró— ha llegado la hora.

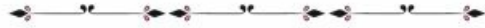
Su cara cambió automáticamente a la seriedad pasando sus ojos de uno a otro.

—Espera a que te traiga el café Melodie —asentí—. Cuéntanos, ¿al final lo cerraste todo bien?

Hacía unos días que no hablábamos porque había estado muy liado. Lo que solía pasar cuando estaba en la recta final de alguno de sus casos, y por lo que nos había ido informando habían sido bastantes a la vez, de ahí su demora y prometiéndose a sí mismo cuando nos telefoneábamos de que una vez que acabara, se encerraría en su casa e iba a desaparecer para el mundo.

De lo que nos reíamos porque ni él mismo se creía sus palabras, pero el agobio y el estrés era a lo que llevaba. Respondió a mi pregunta contándonos por encima, porque lo fuimos cortando al emocionarse y no tener final, de cómo puso punto final a todo.

Capítulo 31: Paul



Melodie llegó con el café y se despidió diciéndonos que no tardáramos en entrar porque ya había empezado a tronar.

—Estoy esperando —dijo Sander sin mirarnos, haciéndose el distraído mientras le echaba el azúcar al café.

—¿No prefieres que te lo cuente cuando lo termines? A ver si se te va a indigestar. —Quise saber.

—Estoy acostumbrado a que nada afecte a mis necesidades básicas. —Levantó una ceja.

—Está bien saberlo, hombre —respondió Viktor.

—Si a estas alturas, con todos los años que llevo trabajando no fuera así, mal me iría. —Puso los ojos en blanco él.

Me tomé unos minutos más en silencio mientras ellos se lanzaban comentarios con los que acabé sonriendo, no tenían remedio. Y cómo lo agradecía, sino fuera por ellos, en muchos sentidos...

—Me presenté en el despacho de William nada más regresar a Suecia —comencé—. Ya sabes el mensaje que me envió, poniéndome límite de tiempo para que así fuera.

—Es lo único que sé, sí —asintió serio.

—Entré decidido a comérmelo, pero tenía un as en la manga que tiró por tierra todo.

—¿A qué te refieres? —Frunció el gesto.

—Necesito subir a la habitación. Tengo que enseñarte un documento y está ahí —respondí serio.

Sander dirigió su mirada hacia Viktor para saber la gravedad de lo que era. Lógicamente a esas alturas él ya había podido comprobarlo por cómo había estado yo, pero no tenía ni idea a qué atenerse.

—Vamos. —Se levantó rápido bebiéndose el café de golpe.

Iba a agradecerse, pero no llegué a hablar por el gesto que hizo con la mano de que ni se me ocurriera. Negué con la cabeza y no tardamos en entrar y subir las escaleras.

Una vez dentro de mi habitación, los tres solos, me dirigí a donde tenía guardado el documento y lo saqué, dejándolo a su lado encima de la mesa. Sin retrasar más el momento, lo cogió y se sentó para leer a conciencia todo lo que detallaba.

Me asomé al balcón viendo que las primeras gotas de lluvia empezaban a caer. Metí las manos en los bolsillos del pantalón. Viktor se sentó cerca de Sander. Nos mantuvimos en silencio todo el tiempo que necesitó, revisando una y otra vez los papeles, hasta que captó nuestra atención.

—Está bien —dijo haciendo que girara hacia él.

—¿Te parece bien? —Se sorprendió Viktor.

—Yo no he dicho eso —le respondió serio—. He dicho y repito, que está bien. Por su parte se piensa que te ha cogido por los huevos y te ha llevado hacia donde él quiere.

Me froté la cara con las manos ansioso porque si él lo daba como bueno...

—Pero... —continuó.

—¿Qué? —Di un paso hacia él.

—Déjame decirte que hay varios vacíos con los que no ha contado. —Curvó los labios recostándose en la silla.

—¿Qué quieres decir? —Acabé al lado de los dos, impaciente.

—Desde que hablé contigo, la primera vez a tu regreso a Suecia, di por hecho que te puso contra las cuerdas, aunque no me dijeras nada. —Se centró en mí—. Por ese motivo empecé a moverme y a buscar todos sus trapos sucios.

—Puedes ir al grano —habló Viktor.

—A ver. —Se levantó caminando por la habitación—. Voy a explicaros todo para que entendáis a qué me refiero, no me interrumpáis. Sé los nervios que tenéis, los mismos que tuve yo al intuir qué se estaba cociendo. ¿Qué te digo siempre? Repítelo —Curvó los labios mirándome.

—Que todo tiene solución en esta vida —dije lo que me pidió.

—Exacto y estáis delante del mejor para llevarlo a cabo, que no se os olvide. —Nos hizo un guiño—. Me he reservado la estocada final hasta tenerte delante y que me contaras por ti mismo lo que sucedía, pero por mi parte hace tiempo que he conseguido lo que quería y necesitaba, por si mi pensamiento era el correcto y tenía que echar mano a ello. Ahora os lo explico con detalle, pero primero, voy a aclarar los vacíos que hay en este documento.

Me dejé caer en la silla de la que se había levantado él y la mirada de Viktor y la mía lo siguieron cuando empezó a hablar concentrado.

—Referente a la primera cláusula, la que se refiere a que no puedes establecer otra residencia fuera de los límites de Suecia... ya os digo que mañana mismo la puedo impugnar con una nueva ley que está vigente desde hace unos meses. Hay un límite para proceder al trámite y, amigo, aún no has sobrepasado ese tiempo desde que el difunto te dejó la herencia, con lo cual, me la cargaría en segundos y no tendría validez ese punto número uno.

—Joder —dijo concentrado Viktor.

—Sobre la cláusula número dos, bueno... quizás no podría meter mano para que se cambiara, pero déjame decirte —me miró—, que solo hace referencia a casarte. —Levantó una ceja—. Puedes hacer vida en pareja sin contraer votos matrimoniales, tener descendencia... todo lo que quieras y más mientras no exista un papel de por medio. Y con lo que he dicho antes, lo harías donde te saliera de los cojones y por supuesto con quien quisieras.

Tragué saliva porque con cada palabra que decía se abrían delante de mí infinitas posibilidades. Por primera vez en mucho tiempo empecé a ver un poco de luz entre tanta oscuridad.

—La tercera y cuarta cláusulas son las que estaba esperando. —Mostró una sonrisa irónica—. La tercera dice que si no se llevan a término las dos primeras, saldría el secreto de tu madre a la luz, ese que sé de sobra que te destrozaría. —Se paró delante de mí apretándome el hombro y asentí—. Y el cuarto —volvió a caminar por la habitación—, es con el que más me voy a regocijar porque no me gusta que me toquen los cojones y ese personaje lo ha hecho a lo grande. Tengo en mi poder unas pruebas que si él lo supiera se moriría al instante. He tenido que mover muchos hilos hasta destapar lo que necesitaba, y creedme, será su fin en todos los sentidos y acabaría con el rabo entre las piernas si sigue trabajando para ti si tú así lo decides, callado y sin hacer ningún movimiento más en tu contra.

—¿Qué pruebas tienes? —Me levanté cada vez más inquieto.

—Hace cuatro años se vio implicado en un accidente mortal que supuso la vida de cinco personas. —Se dejó caer en la mesa, apoyándose en ella—. De ese incidente se tapó todo, él mismo se encargó de salvarse el culo y no dejar ni rastro de su implicación. A parte de tener constancia del accidente, puedo hundirlo por chantajear a más de uno para llevar a cabo su fin, y... he descubierto varias cosas interesantes de sus funciones mientras tu padre estaba en vida.

—¿Estás seguro Sander? —Tragué saliva.

Como única respuesta me sonrió y me dio varias palmadas en la espalda, caminando hacia el maletín que había traído con él. Lo abrió y sacó unos papeles que me extendió, los que no tardé en coger y mirar con atención.

—Lo tienes pillado. —Levanté la cabeza de golpe.

—Qué puedo decir. —Se alisó la americana—. No hay prueba que no acabe consiguiendo, si existió ten por seguro que muevo cielo y tierra hasta tenerlas en mi poder. Tengo muchos contactos para hacerlo.

—Gracias, tío. No sé qué más decir, yo... —Lo abracé fuerte y emocionado.

—A mí no tienes que decirme nada, sino he hablado claro antes ha sido por las circunstancias y porque me lo pediste. ¿Cuándo quieres que nos presentemos delante de él? —Curvó los labios y solté una carcajada cuando nos separamos.

La primera que me salió real y sabiendo que con todo lo que nos había explicado, por primera vez, podía respirar tranquilo al poder tomar las riendas de mi vida.

—Joder macho —habló Viktor y nos giramos hacia él—, no quisiera tenerte como enemigo. —Se acercó a él para darle la mano sonriendo y Sander la agarró y lo abrazó soltando una carcajada ante sus quejas.

—Mañana —respondí a su última pregunta—. Mañana será el principio de mi nueva vida.

—Amén. —Me hizo un guiño Sander—. Por cierto, enhorabuena por no llevar la misma sangre del que la palmó.

Sobra decir que ese día fue diferente. Las risas no cesaron, las bromas despreocupadas volvieron a nuestro alrededor. Melodie sin saber qué había sucedido cuando bajamos a comer, sonrió de oreja a oreja con emoción al ver mi cambio. Parecía que todo volvía a la normalidad, parecía que todo lo malo se había difuminado de golpe y todo gracias a mi amigo, no tendría vida para agradecerse. Aún quedaba un duro trago por el que tendría que pasar, pero nada que pudiera frenarme hasta conseguir lo que quería.

A la mañana siguiente, bien temprano, me presenté en el despacho de William con Sander a mi lado, por si él tenía que tocar temas legales ante la posibilidad de un contraataque de William, por si le daba por sacar cualquier otra cosa para defenderse. Nada tuvo que hacer con las bombas que le presentó Sander, con pruebas. Nada pudo hacer para rebatir todo lo que se dijo.

Descompuesto y atemorizado, no le quedó otra opción a William que callar y meter la cabeza debajo de la mesa. A pesar de ello, de que lo tenía donde quería, acorralado, Sander dejó bien claro en el despacho que igualmente iba a impugnar la primera cláusula para mi tranquilidad y la suya.

Lo presionó tanto que acabó por darnos las pruebas originales y legales, tanto en físico como en digital, de que yo no era hijo legítimo del que fue mi padre, salvaguardando la reputación de mi madre. Sin eso en su poder, ya no le quedaba nada hacia mí. William intentó por todos los medios hacerse con las pruebas que lo acusaban directamente del accidente, pero Sander no cedió. Le dejó claro que si se comportaba como debía a partir de ese momento, trabajando en la sombra y sin hacerse notar, y, sobre todo, sin requerir mi presencia delante de él nunca más y que no buscara cualquier cosa para arruinarme la vida, podía dejar de cagarse en los pantalones por la pena a la que se enfrentaría, porque él guardaría las pruebas a buen recaudo por si tenía que hundirlo definitivamente. Con la coletilla de que, en el plazo de quince días tenía que hacer una donación anónima y cuantiosa a los familiares de las víctimas del accidente que él provocó.

Salimos del despacho dejándolo desplomado en la silla y con una cara... ni la sabría describir, pero sentí un regocijo cuando la mostró que por dentro yo estaba saltando de alegría y gritándole que se jodiera por ser tan desgraciado al haberme querido manipular en nombre del que creí que fue mi padre y en el suyo propio.

Lo último que hablamos mientras bajábamos en el ascensor, sobre toda la situación que nos había llevado al despacho de William, fue que en cuanto nos despidiéramos iría a impugnar la primera cláusula para dejarlo cerrado y que nunca más me tuviera que preocupar por ello, aun sabiendo que ninguna tendría validez por todo lo que habíamos descubierto de William.

—¿A que se respira mejor? —Aspiró Sander al salir a la calle.

—No lo sabes bien amigo, no lo sabes bien. —Imité su gesto llenándome los pulmones de aire y mis labios se curvaron con una gran sonrisa.

—Imagino tu siguiente paso a partir de ahora —rio dándome una palmada en la espalda.

—No lo dudes. —Se la devolví—. Ha llegado la hora de enderezar mi vida.

—Así se habla, joder, que te me habías desviado.

Riendo nos abrazamos por la emoción que sentíamos. Sí, me había desviado y me había sumido en la desesperación y la oscuridad, metiéndome en un pozo cada vez más hondo en el que no veía la salida.

Pero se acabó, había llegado el momento de pensar en mis siguientes movimientos e idear cómo solucionaría todo lo que había jodido, porque si algo le había quedado claro a William es que haría mi vida como me saliera de las narices, dónde y cómo quisiera.

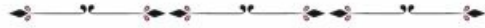
Tenía en mis manos el volver a empezar. Era momento de vivir otra vez y luchar por lo que quería...

2

1

1

Capítulo 32: Ivonne



—Hija, ¡cómo se te nota la barriguita! —dijo mi tía tocándomela y es que hoy precisamente cumplía cuatro meses de embarazo.

—Sí, ya pesan, no quiero pensar cuando esté de siete u ocho, por no hablar de la recta final —sonreí enternecida por la ilusión que se le veía reflejada en el rostro.

Me senté en el porche a tomar un vaso de leche con galletas, menos mal que todas las analíticas me salían bien, porque cuidar mucho lo que se dice cuidar, no es que lo hiciera. Tampoco me descuidaba, pero mis caprichitos de galletas y chocolatinas no me podían faltar.

Todos los días hacía mi clase de deporte *online* para embarazadas y hacía apenas diez minutos que la había acabado. La verdad es que no solo me ejercitaba físicamente, también aprendía a respirar para controlar un poco la ansiedad que iba y venía.

Había estrenado un conjunto deportivo de mallas y top en color rosa, con lo cual, mi barriga quedaba al descubierto, bueno el balón que tenía, pero a mí me gustaba verlo y tocarlo. Sabía que dentro de él se estaban forjando las dos razones más poderosas para querer seguir disfrutando de cada momento, a pesar de que mi corazón estuviera roto en mil pedazos.

Escuché que llamaban al timbre de la puerta exterior.

—Tía, ya voy yo —dije en voz alta ya que estaba a unos pasos de la entrada.

Abrí con una sonrisa, la que se me quitó de la cara rápidamente mientras un Paul desconcertado miraba mi barriga en estado de *shock*. Sentí que la tensión se me venía abajo y era incapaz de articular palabra.

Estuvimos unos minutos en silencio que parecieron horas, yo por ser incapaz de decir nada y él, por seguir con su mirada perdida en mi barriga.

—¿Qué haces aquí? —dije por impulso— ¿Quieres pasar? —pregunté en tono bajo sin saber cómo reaccionar.

—No sé —murmuró todavía en *shock*.

—¿Entonces?

—No esperaba... —Señaló con su mano a mi barriga.

—Pasa. —Me aparté hacia un lado.

—¿Quién hay dentro?

—Solo mi madre y mi tía.

—¿Tiene que venir alguien más? —preguntó, y yo sabía que en su mente estaba que mi barriga era de otra persona.

—No, pasa. —Entró y cerró la puerta detrás de mí.

—No me esperaba eso de ti Paul —dijo mi tía cuando lo vio—. Dejarla así —señaló a mi barriga—, estando casado con otra. —Terminó de decir y la cara de Paul fue de total impacto.

—Tía, por favor, déjame a mí. —Le hice un gesto a Paul de que se sentara en el porche y a mi tía de que nos^a dejara solos.

—Ivonne, ¿estás esperando un hijo mío? —preguntó con la voz entrecortada.

—Dos, estoy esperando dos —murmuré pensando que no sabía si comenzar a recriminarle cosas, o ponerlo al tanto de todo por mi paz mental y para que nunca ni él, ni los bebés me echaran en cara que lo había ocultado—. Y sí, son tuyos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Cómo? No contestabas a mis mensajes, fui a buscarte y me abrió tu mujer, la mujer de mi prometido —dije rompiendo a llorar con rabia y dolor.

¹

—No es mi mujer, es una empleada y amiga a la que le pedí precipitadamente que os recibiera para que os marchaseis. He tenido problemas, los cuales me llevaron a marcharme de manera precipitada.

—¿No es tu mujer, Paul? —pregunté sin entender una mierda nada.

—No, la única mujer que hubo en mi corazón todo este tiempo eres tú.

—No me saques la vena romántica. ¿Cómo has podido encontrarme aquí?

—Fue fácil, pedimos unos favores y me informaron de que estabas empadronada aquí. ¿Voy a ser padre?

—Solo si quieres, yo no te voy a obligar a nada, ni mucho menos a quitarte el derecho a ejercer si quieres.

—No hice las cosas bien, pero todo tiene una explicación.

—No la quiero, Paul, de verdad.

—Aquí tienes un café y unas galletas. —Se lo puso por delante mi tía sin mirarlo a la cara.

—Gracias.

—Las gracias dáselas a ella que te dejó pasar, yo te hubiera cerrado la puerta.

—Tía —protesté para que se callara y con los ojos le hice un gesto de que nos dejara solos.

—Me gustaría explicarte.

—Una pregunta ¿alguien te amenazó para que no contestaras a mis mensajes? ¿Estuviste bajo coacción?

—No ¿Por qué?

—Por eso mismo, no me hace falta una explicación ahora. Con aquellos mensajes una sola contestación me hubiera valido. Estuve noches y días buscándote por hospitales y por todos los lados, iba a la policía cada dos por tres, no me merecía eso. Ahora no quiero explicaciones, te repito que solo si quieres puedes ejercer de padre, si no quieres tampoco voy a meterme en tu vida ni exigir nada, pero fuera de eso, no tengo ningún interés por conocer qué pasó. Me quedo con la poca empatía que tuviste conmigo al no pensar cómo lo podía estar pasando.

—Te juro que no he dejado de pensar ni un minuto en ti y he solucionado todo para poder hacer las cosas bien.

—No sé de qué me hablas, pero tampoco me interesa. De verdad, Paul, te he abierto la puerta porque no quiero vivir sin la conciencia tranquila de haberte contado la realidad, esa que fui a contarte a Suecia, pero ya que has venido tenía que decírtelo. Todo lo demás es parte del pasado.

—Siempre fuiste mi presente.

—Paul, por favor —contesté de manera que supiera que no debía ir por ahí.

—Me siento en tierra hostil, ¿podemos ir a comer juntos y a hablar sobre lo que se nos viene a los dos? —se refirió al embarazo.

—Me parece bien, solo con la condición de que el tema no salga de eso —me referí a no hablar de nada que no fuese del embarazo.

—Vale —seguía impactado. Le dio un trago al café—. Te espero en el coche, está frente a la puerta. —Se levantó—. Tómame el tiempo que necesites.

—Me ducho rápido y salgo.

Se dirigió hacia la puerta por donde salió con la cabeza agachada, momento en el que aproveché para echarme a llorar y vino mi tía corriendo a abrazarme. Le conté que iba a salir a comer y lo que le había dicho.

—¿Entonces está casado o no?

—Según él, no.

—Pues hay que tener la sangre muy fría para hacer que una empleada salga de esa guisa y te suelte eso. No actuó bien, hija. No me fio de él.

—Es el padre de mis hijos nos guste o no.

—Hasta ahí estoy de acuerdo, pero de ahí a que vuelvas a confiar en él.

No, no podía, era tanto el dolor que había pasado que, aunque quisiera no lo creía y no quería escuchar ninguna justificación que me pudiera hacer más daño. No había razón en este mundo para dejar de esa manera a nadie, como hizo él conmigo.

Me metí en la ducha en un mar de lágrimas, y es que no me esperaba su aparición en esos momentos. Amaba a Paul con todo mi corazón y alma, era todo un revuelo de sentimientos que volvió a ocasionar en esos momentos de mi vida.

—Me siento en tierra hostil, ¿podemos ir a comer juntos y a hablar sobre lo que se nos viene a los dos? —se refirió al embarazo.

—Me parece bien, solo con la condición de que el tema no salga de eso —me referí a no hablar de nada que no fuese del embarazo.

—Vale —seguía impactado. Le dio un trago al café—. Te espero en el coche, está frente a la puerta. —Se levantó—. Tómame el tiempo que necesites.

—Me ducho rápido y salgo.

Se dirigió hacia la puerta por donde salió con la cabeza agachada, momento en el que aproveché para echarme a llorar y vino mi tía corriendo a abrazarme. Le conté que iba a salir a comer y lo que le había dicho.

—¿Entonces está casado o no?

—Según él, no.

—Pues hay que tener la sangre muy fría para hacer que una empleada salga de esa guisa y te suelte eso. No actuó bien, hija. No me fio de él.

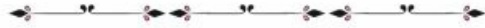
—Es el padre de mis hijos nos guste o no.

—Hasta ahí estoy de acuerdo, pero de ahí a que vuelvas a confiar en él.

No, no podía, era tanto el dolor que había pasado que, aunque quisiera no lo creía y no quería escuchar ninguna justificación que me pudiera hacer más daño. No había razón en este mundo para dejar de esa manera a nadie, como hizo él conmigo.

Me metí en la ducha en un mar de lágrimas, y es que no me esperaba su aparición en esos momentos. Amaba a Paul con todo mi corazón y alma, era todo un revuelo de sentimientos que volvió a ocasionar en esos momentos de mi vida.

Capítulo 33: Ivonne



Me puse un vestido blanco largo de tirantes, que me había regalado Raquel y aún no había estrenado, y elegí de zapatos unas deportivas en color rosa pastel, como el bolso que llevaba.

—Vas preciosa hija, se va a arrepentir cada día de su vida de lo que perdió.

—Bueno —me agaché a darle un besito a mi madre que estaba felizmente en el porche y luego le di uno a ella—, me voy, lo único que me importa son estos dos. —Me toqué la barriguita.

—¿Y nosotras? —me preguntó mi madre de forma sorpresiva.

—Vosotras ya estáis en el lote desde que nací —me reí moviendo la mano mientras me dirigía hacia la salida.

Paul estaba sentado al volante y se bajó para abrirme la puerta del copiloto. Su rostro era de ido, pensativo, de estar en un permanente *shock*.

—Vendiste la mansión... —afirmó en un tono cordial mientras salíamos de allí.

—Sí, encargarme de ella sería fundir el dinero de la cuenta rápidamente por los gastos elevados que tendría. Además, preferí reubicar a mi familia y vivir juntas, comenzando así una nueva vida.

—Tienes un gran corazón.

Se hizo un silencio mientras conducía hacia otro lado de la isla. El coche que manejaba era alquilado, lo deduje por la pegatina que llevaba en la guantera que era de una empresa de coches de alquiler.

—¿Cuándo has llegado? —pregunté por romper un poco el silencio.

—Hace un rato, el tiempo de alquilar el coche e ir para tu casa.

—¿Ya venías con la información de dónde vivo?

—Sí, me la dieron estando allí.

Aparcó delante de un restaurante apartado y exclusivo, donde nos acompañaron a una mesa que estaba en un reservado privado.

—¿Qué desean tomar? —preguntó el camarero.

—Yo agua.

—A mí una copa de vino blanco de reserva de la casa —dijo mirando la carta.

—Ahora mismo.

Notaba a un Paul desubicado y nervioso, imaginaba que la noticia le había caído como un jarro de agua fría y no sabía cómo digerirla, como me pasó a mí.

—¿No pensabas contarme que estabas embarazada?

—Paul, fui hasta la puerta de tu casa.

—Me podrías haber mandado un mensaje solo diciendo embarazada.

—Te mandé miles, pero si te crees con el derecho a reprocharme algo, creo que no estuviste acertado al pedirme que viniera a hablar.

—No es eso. —Tenía los ojos contenidos y brillosos—. ¿Qué hubiera pasado si nunca hubiera venido?

—Y sigue. —Solté un bufido y negué—. Ni quiero tus explicaciones, ni te voy a permitir que me recrimines nada

—Solo quiero saberlo, no te estoy recriminando nada. Solo tengo la duda de si no hubiera venido a saber si me hubiera quedado sin enterarme que tenía dos hijos.

—No lo sé, después de lo que me encontré en tu castillo, no he tenido fuerzas para pensar en nada y más pensando que estabas casado, que no sé si lo estás, para ser sincera ahora estoy incrédula a todo lo que me digas.

—¿Te han dicho el sexo?

—Sí, son niño y niña. —Se le dibujó una sonrisa en la cara mientras miraba hacia su mano.

—¿Has pensado en los nombres?

—Sí, pero no saco nada en claro...

—¿Cuánto queda justamente?

—Cinco meses justos, hoy hice cuatro, pero bueno, viniendo dos lo mismo hay que programarla o se adelantan.

—Quiero que me dejes estar en todo, Ivonne.

—Conmigo no vas a tener zancadillas, Paul, yo no soy así. La felicidad de mis hijos es prioritaria para mí, por muy mal que hayamos acabado eso no será obstáculo para que, como padres, podamos tener la mejor de las relaciones por el bien de nuestros hijos.

—Algún día espero que quieras conocer mi historia. No se trata de una explicación, pero de alguna manera que conozcas un poco más de lo que había detrás y a lo que me he tenido que enfrentar este tiempo.

—Paul, lo primero que quiero ver es que no harás con ellos lo mismo que conmigo y desaparezcas en cualquier momento de sus vidas. Ahora mismo no te ha dado lugar a asimilar nada, el tiempo dirá y será en ese tiempo en el que yo vea que sí, que son importantes tus hijos para ti. Entonces no me importará escuchar todo lo que quieras contarme. Somos sus padres, no tenemos por qué ser enemigos.

—Lo son ya, no me conoces, sé que no lo haces porque te lo puse difícil, pero no soy ese ser despreciable que has pensado durante todo este tiempo. Por nada del mundo me perdería la vida de mis hijos, por nada del mundo. No te voy a poner nada difícil Ivonne, nada, todo lo contrario.

—Eso espero, porque con los niños no parto peras y saco a la leona que nadie conoce.

—No te hacen falta advertencias, todo será como tú desees, Ivonne.

Que Paul quisiera estar presente en la vida de los niños a mí me hacía feliz, era su padre, independientemente a todo lo que hubiera pasado entre nosotros. Lo amaba con todo mi corazón, pero no lo reconocía. Todo este tiempo había sufrido muchísimo y no le importó cómo estuviera. Solo esperaba que no faltara a su palabra con el tema de los niños o entonces, sí se las vería conmigo.

—¿Has venido solo?

—No, he venido con Viktor que aprovechó para ir a visitar a alguien.

—¿Has venido para darme explicaciones o para algo más?

—Solo para eso. En la isla no tengo nada más que me ate, bueno, hasta ahora. Parece ser que ahora tendré más

razones todavía para estar ligado a este lugar —sonrió, pero se le veía triste—. ¿Cuándo tienes la próxima revisión?

—Dentro de un mes.

—¿Puedo ir contigo?

—Claro, no hay problema.

—¿Ya los has visto?

—Sí, tengo una ecografía digital ¿quieres que te la pase?

—Sí, por favor.

Cogí mi móvil y le mandé el mensaje. Su sonrisa se amplió al observar la imagen, obvio que ver esas dos figuritas casi formadas le debía de causar algo, y le causó, se le derramaron las lágrimas.

—Perdón, voy al baño. —Se levantó precipitadamente y algo me decía que quería ir a romperse por completo.

Quizás no era mala persona, quizás solo lo fue conmigo al actuar egoístamente y no ser capaz de contestar a alguno de los mensajes. Quizás... eso se vería con el tiempo en su papel como padre.

Regresó pidiendo disculpas y comimos mientras yo le contaba un poco de lo que había hecho con mi vida, la de mi familia, las decisiones que tomé para que viviéramos mejor y eso. Además, le enseñé fotos del cuarto de los bebés, no había entrado en mi casa, solo se había quedado en el porche.

—Es preciosa. Me gusta todo en blanco y en tonos pasteles la decoración. Tienes muy buen gusto.

—Gracias, la verdad es que he quedado muy contenta con los resultados, aún me faltan por comprar muchas cosas.

—¿Puedo ser yo quién las compre? Podemos ir a verlas y tú las escoges a tu gusto, pero me gustaría contribuir en algo.

—Claro, no hay problema, pero te recuerdo que todo lo estoy comprando con el dinero que tengo por tu parte.

—Es tuyo, Ivonne. Gracias por permitirme ser partícipe.

—Estás en tu derecho.

—Voy a buscar algo para instalarme en la isla, a ser posible cerca de tu casa, quiero estar presente en todo momento. Tranquila, que intentaré causarte las menos molestias posibles.

—No te preocupes —sonreí casi un tanto emocionada al ver que se quería implicar.

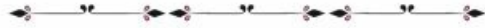
Después de comer me llevo de vuelta a mi casa y quedamos en ir hablando. Se fue triste, cabizbajo, entendí que a él le hubiera gustado explicarse, pero a mí no me interesaba nada de lo que me fuera a decir. Nadie lo tuvo retenido para no poderme contestar a un mísero mensaje.

—Voy a buscar algo para instalarme en la isla, a ser posible cerca de tu casa, quiero estar presente en todo momento. Tranquila, que intentaré causarte las menos molestias posibles.

—No te preocupes —sonreí casi un tanto emocionada al ver que se quería implicar.

Después de comer me llevo de vuelta a mi casa y quedamos en ir hablando. Se fue triste, cabizbajo, entendí que a él le hubiera gustado explicarse, pero a mí no me interesaba nada de lo que me fuera a decir. Nadie lo tuvo retenido para no poderme contestar a un mísero mensaje.

Capítulo 34: Ivonne



Un mes justo había pasado desde que Paul pisó la isla y nos encontramos cara a cara por primera vez después de lo sucedido, no nos habíamos vuelto a ver más, más que nada porque durante esos días no había razón para hacerlo.

He de decir que durante este mes no me faltó cada día un mensaje de buenos días o buenas noches preguntándome como me sentía o si necesitaba algo, incluso intentaba quedar conmigo para comer o con alguna excusa que yo desviaba.

Un mes también desde que Viktor fue a buscar a Raquel y le confesó que estaba enamorado de ella y comenzaron una relación. Sí, a mí también me dejó en *shock* y me costó asimilar esa información, pero solo le podía desear a mi amiga lo mejor del mundo en esa nueva etapa después de que me confesara, que hubo un acercamiento entre ellos la primera vez que estuvieron en la isla y que era él al que se refirió una vez cuando me contó que se había apartado del dentista.

Al fin y al cabo, Viktor no me había hecho nada, ni tenía la culpa de las decisiones o actuaciones de Paul. Con ese hombre que de nuevo volvería a ver hoy para ir al ginecólogo, a la revisión. Luego iríamos a comprar el carricoche para los bebés.

Durante este tiempo supe por Paul, y también por mi amiga Raquel, que me visitaba continuamente y me ponía al día de todo, de que ya Paul se había venido cerca de mi casa donde había adquirido una muy similar a la mía. Hasta entonces había estado instalado en el piso de Viktor que mantenía en la isla.

Mi tía fue entendiendo que a él como padre le tenía que dar su lugar y me prometió que cuando estuviera presente no le echaría nada en cara. No quería vivir en guerra, quería tener la paz y la serenidad de recibir a mis hijos sin problemas.

Le di un beso a cada una antes de salir a la calle en busca de Paul, que ya me había avisado que me estaba esperando.

Sonrió mirando hacia mi barriguita y luego me dio un beso en la mejilla que yo correspondí devolviéndoselo

porque como dije, la paz entre nosotros en ese momento era lo más importante para mí.

Se dirigió hacia la clínica que le había indicado y estuvo todo el camino hablándome de las reformas que estaba haciendo en su nueva casa e incluso, en la habitación que le estaba preparando a los niños y la de juegos.

Me hacía feliz saber que había pensado en ellos en el tema de su casa, se me hizo un nudo en la garganta y tuve que tragar saliva para no llorar. El embarazo me tenía de lo más sensible.

Entramos a la clínica y nos hicieron pasar a la sala de espera donde notaba a un Paul un tanto nervioso que no dejaba de moverse y mirar hacia todos lados.

Nervios que soltó entre lágrimas cuando vio a sus bebés en la pantallita y escuchó los dobles latidos de sus corazones.

Esa emoción en su rostro no podía ser fingida, se notaba que le nacía del corazón y a mí, me hacía sentir muy feliz saber que para él los bebés también eran importantes.

Salió de la consulta de lo más tierno, con una sonrisa diferente.

—Vamos a tener dos maravillosos hijos.

—Sí —sonreí enterneciéndome más de lo que estaba.

—¿Nos vamos a celebrarlo antes de ir a comprar los carritos o sigo castigado? —Carraspeó y no me miró.

—No te tengo castigado, solo en cuarentena, pero acepto.

—¿Qué te apetece comer? —Me abrió la puerta del coche con una ligera pícaro sonrisa.

—No te emociones que solo vamos a comer para celebrar los preciosos cinco meses que llevan creciendo nuestros bebés.

—Eso ya es motivo de emoción. —Me hizo un guiño y cerró mi puerta. Se acomodó en su sillón—. ¿Qué piensas de la relación de Viktor y Raquel? —Carraspeó mientras arrancaba el coche.

—Bueno —se me escapó una sonrisilla—, me cogió por sorpresa. Jamás me imaginé que se había fijado en ella y viceversa, aunque ella alguna que otra vez me dijo que Viktor estaba tremendo. Pero me alegro por ellos, ojalá les vaya muy bien.

—Viktor es buena persona.

—No lo dudo.

—Yo también lo soy, aunque no lo creas. —Su tono sonó triste.

—Tampoco lo dudo, que conmigo no estuvieras acertado no significa que con el resto del mundo no lo estés.

—Me gusta que lo hayas descrito con que no estuve acertado, es la realidad, pero jamás te quise hacer daño, todo lo contrario.

—Pero me lo hiciste —dije en un tono triste—, ya pasó. Sinceramente el que te preocupes por estar presente en la vida de ellos me demuestra mucho más de lo que imaginas. Lo vas a hacer muy bien, estoy segura.

—Tú también lo harás genial. ¿Italiano?

z —Sí —sonreí y giró hacia una calle en la que había uno muy bueno.

Aparcó y entramos en el restaurante, yendo hacia una de las mesas del fondo donde nos indicó uno de los camareros.

—He estado pensando en nombres para darte ideas, pero la decisión final es tuya, nadie mejor que tú merece ser la que la tome.

—Me alegra que hayas pensado en eso, a ver sorpréndeme.

—Para él me gusta Chris.

—¿Christian?

—No —sonrió—. Chris, a secas.

s —Suenan muy bien, pero me da la sensación de que es más nombre de niña, como si estuviera abreviando Cristina.

—Entonces lo descartamos y pasamos a otro. ¿Qué tal Lucas?

—Ese nombre está entre mis favoritos. —Eché mano al bolso y saqué un bloc pequeño y le enseñé el nombre de Lucas entre otros que tenía en mente—. Se va a llamar Lucas. —Aplaudí emocionada—. Nos gusta a los dos, eso es una señal.

—Pues espero que sea la primera de muchas —sonrió, pero lo dijo en un tono que iba por otras vías.

—Y ahora toca el de la niña.

—Me gusta el nombre de Marta.

—Lucas y Marta. ¡Suenan genial!

—¿Sí? —preguntó emocionado.

—Sí, Lucas y Marta, me gustan —dije emocionada.

De la comida y con los nombres claros fuimos a por los carritos. Paul se encabezonó de comprar uno doble y dos por separado y lo terminó haciendo. Eran preciosos, muy finos y en tonos pasteles. Una cucada con la que me veía paseando a nuestros hijos.

Lo invité a pasar a casa a tomar un café y saludó a mi madre muy cariñosamente y a mí tía también, los dos carraspearon y a mí me sacaron una sonrisa.

Le encantó la casa y el cuarto de los niños, quedó encantado y se le veía feliz de haber conocido la vivienda por dentro.

aNos despedimos quedando en hablar como siempre, él me pidió que barajara la posibilidad de ir a comer juntos en estos días.

—Me gusta el nombre de Marta.

—Lucas y Marta. ¡Suenan genial!

—¿Sí? —preguntó emocionado.

—Sí, Lucas y Marta, me gustan —dije emocionada.

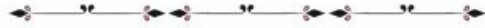
De la comida y con los nombres claros fuimos a por los carritos. Paul se encabezonó de comprar uno doble y dos por separado y lo terminó haciendo. Eran preciosos, muy finos y en tonos pasteles. Una cucada con la que me veía paseando a nuestros hijos.

Lo invité a pasar a casa a tomar un café y saludó a mi madre muy cariñosamente y a mí tía también, los dos carraspearon y a mí me sacaron una sonrisa.

Le encantó la casa y el cuarto de los niños, quedó encantado y se le veía feliz de haber conocido la vivienda por dentro.

Nos despedimos quedando en hablar como siempre, él me pidió que barajara la posibilidad de ir a comer juntos en estos días.

Capítulo 35: Ivonne



Con una barriga enorme, de ocho meses y una semana, y desesperada por parir. No me podía ni mover.

Paul apareció por la casa con el pan recién horneado para desayunar, solía venir de vez en cuando ya que mi tía en el fondo lo quería mucho y se la estaba ganando de nuevo. Así que siempre lo incitaba a hacernos una visita y él que lo estaba deseando, se lo tomaba todo al pie de la letra y raro era el día que no venía.

He de decir que durante todo este tiempo se había ganado a pulso la confianza de las dos, por no decir de las tres, que mi madre para no recordar nada, bien que se le dibujaba una sonrisa bien grande en la cara cuando lo veía aparecer.

No habíamos vuelto, eso no estaba en mis planes a pesar de que lo amaba y me revolucionaba más el estómago de lo que lo tenía, pero, el dolor que pasé en su día me hizo perder como mujer toda la confianza que tenía en él.

Estaba saludándolo cuando noté las piernas llenas de agua y sentí me salía como un chorro. La cara de Paul fue un poema y la de mi tía, que chillaba que había roto aguas.

Me cambié de ropa de forma precipitada y salimos en el coche de Paul para el hospital, mi tía se tuvo que quedar con mi madre ya que la enfermera se iba más tarde.

Llegamos y automáticamente me hicieron el registro, y comenzaron las contracciones. Además, se habían roto las dos bolsas e increíblemente los parí a los dos con cuatro chillidos haciendo fuerza.

Fue lo más bonito del mundo, primero ver como salía Lucas y me lo ponían en el pecho y luego a Marta. Llena de dolor por el momento, pero de felicidad también por conocer a mis dos amores. De Paul solo puedo decir que dudo que los viera bien porque estaba llorando tanto que los debía ver borrosos.

Ni puntos me tuvieron que dar, algo increíble. De todas maneras, pesaron poco, cosa normal en los partos múltiples.

Una semana estuvimos en el hospital porque al haber nacido antes y con poco peso, querían asegurarse de que

estuvieran bien. Paul no se separó de nosotros en ningún momento. Les daba el biberón porque tuve problemas con la leche y tuve que descartar el amamantarlos.

Lo peor de todo es que eran unos llorones, pero cuando los cogía el padre dejaban de llorar. A mí me estaban volviendo loca, era como si la tuvieran tomada conmigo.

Raquel y Viktor habían venido cada día y mi tía también, pero como ya dije, Paul no se separó de nosotros ni un momento.

Salimos por fin del hospital y fuimos directos hacia mi casa.

—Ivonne, me gustaría poder ir y venir a tu casa cada día sin restricciones, para poder ver a nuestros hijos y estar con ellos. Quiero aportar mi ayuda en todo, hasta que tengan más tiempo y puedan venir algunos días a mi casa.

1

—Paul, aquí no hay acuerdos ni nada, son nuestros hijos y la puerta la tienes abierta, lo sabes. A mi tía te la ganaste y esa es una mandona, así que nadie te pondrá problemas.

—A quién quiero ganarme, no lo consigo.

—En cierto modo me has ganado, Paul, en serio. Estoy muy orgullosa del padre que tienen mis hijos —le sonreí feliz.

2

Mi madre se puso a aplaudir al ver a los bebés y le pusimos en su faldita en el sofá a Lucas, al que miraba con mucha ternura.

1

—Ya no eres mi hijo favorito —le dijo a Paul que puso cara de tristeza en plan broma—. Ya es este —dijo mirando a su nieto sonriendo de lo más feliz.

—Mamá, y Marta también es tu hija favorita.

—No, solo este. —Lo miraba emocionada mientras yo soltaba un bufido y me reía.

Mi tía moría por ellos, se los comía a besos. El problema era cuando los cogía yo o les daba el biberón, no dejaban de llorar. ¡No querían conmigo!

—Estos niños me odian, no sé qué les hice para que siempre estén llorando conmigo —murmuré desesperada.

—No seas injusta contigo, son bebés y ahora les da por una cosa y luego por otra.

—Paul, solo lloran conmigo.

—Siempre se derraman las lágrimas con las personas que más se quiere.

—Venga ya —me reí—. Lo que quieres es consolarme.

—Lo que quiero es que no te hagas ideas bobas que no tienen que ver con la realidad.

—Yo desisto —dije poniendo a Lucas en su otro brazo ya que estaba con Marta en el otro—. Este niño me ve como el mismísimo demonio.

—No digas eso —reía mirando a los dos que estaban de lo más tranquilos con él.

—Esto es el karma, encima que los llevé en mi barriga.

—Cálmate —sonreía—. Tómate un café que lo estabas deseando.

—Y un cigarro. ¿Tienes ahí?

—En el coche, pero ahora fumo menos que antes, vamos casi nada.

—Dame las llaves.

—Cógelas, están ahí en la mesa.

Las cogí y salí desesperada. Necesitaba fumar un cigarrillo y es que no fumé durante todo el embarazo, bien es verdad que yo solo fumaba en ocasiones especiales.

Esos niños eran dos amores cuando no estaban en mis brazos y eso me producía frustración. ¿Qué cojones les había hecho yo?

Me lo fumé sentada en el jardín, sobre un trozo de madera que tenía varias plantas, pero quedaba un huequito. Paul me miraba desde el porche con los dos niños en el carrito y tomándose un café.

¹No fueron fáciles esos primeros días en los que, aunque venía desde bien temprano Paul cada día y no se iba hasta la noche, por las madrugadas me montaban los niños unos pollos que me estaban volviendo loca.

El primer mes fue duro y estresante, hasta tal punto que pensé que me iba a volver loca.

Fue una noche en la que no me dejaron dormir ni media hora que, a las siete de la mañana los monté en el carrito, me fui andando a casa de Paul y llamé al timbre. Ya había estado un par de veces.

Abrió con cara de sorpresa al no esperarme, a esa hora y sin avisar le cogió totalmente fuera de juego.

—¿Qué pasó? Pasa.

—No, no paso, aquí tienes a tus hijos, una bolsa con todo para lo que necesiten más lo que tú les tienes en su cuarto. Aquí te los quedas y me piro, no me los traigas hasta mañana, no quiero saber nada. Solo quiero descansar dormir y no escuchar esos dichosos llantos. —Se lo di todo y me giré—. Ni se te ocurra aparecer con ellos hoy o los doy en donación.

—Dirás en adopción —se reía.

—Lo que sea. —Solté el aire, ese que me faltaba.

Mi tía cuando me vio aparecer sin los niños casi se infarta.

—Hija, por Dios son tus hijos.

—Y los de él, que los aguante veinticuatro horas.

—Pero si se pasa el día aquí.

—Tú lo has dicho el día, no la noche.

—Pero se los podrías haber dejado esta noche.

—No, no, se los queda veinticuatro horas, necesito paz mental. —Puse los dedos en posición de yoga.

—Hija, vuelve con ese hombre es un santo, lo está demostrando.

Ni una hora y apareció Paul con los niños con una cara de felicidad de oreja a oreja.

—Solo vengo a ver si estás más relajada y para que me invites a un café.

—¡Te dije que no aparecieras! —Resoplé haciendo la que me daba chocazos contra la mesa del porche.

—Quiero hablar contigo...

—Rapidito que como despierten y me vean se ponen a llorar.

—No, conmigo al lado no lloran.

—Eso, tú hurga en la herida.

—Había pensado que te puede venir muy bien que nos vayamos todos al castillo una temporada, a Suecia. Allí podemos tomarlo como unas vacaciones en familia y tendrás mucha ayuda con el servicio.

; —¿Hay niñeras?

—Todas las que quieras.

—Pero ¿y mi madre y mi tía?

—Se vienen con nosotros. Se le da un descanso o una pausa laboral a la enfermera de tu madre, no se quedará en paro porque es a través de empresa. En Suecia tu madre tendrá a quienes la cuiden constantemente.

—Hija, yo me iría a un castillo una temporada, vivir así antes de morirme sería una pasada.

—Tía, por Dios, que a ti te queda más vida que a mí.

—Había pensado que te puede venir muy bien que nos vayamos todos al castillo una temporada, a Suecia. Allí podemos tomarlo como unas vacaciones en familia y tendrás mucha ayuda con el servicio.

—¿Hay niñeras?

—Todas las que quieras.

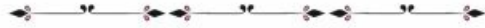
—Pero ¿y mi madre y mi tía?

—Se vienen con nosotros. Se le da un descanso o una pausa laboral a la enfermera de tu madre, no se quedará en paro porque es a través de empresa. En Suecia tu madre tendrá a quienes la cuiden constantemente.

—Hija, yo me iría a un castillo una temporada, vivir así antes de morirme sería una pasada.

—Tía, por Dios, que a ti te queda más vida que a mí.

Capítulo 36: Ivonne



Aterrizamos en el aeropuerto de Estocolmo y unos empleados cogieron todo el equipaje de mi familia y de los niños. Lo llevaron a un furgón, mientras que nosotros nos montamos en un coche de ocho plazas.

Los niños iban en uno de los asientos traseros junto a Paul, más calmaditos que todas las cosas en sus sillitas, yo en medio de mi madre y de mi tía detrás.

Fue entrar al castillo y me vinieron todos los recuerdos del día en el que apareció la chica semidesnuda diciendo que era su mujer. Por cierto, ella ya se había alejado por una temporada de allí como me contó Paul. Se había echado novio y estaba con él en Irlanda.

Nos recibieron como si fuésemos reyes, con mucho cariño. Incluso ya había hasta dos enfermeras esperando a mi madre, que le hablaron con tanto amor, que supe que eran las personas indicadas.

Además, otro par de mujeres cogieron a los gemelos y se encargaron automáticamente de ellos.

—Dios me las bendiga —dije bromeando cuando iban con ellos hacia dentro.

—Aquí vas a estar más cómoda. Por cierto, sígueme mientras acomodan a tu madre y a tu tía, quiero enseñarte algo.

Lo seguí subiendo unas impresionantes escaleras y llegamos hasta una habitación preciosa donde había dos camas de matrimonio y unas cunas, todo lo había preparado.

—Me gustaría que estuviéramos en esta habitación los dos para por las noches, poder ayudarte con los niños.

—Yo me pido esa cama, por cierto ¿no pueden dormir con las cuidadoras?

—Son tus hijos —se rio negando—. Te voy a ayudar en todo por la noche, no te preocupes por eso. Y por el día tenemos mucha ayuda, así que empieza a tomarte esto de otra forma. —Arqueó la ceja mirándome.

—Ven, dame un abracito que hoy estoy sensible. —Le pedí por primera vez y más que nada porque lo necesitaba, Paul se lo merecía. Me había demostrado durante todo ese tiempo que no solo era un gran padre, también una de las mejores personas que había conocido.

—¿Me has pedido un abrazo?, no sabes lo feliz que acabas de hacer.

—Paul, comprendí toda la historia cuando me lo contaste (porque al fin le había permitido que lo hiciese), aunque jamás entenderé que no me contestases a los mensajes. Pero todo lo que has hecho desde que volviste a aparecer por la isla, te hace un hombre honorable y te has ganado con creces todos mis respetos.

—¿Solo tus respetos?

—Bueno, por ahora, vas por buen camino —me reí y lo besé fuertemente en la mejilla apretándolo con todas mis fuerzas.

—Quiero recuperarte al cien por cien y hacerte la mujer más feliz del mundo, sabes que no te volvería a fallar y que ya no existe razón para tener que volver a ponerme nervioso.

—Te creo, te juro que te creo...

—¿Entonces?

—Dame un beso —murmuré aguantando la sonrisilla.

—¿Segura? —preguntó emocionado.

—Sí, ya no quiero parafernalia de regalos ni momentos preparados que luego se van al traste —apreté los dientes y se vino hacia mis labios a besarlos.

Me impregné de ese beso que me trajo los mejores recuerdos, esos en los que sentí el deseo que seguía dentro de mí.

;

Terminamos cayendo en una de las camas y desnudándonos con ansias, como si no hubiera tiempo que perder.

—No me mires mucho que aún no recuperé la silueta del todo.

—Tienes el cuerpo más bonito del mundo y has sido madre, créeme que no puedes estar más perfecta. Amo cada rincón de tu cuerpo. —Me besaba con deseo, se notaba a la legua.

Fue un momento que deseé durante mucho tiempo, no lo voy a negar, pero la tensión de los niños, el momento de todo y el no saber si me la volvería a jugar, me tuvieron a la expectativa. Pero no, estaba claro que Paul se había

entregado en cuerpo y alma y ahora nos traía a su castillo, su casa, su lugar, para tenernos junto a él.

Una hora estuvimos liados en la habitación antes de ducharnos y cambiarnos para bajar y ver cómo iba la adaptación de todos.

Paul tenía un brillo en los ojos que no podía de la emoción y no dejaba de sonreírme y acariciar mi espalda mientras bajábamos las escaleras.

Mi tía estaba en la cocina con Melodie, la que fue gran confidente de su madre y amiga, aparte de ser la cocinera oficial de la casa. Paul la adoraba.

Miré por los ventanales y vi a mi madre en el patio que era gigante, charlando amigablemente con su cuidadora. Todo parecía estar en el más absoluto orden.

De los niños ni rastro, pero ya sabía yo que estaban llenos de atenciones, así que me dejasen en paz un buen rato que estaba de llantos hasta el mismísimo.

Me fui a dar una vuelta por el terreno con Paul que me enseñó su lugar favorito y yo quedé fascinada encontrando mucha paz en el lugar.

—Hacía mucho tiempo que no me sentía bien en mi propia casa, hasta que he vuelto con vosotros. Hasta me vinieron muy bonitos sentimientos.

—¿Sí? —pregunté emocionada.

—No os quiero perder jamás, no podría soportarlo... —Me abrazó.

—Paul, no nos vas a perder, sé que no habrá más cagadas.

—No te imaginas lo que siento por ti, no te lo imaginas. Y a pesar de que te quejas de los sollozos de los gemelos eres la mejor de las madres —acarició mi mejilla.

—Me tienen manía, esos niños me tienen manía —dije riendo y negando mientras dejaba caer mi cabeza en su pecho.

Los siguientes días nos fuimos adaptando al castillo y a su gente, esa que nos trataban con tanto cariño que nos llenaban por completo.

Ni qué decir tiene, que durante la noche los gemelos andaban más calmados con el padre dando los biberones a dos manos, tenía santa paciencia y a mí me relajaba la vida.

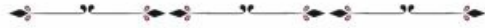
Mi tía estaba loca de contenta con nuestra reconciliación, como ella decía «estábamos hechos el uno para el otro». Además, ella también estaba feliz pegada todo el día a Melodie, a la que también se la notaba emocionada y nos había acogido con mucho cariño. Y a mi madre, que se la llevaban a la cocina y se ponían a darle charla mientras cocinaban, porque mi tía cogió el puesto de cocinera y decía que era la ayudante de Melodie. Se le notaba feliz.

No sé por qué razón, pero comencé a sentir una paz increíble en aquellos muros, era como si fuera el lugar que calmaba mi corazón...

Mi tía estaba loca de contenta con nuestra reconciliación, como ella decía «estábamos hechos el uno para el otro». Además, ella también estaba feliz pegada todo el día a Melodie, a la que también se la notaba emocionada y nos había acogido con mucho cariño. Y a mi madre, que se la llevaban a la cocina y se ponían a darle charla mientras cocinaban, porque mi tía cogió el puesto de cocinera y decía que era la ayudante de Melodie. Se le notaba feliz.

No sé por qué razón, pero comencé a sentir una paz increíble en aquellos muros, era como si fuera el lugar que calmaba mi corazón...

Capítulo 37: Ivonne



Los bebés habían cumplido veinte meses y ya correteaban por los jardines ante la atenta mirada de sus padres, cuidadoras y todos los que los tenían en esos momentos.

Nos habíamos quedado instalados en el castillo donde al poco de llegar, Paul dio una rueda de prensa presentando a sus hijos y hablando de la estabilidad que tenía junto a la madre de estos. Yo me negué a aparecer, aunque poco después nos pillaron juntos entrando y saliendo y se familiarizaron con mi cara. Es más, la opinión pública había tenido buen concepto de mí desde el primer momento.

Raquel y Viktor llevaban unos días aquí, venían y se iban constantemente ya que estaban afincados en la isla, en el piso de este que seguía desde allí llevando los temas de Paul.

Los niños dejaron de llorar hacía mucho tiempo para mi salud mental y la de todos los que vivían en el castillo, pues cuando se ponían conmigo insoportables yo lo estaba mucho más.

Desde que me había levantado y mientras desayunábamos en el porche, notaba mucho revuelo. Algo estaba pasando, no sabría decir qué, pero era una sensación muy fuerte. Miraba a Paul y lo veía de lo más relajado y sonriente, pero yo tenía la mosca detrás de la oreja.

Y fue avanzando el día y nos fuimos los cuatro a la ciudad de compras, paseo y demás. Eso sí, los medios no nos dejaban en paz, solo cuando conseguíamos refugiarnos en algún restaurante.

Al regreso me sorprendí al ver que entraba por la parte de atrás y no quería que apareciese por la de delante, es más, me llevó directa al cuarto y no me dejó salir hasta ducharnos y...

—Ponte ese vestido —dijo sonriendo y vi sobre la cama una preciosa joya dorada con una caída de lo más bonita.

—¿Qué es esto?

—¿Puedes fiarte de mí y ponértelo? —protestó con su media sonrisa.

Me estaba poniendo de lo más nerviosa, lo que se me pasaba por la cabeza es que íbamos a ir a una fiesta o algo. Cuando me vi vestida aluciné con lo bonito que quedaba el vestido con las sandalias a juego.

Paul se puso una camisa blanca desabrochada y recogida hasta las mangas, y un pantalón de vestir del mismo color que mi vestido.

Agarró mi mano y comenzamos a bajar. Sorprendentemente no nos encontramos a nadie por el camino, pero al salir por un lateral del gran patio....

Todos los trabajadores estaban en fila vestidos de gala y haciéndonos un pasillo. Al inicio, mi madre en su sillita, mi tía, los gemelos con las cuidadoras, Viktor y Raquel.

Todo un camino de farolillos y rosas haciendo también el pasillo.

—¿Qué es esto? —pregunté nerviosa quedándonos en los primeros escalones de la entrada principal.

—Esto es todo lo que puedo ofrecerte, además de un amor infinito hacia ti, a nuestros hijos y a tu familia...

—Pero no hacía falta —murmuré nerviosa.

—Quería preguntarte sí...

En ese momento lanzaron fuegos artificiales y él sacó un anillo mientras me hacía mirar al cielo donde se dibujó una frase:

«¿*Quieres casarte conmigo?*»

No me podía creer lo que estaba leyendo sobre nosotros y comencé a llorar.

—Claro que quiero, Paul, claro que sí —dije emocionada mientras todos comenzaban a aplaudir y él me colocaba el anillo.

—No te voy a fallar más, solo quiero que nuestra familia camine unida y poder disfrutar de vosotros cada día de mi vida.

Después de un apasionante beso entre aplausos, fui a abrazar a mi madre, a mi tía, a mi amiga, a Viktor y a las chicas de la casa que nos hacían el día a día más fácil y llevadero.

Brindamos con todos los del servicio con champán y comenzó la fiesta.

Habían preparado unas mesas con comida, bebida y todos éramos invitados. El servicio formó parte de ese

momento en el que no faltaron brindis y más brindis, palabras de cariño y mucha felicidad. Podía notar el cariño que nos habían cogido durante ese tiempo y la adoración que sentían por Paul.

Mi madre con su copa de zumo iba brindando todo el tiempo con todo el que se ponía por delante, decía que se casaba. Era adorable y a mí me gustaba verla así de divertida a pesar de sus circunstancias.

Estaba radiante de felicidad, pensando que a veces, los sueños se cumplían y a pesar de mi negativa durante mucho tiempo, yo sabía que no podría amar a nadie como lo hacía con Paul. El hombre casi perfecto y digo casi, porque le iba a reprochar lo de los mensajes toda la vida, ese no se iba de rositas.

Los pequeños eran lo más bonito de nuestras vidas, eso sí, tenían pasión por el padre, que a mí también me querían mucho, pero con él sentían devoción y con cualquier cosa que les decía se les dibujaba rápidamente una sonrisa en sus caritas.

La velada duró hasta las tantas. Mi madre, mi tía y los niños se fueron a dormir y nos quedamos los cuatro solos.

Viktor y Raquel eran una pareja preciosa y muy unida, me encantaba que fuera así y los dos para nosotros eran importantes en nuestras vidas.

La vida parecía que después de todo lo malo comenzaba a regalarme todos los ingredientes para ser feliz, y yo, pensaba cocinarlos a fuego lento, porque mi amor por ese hombre y mi familia era infinito.

Muchas veces hay que tocar muy a fondo para resurgir y sanar todas las heridas, eso me pasó a mí. El tiempo y el amor de la persona correcta me llevaron a sentir la plenitud más absoluta.

Capítulo 38: Paul

El día señalado en el calendario llegó, el día de nuestra boda. Sonreí delante de la cristalera que daba al jardín, mirando mi reflejo vestido y preparado para salir a esperar a la que sería por fin mi mujer oficialmente.

—Sabes que tienes que abrirla para salir ¿verdad? —Escuché la voz de Viktor a mi espalda.

—¡No me digas! —Giré la cabeza hacia él—. Y yo que pensaba traspasarla y que no se hiciera añicos.

—Eso quiero verlo yo —rio Sander apareciendo—. Nunca he visto a un novio llegar al altar lleno de cortes y magulladuras.

—¿Qué tal estoy? —Me giré sonriendo hacia ellos.

Recibí sus miradas y expresiones sonrientes, haciéndome un repaso de punta a punta.

—Como un pincel —contestó Viktor.

—Perfecto —asintió Sander.

—Ay, mi niño —el grito de Melodie nos hizo girar en su dirección—. ¡Pero qué guapo estás! No hay hombre que se pueda comparar a ti. —Caminó ligera hacia mí, emocionada.

—Ya me lo dijiste ayer, y anteayer, y... —Intenté no reír mirándola con cariño.

—Habrás visto. —Soltó un bufido poniendo las manos en la cadera—. Estabas preguntado qué tal estabas, te responden ellos y te parece bien, lo hago yo y...

—Gracias por dejarnos por los suelos, Melodie —le respondió Viktor levantando una ceja.

—Nada hombre, nosotros nos tenemos que conformar con las sobras, como siempre. —Le dio una palmada en la espalda Sander.

—No me lieis —los señaló—. Aún no he dicho nada sobre vosotros, él es el novio y tiene que ser el primero en todo hoy. Estáis guapísimos los tres. —Soltó un suspiro emocionado.

—A que sí —rio Sander dando un giro.

—Yo no me quejo de que me lo digas —hablé hacia ella, divertido.

—Pues quién lo diría, no aceptas un halago. —Me miró de reojo—. Vale, vale... —Empezó a decir al levantar nosotros las cejas—. Quizás me he pasado un poco durante estos días, pero es que estoy tan emocionada. —Hizo un puchero.

—Unos días dice —soltó una carcajada Viktor—. Llevas más de un mes diciéndoselo constantemente.

—¿Estás seguro de que estos niños no te tienen envidia? —Se giró hacia mí.

—Yo diría que no —reí y la agarré de la mano atrayéndola hacia mí, dándole un abrazo—. Gracias —susurré.

—Tu madre estaría tan orgullosa de ti, como yo lo estoy. —Se retiró varias lágrimas cuando nos separamos.

—Ojalá estuviera aquí —sonreí con nostalgia.

—Lo está, en cierta forma, lo está. No dudes cariño de que no se lo perdería por nada del mundo. —Me apretó la mano.

—Bueno ¿qué? ¿Abres la corredera o la traspasas? —nos interrumpió Sander para que cambiáramos la dirección

de nuestras palabras.

—¿Preparados? —sonreí mirándolos a todos.

—El que tienes que estarlo eres tú. —Soltó una carcajada Viktor poniéndose a mi lado.

—Lo estoy, jamás en la vida he estado más preparado que para lo que voy a hacer —asentí soltando un suspiro.

Recibí de ellos una palmada en los hombros por cada lado, hasta que Melodie se hizo hueco y se puso a mi lado apartando a Sander, el que se quejó de que siempre le tocaba a él.

Entre risas salimos al jardín con la intención de recorrerlo y dirigirnos hacia el coche. Todos los demás que nos acompañaban ese día estaban ya en el lugar en el que nos daríamos el «sí, quiero» Ivonne y yo. Todos al completo.

Las personas de mi confianza del castillo habían viajado junto a nosotros, incluida Ellie que estaba emocionada y con la que Ivonne acabó teniendo una bonita amistad. El recuerdo que tiempo atrás provocó dolor en Ivonne referente a Ellie, hoy día era motivo de risas entre ellas, contagiándome a mí.

Cinco meses habían pasado desde que le propuse matrimonio a Ivonne, cinco meses desde que me hizo el hombre más feliz del mundo al aceptar, si eso era posible. Me sentía tan completo... Lucas y Marta eran unos niños adorables al igual que traviesos, pero nada que saliera de lo normal, llevándolos muy bien.

Atrás quedaron las reacciones que tenían cada vez que Ivonne se acercaba a ellos de más pequeños. Adoraban a su madre, los dos. Mi pecho se agrandaba al ver la familia que habíamos creado.

Desde el principio tuve claro dónde celebraríamos la boda, como no podía ser de otra manera sería en la isla, en el lugar donde nos conocimos. Más concretamente en la playa, frente al mar, donde estábamos a punto de llegar con Viktor al volante y en el que no faltarían los churros con chocolate como tentempié.

Solté un suspiro y me llené los pulmones de aire en cuanto abrí la puerta y salí. Habíamos accedido a una zona más privada buscando eso mismo, para tener toda la calma que pudiéramos en el día tan especial que íbamos a celebrar.

A lo lejos, vi la carpa habilitada para que los novios, o sea, nosotros, pronunciáramos las palabras que estábamos deseando desde hacía tiempo.

—Ahora es el momento —dijo Sander a mi lado, con una media sonrisa.

—¿Para qué? —Giré hacia él.

—¿Para salir corriendo? —dejó caer Viktor.

—Joder, cómo me alegro de que mis lecciones estén surtiendo efecto en ti. —Se inclinó hacia delante Sander dirigiéndose a Viktor, estábamos en línea los tres.

—Ah no, a mi niña no le hacéis eso —negó Melodie—. Por encima de mí.

—Eso no sería ningún problema, no tendría que hacer mucho esfuerzo para dar un salto —reí refiriéndome a que era bastante más baja de altura que yo, ganándome de su parte un golpe en el brazo.

—Como te lo pienses mucho llega la novia antes tú —susurró Viktor.

—¿Tú crees que se ha cagado a estas alturas? —preguntó Sander.

—Dejadlo ya, no me vais a poner nervioso. —Curvé los labios—. Es lo que deseo, es lo que quiero... llevo mucho tiempo esperándolo. Solo estoy admirándolo todo.

Los miré de reojo viendo que asentían y bajé la mirada hacia Melodie, la que se veía también emocionada mirando hacia el frente. Con una sonrisa empecé a caminar distinguiendo a todas las personas que conocía perfectamente y al cura que estaba parado y a la espera de officiar la boda. Era una celebración íntima, como el lugar como ya he comentado, solo estaban nuestros allegados para disfrutar de nuestra unión, incluyendo a Sebas, el que fue compañero de Ivonne en el pub, con su pareja.

¡La tía y la madre de Ivonne llegarían con ella, igual que Raquel. Las cuatro saldrían de su casa. Del traslado se encargaría Viktor, el que no tardó en despedirse de nosotros para ir a buscarlas.

! Cuando los pies de Ivonne tocaron la arena, con una sonrisa preciosa distinguiéndola desde la distancia, mi pecho se hinchó de orgullo y amor, rebotando más si cabe de cada uno de esos sentimientos. Estaba preciosa, con un vestido en tono marfil que caía sobre su cuerpo. La parte alta estaba decorada con encaje hasta el final de los pechos, con escote princesa de donde un poco de tul se adaptaba sobre sus hombros a la perfección, el resto caía libre y liso amoldándose al contorno de su cuerpo.

El pelo lo llevaba recogido un poco, por un lado, dejándolo libre. Estaba impresionante y no pude apartar la mirada de ella en ningún momento mientras avanzaba hacia mí del brazo de Viktor, sonriendo cada vez más, reflejando los nervios que estaba sintiendo.

—Estás increíble —le dije cuando llegó hasta mí.

—Tú sí que lo estás, futuro marido. —Amplió la sonrisa emocionada.

Fueron varios los silbidos que hicieron nuestros invitados una vez nuestras manos se agarraron y la atraje hasta m

sin poderme contener, provocando que riéramos, por eso y por varios comentarios que Sander lanzó provocando que el cura carraspeara divertido.

Sonreí al mirar hacia abajo y ver sus pies acariciar la arena. Estábamos descalzos, lo que no tardé en hacer al alejarnos del coche y en cuanto toqué la arena. Cuando me encontré con su mirada soltó un suspiro con una expresión que me hizo saber que estaba en la gloria por ese motivo.

Hubo tres momentos especiales durante la celebración. El primero, cuando mis amigos y Raquel nos dedicaron unas emotivas y bonitas palabras, donde más de una lágrima furtiva se escapó. El segundo, cuando sucedió nos entró de todo y se armó en un momento un jaleo que hasta el cura se lanzó en la arena, arrodillándose.

¿El motivo? Lucas y Marta llevaban los anillos, emocionados. Tanto lo estaban que empezaron a discutir entre ellos mientras pasaban por el pasillo central que había entre las hileras de sillas, por querer cada uno llegar el primero ya que sujetaban un cojín pequeño, cada uno, con las alianzas.

Los sobresaltos llegaron cuando se pararon justo antes de llegar a nosotros y se enfadaron entre sí, tirando los cojines a la arena. Fueron varios gritos los que se escucharon, incluidos los nuestros al ver sus pies remover la arena mientras las alianzas se perdían cada vez más de nuestra vista.

¿Los acabamos encontrando? Que va, nos fue imposible y eso que nos tiramos todos en busca de los objetos perdidos. Imaginaros a más de una treintena de personas, cura incluido, en plena boda y vestidos para la ocasión, revolcándose y tragando más de una buena cantidad de arena.

—No os preocupéis, en cuanto acabe la boda vendré con un detector de metales —comentó Viktor al ver el agobio en la cara de Ivonne.

—Pero es que los necesitamos ya. —Se removió nerviosa, soltando un bufido.

—No los necesitamos —aseguré agarrándola de la cintura y buscando sus ojos—. Es simbólico; dos alianzas que no están, no van a impedir que me case con la mujer que amo, como si tengo que ponerte en el dedo una anilla con las que se abren los refrescos. Lo único importante, es que estamos aquí. Es nuestro día y nada va a hacerlo imperfecto, todo lo contrario, porque no existe en el mundo nada que me impida convertirte en mi mujer.

—Paul. —Tragó saliva con los ojos humedecidos.

El cura al escuchar mis palabras sonrió, como el resto de los invitados que soltaron un suspiro y aplaudieron. Los pequeños se mantuvieron al margen y apartados, intentando pasar desapercibidos para que no los castigáramos por la que habían montado.

Haciendo caso a mis palabras, Sander salió corriendo y lo perdimos de vista antes de que nos gritara de que ¿enseguida volvía con la solución. Y así fue como apareció con varios refrescos entre las manos y dándonos lo que

yo había mencionado.

El tercer momento, fue cuando nos dedicamos palabras de amor llenas de complicidad, las que terminaron con el «os declaro marido y mujer» del cura. La alegría de los que nos querían nos rodeó mientras gritaban emocionados a nuestro lado.

Lógicamente las anillas no nos las pudimos poner en los dedos, solo al principio para pronunciar el «sí, quiero», colocándolas en el inicio del pequeño porque no nos entraba más. Una vez casados, Ivonne se quitó un pendiente de aro que llevaba y colocó su anilla ahí, donde lució durante todo el combite. Por mi parte me coloqué la mía en una cadena que llevaba.

Y así, celebramos el tercer día más especial de nuestras vidas. El primero fue cuando nos convertimos en padres por primera vez; el segundo, cuando Ivonne me dio otra oportunidad...

Celebramos la boda también en la intimidad, en mi casa de la isla que aún mantenía para las veces que quisiéramos escaparnos del castillo. Todo estaba preparado al detalle por una empresa especializada en catering. Disfrutamos hasta altas horas de la madrugada. La madre de Ivonne estaba especialmente ilusionada al ver todo lo que la rodeaba, diciendo a cada momento que ella no recordaba que tuviera tantos hijos, que sí que le había cundido, provocando que le sonriéramos con cariño y acabáramos riendo con ella.

Fue un día para el recuerdo, otro más a sumar a los tantos que llevábamos atesorados y que nos llenaban el corazón.

Nos despedimos de todos cuando nos fuimos a dormir, la madre de Ivonne ya hacía rato que descansaba (de ella lo habíamos hecho en la intimidad de su habitación). No los veríamos hasta que volviéramos del viaje de novios, dando por hecho que se levantarían tarde al no tener que madrugar, no como nosotros. Descansarían un día más en la isla y después viajarían todos hacia Suecia, sin excepción, directos al castillo. Dejamos a cargo de los pequeños a Raquel y Viktor, los que tendrían ayuda de Olivia, Melodie y de todo el castillo porque los adoraban y disfrutaban de sus travesuras.

n

Al día siguiente, sin apenas dormir, cogimos un vuelo con destino a Kenia, lo que pilló por sorpresa a Ivonne porque me había reservado la sorpresa. Aunque no sé si mucha le hizo al principio, pero acabó contenta con la idea al explicarle todo lo que veríamos y a dónde iríamos, excluyendo cuando le dije que haríamos un safari.

Su cara pasó del miedo y del susto, a la pensativa y a la sonrisa. Así nos vimos metidos de lleno en una aventura que formaría parte del repertorio de recuerdos que íbamos sumando.

r



—¡Por lo que más quieras! —me gritó Ivonne en el oído— Échalo, échalo que la palmo —volvió a gritar.

—No pasa nada. —Solté una carcajada y miré hacia el león que nos miraba fijamente a corta distancia, tanta que si extendía la mano lo rozaba.

—Una mierda no pasa nada, ese nos está mirando como si fuéramos su próxima comida, joder, ¿no ves cómo se acaba de relamer? Si se le cae la baba y todo. —Lloriqueó—. Está diciendo, «vaya festín me voy a dar con vosotros pringados». —Se agachó en el asiento, escondiendo la cabeza entre las piernas—. A quién se le ocurre hacer un safari, ¿a quién?

El chófer no pudo dejar de reír y yo tampoco ante la situación.

—Nos está saludando, no nos va a hacer nada. Estamos protegidos. —Intenté que se relajara, reteniendo las ganas que tenía de seguir riendo.

—Yo no quiero que me salude, soy una antisocial ¿aún no lo sabes? —Soltó un bufido en la misma posición.

—Anda ven aquí —dije agarrándola y subiéndola a mis piernas.

—Que no, joder, que no —gritó intentando deshacerse de mí—. Tú lo que quieres es que solo yo capte su atención, que así estoy más alta y se fija solo en mí. ¿Para eso querías me que me casara contigo? Te recuerdo, por si no lo sabes, que mi tía y Raquel moverán cielo y tierra si me pasa algo y desaparezco, y de Melodie tampoco te libras, que le sepas.

Solté una carcajada y la atraje aún más hacia mí, uniendo nuestros labios y acallando sus protestas. Me esmeré para que se olvidara de todo alrededor, dejándola con mirada de deseo cuando nos separamos, más relajada y soltando un suspiro mientras se mordía el labio inferior al tener mi mano puesta agarrando una de sus piernas, haciéndole caricias demasiado cerca de una zona que la volvía loca, cada vez acortando más la distancia.

Pasamos diez días en Kenia y después le di otra sorpresa cuando cogimos un vuelo hasta una isla paradisíaca en la que disfrutaríamos diez días más. Ahí me gané su perdón al instante, «por todo lo que había tenido que pasar» según sus palabras. Vaya si me lo gané, así me lo demostró nada más cerrar la puerta de la cabaña que nos dieron, volviéndome loco de pasión.

El sol y el mar fueron testigos del amor que sentíamos y de la pasión que se desbordó en la intimidad de la cabaña al estar apartada del resto, en la que la ropa estaba prohibida, solo en ocasiones que creíamos que era necesaria, como la de ponérsela para salir y descubrir el entorno maravilloso, relacionándonos de vez en cuando con otras personas.

Fue un lujo que disfrutamos a conciencia y el que apuramos al máximo.

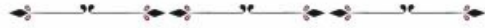
o

r

l

l

Epílogo: Paul



Ocho años después...

Sentado en el patio del castillo, dejando que los rayos del sol me calentaran, hice un repaso por todo lo que habíamos vivido Ivonne y yo desde el día de nuestra boda.

Haciendo alusión a ese día, os comento que al final tuvimos las alianzas cuando regresamos a Suecia. Y es que, el propósito de Viktor de buscarlas durante bastante tiempo dio sus frutos y acabó encontrándolas, lo que nos notificó cuando ya estábamos de viaje porque lo hizo al día siguiente.

Aun así, yo quería que Ivonne luciera un anillo por nuestra unión durante los días en los que disfrutamos de nuestros viajes. Y con esa intención, encargué una noche al gerente del hotel en el que nos quedábamos en Kenia, que se hiciera con varias como favor para elegir las que más me gustaran.

La cara de Ivonne cuando bajé con ella para elegir las fue de emoción. Me hubiera gustado que fuera una sorpresa, pero tuve que llevarla para que se probara la que mejor le quedara porque tampoco tuvimos mucho donde elegir.

Con lo cual, eran dos alianzas las que iban con nosotros a todas partes desde que volvimos al castillo. A veces en el mismo dedo, otras, una colgada en una cadena que también le regalé.

Del viaje vinimos con sorpresa y no me extrañó por cómo se dieron, porque lo único que hicimos en el segundo destino fue disfrutar de nuestros cuerpos en un entorno de ensueño. Ya tuvimos demasiada aventura en Kenia, en la isla paradisíaca pasamos a las aventuras carnales, ni punto de comparación, todo hay que decirlo, por muy bonitas que fueran las otras experiencias.

Sí, Ivonne se quedó embarazada durante la segunda parte del viaje de novios. Tuvimos un hijo que se llamó Marii y que estaba a punto de cumplir ocho años, completando más nuestra familia, pero no fue el único. Estuvimos hablando sobre el tema porque yo lo saqué, y es que, desde bien pequeño mi madre me enseñó que todo lo que poseía y disfrutaba, por lo que debía dar gracias, tenía que ofrecerlo a cuanta más gente mejor dentro de mi círculo más querido. Lo que siempre había visto y disfrutado junto a mi madre, ayudando a quien lo necesitara.

Y así, hace ya muchos años, una noche entre las sábanas le propuse a Ivonne si le parecía bien la idea de adoptar. Primero me miró con recelo por lo que conllevaba, a pesar de que teníamos mucha ayuda estábamos muy implicados con nuestros hijos, pero después de meditarlo unos segundos, no tardó mucho, acabó asintiendo emocionada cuando le expliqué que mi pensamiento era por mi madre.

Adoptamos a cinco niños de diferentes edades, dos de ellos de piel oscura, de seis, de ocho, de once y de doce años. Si algo teníamos claro los dos, es que no serían pequeños, me quiero referir a que ya tendrían una edad. No por nada, no es que no quisiéramos cambiar más pañales, sino porque sabíamos que, por desgracia, conforme crecían les era más difícil encontrar un hogar.

Y nosotros se lo dimos, el hogar, un hogar que se llenó de alegría y no tardamos en hacer una piña entre todos. Hoy en día era una de las mejores decisiones que habíamos tomado y de la que no nos arrepentíamos ni lo más mínimo, dándonos muchas alegrías.

Melodie estaba orgullosa de mí, no porque me lo dijera en palabras, que también, sino por el brillo con el que me miraba y la emoción con que lo hacía. Disfrutaba como ella quería, entretenida entre todos, acompañada siempre de la tía de Ivonne, Olivia, las que no se separaban habiendo creado una preciosa amistad y complicidad.

La madre de Ivonne, Esperanza, tenía una sonrisa constante en los labios, transmitiéndonos dulzura y cariño. Todo: la adorábamos, disfrutando de ella todos los años que le quedaran por vivir, que esperábamos que fueran muchos.

Sander seguía como siempre, liado con su trabajo en Suecia y viajando de un lado a otro si así lo necesitaba, lo que le hacía feliz. Durante este tiempo, algo cambió en la rutina que se había impuesto y es que, hacía cuatro años que había conocido a una mujer que trastocó toda su vida y lo puso firme. ¿A que parece mentira? Lo sé, a nosotros también nos costó creérselo cuando nos lo contó. Se dio de frente en uno de los tantos juicios a los que asistía con una magistrada, Alice, que lo puso contra las cuerdas, y no precisamente dentro del juzgado. Hacía dos años que se habían casado y en este momento ella estaba embarazada de cinco meses.

Viktor y Raquel, hacían viajes constantemente al castillo ya que se quedaron a vivir en la isla. A Viktor le costó, por la unión que teníamos, y a mí, porque nuestra relación siempre había ido por delante para todo. Pero la vida avanza y conforme lo hace, nos adaptamos a las necesidades y circunstancias. Tengo que decir que tenían mucha libertad de movimiento y por eso pasaban largas temporadas junto a nosotros en el castillo, temporadas que cada vez se alargaban más en el tiempo y aprovechábamos al máximo. Algo me decía, que con el tiempo en uno de sus viajes acabarían dándonos la noticia de que se quedaban definitivamente.

Lo de las largas temporadas se debió a que Raquel dejó de trabajar en el supermercado y junto a Ivonne, montaron una tienda *online* de ropa, calzado, accesorios, regalos varios... todo lo que os podéis imaginar asequible para todos los bolsillos y para todos los gustos. Crearon una marca propia donde podías dar con mucha variedad de precios, desde elevados, hasta más normales para que todo el mundo pudiera acceder a ella.

Lo hicieron con mucha ilusión y tranquilidad porque por la parte económica no tuvieron que preocuparse nunca, por mi parte, lógicamente, ya sabéis de lo que disponía, por la parte de Viktor, yo siempre me había encargado de

pagarle lo que realmente merecía, aunque se hubiera quejado por ello. No había dinero que compensara todo lo que había hecho y seguía haciendo por mí, aparte de que era como mi hermano y jamás le faltaría de nada. De ahí que Raquel dejara su anterior trabajo con tranquilidad, sabiendo que podían mantenerse sin preocupaciones hasta que ella pudiera aportar con los beneficios de la tienda *online*. A pesar de ello se deshizo del piso del que pagaba la hipoteca al vivir en el de Viktor, consiguiendo un dinero extra, no mucho porque liquidar la hipoteca casi se lo llevó todo. La tienda *online* no tardó mucho tiempo en estar activa y en empezar a funcionar bien, ya que me encargué personalmente de promoverla para que llegara a muchos lugares y fuera conocida.

De William nunca más supe, al menos en lo que se refiere a verlo en persona. Aprendió la lección y solo me llegaban algunos correos de él con los datos económicos de todas las inversiones que tenía y algún documento, poco más. Podía habérmelo quitado de encima en su día, pero no llegué a hacerlo, solo con que no metiera las narices dónde no le importaba ya me daba por satisfecho.

—¿Qué pasa tío? —Escuché la voz de Viktor. Hacía dos meses que estaban con nosotros.

—Aquí, haciendo un repaso de mi vida —sonreí.

—¿Y bien no? —Me devolvió el gesto.

5

—Más que eso. —Me recosté en la silla—. Soy feliz, en todos los sentidos. —Busqué su mirada.

—Cómo nos ha cambiado la vida —negó con la cabeza—. Quién nos iba a decir hace ya muchos años, que el día que pisamos la isla nos daríamos de frente con tantos cambios.

—Hemos pasado por mucho. —Fijé la vista al frente—. Pero si el final siempre es este, lo volvería a vivir una y mil veces.

—Yo también, aunque si tuviéramos el poder de retroceder no estaría mal saltarse algunas cosillas. —Carraspeó.

—No lo estaría, no. —Curvé los labios al referirse a la peor época que pasé, sin reconocerme.

—¿Cómo está el marido más maravilloso de todo el planeta? —Me sorprendió Ivonne rodeándome el cuello desde atrás.

—No te he escuchado. —Giré la cabeza buscando sus labios, dándole un beso.

1

—Una que es muy sigilosa cuando quiere —rio pasando por mi lado y sentándose encima de mis piernas.

—Anoche no lo fuiste. —Carraspeó Viktor.

Solté una carcajada fuerte mientras la cara de Ivonne se ponía roja como un tomate.

—Qué puedo decir amigo, sé muy bien utilizar la boca, la lengua, las manos, la... —y me callé por el manotazo que recibí de Ivonne— aunque desde tu habitación también hubo algún terremoto porque temblaron hasta las paredes. ¿Raquel se ha podido levantar hoy? —pregunté conteniendo la risa para no reír.

—Oh, callaros ya, joder. —Se removió encima de mí Ivonne y acabé riendo junto a Viktor que asintió varias veces para darle más énfasis a su respuesta, con una sonrisa amplia y satisfecha.

—Cariño, si no quieres que te suba a cuestras ahora mismo a la habitación, te recomiendo que no me presiones así. —Hice un gesto con la cabeza hacia la parte baja de mi cuerpo, sobre la que seguía moviéndose.

—Será posible... —Soltó un bufido con intento de huida, pero no llegó muy lejos porque fui yo quien la presionó contra mí.

—Ni lo intentes, no vas a ningún lado a no ser que le pongas solución a mi cosita —le susurré e intenté mantenerme serio.

—¿Tú cosita? —Giró rápido hacia mí.

—Yo tengo una cosita que me sube y me baja, ah, que me sube y me baja... —Empezó a cantar Viktor muerto de la risa.

—No puedo con vosotros —dijo Ivonne entre risas, a las que me uní.

—¿Qué haces aquí? Llevo un rato buscándote —gritó Raquel acercándose a nosotros.

—Escóndeme, escóndeme. —Se acurrucó Ivonne entre mis brazos.

—¿Qué pasa? —Se giró hacia ella Viktor.

—Que estoy con los últimos preparativos de la boda y me he quedado sola. Estoy histérica. —Lloriqueó nerviosa.
e

—Pero si te he preguntado antes de salir aquí si te ayudaba. —Se sorprendió Viktor.

—Tú no puedes. —Se cruzó de brazos haciendo un puchero, dejándole claro que no quería que viera ni supiera nada.

Con un suspiro Ivonne se levantó dándome un beso antes de hacerlo y se dirigió hacia ella, colgándose de su brazo. El cambio en la cara de Raquel fue automático, empezando a hablar sin hacerse entender de la velocidad que cogió mientras se perdían en el interior del castillo.

Quedaban dos días para que todo se engalanara para la ocasión, para celebrar la boda de Viktor y Raquel en el castillo, así lo habían decidido emocionados y nosotros no podíamos estar más felices por ello, aunque Ivonne a veces se escabullera para alejarse de los nervios de su amiga, lo que no duraba mucho, lo suficiente para coger un poco de aire y darle otra vez encuentro.

Sander y Alice no tardarían en llegar, los esperábamos para ese día, el resto ya estábamos todos dentro de las murallas del castillo, incluidos los padres de Raquel que hacía una semana que estaban con nosotros.

. La felicidad en su máximo esplendor, eso es lo que vivíamos, eso es lo que sentíamos y a lo que no queríamos renunciar.

Una noche cualquiera, buscando equilibrar mi vida y buscar dónde asentarme... fue el punto de partida para que todo lo que os hemos contado se diera. Y es que, uno nunca sabe con qué acción, con qué circunstancia o con qué decisión puede cambiar la vida tal y como la has conocido desde que tienes uso de razón.

No, imposible predecir las cartas que juega el destino, las que me llevaron a descubrir lo que era el amor de verdad en pareja, el que se siente, el que se padece, el que da alegrías y emociona encogiéndote el corazón... un sentimiento tan fuerte al que acabamos siendo adictos porque ¿qué hay más bonito que amar y que te amen?

Demostrarlo y cuidarlo es nuestra obligación, la que en ningún momento descuidábamos mostrándonos día a día que juntos, Ivonne y yo, podíamos con todo siendo el pilar de mucha gente que dependía de nosotros, complementándonos a la perfección con todos a los que queríamos en nuestras vidas.

Quedaban dos días para que todo se engalanara para la ocasión, para celebrar la boda de Viktor y Raquel en el castillo, así lo habían decidido emocionados y nosotros no podíamos estar más felices por ello, aunque Ivonne a veces se escabullera para alejarse de los nervios de su amiga, lo que no duraba mucho, lo suficiente para coger un poco de aire y darle otra vez encuentro.

Sander y Alice no tardarían en llegar, los esperábamos para ese día, el resto ya estábamos todos dentro de las murallas del castillo, incluidos los padres de Raquel que hacía una semana que estaban con nosotros.

La felicidad en su máximo esplendor, eso es lo que vivíamos, eso es lo que sentíamos y a lo que no queríamos renunciar.

Una noche cualquiera, buscando equilibrar mi vida y buscar dónde asentarme... fue el punto de partida para que todo lo que os hemos contado se diera. Y es que, uno nunca sabe con qué acción, con qué circunstancia o con qué decisión puede cambiar la vida tal y como la has conocido desde que tienes uso de razón.

No, imposible predecir las cartas que juega el destino, las que me llevaron a descubrir lo que era el amor de verdad en pareja, el que se siente, el que se padece, el que da alegrías y emociona encogiéndote el corazón... un sentimiento tan fuerte al que acabamos siendo adictos porque ¿qué hay más bonito que amar y que te amen?

Demostrarlo y cuidarlo es nuestra obligación, la que en ningún momento descuidábamos demostrándonos día a día que juntos, Ivonne y yo, podíamos con todo siendo el pilar de mucha gente que dependía de nosotros, complementándonos a la perfección con todos a los que queríamos en nuestras vidas.

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Instagram: @carlotamanzanoautora

Twitter: @ChicasTribu

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Instagram: @carlotamanzanoautora

Twitter: @ChicasTribu